LAS INVESTIGACIONES DE VICTORIA HESLIN 10

MENTIRAS EN LA NIEVE



USA TODAY BESTSELLING AUTHOR

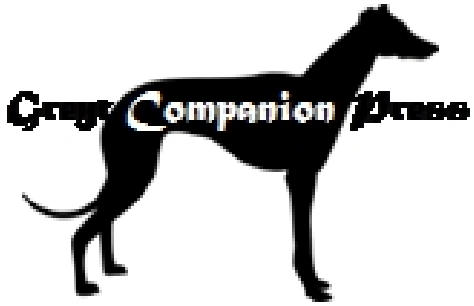
JENIFER RUFF

MENTIRAS EN LA NIEVE

LAS INVESTIGACIONES DE VICTORIA HESLIN

JENIFER RUFF

Greyt Companion Press



@2025, 2026 Jenifer Ruff. Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, su incorporación a un sistema informático, su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros— sin el permiso previo y por escrito de la autora.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos que aparecen en ella son producto de la imaginación de la autora o se usan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

Traducción al español: Greyt Companion Press

Diseño de cubierta: Damonza and Jenifer Ruff

Publicado por Greyt Companion Press

contents

Otros libros de Jenifer Ruff en español
LAS INVESTIGACIONES DE VICTORIA HESLIN
1. Capítulo 1
2. Capítulo 2
3. Capítulo 3
4. Capítulo 4
5. Capítulo 5
6. Capítulo 6
7. Capítulo 7
8. Capítulo 8
9. Capítulo 9
10. Capítulo 10
11. Capítulo 11
12. Capítulo 12

13. Capítulo 13
14. Capítulo 14
15. Capítulo 15
16. Capítulo 16
17. Capítulo 17
18. Capítulo 18
19. Capítulo 19
20. Capítulo 20
21. Capítulo 21
22. Capítulo 22
23. Capítulo 23
24. Capítulo 24
25. Capítulo 25
26. Capítulo 26
27. Capítulo 27
28. Capítulo 28
29. Capítulo 29
30. Capítulo 30
31. Capítulo 31
32. Capítulo 32
33. Capítulo 33
34. Capítulo 34
35. Capítulo 35
36. Capítulo 36
37. Capítulo 37
38. Capítulo 38
39. Capítulo 39

40. Capítulo 40
41. Capítulo 41
42. Capítulo 42
43. Capítulo 43
44. Capítulo 44
45. Capítulo 45
46. Capítulo 46
47. Capítulo 47
48. Capítulo 48
49. Capítulo 49
50. Capítulo 50
51. Capítulo 51
52. Capítulo 52
53. Capítulo 53
54. Capítulo 54
55. Capítulo 55
56. Capítulo 56
57. Capítulo 57
58. Capítulo 58
59. Capítulo 59
60. Capítulo 60
61. Capítulo 61
62. Capítulo 62
63. Capítulo 63
64. Capítulo 64
65. Capítulo 65
66. Capítulo 66

NOTA DE LA AUTORA
JENIFER RUFF
Otros libros de Jenifer Ruff en español

Otros libros de Jenifer Ruff en español

EL ASESINO DE LOS NÚMEROS
NIÑAS PERFECTAS
CUANDO NOS ENCUENTREN
LA SOMBRA DE LA DUDA
DESAPARECIÓ EL NOVIO
DESAPARECIDA EN VACACIONES
LOS CRÍMENES DE LA EXPIACIÓN
LOS ENTERRADOS
EL MAL VECINO
MENTIRAS EN LA NIEVE

LAS INVESTIGACIONES DE VICTORIA HESLIN

MENTIRAS EN LA NIEVE es el décimo libro de la galardonada serie de investigación de la agente Victoria Heslin, de la autora superventas del USA TODAY Jenifer Ruff.

CAPÍTULO 1

Limítate a fingir que todo es normal, me digo a mí misma. Finge que no estás viviendo una mentira enorme que va a acabar mal. Es todo lo que tengo que hacer por ahora. Unos cuantos días más así no le harán daño a nadie.

El viento azota las ventanas de Black Ridge Lodge. Grandes copos de nieve se entrelazan en un borrón blanco mezclado con las luces navideñas. Han caído veinticinco centímetros en el complejo desde la mañana. La nieve cubre las huellas de los esquíes y rellena las marcas de las botas, borrando cualquier prueba del movimiento de los huéspedes y del personal en el exterior.

Si tan solo una nevada pudiera hacer lo mismo conmigo. Borrar mi pasado y el lío en el que me he metido. Estremeciéndome, me aparto de la ventana para buscar a Steve entre los demás huéspedes.

Viene hacia mí, sonriendo. Cuando llega a mi altura, me pasa el brazo por la cintura.

—¿Me has echado de menos, Anna?

—Por supuesto.

Después de besarnos, le paso el dedo por la comisura de la boca, donde ha quedado un resto de mi pintalabios rojo.

—Dicen que mañana habrá condiciones de visibilidad nula. Puede que nos quedemos atrapados aquí dentro —dice, arqueando las cejas de forma sugerente.

Apoyándome en él, aspiro su colonia personalizada, un aroma que me encanta porque es exclusivamente suyo. Nadie más llevará nunca esa esencia exacta. Suena de maravilla.

Otro beso. Levanto la vista hacia él y me pierdo en sus ojos. Combinan a la perfección con su jersey de cachemir azul.

A sus cincuenta y cinco años, con canas en las sienes, Steve es atractivo y está más en forma que la mayoría de los hombres de veinte años. Pero fue su personalidad lo que me enganchó. No era lo que yo esperaba. Es un hombre de negocios de éxito, así que me había preparado para encontrarme con alguien arrogante y prepotente. En cambio, es paciente y atento. Nunca he tenido una relación así.

Me ajusto las pulseras negras trenzadas en el brazo y muevo la mano derecha en un círculo lento. Todavía me duele por la caída inesperada que he tenido esta mañana. La nieve virgen cubría los baches de la pista. No vi venir uno hasta que fue demasiado tarde. Hacía mucho tiempo que no sufría un revolcón que me robara el aliento y me hiciera dudar de si saldría viva de allí. Por suerte, el único dolor persistente es el de la muñeca.

Steve me coge la mano.

—¿Todavía te molesta? Si es así, deberíamos hacer que te la miren.

—Solo está dolorida, no es un esguince —me encanta que se preocupe. No quiere que sufra ni que esté incómoda. A pesar del dolor, no buscaré tratamiento médico. Es mejor que pasemos desapercibidos todo lo posible.

Estoy jugando un juego peligroso de alto riesgo con mucho que perder, pero merece la pena. Estar con Steve es emocionante *y* cómodo. El hecho de que a ambos nos encante esquiar es un plus.

En una mesa cercana, una mujer de largo cabello pelirrojo mira con el ceño fruncido a su acompañante y dice:

—Ese chico de la patrulla de esquí lleva trabajando aquí seis temporadas y dice que nunca ha visto tanta nieve —quita un hilo de su jersey verde azulado y lo lanza al aire—. Deberíamos irnos mañana por la mañana, antes de la próxima tormenta.

Él niega con la cabeza.

—¿Estás de broma? No pienso rajarme ahora. La nieve polvo va a ser increíble.

—Lo cerrarán todo si esto empeora —su voz sube de tono—. Toda la montaña, Jason. Y si las carreteras se vuelven demasiado peligrosas para circular... —tamborilea las uñas sobre la mesa de madera en una sucesión rápida—. No puedo faltar a mi cita del lunes.

No son la única pareja que discute sobre si acortar el viaje. La mitad de los huéspedes en el vestíbulo parecen listos para salir huyendo por la tormenta. Después de trabajar tres meses en Alaska, un poco de nieve en Colorado no me aterra. ¿Qué tan mala podría ser esta tormenta?

—No me importaría pasar más tiempo juntos —le susurro a Steve con mi voz más seductora. En este momento, me conformaría con quedarme para siempre.

Por desgracia, varios obstáculos se interponen en el camino hacia un futuro feliz para Steve y para mí. Obstáculos que son difíciles de ignorar. Hemos sido cuidadosos, pero ¿y si alguien nos ha seguido hasta aquí?

El teléfono me vibra en el bolsillo, pero lo ignoro.

Su pulgar me acaricia el cuello.

—Pareces absorta en tus cosas.

Fuerzo una sonrisa.

—Solo pensaba en nosotros —no miento.

He dejado que las cosas lleguen demasiado lejos, pero no he podido evitar lo que ha pasado. Enamorarme de él. Ya es demasiado tarde para cambiar nada. Me he colado por él por completo. Lo estamos pasando de maravilla en Black Ridge.

Tengo que decírselo. Tengo que explicárselo... pero todavía no. Rodeo su cuerpo firme con mis brazos y disfruto de la relajante sensación de sus dedos deslizándose por toda la longitud de mi largo cabello castaño.

Al otro lado del hotel, unos hombres de cutis encendido entran por la puerta principal. Me separo de Steve. Mientras se sacuden la nieve de las botas, escudriño sus rostros antes de poder relajarme de nuevo. A mi lado, Steve hace lo mismo. ¿Puede alguna relación soportar este estrés, la necesidad constante de mirar por encima del hombro?

—Vayamos al bar —señala hacia el otro lado del edificio, esperando a que yo vaya primero.

La reticencia me impide alejarme de la ventana. Quiero quedarme suspendida en este momento de paz y perfección donde todo parece maravilloso y posible. Sé que no puede durar. Todo lo que toco acaba

rompiéndose. Cuanto más dura la felicidad, más devastadores son los destrozos.

CAPÍTULO 2

Dentro del salón, en una mesa junto a la chimenea, Victoria Heslin observaba a la pareja que estaba junto a los ventanales. La mujer morena movía la mano de forma circular, jugueteando con sus pulseras negras, mientras un hombre mayor con un jersey azul le susurraba palabras que la hacían sonreír. Se mantenían abrazados, ajenos a la tormenta que arreciaba en el exterior.

A diferencia de ellos, Victoria no podía ignorar lo que sucedía al otro lado del cristal. Se esforzaba por actuar como si fuera un día normal de nevadas en el Black Ridge Resort, pero cuando el viento sacudía los altos ventanales, apretaba la mandíbula, provocando que un dolor sordo se extendiera por sus sienes.

La gente experimentaba las cosas de forma distinta, a través del filtro de sus conocimientos personales. Los recuerdos oscuros y el terror daban forma a la perspectiva de Victoria sobre tormentas como aquella. Sabía de primera mano lo que el frío y la nieve incesantes podían hacer, lo que se llevaban y lo que destruían. Jamás lo olvidaría. Algunas personas veían la nieve como algo hermoso y mágico. Victoria veía el peligro acercándose.

Consultar el móvil para ver las actualizaciones meteorológicas se había convertido en una compulsión. Su pulgar sobrevolaba el botón de

actualizar, aunque cada bajada de temperatura le provocaba una sensación de pavor. Este viaje debía ser un borrón y cuenta nueva. Cuatro días sin perseguir criminales ni completar la ingente cantidad de papeleo que requería su trabajo, lejos de la labor, a veces emocionante pero normalmente mundana y tediosa, que había consumido la última década de su vida. Tiempo para relajarse sin analizar cada habitación en busca de posibles amenazas, aunque probablemente acabaría haciéndolo por costumbre de todos modos.

Ned le había pedido que no consultara los correos del trabajo. —Simplemente estemos presentes —había dicho él.

Ella le había prometido que podría hacerlo. Esperaba tener razón.

Su prometido también necesitaba un descanso. Se corrió la voz de que ofrecía gratuitamente tantos cuidados como los que cobraba en la clínica veterinaria que poseían. Las citas nunca cesaban. Además de trabajar largas jornadas, se levantaba antes del amanecer para correr, nadar o montar en bicicleta. No se veían tanto como deseaban. Como la mayoría de la gente, les vendrían bien unas cuantas horas más al día para las cosas que querían hacer frente a las que tenían que hacer. Este viaje era su oportunidad para bajar el ritmo, relajarse y disfrutar de la compañía del otro. Victoria lo había estado deseando. Pero la tormenta de nieve lo cambió todo. Tenía un impulso irrefrenable de abandonar Black Ridge mientras las condiciones aún fueran aceptables.

La pareja a la que había estado observando se dio la vuelta. Cogidos de la mano, se alejaron de la ventana y atravesaron la sala. Se cruzaron con Ned, que regresaba de la barra. Caminaba con una media sonrisa en el rostro y esa calma llena de confianza de la que ella se había enamorado hacía varios años.

Al dejar una cerveza artesanal y una taza humeante de chocolate caliente con un toque de alcohol sobre la mesa, le tocó el hombro. —¿Cómo vas? ¿Deseando que estuviéramos en una isla tropical?

Ella se rió, aunque él solo bromeaba a medias. —Algo así. Solo intento mantener la mente en su sitio.

—Yo igual. —Él se inclinó sobre la mesa para darle un beso—. —Podemos irnos. Tu hermano lo entendería.

Victoria rodeó la cálida taza con las manos. Una parte de ella quería aceptar la oferta de Ned, pero irse significaba dejar que el miedo controlara

sus decisiones. No quería vivir de esa manera. —Sé que podemos irnos, pero estoy bien. Seguro que todo saldrá bien.

Eso era mentira. No estaba segura.

Su hermano los había invitado al Black Ridge Resort prometiéndoles un esquí fantástico y tiempo en familia. El tiempo era bueno cuando se comprometieron a ir. No sabían lo que se avecinaba, y después fue demasiado tarde para echarse atrás. El último informe meteorológico usaba las palabras «histórica» e «sin precedentes» para las tormentas que se aproximaban.

Miró su reloj, esperando que su hermano terminara su jornada laboral en cualquier momento, ya que faltaba poco para las 20:30. Estar con Alex le daría a Victoria algo en lo que centrarse que no fuera el tiempo. Tenía ganas de ponerse al día con él.

Tomó un sorbo de su chocolate y luego cerró los ojos durante unos instantes. Estaban a salvo, rodeados de todas las comodidades de un complejo de esquí de lujo. Ned estaba con ella. Su hermano estaba aquí, y su cuñada llegaría en breve. Victoria necesitaba relajarse y valorarlo.

—Disculpe.

Abrió los ojos de golpe y se encontró con alguien mirándola. La mujer aparentaba unos cuarenta y tantos años, con una cascada de pelo pelirrojo cobrizo peinado a pesar del tiempo, y un colgante en forma de corona prendido en su jersey verde azulado.

—Siento molestarla, pero mi marido insistía en que usted era la mujer de aquel accidente de avión. El del Ártico. Le dije que no fuera ridículo, pero... Dios mío. —Los ojos de la mujer, muy abiertos, se desplazaron hacia las manos de Victoria, a las que les faltaban las yemas de los dedos, su rasgo más inusual—. Es usted, ¿verdad? Victoria Heslin. Estaba con su novio cuando el avión cayó, ¿no? —Los ojos de la pelirroja se dirigieron rápidamente hacia Ned.

—Somos nosotros. —El tono de Ned tenía un matiz protector—. —Victoria es ahora mi prometida.

—Vaya. Enhorabuena. Eso es maravilloso. —Lo miró de arriba abajo—. ¿No les preocupa estar aquí con esta tormenta de nieve? ¿Después de lo que pasaron? —Arqueó sus finas cejas y torció la boca.

Victoria detestaba llamar la atención. Además, aquella mujer acababa de tocar precisamente los miedos que Victoria intentaba ignorar sobre la tormenta. Dejó la taza y entrelazó las manos para que sus dedos amputados

ya no quedaran a la vista. —Mi hermano trabaja aquí. Patrulla de esquí. Está fuera haciendo labores de control de avalanchas en este preciso instante.

—Bueno, me quedo más tranquila. —La mujer se echó el pelo hacia atrás sobre el hombro—. Soy Maura, y no querría marcharme ahora que nos hemos conocido, pero Jason y yo tenemos una mesa esperando. No podía irme sin resolver nuestro pequeño debate. Él estaba convencido de que usted era Victoria Heslin, y supongo que tenía razón. —Su sonrisa se ensanchó de oreja a oreja—. Seguro que nos vemos por aquí.

—Que pase una buena noche. —La respuesta de Victoria fue sincera pero breve, de esas que reconocen la amabilidad sin fomentar más interacción social. Había aprendido a perfeccionar ese equilibrio a lo largo de los años, prefiriendo observar a la gente desde la distancia en lugar de convertirse en parte de sus anécdotas de vacaciones.

Cuando Maura se marchó, Victoria recorrió con la mirada la amplia sala, asimilándolo todo. Un niño de edad escolar y una niña con un reno en el jersey no podían quedarse quietos. El niño señaló hacia la puerta.

—Mamá, ¿podemos ir a usar las máquinas de chocolate caliente y café del vestíbulo? ¿Por favor? —preguntó él, dando saltos en su silla mientras su hermana asentía conforme.

Un grupo de veinteañeros que reían brindaron con sus jarras de cerveza. Dos parejas mayores hablaban en tono preocupado sobre si deberían haberse marchado ayer. Victoria tomó nota de las salidas y de qué personas en la sala parecían capaces de gestionar una crisis. Hábitos arraigados. Hábitos de supervivencia.

Relájate, se dijo a sí misma.

Contra la pared del fondo, dos camareros trabajaban tras la barra. Uno de ellos hizo girar una botella de vodka antes de verter el licor en un vaso, sin dejar de charlar con los clientes. A pesar de su espectáculo, la atención de Victoria se detuvo en algo más.

La pareja que había visto acurrucada junto a los ventanales estaba ahora al final de la barra. Victoria reconoció el jersey azul del hombre y el plateado de la mujer, con un diseño negro muy característico alrededor del cuello. El ambiente entre los dos había cambiado por completo. La intimidad que había presenciado antes se había esfumado. Los hombros del hombre estaban rígidos mientras apretaba su teléfono. Lo que fuera que estuviera diciendo hizo que la mujer se estremeciera.

Cuando ella intentó agarrar el brazo de su compañero, él se apartó como si el contacto le doliera. Manteniendo las distancias, lanzó dinero sobre la barra, se dio la vuelta y se dirigió a grandes zancadas hacia la salida.

La mujer no lo siguió. Lo vio marcharse con expresión compungida, como si acabara de perder una discusión importante. Se giró la muñeca. El movimiento era más rápido ahora. Más un gesto nervioso que uno distraído.

Era exactamente a lo que Ned se refería. Victoria no podía evitar vigilar y analizar, metiéndose en los asuntos de los demás sin pretenderlo. Su radar para comportamientos sospechosos nunca dejaba de funcionar.

Su teléfono vibró, alejando su atención de la escena.

Un mensaje de su hermano: *Por fin he terminado por hoy. ¿Puedes venir a mi despacho?*

Emocionada, Victoria le enseñó la pantalla a Ned. —Alex ha vuelto. Podemos ir a verle ahora.

Mientras terminaban sus bebidas y se preparaban para irse, Victoria echó un último vistazo hacia la barra. La morena del jersey plateado seguía allí sola, mirando a su alrededor con una mano sobre el corazón. Quizá la pareja se había peleado por la tormenta. Uno quería escapar del mal tiempo y el otro quería quedarse. Pero parecía ser algo más que eso.

CAPÍTULO 3

Ned y Victoria atravesaron el vestíbulo del complejo, en dirección al despacho de Alex. Los reflejos de la chimenea bailaban sobre los cientos de adornos de cristal del enorme árbol de Navidad. Cerca de allí, dos hombres descansaban en sendos sillones orejeros. El del corte de pelo militar no dejaba de levantar la vista de su móvil para observar a los huéspedes que pasaban.

Una música de piano navideña flotaba en el ambiente, pero no lograba apagar el insistente aullido del viento justo al otro lado de los muros. Por suerte, los edificios del complejo estaban conectados entre sí. Nadie tenía que salir al exterior para llegar a los pabellones de invitados en los niveles superiores, o a los vestuarios, el gimnasio y el área médica en la planta baja. Solo el spa y el estudio de yoga estaban en un edificio aparte.

Junto a una elaborada cafetera que ocupaba toda una encimera, el niño y la niña del restaurante habían encontrado su entretenimiento. La máquina de acero inoxidable contaba con una pantalla digital con docenas de botones iluminados para cada bebida, desde café solo hasta chocolate caliente o caramel macchiatos. Los niños reían mientras creaban distintas combinaciones, daban un sorbo, las tiraban a la basura y volvían a empezar.

Tras el mostrador de mármol de atención al cliente, dos empleados que vestían americanas a juego con alfileres de copos de nieve en la solapa mantenían sonrisas profesionales. Thomas, según su placa de latón, parecía rondar los treinta y pocos. No dejaba de mirar a los niños junto a las cafeteras, y su sonrisa flaqueaba cada vez que su derrochador juego provocaba un chillido de deleite. Rosalie, una mujer de piel oscura y tersa, algo mayor que una universitaria, permanecía centrada en el huésped que tenía delante, ignorando de algún modo a los pequeños.

Ned guio a Victoria por un pasillo flanqueado por fotografías enmarcadas de Black Ridge en todas las estaciones. Las fotos de verano mostraban a ciclistas de montaña recorriendo senderos rocosos y praderas salpicadas de flores silvestres. El otoño traía imágenes de excursionistas caminando por arboledas de álamos. En las escenas invernales, los esquiadores se deslizaban por nieve virgen. Las fotos de primavera captaban las mismas laderas, pero la gente vestía de manga corta bajo cielos de un azul brillante. Un vistazo a las imágenes le recordó a Victoria por qué a su hermano, amante de la aventura, le encantaba este lugar.

A mitad del pasillo, se detuvieron ante una puerta con un cartel: *ALEX HESLIN, JEFE DE PATRULLA DE ESQUÍ*.

Al lado de la puerta había una foto enmarcada de la patrulla de esquí actual. Ocho hombres y tres mujeres, con Alex en el centro.

Victoria oyó a su hermano hablar con frases cortas sobre «nieve inestable».

Llamó a la puerta y él respondió:

—Adelante.

Con su metro ochenta y ocho, Alex era un par de centímetros más alto que Ned. Ambos hombres eran delgados y musculosos debido a su amor por el deporte y el aire libre.

De pie frente a un mapa de las pistas de esquí colgado en la pared, Alex deslizó una radio portátil en un soporte en su cadera. Vestía pantalones de esquí con el jersey azul marino que Victoria le había regalado el año pasado.

—Llevas puesto mi regalo de Navidad —dijo ella, sin poder ocultar la sonrisa.

Él se miró el pecho y luego le devolvió la sonrisa.

—Sí. Es muy bueno. —Se giró para echar un último vistazo al mapa. Victoria captó su expresión preocupada, la tensión alrededor de los ojos y la

boca.

—¿Va todo bien? Pareces estresado.

Antes de que él respondiera, una perra los saludó trotando hacia ellos con el rabo oscilante para investigar. Tenía un pelaje marrón ahumado con marcas blancas distintivas en la cara y el pecho.

—Esta es Elspeth —dijo Alex con voz afectuosa mientras su perra recorría la estancia, olfateando las botas de Ned y luego las de Victoria.

Victoria hincó una rodilla en el suelo, extendiendo la mano para que Elspeth la oliera antes de rascarle detrás de las orejas.

—Por fin nos conocemos. Alex me ha hablado mucho de ti.

—Mitad pastor alemán, mitad Coonhound —explicó Alex mientras Ned se unía a Victoria en el suelo, dejando que Elspeth investigara los bolsillos de su chaqueta—. La rescaté cuando era un cachorro. Lleva casi dos años haciendo trabajos de búsqueda y rescate conmigo.

Elspeth pareció dar su aprobación a ambos visitantes, dejándose querer por las caricias de Victoria y olisqueando los bolsillos de Ned.

—Sabía que los tres os llevaríais bien. —Alex cogió un envase de cecina de su escritorio—. Elspeth es increíble. Está entrenada para detectar dióxido de carbono bajo la nieve. Puede hacer el trabajo de veinte personas en una fracción de tiempo. —Sacó una tira de cecina y volvió a enroscar la tapa—. Sin ella, estaríamos clavando sondas en la nieve, lo cual lleva una eternidad, y no tenemos tanto tiempo. Con suerte, disponemos de quince minutos. En el rescate de una avalancha, el tiempo lo es todo.

Victoria observaba el movimiento de las manos de su hermano mientras hablaba. Él poseía la misma energía inquieta que ella. Necesitaba mantenerse ocupado, especialmente durante una crisis. Siempre habían sido iguales en ese aspecto.

Elspeth se puso firme, atenta a cada movimiento de Alex. Tras recibir su premio, regresó a su cama en la esquina.

—Bonito despacho —dijo Ned, acomodándose en una silla.

Una pared del despacho contaba con un gran ventanal de cara a la pista más ancha y al telesilla principal, apenas visibles entre la nieve y la oscuridad.

Los muebles eran de cuero oscuro y caoba, como piezas de un catálogo de Ralph Lauren. Tan diferentes del mobiliario contemporáneo del pabellón principal y las habitaciones de invitados.

—Cuando modernizaron los pabellones de invitados, trajeron los muebles viejos a los despachos administrativos —explicó Alex—. Es una gran mejora comparado con lo que tenía antes, y ayuda. Cuando tengo que lidiar con huéspedes que creen que nuestras normas no se aplican a ellos, este espacio me da algo de credibilidad.

Victoria sonrió.

—Te mereces ese respeto independientemente de los muebles. Si la gente supiera lo crítico que es tu trabajo...

Los estantes del despacho albergaban una gran variedad de equipos de rescate: botiquines de primeros auxilios, cuerdas y mosquetones, sondas, arneses, poleas y mantas térmicas. La prueba de que la misión de la patrulla de esquí incluía salvar vidas.

Alex se sentó y abrió una caja de comida para llevar del restaurante del complejo.

—Espero que no os importe que coma algo. Es el primer alimento de verdad que tomo desde el desayuno. Solo barritas de proteínas y café en todo el día.

Los instintos protectores de Victoria se dispararon. Eran más de las ocho y él había estado trabajando fuera todo el día. Como hermana mayor, la que había ayudado a criarlo después de que su madre muriera, no le gustaba verlo esforzarse tanto.

—Siento haber estado tan ocupado, y sobre todo lo del tiempo —dijo Alex entre bocado y bocado de su hamburguesa—. Y tengo malas noticias. Minka no puede venir esta noche. Las tormentas han arruinado todos los vuelos. Salió pronto del juzgado, pero su vuelo volvió a retrasarse. Incluso si su avión despega, aterrizará demasiado tarde para conducir hasta aquí de forma segura. Tendrá que quedarse en nuestro apartamento.

—Es una decepción. Pero la veremos mañana. —Victoria tenía ganas de pasar tiempo con Minka, especialmente porque sospechaba y esperaba que Alex y Minka hubieran reunido a todos para darles alguna noticia emocionante.

—El momento de estas tormentas no podría ser peor. —Alex se reclinó en su silla hasta que las patas delanteras se levantaron del suelo; era un hábito desde la infancia, siempre balanceándose en el borde y forzando los límites. Un cuarto de pulgada más atrás y la silla volcaría.

Victoria se encogió de hombros.

—No puedes controlar a la Madre Naturaleza.

—Ojalá pudiera. —Alex se mantenía en un equilibrio precario—. Sería mucho más fácil que mitigar sus rabietas. Hemos tenido una temporada fantástica hasta este fin de semana.

Ned ladeó la cabeza en un gesto interrogante.

—Imaginaba que a una estación de esquí le encantaría toda esta nieve.

La silla de Alex cayó hacia delante con un golpe seco.

—Lo bueno, si es excesivo, cansa, y esto que ves es exactamente eso. —Señaló hacia la ventana—. Tendremos una breve tregua, y luego otra tormenta llegará mañana por la tarde. Se supone que el próximo frente será peor. Vientos fuertes y condiciones de visibilidad nula. Seguid mi consejo e id a las pistas superiores mañana por la mañana mientras sigan abiertas.

Su radio emitió un zumbido de estática antes de que una voz se abriera paso:

—Alex, soy Corey. Tengo nuevas lecturas para las crestas sobre la carretera de acceso. No es territorio nuestro, pero los datos son preocupantes.

—Envíamelos. —La expresión de Alex se ensombreció mientras volvía a mirar hacia la ventana. Un músculo se contrajo en su mandíbula.

—¿Todo bien? —preguntó Ned.

La sonrisa de Alex pareció forzada.

—Es solo parte del trabajo. Las condiciones pueden cambiar rápido durante una tormenta.

Ver la forma en que agarraba su radio y la repentina tensión que irradiaba su cuerpo era como mirarse en un espejo. Victoria había estado intentando controlar las mismas respuestas al estrés durante todo el día.

Fuera lo que fuese con lo que estaba lidiando, no era algo rutinario. A diferencia de todos ellos, Alex no podía preocuparse por la tormenta desde la seguridad del pabellón. Tenía que trabajar en ella y tomar decisiones de vida o muerte respecto a los peligros que planteaba. Su hermano cargaba con el peso de la seguridad de todos sobre sus hombros.

CAPÍTULO 4

Alex encendió su ordenador y abrió un mapa topográfico de la zona. Las capas de colores y las cifras cambiaban en tiempo real, mostrando el espesor de la nieve y la dirección del viento. Hizo zoom en un área concreta. Su ceño se frunció aún más.

—Con toda esta nieve, ¿el principal problema es la visibilidad? —preguntó Ned.

Alex siguió estudiando la pantalla. —La mayoría de las estaciones de esquí se preocupan por la visibilidad, pero nosotros tenemos problemas mayores. Hay zonas propensas a los aludes. Las fuertes nevadas y los vientos sostenidos crean las condiciones perfectas para las avalanchas. El trabajo de la patrulla de esquí es evitarlas.

Cogió su radio de nuevo. —Hola, equipo. Soy Alex. Voy a adelantar el horario de mañana una hora. Necesitamos revisar cada cresta antes de que caiga la visibilidad. Llenad los depósitos y os veré a todos bien temprano. Tendré las tareas listas para entonces. Va a ser un día largo.

Ned se removió en su asiento. —¿Cómo se evitan los aludes?

—En las pistas principales con mucho tránsito, los esquiadores compactan la nieve y la estabilizan por el mero hecho de esquiar. En las rutas de montaña menos transitadas, donde la nieve permanece suelta y

profunda, esquiamos nosotros mismos por las pistas. Utilizamos técnicas de corte, clavando los cantos para reducir la acumulación. —Alex señaló las áreas rodeadas con un círculo rojo en el mapa de la pared—. En todas las zonas a las que no podemos llegar con esquís —las áreas por encima de las pistas—, provocamos aludes controlados con explosivos.

—¿Usáis dinamita? —preguntó Ned.

—Pentolita. —Alex echó un vistazo a un armario de acero cerrado con llave en la esquina—. La clave para mantener las pistas seguras es provocar pequeños deslizamientos para mover la nieve antes de que la naturaleza provoque otros grandes.

—Parece arriesgado —dijo Ned.

Alex se rió. —Solo si no sabes lo que haces. O si estás en el lugar equivocado en el momento inoportuno.

—¿Hay alguna posibilidad de que podamos veros trabajar mientras estamos aquí? —preguntó Ned.

A Ned le encantaba aprender y siempre estaba dispuesto a una aventura. Pero Victoria sospechaba que también intentaba estrechar lazos con su hermano. Comprender a Alex significaba comprender una parte esencial de ella misma.

Ella y Alex se parecían en muchos aspectos. Ambos eran introvertidos que preferían el senderismo por rutas de montaña a los almuerzos y las galas benéficas. Habían crecido en la riqueza, pero eligieron carreras prácticas, ganándose el respeto en lugar de confiar en la herencia. Solo se arreglaban y socializaban cuando las obligaciones familiares lo requerían.

La tragedia de la muerte de su madre los unió. Se necesitaban el uno al otro, su padre los necesitaba, y el duelo era un vínculo fuerte. Años más tarde, sus vidas adultas en extremos opuestos del país los distanciaron. Alex se retiró a las montañas de Colorado, mientras que Victoria se volcó en su trabajo en el FBI en la zona de Washington D.C. Pero ahora, especialmente desde que Alex se había casado y asentado con Minka, Victoria quería más. Deseaba reuniones navideñas en las que no fueran prácticamente unos extraños poniéndose al día sobre los eventos importantes de sus vidas. Quería que volvieran a estar unidos.

—La mayor parte del trabajo de mañana será fuera de las pistas principales —le dijo Alex a Ned—. ¿Cómo vas de esquí?

Victoria se frotó las pantorrillas, un poco doloridas de antes. —Hemos hecho algunos descensos al llegar. Me ha sorprendido gratamente la

habilidad de Ned. Puede con lo que le eches.

Ned sonrió. —Es la primera vez que esquío con tu hermana. No sabía lo buena que era.

La sonrisa de Alex fue la primera auténtica que ella le había visto en toda la noche. —Creció en las pistas. Los dos estuvimos en el equipo de esquí del instituto. Y como probablemente ya te habrás dado cuenta, Victoria destaca en todo lo que hace.

—Eso no es cierto. —Victoria se rió—. Pero me gusta que lo pienses.

Alex se volvió hacia Ned. —Si quieres venir conmigo mañana, eres bienvenido. Mi equipo empieza al amanecer, pero como estás de vacaciones...

—Ned nunca se queda en la cama hasta tarde —dijo Victoria—. Probablemente querrá salir a correr a primera hora.

—Con este tiempo, no —respondió Ned.

—¿Te va bien a las nueve de la mañana? —preguntó Alex—. Te enviaré un mensaje con el punto de encuentro.

—Me parece bien —respondió Ned.

Victoria reprimió un bostezo. —Visto que Minka no vendrá esta noche, creo que me iré a dormir temprano. Estoy agotada.

Alex no la escuchaba. Su atención había vuelto a la pantalla de su ordenador. Unas arrugas profundas se formaron en su frente.

Elspeth levantó la cabeza y, segundos después, se oyeron pasos pesados acercándose por el pasillo.

Un hombre con equipo de la patrulla de esquí se detuvo en el umbral de la puerta. De hombros anchos, de unos veintitantos años, con el pelo rubio y grueso peinado hacia un lado sobre la frente. —Hola, Alex. Quería ver si todavía estabas por aquí.

—Te presento a Jordan Deery —dijo Alex—. Es uno de nuestros mejores patrulleros. Exmilitar. No hay nadie en quien confíe más en esta montaña. Y esta es mi hermana Victoria y su prometido, el doctor Ned Patterson, aunque a este paso, puede que se queden prometidos para siempre.

—Encantado de conoceros a los dos. —Jordan les estrechó la mano con firmeza—. Alex me ha hablado mucho de vosotros.

—¿De dónde eres originalmente? —preguntó Victoria.

—De Wyoming. —Reprimió un bostezo—. Lo siento.

—¿Noche difícil? —preguntó Alex con una sonrisa—. Se me olvidó preguntarte cómo terminaron las cosas con la rubia con la que estuviste

charlando anoche.

Jordan desvió la mirada, avergonzado. —Ella era la que me estaba dando conversación.

Con una sonrisa divertida, Alex dijo: —Jordan es nuestro galán residente.

Las burlas de Alex daban a entender que Jordan era un poco mujeriego, pero Alex le respetaba y valoraba su amistad, así que Victoria no dejó que aquello la molestara.

Alex puso la mano en el hombro de Jordan y le miró con seriedad. —Me alegra que estés aquí. Tenemos que informar a Peter. —Hizo una señal a Elspeth y se volvió hacia Ned y Victoria—. Lo siento. El deber me llama. Os veré a los dos por la mañana.

Alex se dirigió por el pasillo, dejándolos en su oficina. Victoria captó fragmentos de su conversación: «...llamando al sheriff...», «...inminente...», «...tenemos que bloquear...».

—Eso ni siquiera es territorio nuestro —dijo Jordan con claridad.

A medida que las voces se desvanecían, Ned cogió su abrigo. —¿Listos para volver?

Victoria asintió. —Está realmente preocupado. Y Alex no se altera fácilmente.

—Es su trabajo. Conoce estas montañas mejor que nadie.

Cierto, pero mientras Victoria seguía a Ned fuera del despacho de su hermano, intuyó que sus preocupaciones eran mayores que un control rutinario de aludes.

Mañana por la mañana, planeaba comprender mejor a qué se enfrentaba él. Tal vez podría ayudar en lugar de preocuparse desde la distancia. Podría ser la hermana comprensiva en la que él siempre había confiado, y tendría una forma de canalizar la ansiedad que crecía en su pecho cada vez que el viento aullaba.

CAPÍTULO 5

Ned pasó la tarjeta llave por el sensor. —Después de ti —dijo. Empujó la puerta y se hizo a un lado.

Victoria se quitó las botas de una patada y se acercó a las ventanas. Más temprano, la vista ofrecía una extensión infinita de bosque cubierto de nieve. Ahora, solo la negrura y su propio reflejo le devolvieron la mirada mientras cerraba las cortinas.

Mientras Ned usaba el baño, ella se puso una camiseta de manga larga de Georgetown que había comprado en su primer año de universidad. Estaba suave tras años de lavados, le quedaba varias tallas grandes y era su prenda favorita para dormir.

Cuando él salió, ella olió su pasta de dientes de menta mientras Ned se inclinaba para besarla. —No te duermas sin mí. Salgo enseguida —dijo ella, pasando a su lado hacia el baño.

Mientras se lavaba la cara y se cepillaba los dientes, cada crujido y gemido del edificio la hacía estremecerse. Parecía como si la tormenta estuviera poniendo a prueba la estructura del complejo. Se dio prisa con su rutina, ansiosa por meterse en la cama.

Cuando regresó, Ned ya estaba bajo las mantas, apoyado en un codo. —Ven aquí. He visto que te frotabas las pantorrillas antes. Deja que te ayude.

Victoria se estiró en la cama. Ned le dio un masaje en los tensos músculos de las pantorrillas. —Eso es una maravilla —suspiró ella mientras la tensión se liberaba—. Te toca a ti después de esto.

Tras unos minutos, se intercambiaron las posiciones y Victoria le devolvió el favor, deshaciendo los nudos de sus muslos. Hablaron del día: las mejores pistas, el evidente estrés de Alex, el retraso en la llegada de Minka.

Ned la atrajo hacia sí, rodeándole los hombros con el brazo. Ella se acurrucó contra su pecho, trazando círculos perezosos sobre su corazón.

—¿Sabes lo que ha dicho Alex antes sobre que se me da bien todo?

—¿Sí? —Sus dedos le peinaban suavemente el pelo.

—No me gusta. Me hace parecer insufrible. Sé que no se me da bien relajarme. Y lo siento. Debería ser mejor simplemente estando presente contigo en lugar de pensar siempre en el trabajo o en lo que podría salir mal.

—No hace falta que analices tanto el comentario. —Él le besó la coronilla—. ¿Quieres saber qué pienso cuando te miro? Aparte de que eres preciosa.

Ella alzó el rostro para encontrarse con sus ojos. —¿Qué?

—Que eliges jugarte la vida cada día para proteger a la gente. Eso es algo increíble. Y esta noche, he visto a alguien que está un poco nerviosa por si a su hermano le va a caer bien su prometido.

—No estoy nerviosa por que os caigáis bien. Sé que será así. Ya os lleváis bien. Solo quiero... —Hizo una pausa, intentando articular el sentimiento—. Quiero que volvamos a sentirnos unidos. Alex y yo hemos sido más bien como desconocidos educados estos últimos años.

—Bueno, no te preocupes. Él ya me ha aceptado. Me doy cuenta.

—¿Cómo?

—Me ha invitado a ir con él mañana.

Ella resopló con una sonrisa. —Ejem, más bien te has invitado tú solo.

—Cierto, pero él ha aceptado. Además, esa broma sobre que estamos prometidos permanentemente. No bromearía si no pensara que me voy a quedar por aquí. —Ned se estiró para apagar la lámpara de la mesita de noche—. Además, tenemos algo en común que es muy importante para ambos.

—¿Lo del ejercicio?

—Algo más importante. Los dos te queremos y te admiramos.

La respuesta de Victoria fue un beso que dijo todo lo que sentía pero que no alcanzaba a expresar: gratitud, amor y el consuelo de estar con alguien que la conocía de verdad.

Más tarde, cuando ya se disponían a dormir, ella apoyó la cabeza en su pecho. El ritmo familiar de los latidos de su corazón bajo su oído era más relajante que cualquier máquina de sonidos blancos.

—Mañana por la tarde vendrá más nieve —murmuró él, mientras su mano trazaba patrones lentos en la espalda de ella.

—¿Pero la mañana parece despejada?

—Sí. Alex tendrá su oportunidad.

Victoria se quedó dormida, cálida y segura en los brazos de Ned mientras la tormenta azotaba el edificio, raspando el tejado como un depredador que busca un punto débil.

Algún tiempo después, un movimiento repentino de Ned la despertó sobresaltada. Él estaba incorporado, con la cabeza ladeada, escuchando. La habitación estaba a oscuras, a excepción del tenue brillo del reloj digital.

—¿Has oído eso?

—No. No he oído nada. ¿Qué es?

—Como un rugido. Lejano pero... —Se detuvo a mitad de la frase, siguiendo a la escucha.

Victoria contuvo el aliento. Una puerta se abrió y se cerró en algún lugar del pasillo. —¿Truenos?

—Quizá. —Ned permaneció tenso e inseguro a su lado.

Finalmente, volvió a relajarse sobre las almohadas y su respiración se hizo más profunda.

La mente de Victoria no se aquietaba. Intentó convencerse de que solo era el estrés del viaje, las ganas de que todo saliera bien con Alex y Minka, el estar en un lugar nuevo, pero era principalmente la tormenta de nieve.

Al final, volvió a dormirse, sin saber que el clima ya había asestado su primer golpe peligroso.

La alarma interna de Victoria la despertó de golpe en la oscuridad previa al amanecer. Algo iba mal. Recordó que Ned la había despertado durante la noche. Había oído sonidos extraños a lo lejos. Los detalles estaban borrosos ahora.

Alargó la mano por la cama y encontró su hombro cálido. Seguía allí. Pero la sensación de que algo no encajaba persistía, ese familiar hormigueo de inquietud que no podía ignorar.

Saliendo de la cama, caminó hacia la ventana en calcetines, descorrió las cortinas y se quedó sin aliento.

Pinos descomunales de al menos un siglo de antigüedad yacían destrozados sobre la nieve. Ramas gigantescas colgaban en ángulos antinaturales, arrancadas de sus troncos por el puro peso de la nieve y el hielo acumulados. El bosque sano de ayer era ahora un cementerio de madera astillada y escombros.

Ned se movió detrás de ella.

—Tienes que ver esto —susurró ella.

Él se unió a ella en la ventana, rodeándole la cintura con los brazos. —Vaya. Parece que ha llegado el apocalipsis.

Los árboles caídos habían soportado décadas de clima invernal, pero no habían podido resistir las condiciones de ayer. ¿Qué más habría devastado la tormenta durante la noche? Pensó en lo que Alex les había contado. La nieve pesada también significaba peligro de aludes.

Tras una sesión rápida de flexiones y abdominales, se ducharon, se vistieron y bajaron. Las puertas del ascensor se abrieron ante una escena ruidosa y caótica en el vestíbulo. La gente rodeaba la recepción. Fragmentos de conversación destacaban entre el barullo: «...no se puede pasar...», «...bloqueada...», «...no saben cuánto tiempo...».

Otro grupo de huéspedes merodeaba frente al restaurante. Al principio, Victoria pensó que estaban esperando mesa, pero había muchos sitios vacíos dentro.

Una empleada del complejo con el nombre «Bella» en su placa se acercó apresuradamente con unas cartas. —Siento el retraso. Nos falta personal en todas partes hoy y estamos haciendo lo que podemos. —Su sonrisa era forzada.

—¿Por qué? —preguntó Victoria—. ¿Qué está pasando?

—Mucha de nuestra gente no puede llegar por la avalancha.

—¿Avalancha? ¿Dónde? ¿Cuándo ha ocurrido? —Los pensamientos preocupados de Victoria volaron hacia Alex. ¿Estaría bien?

—Anoche. Un poco después de las diez y media. Hubo un deslizamiento masivo a una media milla de aquí, quizá más. Ha bloqueado la carretera de acceso en varios puntos.

Ned se volvió hacia Victoria. —Eso debe de ser lo que he oído.

—Algunas personas oyeron el estruendo. Otras lo sintieron. —Bella se encogió de hombros—. Diferentes zonas del complejo, diferentes... no sé,

acústica o lo que sea. Pero la mayoría se está enterando al bajar a desayunar.

Victoria sintió una punzada de culpa. ¿Cómo había podido no enterarse? —¿Cómo de grave es la situación?

—La carretera está impracticable. Nadie entra ni sale hasta que las cuadrillas puedan despejarla, y con otra tormenta en camino, no será pronto. Pero oigan, han venido a esquiar, ¿verdad? Las pistas son seguras. Nuestra patrulla de esquí las vigila día y noche. Tenemos un respiro en el tiempo. Y tenemos comida de sobra. No el menú completo, claro. Los huevos se entregan cada mañana, así que se nos acabarán antes de que termine el desayuno, pero nadie se va a morir de hambre. Síganme, les daré una mesa.

Victoria reprimió el impulso de exigir información. —¿Todo el mundo está bien? Quiero decir, ¿ha habido algún herido? —preguntó mientras ella y Ned seguían a Bella por el restaurante.

Bella negó con la cabeza. —No. Nuestra patrulla de esquí se dio cuenta de que podría haber un problema y puso barricadas para cerrar la carretera antes del deslizamiento. No es propiedad del complejo, se supone que no es nuestra responsabilidad, pero estaban atentos. Quién sabe qué habría pasado si no lo hubieran estado. —Se detuvo ante una mesa junto a la ventana—. Volveré pronto con el café.

La mujer pelirroja, Maura, se les acercó. Se había recogido el pelo largo en un moño desordenado. —¿Podéis creer esta pesadilla? —preguntó—. Le dije a Jason que deberíamos habernos ido ayer. ¿Me hizo caso? Por supuesto que no. Ahora estamos aquí atrapados como prisioneros. Dicen que las cuadrillas ni siquiera pueden empezar hasta que estén seguros de que no habrá más deslizamientos. Podríamos estar aquí estancados una semana.

Una sensación de pavor familiar subió por la columna de Victoria. No estaba segura de cuánto de lo que decía Maura era un hecho y cuánto un rumor. Una vez que la gente fuera plenamente consciente de que estaba atrapada, sus nervios podrían desmoronarse a un ritmo frenético.

A un camarero se le cayó una bandeja con vasos cerca de allí. El estrépito del cristal rompiéndose cortó el comedor como un disparo. Las conversaciones se detuvieron. Las cabezas se giraron. La joven camarera miró el desastre, con el rostro encendido por la vergüenza y el estrés.

El teléfono de Victoria sonó con un mensaje de Alex.

Cambio de planes. No podemos vernos. La mitad de mi equipo no puede llegar. Ocupándome de la respuesta a la avalancha.

Victoria pulsó las teclas tan rápido como pudo. *¿Qué hay de Minka? ¿Consiguió llegar?*

Golpeó el suelo con el pie bajo la mesa mientras miraba fijamente el teléfono, esperando la respuesta de Alex. Nunca llegó.

Los altavoces del techo emitieron un rápido zumbido y luego la voz de un hombre llenó el comedor.

—Buenos días, señores huéspedes. Les habla Peter Stanhook, el gerente de Black Ridge. Como habrán oído, anoche se produjo una avalancha en la carretera de acceso que lleva al complejo. La carretera está bloqueada, lo que significa que, por el momento, no podemos abandonar la propiedad. Sin embargo, quiero abordar cualquier preocupación sobre su seguridad. El deslizamiento ocurrió en una ladera diferente a la de nuestras pistas de esquí. Nuestras pistas siguen siendo seguras y continuamos vigilándolas. Les proporcionaremos actualizaciones a medida que recibamos información sobre cuándo se abrirá de nuevo la carretera. Gracias por su paciencia y comprensión.

El anuncio hizo poco por aliviar la tensión en la sala. Los murmullos ansiosos continuaron mientras los huéspedes procesaban la información.

Bella regresó con el café y les tomó nota.

Victoria soltó un suspiro y miró a su alrededor, inspeccionando el comedor. A su izquierda, una madre convencía a su hija para que comiera unos bocados más de tortita.

La niña dejó el tenedor. —Mamá, ¿qué es una avalancha?

—Es cuando mucha nieve se desliza por una montaña toda a la vez, como una ola gigante.

—¿Como una cascada de nieve?

—Sí, exactamente, cielo.

—¿Cómo pasa?

Su madre miró a su marido antes de responder. —Cuando hay demasiada nieve en ciertos lugares, la nieve simplemente se suelta.

El padre se inclinó hacia delante. —Aquí no pasará nada. El complejo es seguro.

En la mesa de al lado, un hombre mayor daba malas noticias a sus acompañantes. —No os molestéis en llamar por los vuelos. Se está

cancelando todo. Las aerolíneas ni siquiera quieren hablar de reprogramaciones.

La mujer que lo acompañaba se retorcía las manos. —Solo traje medicación para cuatro días. ¿Y si nos quedamos aquí atrapados más tiempo?

La mayoría de estas personas probablemente no se habían enfrentado a nada peor que un vuelo retrasado o un corte de luz. No estaban preparadas para una pérdida total de control.

Haber crecido en una familia rica no los había protegido a ella y a Alex del trauma. El secuestro y la muerte de su madre habían hecho añicos cualquier ilusión de seguridad. Eso es lo que impulsó a Victoria a entrar en el FBI. Desde entonces, varias situaciones le habían demostrado que, en un desastre, los seres humanos a menudo se convertían en las mayores amenazas. Había visto el pánico extenderse como la pólvora, transformando a personas racionales en personas desesperadas. La civilización era más sutil de lo que la mayoría creía. Pronto verían las grietas.

Ned miró por la ventana hacia un mundo de color blanco. —Debería llamar a la clínica para avisarles de que puede que no vuelva cuando dije. Ver si el doctor Harris puede quedarse más tiempo, si llega el caso, o si Melissa debería empezar a cancelar mis pacientes.

—Veamos primero a qué nos enfrentamos. Todo lo que tenemos ahora es información de segunda mano.

—¿Quieres ir en coche hasta el lugar de la avalancha?

—Sí. Necesito ver cómo de grave es. No podemos quedarnos aquí sentados esperando actualizaciones.

—Me parece bien. Vayamos a mirar después de comer.

Cuando llegó la comida, Victoria dio unos mordiscos a una tostada. Se le había ido el apetito. Eso es lo que le pasaba cuando se ponía nerviosa. Sorbió su café y esperó mientras Ned devoraba su desayuno.

Poco después de salir del restaurante, estaban en su SUV Tahoe de alquiler, conduciendo hacia la única ruta de bajada de la montaña para ver si realmente estaban atrapados.

CAPÍTULO 6

Los empleados del complejo habían limpiado la nieve de la carretera hasta llegar al bloqueo, a casi un kilómetro de distancia del recinto.

Ned y Victoria no eran los únicos que querían ver los daños con sus propios ojos.

Coches, todoterrenos y camionetas abarrotaban el mirador, con los motores aún haciendo clic bajo el aire gélido. Justo después de la zona de aparcamiento, una barricada de caballetes, conos naranjas y bloques de cemento se extendía por toda la carretera de acceso. Victoria imaginó a Alex, Jordan y el resto del equipo de patrulla colocando esos bloqueos después de haberla dejado anoche. Su trabajo no terminaba nunca.

Victoria se ajustó la chaqueta mientras ella y Ned se unían a la multitud congregada en el borde de la barricada. El viento aullaba a través del paso de montaña, trayendo consigo el crujido ocasional de la nieve asentándose en el campo de escombros. Casi todo el mundo tenía el móvil fuera, capturando la impactante escala de la devastación. Victoria reconoció la energía de la multitud. No era la curiosidad morbosa que la gente siente al ver desastres en las noticias, sino miedo e ira en estado puro. Inventarios mentales de todo lo que ahora estaba amenazado o perdido. Bocas abiertas. Nadie podía apartar la vista.

El alud había excavado un canal enorme montaña abajo, de al menos cien metros de ancho, arrasando con todo a su paso y levantando una barrera impenetrable entre el complejo y el mundo exterior.

Árboles enormes arrancados de raíz sobresalían ahora de la nieve junto a rocas, como las entrañas de una herida abierta. Un pino desplazado colgaba de la ladera con un ángulo imposible. La amalgama caótica de destrucción cubría la carretera, haciendo que pareciera formar parte de la montaña, como si nunca hubiera existido una carretera allí. Una señal de «Peligro: Desprendimientos» asomaba torcida entre un altísimo montón de nieve.

Victoria analizó la dinámica de la multitud. Una pareja de mediana edad hacía fotos. El padre del restaurante rodeaba a su hija con un brazo protector. El grupo de veinteañeros de anoche sacudía la cabeza con asombro, haciéndose selfis con la destrucción. Cada persona procesaba las crisis de forma distinta. Algunos se convertirían en problemas.

Un golpe seco emanó de algún lugar a su alrededor.

Alguien jadeó. — ¿Qué ha sido eso?

Un estruendo sordo rodó por el aire. Todos miraron hacia arriba mientras una corriente de nieve suelta bajaba desde la cresta. Quienes tenían buen instinto de supervivencia retrocedieron. Otros se acercaron más para ver mejor. La multitud se quedó en silencio sepulcral hasta que el sonido se desvaneció y la nieve dejó de moverse.

Victoria no podía evitar repasar los aterradores hechos en su mente. Si la nieve acumulada en la cima de las montañas volvía a moverse como lo había hecho anoche, todas las personas que estaban allí estarían a su merced, tan indefensas como insectos en su camino.

El pensamiento le provocó un mareo y un pico de náuseas en el estómago vacío. Se inclinó hacia delante con las manos en los muslos, obligándose a respirar hondo.

—¿Victoria? Oye, ¿estás bien? —La voz de Ned parecía venir de muy lejos, pero sentía su mano en la espalda. Se colocó de forma que bloqueaba la vista de la multitud, protegiendo su momento de vulnerabilidad.

—Estoy bien —logró decir, aunque su propia voz le sonó extraña—. Dame un segundo. —Mantuvo la cabeza gacha y los ojos cerrados, esperando a que pasara la sensación de vértigo. *Cálmate. Estás bien. Estás a salvo.*

Ned se quedó cerca.

—Tómate el tiempo que necesites.

Cuando Victoria se incorporó, se sentía temblorosa pero bajo control. Lo peor había pasado. Ned le lanzó una mirada inquisitiva y ella asintió para que supiera que estaba bien.

Un hombre con una chaqueta de la patrulla de esquí de Black Ridge se dirigía a la ansiosa multitud, asegurándoles que pese al alud de allí, las pistas eran seguras, por ahora. En su placa de identificación ponía «Tom» y, aunque su voz se mantenía firme, no quitaba ojo a la cresta que se alzaba sobre el campo de escombros, como si tuviera miedo de apartar la vista. —Los aludes son siempre un riesgo en esta carretera cuando cae tanta nieve... pero en el complejo todo está bien. No hay peligro de deslizamientos allí.

—Con todos estos daños, ¿cómo han sobrevivido las líneas eléctricas y el servicio de telefonía? —preguntó Ned.

—Las líneas eléctricas no siguen el mismo camino que la carretera de acceso. Tienen una ruta más directa. Las torres de telefonía nunca se colocan en zonas de aludes, así que por ahí también estamos bien.

Victoria agradeció esa noticia. No podían irse, pero mientras tuvieran comunicación, no estaban aislados del mundo.

Un joven sin gorro y con el pelo al rape preguntó:

—¿Cuánto tardarán en empezar a despejar?

—Depende del tiempo —explicó Tom—. El ayuntamiento no traerá la maquinaria hasta que la nieve esté estable. El deslizamiento ha bloqueado dos puntos, y tendrán que despejar primero el bloqueo de más abajo antes de poder llegar a este tramo. Todo el mundo debería volver al complejo. Allí es seguro.

—Esta tarde viene otra tormenta —refunfuñó alguien. La persona se abrió paso hacia delante. Era Maura, con su pelo pelirrojo bajo una gorra turquesa—. ¿Cómo saben que no hay nadie enterrado bajo todo eso?

—Cerramos la carretera. —Tom señaló la barricada que tenían delante.

—¿Cerrada con esos trastos? —Maura miró los caballetes con asco—. Cualquiera lo bastante desesperado por irse podría haberlos movido.

Mientras Victoria examinaba el inmenso campo de escombros, le asaltó otra pregunta. ¿Había habido bloqueos en ambos lados de la zona del deslizamiento?

¡Minka! El pensamiento la golpeó como agua helada. Minka podría haber estado conduciendo por allí cuando la montaña cedió.

Con su imaginación volando hacia las posibilidades más oscuras, Victoria agarró su teléfono y pulsó el contacto de su cuñada. Cada tono le pareció

eterno.

—¿Victoria?

—Sí, hola. —Victoria reprimió un sollozo.

—Por favor, dime que estáis todos bien —la voz de Minka era afilada por la preocupación.

—Sí, aquí todo el mundo está bien, por lo que sabemos.

—Oh, menos mal. He estado pegada a las noticias desde que Alex me mandó un mensaje sobre el alud. ¿Cómo de bloqueado está? ¿Hablamos de unas horas o de días?

—Días. Lo estamos viendo ahora mismo. —Victoria buscó palabras para describir la devastación—. Es un desastre gigantesco. Como si la montaña se hubiera tragado la carretera.

—Siento mucho que os hayáis visto atrapados en esto. No es lo que imaginamos cuando os invitamos.

—No es culpa vuestra. Estas cosas pasan. Pero me preocupa Alex.

—A ti y a mí. Sin todo su equipo, intentará hacerlo todo él solo. Ese hombre se cree invencible. Durante una tormenta de nieve el invierno pasado, trabajó treinta y seis horas seguidas hasta que literalmente se desplomó.

—Estaré pendiente de él —prometió Victoria—. E intentaré informarme sobre los plazos para despejar el camino.

—Yo ya he llamado al supervisor del condado y al departamento de transporte del estado. Tendré respuestas en cuanto ellos lo sepan. —Tan dulce como era Minka, su convicción le recordó a Victoria por qué los abogados contrarios la temían en los tribunales.

La multitud de la barricada se había dispersado. El impacto inicial se estaba desvaneciendo, reemplazado por la realidad práctica de su situación. La gente regresaba a sus coches, algunos haciendo llamadas para gestionar la logística de quedarse en el complejo más tiempo de lo previsto.

—Debería dejarte —dijo Minka—. Cuidaos. Y gracias por cuidar de Alex. Te quiero.

—Yo también te quiero. Nos vemos pronto.

Mientras Victoria miraba fijamente la barrera de nieve y escombros, ese «pronto» no podía llegar lo suficientemente rápido.

CAPÍTULO 7

No podemos hacer nada al respecto —le dijo Ned a Victoria mientras contemplaban el bloqueo—. El tiempo aguanta por ahora y las pistas están abiertas. Volvamos al resort y esquiemos. El aire puro y el ejercicio ayudarán a que todo parezca mejor.

Una hora más tarde, Victoria y Ned estaban sentados juntos en el telesilla, con sus manos enguantadas entrelazadas. Ned la había convencido de que las pistas eran seguras. No estarían abiertas de lo contrario. Pero las cosas no parecían mejores todavía. Suspendidos en el aire y sin refugio contra los elementos, el viento cortante atravesaba cada capa de ropa. A Victoria se le estaban quedando los dedos helados a pesar de los guantes.

Debajo de ellos, un niño pequeño con una chaqueta verde bajaba la pista haciendo la cuña. Mientras lo miraban, perdió el equilibrio y aterrizó sobre su trasero. Un segundo después, se levantó con esa resiliencia que solo poseen los niños.

—No son las condiciones ideales para principiantes —dijo Ned—. Aunque toda esta nieve virgen hace que los aterrizajes sean más suaves.

Victoria siguió la progresión del niño. —Es mucho mejor aprender de niño. Tienen el centro de gravedad más bajo, pero lo que es más importante, no tienen miedo. Los niños no analizan los desastres potenciales como

nosotros. No se preocupan por huesos rotos, lesiones en la cabeza o desgarros de ligamentos. Simplemente se lanzan.

—Queda decidido entonces —Ned levantó sus manos y sonrió—. Cuando tengamos hijos, los pondremos a esquiar antes de que aprendan a caminar.

El comentario de Ned sobre los hijos quedó flotando en su mente. Podría ser un buen momento para hablar de su futuro juntos, pero la tormenta y el alud la tenían con los nervios a flor de piel.

—Es extraño que ahora estemos actuando como niños —dijo ella en su lugar—. Ignorando lo que ha pasado, lo que podría pasar todavía, y entreteniéndonos en las pistas.

—¿Qué más podemos hacer? ¿Entrar en pánico? ¿Sentarnos en nuestra habitación a mirar las paredes? Esto es lo mejor para la cordura de todos. Y no tenemos mucho tiempo antes de que llegue la próxima tormenta.

—Tienes razón. —Pero incluso mientras asentía, Victoria observaba las nubes que se congregaban en el horizonte occidental; su mente conjuraba escenarios terribles: escasez de alimentos, fallos eléctricos, emergencias médicas, la posibilidad de otro alud cuando llegara la siguiente tormenta.

—Ya estás otra vez. —Ned le apretó la mano—. Casi puedo oír los engranajes girando en tu cabeza. Intenta relajarte.

—No puedo evitar pensar en lo que podría salir mal. Prevenir es mejor que lidiar con las consecuencias.

—No depende de ti. No esta vez. Tú solo te dejas llevar. Intenta disfrutarlo.

Aquello la hizo reír a carcajadas hasta que sus pensamientos volvieron a rondar sus preocupaciones. La tormenta parecía moverse más rápido de lo que el servicio meteorológico había predicho ayer.

—¡Puntas arriba! —La voz del operario del remonte la devolvió al presente.

Cuando bajaron del telesilla, un miembro de la patrulla de esquí sostenía un gran cartel de cierre de pista. Con un movimiento de patinaje, Ned y Victoria se acercaron para ver si era Alex.

Él los vio y les dedicó un saludo militar impecable, seguido de un gesto con el brazo por encima de la cabeza.

Victoria sonrió y le devolvió el saludo, agitando su bastón en el aire.

—¿A qué ha venido eso? —preguntó Ned.

—Un saludo familiar que hacíamos de niños. Nuestra madre nos lo enseñó. Es una tontería.

Alex esperó a que llegaran hasta él. —Hola, chicos. Siento haberte dejado tirado esta mañana, Ned. Tenemos a cinco patrulleros cubriendo lo que normalmente hacen diez, y los cinco hemos estado en vela toda la noche. El resto de nuestro equipo está atrapado al otro lado de ese campo de aludes. Lo mismo le pasa a Minka. No ha podido llegar. Está en nuestro apartamento.

Victoria se subió las gafas y sintió que los ojos se le humedecían por el viento. —Lo sé. He hablado con ella antes.

—Una sincronización increíble. —Alex reajustó el cartel en su mano—. No es así como me imaginaba este fin de semana. No pensé que os quedaríais atrapados aquí.

Ned señaló el cartel: PELIGRO. PISTA CERRADA. —¿Vas a cerrar una pista?

—Lamentablemente, sí —resopló Alex—. Sinceramente, creo que estos carteles atraen a los idiotas como imanes. Ayer, un chaval pasó esquiando justo por delante de uno que acababa de poner. Fui tras él, y empeoró las cosas saliéndose de la pista y cruzando entre los árboles. Tiene suerte de que no nos hayamos matado ninguno de los dos.

—¿Qué le pasó? —preguntó Ned.

—Cuando llegamos abajo, lo eché. No puedo permitir que la gente ponga en peligro a los demás. No es la primera vez que ocurre. He lidiado con situaciones iguales, pero nunca me había enfadado tanto. De hecho, me temblaban las manos. Creo que cuanto más mayor me hago, más me doy cuenta de todo lo que tengo que perder.

Victoria sonrió. —Estábamos precisamente discutiendo el análisis de riesgos de camino aquí. Me alegra que aprecies los peligros inherentes a tu trabajo, Alex. No queremos que te pase nada.

—Podría decir lo mismo, Tori. Ese exaltado al que perseguí era un temerario, pero no era un asesino en serie ni un miembro de un cártel.

—Buen punto. —Ned se equilibró sobre su tabla, de brazos cruzados—. De todos modos, ¿cómo decidís cuándo cerrar las pistas?

—Evaluación de riesgos. —Alex consultó su reloj—. Aumento en las tasas de caídas en ciertas pistas, mala visibilidad cerca de los acantilados y ráfagas de viento de más de ochenta kilómetros por hora. —Su radio chisporroteó, interrumpiendo la conversación.

—Oye, Alex, soy Tom. Estoy en el garaje del equipo. Una de nuestras motos de nieve se quedó fuera y faltan las llaves. No están en el contacto, ni en los ganchos, en ninguna parte.

Alex frunció el ceño. —¿Qué máquina?

—La Polaris nueva. He preguntado a todos los de la patrulla. Nadie admite haberla usado. No sé cómo alguien entraría en el garaje para coger las llaves. Con la carretera bloqueada, he pensado que debía mencionarlo. Alguien podría intentar volver a casa por otro camino.

—Eso sería un suicidio —dijo Alex—. No hay forma segura de bajar la montaña ahora mismo, punto. Asegúrate de que el garaje del equipo permanezca cerrado con llave.

Alex terminó la transmisión. —Lo último que necesitamos es que un cliente intente irse y se mate. Perdón. ¿Qué estaba diciendo? Ah, sí. Las zonas de aludes son mi principal preocupación ahora. Cerramos cualquier zona que pueda dañar a la gente antes de llegar a ese punto.

Su radio volvió a sisear.

—Alex, aquí Sam. Estoy en la estación de Top Ridge. Registrando ráfagas de setenta y siete kilómetros por hora en la cima, y se están volviendo más fuertes. Ahora anuncian entre sesenta y noventa centímetros más de nieve para la mañana.

Alex frunció el ceño. —Puede que tengamos que cerrarlo todo antes de lo previsto. Evaluaré la situación y tomaré la decisión en menos de una hora.

Cerrarlo todo. Victoria repitió las palabras en su cabeza. Sin esquí no habría distracciones, solo quedarse en el refugio viendo cómo la tormenta se cerraba a su alrededor. Se obligó a respirar con normalidad.

—¿Podemos ayudarte? —preguntó Ned.

Alex saludó con la mano a un grupo de snowboarders. —Gracias por el ofrecimiento, pero os he traído aquí de vacaciones. Tal como se mueven las cosas, puede que las pistas estén todas cerradas para la tarde. Disfrutadlas mientras podáis.

Victoria recordó su promesa a Minka. Mientras Alex cuidaba de todos en el resort, ella tenía que asegurarse de que él no se matara a trabajar. —Tómate un descanso de quince minutos y come algo sano. Habla con nosotros.

—Tengo que dejar esto colocado. —Levantó el cartel—. Luego tengo una lista de zonas que comprobar antes de que las condiciones empeoren.

—Venga, Alex. Hemos venido desde tan lejos para verte. —Victoria no quería hacerlo sentir culpable, pero si eso servía para que bajara el ritmo cinco minutos, lo haría. Si se agotaba hasta la extenuación, no serviría de ayuda a nadie—. Solo un café rápido.

Alex la estudió a la cara y luego sonrió. —¿Te ha reclutado Minka para que me vigiles?

—Tal vez —admitió Victoria—. Y me alegra que tengas una pareja que te quiera y se preocupe por ti.

—Está bien. Diez minutos máximo. La verdad es que me muero de hambre. Pero os advierto, mi radio no parará y no puedo ignorar las llamadas. Dejadme colocar el cartel primero y luego comeremos algo.

Victoria y Ned esquiaron con Alex hasta la cima de una pista negra. Mientras él plantaba el cartel de cierre en el centro de la entrada de la pista, haciéndolo imposible de ignorar, recibió otra transmisión.

—Alex, soy Jordan. Estoy en el bosque junto a la pista Red Fox, y necesito que subas aquí. Ahora.

Alex volvió a fruncir el ceño. —¿No habíamos cerrado ya esa pista?

—Sí. Lo hicimos.

—Entonces, ¿cuál es la situación?

—Prefiero no explicarlo por radio. ¿Puedes venir?

—Puedo estar allí en veinte minutos.

—Me verás desde el telesilla —dijo Jordan—. Pero llega aquí cuanto antes.

La llamada terminó con un sonido estático, dejando un silencio incómodo.

Alex miró a Victoria y luego a Ned. —Tengo que ir a ver de qué se trata. Prometo que os veré más tarde. Cenaremos juntos. Como he dicho, esquiad mientras podáis.

Antes de que cualquiera de los dos pudiera responder, Alex se lanzó pista abajo, trazando giros rápidos mientras se dirigía hacia el telesilla que lo llevaría a la pista Red Fox.

Victoria lo vio desaparecer a lo lejos, con una sensación de inquietud instalándose en su estómago. Cuando la gente era reacia a explicar emergencias por radio, solía significar noticias terribles.

CAPÍTULO 8

Victoria descendió con esfuerzo por Blue Spruce Run, con los esquís desapareciendo en una nieve en polvo tan profunda que apenas podía controlar el descenso. La nieve se adhería a su equipo. Le ardían los cuádriceps por el esfuerzo de intentar que las puntas de los esquís no se hundieran bajo la superficie. A lo largo de la pista, los pinos se erguían alicaídos, casi con aspecto de derrota, y las ramas se arqueaban bajo el peso de la nieve de ayer.

Con tantas pistas cerradas, un flujo constante de esquiadores y snowboarders se zigzagueaba los unos a los otros en los recorridos restantes. Victoria se mantenía en alerta máxima, anticipando los movimientos de los demás. A diferencia de Alex, ella nunca había sido una loca de la velocidad, salvo en carreras con el recorrido despejado frente a ella. Disfrutaba tomándose su tiempo, de la sensación de equilibrio y control, haciendo que cada giro fuera deliberado y fluido.

A pesar de las condiciones, Victoria encontró el ritmo. La nieve polvo profunda exigía una concentración y una técnica absolutas. Cuando por fin se detuvo, levantando una estela de nieve en arco, sintió la satisfacción que produce superar un esfuerzo exigente.

Ned frenó en seco a su lado, frente al West Face Lodge. Habían estado allí ayer por la tarde para ir al baño y tomar un tentempié. Hacía menos de veinticuatro horas, cuando no tenían ni idea de que un alud los dejaría enjaulados.

Victoria se subió las gafas a la frente y se soltó las fijaciones.

Ned colocó sus equipos en el armero mientras empezaban a caer los primeros copos de nieve, horas antes de lo previsto ayer.

—Ya estamos otra vez —Victoria se sacudió la nieve de la chaqueta. Cada copo se sentía como una cuenta atrás hacia la pérdida total de control.

Ned sujetó la puerta para que salieran dos adolescentes, con los rostros encendidos por la emoción.

—¡Hawk, esto es una pasada! —exclamó uno—. ¡Está nevando otra vez!

Su amigo Hawk, que lucía una cresta morada y orejeras, sonrió mientras levantaba su móvil naranja neón—. Mi cuenta está echando humo. Si tan solo pudiéramos grabar un alud de verdad.

Ned sonrió con los dientes apretados—. Esperemos que no haya otro.

Hawk miró por encima del hombro—. ¿Estás de coña? ¡Quedarse atrapado aquí es lo más guay que me ha pasado en la vida! ¡Esto es oro puro para el contenido!

Victoria los vio alejarse con dificultad por la nieve, con su invencibilidad adolescente intacta. No estaba segura de qué pensar de su capacidad para ver aventura y oportunidad en lugar de un peligro inminente.

Dentro del refugio, casi todas las mesas estaban ocupadas. La gente se encorvaba sobre sus teléfonos, sin duda buscando actualizaciones sobre el alud, el progreso de la limpieza de las carreteras o la tormenta que se avecinaba.

—Al servicio —Victoria hizo un gesto hacia el fondo.

Ned señaló la fila de la cafetería—. Yo me encargo de la comida.

—Sopa, por favor. Cualquier cosa que lleve verduras. Y un sándwich de queso fundido —pidió ella antes de alejarse.

Tras pasar por el baño, Victoria ocupó una mesa y abrió la aplicación de seguridad de su casa para ver cómo estaban sus galgos. Estaban repartidos por las habitaciones, durmiendo la siesta, que era lo que hacían casi todo el día. Solo faltaba Oliver. Lo encontró en una cámara del jardón trasero, corriendo y deteniéndose bruscamente para olfatear algo. En Virginia hacía diez grados y el sol brillaba sobre las montañas Blue Ridge en un cielo despejado. No podía evitar echar de menos su hogar.

Un anuncio por megafonía interrumpió el murmullo del comedor.

—Atención, señores clientes: Debido al empeoramiento del tiempo, vamos a cerrar todas las pistas y remontes superiores con efectos inmediatos. Rogamos a todos los esquiadores y snowboarders que se dirijan a la parte baja de la montaña. Seguiremos vigilando las condiciones y nuestro objetivo es mantener abiertas las pistas inferiores para su disfrute mientras sea seguro. Gracias por su colaboración.

Hubo protestas a su alrededor, seguidas del arrastre de sillas mientras la gente recogía sus cosas para marcharse.

—Tenemos que llegar a la cima antes de que cierren los remontes —dijo alguien, provocando que Victoria pusiera los ojos en blanco y recordara lo que había dicho Alex sobre que las normas no iban con él.

Ned apareció unos minutos después con una bandeja de comida—. ¿Has oído eso?

—Difícil no oírlo —Victoria abrió su envase de sopa y comprobó que estaba medio lleno en comparación con las raciones de ayer.

El sándwich de Ned parecía anémico, con la lechuga mustia y poco relleno.

La pantalla de su móvil se iluminó junto a la bandeja.

—Oh, es Alex. Quizá esté libre para unirse a nosotros —Respondió a la llamada, presionando el móvil contra su oreja—. Hola, ¿puedes venir ahora?

—¿Victoria? —El viento rugía de fondo, dificultando que se le oyera—. ¿Seguís en la montaña?

—Sí, estamos en el West Face Lodge. Puedo pedir algo para ti.

—No puedo ir. Pero ¿podéis subir vosotros? A la pista Red Fox.

El tono de Alex hizo que Victoria se enderezara en la silla. Tenía veintinueve años, pero en ese momento, ella oyó a su hermano de doce años y la misma incertidumbre temerosa de cuando los secuestradores se llevaron a su madre, y la familia no sabía si volvería alguna vez a casa.

—¿Qué pasa? —preguntó Victoria, captando la mirada interrogativa de Ned y negando con la cabeza.

—Tenemos una situación aquí arriba.

Esas simples palabras la estremecieron—. ¿Qué tipo de situación?

—Necesito que mires algo. Podría ser la escena de un crimen.

La mano de Victoria se apretó alrededor del teléfono—. ¿En las pistas?

—Cerca de una, a un lado. En el bosque. El gerente general ya ha llamado al condado, pero no pueden pasar. Les he dicho que estás aquí, que eres agente especial del FBI y que te has encargado de casi todo. Espero que no te importe.

Ned la observaba. Ella se sintió ajena al ajetreo de la gente a su alrededor mientras entraba en ese estado de concentración que le sobrevenía con su trabajo.

—Está bien, Alex. No me importa. ¿A qué nos enfrentamos? ¿Es un accidente de esquí? —Mantuvo la voz baja para que nadie más allá de su mesa pudiera oírla.

—No lo parece. La mujer no lleva equipo de esquí. No va vestida para la montaña en absoluto. ¿Podéis echar un vistazo?

Victoria se volvió hacia los ventanales y la nieve que caía. La pista Red Fox bajaba por la parte trasera de la montaña. Solo la había esquiado una vez. Para llegar allí, tendría que volver a la cima—. Los remontes superiores no funcionan.

—Pondremos en marcha el remonte J para vosotros. Es el más cercano al West Face Lodge. ¿Podéis venir ya?

Cruzó la mirada con Ned al otro lado de la mesa—. Danos diez minutos para llegar al remonte.

Terminada la llamada, apartó su bandeja, pero luego se lo pensó mejor y cogió el resto del pan. No sabía cuándo volvería a comer.

—¿Qué sucede? —preguntó Ned, recuperando su guante caído bajo la mesa.

—La posible escena de un crimen. Alex ha sido bastante impreciso.

—Voy contigo.

Victoria asintió. La formación médica de Ned podría ser valiosa, y quería que estuviera con ella.

Su preocupación radicaba en el hecho de que Alex era un paramédico experimentado con una larga trayectoria en rescates. Durante sus siete años en la patrulla de montaña, lo había visto casi todo, incluyendo fracturas abiertas con huesos que sobresalían de las extremidades. Había coordinado rescates en aludes y recuperaciones trágicas. El invierno pasado, un snowboarder sin casco chocó contra un árbol y sufrió un traumatismo craneoencefálico grave. Alex mantuvo vivo al chico con un kit de trauma hasta que llegó el helicóptero médico. El neurocirujano que lo operó afirmó que el chico no habría sobrevivido sin la intervención de Alex.

Pese a todo lo que Alex había presenciado, lo que fuera que había encontrado en la montaña lo tenía conmocionado.

CAPÍTULO 9

Un hombre corpulento con nieve en la barba salió de la estación mientras Ned y Victoria se acercaban al remonte J.

—¿Eres la hermana de Alex? —gritó.

—Sí.

—La patrulla ha avisado por radio sobre vosotros. Señaló hacia la cima de la montaña, ahora envuelta en gris. ¿Sabéis hacia dónde os dirigís? Por Sam's Gully, bajando por la vertiente trasera hasta Red Fox Trail. La nieve polvo os llegará por la cintura allí arriba en este momento y, una vez que os metáis en esa ruta, ya no hay vuelta atrás. ¿Estáis seguros de que podéis con ello?

Victoria asintió, con la adrenalina agudizando ya sus sentidos, mientras Ned respondía:

—Estamos bien.

—Veréis señales de cierre al final de las pistas. Simplemente rodeadlas. Alex dice que no tiene pérdida desde el remonte. Apagaré este trasto en cuanto os bajéis. No puedo arriesgarme a mantenerlo en marcha con estas condiciones. El hombre se retiró a su caseta, dando un portazo para protegerse del viento.

El telesilla dio un tirón y luego salió disparado hacia delante, elevándolos en el aire. Victoria mantuvo una mano aferrada a la barra de seguridad. A su lado, Ned encogió la barbilla mientras la nieve resbalaba por sus gafas. Por delante y por detrás, las sillas vacías se balanceaban con un inquietante crujido metálico.

Este trayecto de subida ya resultaba más miserable que el anterior y desencadenaba más recuerdos que ella había luchado por reprimir. El terror paralizante del vuelo 745 cayendo, en espiral hacia un páramo helado. Días de temperaturas bajo cero y de preguntarse si sobrevivir al accidente había sido una bendición o una maldición. Había jurado no volver a experimentar esa impotencia jamás. Y, sin embargo, aquí estaban: prisioneros de una tormenta, con otra ventisca acercándose y aislados del mundo exterior.

Apretó los labios con determinación para mantener sus preocupaciones bajo control. «Son circunstancias totalmente distintas», se dijo. Nadie se había perdido. Tenían todo lo necesario y más. Si alguien requería atención médica grave, un helicóptero podría llegar hasta ellos. Al menos por ahora. Pero si las condiciones empeoraban... Puede que el chico de la cresta agradeciera la atención que eso conllevaría, pero ella no.

La visibilidad disminuyó a medida que ganaban altura. Los esquiadores que había debajo se convirtieron en fantasmales manchas de color entre el blanco arremolinado. Un muro sólido de nubes grises los presionaba por todos los flancos.

El trayecto pareció eterno. Cerca de la cima, el remonte se niveló y Victoria divisó destellos rojos en el bosque entre las pistas. Dos hombres con chaquetas de la patrulla de esquí destacaban sobre el paisaje blanco. Un perro con el pelaje de Elspeth se movía entre las figuras. Una camilla de rescate vacía yacía abandonada en la nieve, cerca de allí.

Uno de los hombres agitó el brazo por encima de la cabeza. No era su saludo de la infancia, pero supo que era Alex. Ella levantó su bastón en respuesta.

Tras otros cinco minutos de ascenso lento, llegaron a la cima. La nieve polvo en Sam’s Gully requirió que Victoria empleara cada ápice de su destreza para navegar por ella. Para cuando llegaron al enlace de Red Fox y esquivaron la señal de cierre, sus piernas estaban cansadas.

Alex salió de entre los árboles mientras ellos descendían por la pendiente. Tras él, Elspeth saltaba por la nieve como un ciervo, calzada con botas para protegerse las patas.

—Gracias por venir. —El viento amortiguó su voz—. Está ahí dentro.

—¿Con qué nos encontramos? —preguntó Victoria ahora que ella y su hermano estaban cara a cara.

—Una mujer. De veintitantos, casi treinta. Sin esquís ni tabla de snowboard. Lleva ropa de calle debajo de la chaqueta. Vaqueros. Botas normales. Hay una botella de champán vacía a su lado.

—¿Está viva?

Alex se cruzó de brazos.

—Desde luego que no.

—¿Signos evidentes de traumatismo?

—No sabría decirte. Está totalmente congelada y no hemos movido nada. No quería contaminar la escena por si no ha sido un accidente.

En el límite del bosque, donde la pista abierta se convertía en un laberinto de coníferas cargadas de nieve, se quitaron los esquís y siguieron el rastro existente. El esfuerzo de avanzar hundiéndose en la nieve profunda dejó a Victoria sin aliento.

—Hemos señalizado un perímetro. Alex señaló unos marcadores de colores que delimitaban una zona amplia alrededor de la escena. Grandes huellas de botas de esquí y pequeñas huellas de perro cruzaban el área. La contaminación era inevitable dadas las circunstancias.

El otro miembro de la patrulla de esquí bloqueaba parcialmente la visión del cuerpo que tenía Victoria, permaneciendo de espaldas a la escena.

—¿Jordan? —preguntó Victoria, recordando quién había llamado a Alex antes. No podía ver la cara del hombre bajo el pasamontañas y las gafas, pero por su corpulencia, parecía ser el mismo hombre que había conocido la noche anterior en el despacho de Alex.

—Sí. Gracias por subir hasta aquí para ver esto. —Jordan se mantenía rígido y erguido, con los bastones de esquí sujetos en una mano—. No he tocado nada.

Victoria asintió y luego bajó la vista para observar el cuerpo por primera vez.

CAPÍTULO 10

Victoria se quitó un guante y buscó el pulso en el cuello de la mujer muerta. El frío le mordía los dedos al descubierto y, como era de esperar, nada se movía bajo la piel helada. Se puso el guante de nuevo rápidamente.

Su pelo castaño se desplegaba alrededor de la cabeza de la víctima como un halo oscuro contra el suelo blanco. La nieve virgen cubría el cadáver, aunque no lo suficiente como para enterrarlo, lo que significaba que ella había llegado allí después de la nevada más fuerte de ayer. La mujer yacía de espaldas, con los brazos extendidos formando un ligero ángulo con el cuerpo y las piernas abiertas en una «V» poco profunda, casi como si hubiera estado haciendo un ángel de nieve antes de que la muerte se la llevara. Tenía los ojos abiertos y los labios entreabiertos. Su cuerpo había creado una impresión perfecta en la nieve. No se había movido desde que llegó a ese lugar.

Una botella de champán de color verde oscuro descansaba a su lado. Cerca de allí, un montón de vómito grumoso y congelado manchaba la nieve.

Jordan bajó la vista hacia el montón de vómito.

—Esto... eso he sido yo. La he encontrado y, bueno, no me ha dado tiempo a alejarme antes de que... de que pasara eso.

El entrenamiento militar solía implicar la exposición al trauma, a la sangre y a la muerte. Sin embargo, Jordan se había indispuesto en la escena del crimen. O bien había mentido sobre su experiencia militar, o aquel cuerpo le había afectado más de lo que debería. Tomó nota mental para preguntarle a Alex sobre los antecedentes de Jordan más tarde.

—¿Cómo la ha encontrado? —preguntó Victoria mientras una ráfaga de viento poderosa atravesaba los árboles. Unos montones de nieve blanca cayeron de las ramas y aterrizaron sobre sus hombros con golpes suaves que sintió a través de la chaqueta.

—La he visto cuando estaba haciendo una ronda de rutina. La habría visto antes si el equipo de patrulla no estuviera tan escaso de personal hoy. No somos suficientes para vigilar las pistas como deberíamos. No me esperaba esto. —Evitó su mirada y levantó la vista hacia el telesilla detenido y los asientos que se balanceaban con movimientos pequeños y bruscos sobre la ladera de esquí.

Victoria se acuclilló más cerca del cuerpo y hundió las rodillas en la nieve mientras observaba los detalles. Incluso muerta, con cristales de hielo cubriéndole las pestañas, las cejas y la piel, la figura era impactante. Poseía una extraña belleza camaleónica. Sus rasgos eran elegantes pero no definidos, el tipo de rostro que los maquilladores y fotógrafos adoraban porque podía convertirse en cualquier cosa. Dependiendo de su elección, probablemente podría parecer corriente y sencilla o, con el estilo adecuado, transformarse en una supermodelo de portada de revista.

La víctima llevaba vaqueros, ahora rígidos por el hielo. No iba vestida para esquiar ni para caminar por una montaña. Entonces, ¿qué estaba haciendo allí?

Ned permanecía de pie sobre el cadáver, examinándolo sin inmutarse.

—No veo heridas ni lesiones evidentes.

—Yo tampoco.

Victoria se quitó el guante de nuevo para registrar los bolsillos del abrigo y del pantalón de la víctima. No encontró nada. Ni cartera, ni identificación, ni teléfono.

Se puso en pie y escudriñó la zona inmediata, siguiendo con la mirada la superficie blanca alterada y la distancia hasta la pista de esquí más cercana. El frío hacía que le goteara la nariz y se presionó un pañuelo contra ella.

—¿Han buscado en una zona más amplia?

—Sí, hemos mirado por los alrededores —respondió Alex—. He traído a Elspeth para asegurarme de que no hubiera nadie más aquí arriba. Alguien que pudiera estar vivo aún. Elspeth no ha dado ninguna señal. Aparte de eso, como ella estaba muerta, no la hemos movido ni hemos tocado nada. Queríamos esperarla, ya sabe, por si acaso.

Ella se volvió hacia Jordan.

—Cuando llegó aquí, ¿vio algún rastro aparte de los suyos?

—No. Cualquier rastro ya estaba cubierto para cuando llegué.

Ya habían contaminado la escena. Dos hombres, un perro y, ahora, ella y Ned. Demasiada gente, pero inevitable dadas las circunstancias.

—Has dicho que la botella de champán estaba vacía. —Victoria estudió cómo estaba colocada en la nieve. No veía el corcho por ninguna parte.

Jordan levantó ambas manos.

—No he tocado nada —repitió—. Solo he visto que estaba abierta. Sin el sello. Eso es todo lo que quería decir.

Victoria miró del cuerpo al telesilla que colgaba por encima, calculando trayectorias y posibilidades. Las sillas seguían balanceándose, vacías y fantasmales en medio de la tormenta. ¿Se había caído la víctima? ¿La habían empujado? ¿O había subido allí por su cuenta?

La pista preparada más cercana estaba al menos a diez metros de distancia a través de una nieve profunda que a ella y a Ned les había costado atravesar con los esquís. ¿Cómo había llegado tan lejos una mujer con ropa de calle y botas de ante pensadas para las calles de la ciudad?

—Ya han hecho todo lo que yo habría hecho. Deberíamos bajarla de la montaña antes de que la tormenta empeore.

—Esto... ¿no debería tal vez comprobarle las muñecas, a ver si lleva una de esas pulseras de identificación? —sugirió Jordan.

—¿Pulseras de identificación? —preguntó Victoria, preguntándose por qué planteaba esa cuestión. Las mujeres adultas rara vez llevaban joyas con sus nombres grabados.

—Ya sabe, de esas que tienen información médica —añadió él.

La pregunta le resultó extrañamente específica. A veces, las personas que hacían sugerencias no solicitadas intentaban redirigir la investigación.

El pasamontañas y las gafas de Jordan ocultaban su rostro, pero no su lenguaje corporal. Se balanceaba de un pie a otro, incapaz de quedarse

quieto. La gente se inquietaba con el frío, pero también cuando tenía algo que ocultar.

—Podemos hacerlo cuando la tengamos a cubierto. —Victoria finalmente apartó la mirada de él.

El viento seguía arreciando. La temperatura no dejaba de bajar. Pronto, el clima haría imposible cualquier investigación.

—Entonces, ¿la pasamos ya a la camilla? —Jordan parecía ansioso por terminar con la escena y salir del frío. Probablemente también quería lavarse los dientes, después de haber vaciado el contenido de su estómago antes.

—Sí, pasadla a la camilla. —Victoria recogió la botella con las manos enguantadas. Por el peso, supo que estaba vacía.

No había nada más que pudieran hacer en la montaña. Una mujer joven estaba muerta y congelada. Podría haber sido un accidente. Un trágico error. Pero mientras Victoria echaba un último vistazo a aquel lugar tan extraño y remoto, a la víctima sin identificación y con ropa inadecuada, su instinto le decía lo contrario.

CAPÍTULO 11

Victoria bajó esquiando por la ladera junto a Ned, clavando los bastones en cada giro. Delante, Alex y Jordan guiaban el trineo de rescate con el cadáver cubierto entre ambos. Elspeth trotaba por el sendero de nieve compacta que el trineo iba creando.

El descenso les llevó más tiempo del esperado. El trineo de rescate resultaba aparatoso en la nieve cada vez más profunda, lo que les obligaba a detenerse con frecuencia para recolocar las manos y sortear a otros esquiadores. Durante las paradas, Jordan no podía dejar de juguetear con las manos.

A medida que bajaban, la tormenta se intensificaba. El viento arrastraba los copos de nieve en horizontal, creando un velo blanco que desdibujaba el enorme hotel frente a ellos. Sus huellas ya se estaban cubriendo de nieve fresca.

El cuerpo tapado atraía todas las miradas. La presencia de Elspeth corriendo por la nieve con sus botitas convertía la escena en un auténtico espectáculo. Los esquiadores se daban la vuelta para mirar dos veces al paso del equipo de patrulla. Algunos señalaban la camilla; otros a Elspeth. Para Victoria, la visión del cuerpo era un crudo recordatorio de que nadie era invencible. Para otros, toda la procesión parecía puro entretenimiento.

Dos chicos con tablas de *snowboard* —el chaval de la cresta y su amigo— aminoraron la marcha para seguirlos, grabando con sus móviles.

—¡Esto es oro puro! —gritó Hawk.

—¡Eh! Tened un poco de respeto —le espetó Ned, haciendo eco de los pensamientos de Victoria.

Al acercarse a la zona de la base, los esquiadores los señalaban. La noticia se estaba extendiendo. Una docena de personas se había congregado cerca de la entrada del hotel, ya con los móviles fuera y grabando.

Retazos de conversaciones ajenas hicieron que Victoria se estremeciera. —...se cayó de la silla...— —...había sangre por todas partes...— —...un alud en una pista trasera, por eso va el perro con ellos...—

Nada de aquello era correcto, y eso resultaba preocupante. La información falsa podía multiplicarse a una velocidad alarmante y sembrar el pánico. Eso era lo último que necesitaban en una estación de esquí donde todos estaban confinados sin forma de salir.

—Por favor, den un paso atrás —indicó Victoria mientras Alex y Jordan pasaban la camilla a un soporte con ruedas que los esperaba. La multitud retrocedió apenas unos centímetros, sin dejar de grabar con los móviles.

Con el equipo de invierno y después de haber estado a la intemperie, el calor del hotel resultaba sofocante. Mientras empujaban la camilla entre adornos navideños, una alegre canción de Navidad sonaba por el hilo musical. No era precisamente la banda sonora adecuada para su lúgubre procesión.

Las conversaciones se interrumpieron cuando los huéspedes dejaron de hacer lo que estuvieran haciendo para quedarse mirando el cuerpo cubierto. Algunos curioseaban desde la distancia, dejando espacio para que los patrulleros pasaran. Unos pocos se acercaron más, lanzando preguntas a Alex y Jordan.

Victoria observaba las reacciones de todo el mundo. ¿Quién parecía demasiado curioso? ¿Quién parecía nervioso en lugar de conmocionado?

Cuando las puertas del ascensor se abrieron con un tintineo mecánico, la radio de Alex se encendió.

—Alex, soy Corey. Todavía necesito que un miembro del equipo de patrulla evalúe las pistas del este y Smoke’s Ridge antes de que llegue esta ventisca. No puedo estar en todas partes a la vez.

—Recibido —respondió Alex, maniobrando su extremo de la camilla con una mano—. Jordan y yo nos estamos encargando de un asunto en el hotel,

pero uno de nosotros irá a revisar esas zonas en cuanto podamos.

—¿Por qué estáis dentro cuando necesitamos a todo el mundo aquí fuera? —preguntó Corey, con una frustración evidente.

Alex dio un último empujón a la camilla para colocarla dentro. —Como te he dicho, estaremos allí pronto. —Terminó la transmisión y volvió a enganchar su radio en la correa de la cadera.

—¿No vas a decírselo? —preguntó Jordan en voz baja.

—No por la radio —replicó Alex—. El equipo no necesita distracciones ahora mismo.

Victoria aprobó la discreción de su hermano, aunque solo era cuestión de tiempo que todos en Black Ridge supieran que una mujer había muerto allí.

En la planta inferior del hotel, el aire era cálido pero viciado, impregnado de un olor acre a café requemado. Cuando llegaron a la zona médica, un hombre de traje —de unos cincuenta años, de complexión atlética y pelo canoso— caminaba de un lado a otro con auriculares inalámbricos puestos. Se detuvo en seco al verlos.

—Este es Peter Stanhook, nuestro gerente general —dijo Alex—. Peter, te presento a mi hermana, la agente especial del FBI Victoria Heslin, y al doctor Ned Patterson, su prometido.

Los ojos de Peter se desviaron hacia el cuerpo cubierto y luego volvieron a Victoria. —Gracias a Dios que está usted aquí —dijo con voz ronca—. Esto es un problema muy grave.

CAPÍTULO 12

Hola. —El director caminó hacia ellos, y el taconeo de sus zapatos de vestir resonó en la bahía médica. Extendió una mano húmeda para saludarlos. Unas ojeras profundas le rodeaban los ojos, como si no hubiera dormido la noche anterior y hubiera lidiado con múltiples crisis antes de esta—. —He contactado con el sheriff del condado, pero no pueden llegar hasta nosotros. Nadie de las fuerzas del orden puede pasar.

—¿No viene la policía? —preguntó Jordan.

Peter sacudió la cabeza, y ese movimiento lento reflejaba horas de frustración—. —La carretera de acceso no es la única víctima de la tormenta de ayer. Están lidiando con un sinfín de emergencias y esperan que los problemas se multipliquen durante la noche. Puede que no lleguen hasta aquí en días. Mientras tanto, necesitamos saber qué le ha pasado a esta pobre mujer cuanto antes. Necesitamos respuestas sobre su muerte. —Se volvió hacia Victoria, con un rastro de desesperación en la voz—. ¿Cree que puede ayudarnos?

La difunta había perdido la vida en circunstancias inusuales. Necesitaban comprender cómo había muerto. Cada momento de espera ponía en peligro la investigación y, cuanto más tardaran, más se propagarían los rumores. Por esas razones, Victoria tampoco quería posponer la investigación, pero

debía seguir los procedimientos adecuados—. —Primero necesito hablar con el sheriff. No voy a extralimitarme en mis competencias jurisdiccionales.

El teléfono de Peter sonó. Lo miró y respondió con un seco: —«¿Thomas? ¿Qué pasa?». Tras escuchar, con los dedos presionados contra la sien, dijo: —«Diles a todos que no hay de qué preocuparse; todo el mundo está a salvo. Os informaré en cuanto tengamos información real». Colgó y se pasó una mano por el pelo revuelto—. En atención al cliente están asediados. Primero con las preguntas sobre el alud. Ahora con esto.

Su teléfono emitió un pitido de notificación. Luego otro. Lo miró fijamente y su piel se volvió cenicienta. Giró la pantalla para mostrarles un vídeo de su procesión bajando de la montaña: Elspeth bajando a saltos por la ladera detrás de la camilla cubierta. Ya tenía miles de reproducciones.

Antes de que nadie pudiera comentar nada, la estática de la radio de Alex interrumpió la tensión.

—Aquí Corey. Necesitamos otra descarga controlada para la cresta sobre Spruce Pine antes de que ceda, pero algunos senderos debajo todavía están abiertos.

—Ciérralos —dijo Alex sin vacilar—. Ahora. —Bajó la radio y se dirigió al grupo—. Estábamos trabajando en esa cresta esta mañana. No ha sido suficiente. Estamos cortos de personal en el más crítico de todos los días. Jordan y yo tenemos que volver ahí fuera.

—Sí, id. Los dos. —Peter se retorció las manos—. La seguridad es la prioridad número uno, pero tenemos que mantener los senderos abiertos el mayor tiempo posible. La gente necesita mantenerse ocupada.

Alex levantó la barbilla—. Mantendré las pistas abiertas si son seguras. Ese es mi trabajo. —Abrazó a Victoria y luego estrechó el hombro de Ned —. Gracias por tu ayuda ahí arriba.

Alex regresaba a la tormenta porque la gente dependía de él. Él y Jordan tenían vidas que proteger. Pero las reacciones de Jordan en la escena del crimen la inquietaban y no podía esperar.

—Alex, espera un momento.

Él se detuvo, con Elspeth a sus pies, y se dio la vuelta—. ¿Qué ocurre?

Ella miró de reojo a Jordan, que ya salía por la puerta, y bajó la voz—. ¿Jordan encontró el cuerpo?

La expresión de su hermano cambió, volviéndose más reservada—. ¿Por qué lo preguntas?

—Vi su reacción. Su lenguaje corporal cuando estábamos en el bosque, la forma en que...

—Victoria. —Alex la interrumpió, con voz firme pero no brusca—. No sé qué crees haber visto, pero si cuestionas la integridad de Jordan, te aseguro que confío en él ciegamente. Es mi mejor amigo aquí.

La convicción en la voz de su hermano era absoluta. Victoria asintió, dándose cuenta de que ya había presionado todo lo que debía por el momento—. Está bien. Solo quería preguntar.

—Jordan es un buen hombre. Estaba alterado por haber encontrado el cadáver. Cualquiera lo estaría. Pero he trabajado con él tres años. Conozco su carácter. Es un poco mujeriego, pero es honesto al respecto y nunca ha cruzado ninguna línea que importe.

—De acuerdo, gracias. Ten cuidado. —Le dio un rápido abrazo.

La lealtad de su hermano era admirable, pero las personas cercanas a nosotros aún podían ocultar secretos.

CAPÍTULO 13

Mientras Alex y Jordan se adentraban de nuevo en la tormenta, Peter se volvió hacia Victoria, con la ansiedad emanando de cada uno de sus poros. —Entonces, una vez que hable con el sheriff, ¿podría ayudarnos a determinar qué ha pasado? Antes de que la gente se ponga en lo peor.

Victoria se preguntó cuál sería su definición de «lo peor». ¿Asesinato? ¿Negligencia? ¿Más mala publicidad? —Sí —respondió ella—. Puedo empezar con las evaluaciones preliminares en cuanto tenga la autorización.

Peter llamó al sheriff y luego dejó el teléfono sobre la mesa. Se amontonaron alrededor de la pequeña pantalla, observando a un hombre de unos sesenta años que llevaba un sombrero de vaquero. Detrás de él, un centro de operaciones bullía con la actividad propia de una crisis. Varios despachadores con consolas de radio gritaban coordenadas por sus auriculares. Las pantallas montadas en la pared mostraban el radar meteorológico con ráfagas de colores intermitentes y el fondo constante de teléfonos sonando pintaba la imagen de una región bajo asedio.

—Solo puedo dedicarles unos minutos —dijo el sheriff sin mirar a la cámara—. ¿Cuál es su situación?

Peter se mostró totalmente profesional. —Sheriff Wilson, esta es la agente del FBI que le mencioné. Victoria Heslin.

El sheriff se volvió entonces hacia su cámara; tenía los ojos cansados y con bolsas bajo ellos. —Agente Heslin. Sé quién es usted y es un honor conocerla, aunque ojalá fuera en mejores circunstancias. Tengo entendido que están en Black Ridge y que han recuperado un cuerpo en circunstancias sospechosas.

—Así es —respondió Victoria—. Una mujer fallecida, de entre veinticinco y treinta y pocos años, hallada en el bosque junto a una pista de esquí. Las circunstancias activan alarmas inmediatas.

—¿Causa de la muerte?

—Indeterminada, a falta de examen.

Él se quedó callado unos segundos, con el rostro curtido pensativo. —¿Qué confianza tiene en su evaluación preliminar? ¿Hay alguna posibilidad de que haya sido un trágico accidente?

Victoria resumió los factores clave: la vestimenta inapropiada de la víctima, la falta de identificación y la ubicación remota.

—En circunstancias normales, tendría a mi gente allí en una hora. Pero con tres condados declarando el estado de emergencia y la Guardia Nacional activada... —Se frotó la mandíbula—. Si involucro al FBI y esto resulta ser una muerte accidental, tendré papeleo para meses. Pero si es un homicidio y me retraso...

Miró directamente a la cámara. —Agente Heslin, solicito la asistencia del FBI dadas las circunstancias de emergencia. Tiene plena autoridad para investigar hasta que mi gente pueda llegar al lugar.

Se inclinó más hacia delante y su rostro llenó la pantalla. —Manténgame informado.

Victoria miró a Ned, que asintió casi imperceptiblemente. —Puedo realizar las evaluaciones iniciales y mantenerlo informado.

—Excelente —dijo el sheriff Wilson—. Peter, si esto es un homicidio, tener a una agente del FBI allí podría ser la mejor oportunidad que tengan todos para contener la situación.

Cuando terminó la llamada, Victoria sintió que el peso de la responsabilidad caía sobre sus hombros. Si se trataba de un asesinato, el asesino podría estar confinado con ellos, escondido entre el personal y los huéspedes, probablemente vigilando cada movimiento que hicieran.

Miró el cuerpo cubierto y luego el rostro ansioso de Peter. Era hora de averiguar a qué se enfrentaban.

A la de tres, Ned y Peter trasladaron el cuerpo de la camilla a una mesa de examen médico.

Peter se quitó la chaqueta del traje y se arremangó. Flexionó los dedos como si intentara sacudirse una sensación desagradable. —No puedo creer que seamos nosotros quienes hagamos esto. Esta mesa es para lesiones y mal de altura, no para autopsias.

—Nadie va a hacer una autopsia aquí —le corrigió Victoria mientras se quitaba el abrigo—. Solo un examen externo sencillo.

A pesar de la falta de equipo adecuado y de un equipo forense, los fundamentos seguían siendo los mismos: observar, documentar, analizar.

—¿Ha examinado un cadáver antes? —preguntó Peter.

—Sabe lo que hace —respondió Ned antes de que Victoria pudiera contestar—. Victoria ha asistido a más autopsias que la mayoría de los médicos. Dirigió el grupo de trabajo que atrapó al Asesino de los Números en D. C. hace unos años.

Peter abrió mucho los ojos. —¿La asesina en serie? Recuerdo aquel caso. ¿Fue usted?

Ned asintió. —Y lo del estudiante universitario desaparecido en Cancún, Avery Jennings. Victoria representó al FBI en esa investigación.

—Vaya currículum —silbó Peter mientras caminaba hacia la ventana—. Hemos tenido muertes aquí antes. Ataques al corazón, derrames, alguna lesión mortal, pero nada tan extraño como esto. —Se retorció las manos—. Dios, necesito que abran esa carretera. Por cierto, no era responsabilidad nuestra. Ese tramo de la carretera pertenece a la ciudad. —Metió la mano en el bolsillo y dejó caer dos pastillas blancas en su palma—. Aspirina —explicó, tragándoselas en seco—. Entre la avalancha, la pesadilla de las redes sociales y ahora esto, tengo un dolor de cabeza tremendo. Y todavía tenemos otra tormenta con la que lidiar hoy. —Agitó el frasco—. ¿Quieren alguna?

—No, gracias —respondieron Ned y Victoria al unísono.

Ella necesitaba asegurarse de que lo documentaban todo correctamente. Si esta mujer había sido víctima de un crimen, como sospechaba Victoria, tenían que ser minuciosos. Cada prueba importaba. Los errores no se sostenían ante un tribunal.

Sus botas de esquí resonaban con fuerza sobre el suelo de baldosas mientras se movía alrededor de la mesa.

—Iré a por nuestros zapatos normales al vestuario —dijo Ned—. Vuelvo enseguida.

Peter mantenía las distancias con el cuerpo. —Ojalá supiéramos ya qué ha pasado.

—Veamos si podemos averiguarlo —dijo Victoria—. ¿Puede grabarlo todo? Nos protegerá a todos desde una perspectiva legal.

Peter preparó la cámara de su teléfono.

La mujer sobre la mesa vestía vaqueros de marca, botas de ante, un abrigo de invierno y guantes de cuero negro. Un atuendo perfecto para estar en el hotel después de esquiar, pero inapropiado para estar a la intemperie en una montaña cubierta de nieve.

Mientras Peter filmaba, Victoria registró los bolsillos de la mujer una vez más, pero siguió sin encontrar nada. La víctima era la hija de alguien, o su esposa, o una madre joven. ¿Tendrían alguna idea de que estaba muerta?

Ned regresó con los dos pares de zapatos.

—Gracias. —Victoria se sentó en un banco para quitarse las botas de esquí—. Necesito recoger pruebas relacionadas con una posible agresión sexual. Es el procedimiento estándar para cualquier muerte femenina sin explicar, y las pruebas podrían degradarse en los próximos días.

—¿Cree que fue agredida? —preguntó Peter, palideciendo.

—Aún no lo sé. Normalmente, una enfermera haría el examen, pero yo no tengo esa formación. —Victoria hizo una pausa, sopesando sus opciones —. Lo que sí puedo hacer es tomar algunas muestras externas. Si hubo contacto sexual, podría haber pruebas de ADN en su ropa interior o en la cara interna de los muslos. No es lo ideal, pero es mejor que perder pruebas mientras esperamos a que se abra la carretera de acceso. —Miró alrededor del pequeño espacio—. ¿Tiene bastoncillos de algodón? ¿Y bolsas para pruebas o recipientes pequeños?

Peter señaló una fila de armarios.

—¿Tienen material para huellas dactilares?

—No lo creo. ¿Por qué íbamos a tenerlo?

—¿Un tampón de tinta? —Victoria examinó las superficies de la sala médica.

—Hay uno en la recepción —ofreció Peter.

—Necesitaré eso y un poco de papel blanco limpio. El papel de fotocopiadora sirve.

—Iré a por esas cosas —dijo Peter, contestando al teléfono mientras salía.

Victoria y Ned registraron los armarios sin hablar.

Fuera, el aullido del viento era un recordatorio constante de la tormenta. Las luces fluorescentes de la enfermería parpadearon y las sombras bailaron por los estantes.

Ella localizó un termómetro digital mientras Ned encontraba los bastoncillos.

Peter regresó. —Se están haciendo virales más vídeos. Los de la oficina central van a querer respuestas que no tengo. —Miró a Victoria con desesperación—. ¿Cuánto falta para que sepamos qué la mató?

—No puede responder a eso todavía. —La voz de Ned tenía una dureza que no estaba ahí antes—. Lleva tiempo hacer esto bien y ella acaba de empezar.

Peter le entregó los suministros solicitados. —¿Servirán estos?

—Sí, gracias. —Victoria aceptó el tampón de tinta y el papel. Llevando guantes de látex, retiró el guante derecho de la víctima, revelando unas uñas sin pintar. Los dedos congelados estaban rígidos, más parecidos a la mano de un maniquí que a la de un ser humano. Victoria presionó cada dedo contra el tampón de tinta y luego trasladó las huellas al papel.

Peter observaba desde varios pies de distancia, con los brazos cruzados sobre el pecho. —Esto es... —Apartó la mirada cuando Victoria manipuló el brazo del cadáver para conseguir un ángulo mejor—. Lo siento, no suelo ser aprensivo, pero esto es simplemente... no sé. Perturbador.

Victoria completó el juego completo de huellas, etiquetando cada una. —No son perfectas, pero sirven para la identificación si llegara a ser necesario.

Cuando levantó la muñeca de la víctima para fotografiar sus pulseras, algo bajo las joyas llamó su atención. Deslizó las tiras hacia arriba, revelando un pequeño tatuaje en la parte interna de la muñeca de la mujer. Una estrella tosca con líneas desiguales.

—Tinta de prisión —dijo Victoria.

Ned miró más de cerca. —¿Estás segura?

—Sin duda. Es un trabajo rudimentario. Los internos tienen pocas opciones. Otros presos hacen los tatuajes. Cada centro tiene una versión de esto. —Fotografió el tatuaje antes de dejar que las tiras de la pulsera volvieran a su sitio.

—No parece alguien que haya cumplido condena —observó Ned.

—Podría haber sido un delito de guante blanco. Una sentencia corta. Lo sabremos cuando coteje sus huellas. Esa es la buena noticia. Si tiene antecedentes, sus huellas estarán en el sistema.

Colocó las fichas de huellas dactilares improvisadas en una bolsa de plástico y prosiguió, echando mano a la cremallera de la chaqueta de la víctima. Tiró de ella y lo que encontró debajo le produjo un escalofrío por todo el cuerpo.

CAPÍTULO 14

Victoria se quedó mirando el jersey de la desconocida. Era uno que reconocía. Negro y plateado, con un característico dibujo de punto en el cuello. Un desgarrón de unos cinco centímetros estropeaba el tejido en el lado izquierdo, como si se hubiera enganchado con un objeto punzante.

Había visto un jersey idéntico ayer mismo, puesto en la mujer que se giraba la muñeca y las pulseras en un gesto compulsivo.

La mirada de Victoria volvió a bajar hacia las pulseras negras en la muñeca de la víctima. Cinco hilos distintos de cuentas de ónice conectados por eslabones de plata.

Edad similar. Complexión similar. Pelo castaño. El jersey y las pulseras.

Victoria estudió el rostro de la difunta, intentando hacer coincidir los rasgos con las imágenes de su memoria. Recordó la expresión de asombro en la cara de la mujer cuando su acompañante se marchó tras lo que pareció ser una discusión en el bar.

¿Qué había pasado entre anoche y esta mañana?

Un dolor punzante se extendió por el pecho de Victoria. La víctima había estado allí mismo. Lo bastante cerca como para ayudarla. Si Victoria se hubiera acercado a ella, si le hubiera ofrecido aunque fuera un simple «¿Estás bien?», ¿seguiría viva esta persona?

Mantén la objetividad. Reúne todas las pruebas. Ya teorizarás más tarde. El mantra le pareció vacío ahora, teniendo en cuenta lo que no había hecho ayer.

Victoria documentó los datos estadísticos: aproximadamente veintisiete años, un metro setenta de estatura, unos sesenta kilos de peso, pelo castaño, ojos marrones.

Buscó rasgos como cicatrices, tatuajes adicionales o marcas de nacimiento, y no encontró ninguno. Comprobó si había heridas defensivas y señales de forcejeo, cualquier cosa que pudiera indicar cómo había muerto esa persona. A su lado, Ned realizaba su propia evaluación. Ninguno encontró signos evidentes de traumatismo.

Victoria dio la vuelta al cuerpo y levantó el jersey, revelando un largo rasponazo en la parte baja de la espalda.

Ned se inclinó para verlo mejor. —Podría haberse caído sobre un objeto afilado. O haber sido arrastrada sobre uno. Me inclino por lo de arrastrada.

Victoria tomó otra fotografía de la lesión. —Nosotros solo documentamos los hechos.

—¿Cómo ha muerto? —preguntó Peter—. ¿Saben ya si ha sido un asesinato?

Victoria miró a Ned, que negó con la cabeza. —No hay una causa de muerte evidente —dijo él—. No hay hemorragias petequiales en los ojos, así que probablemente no sea estrangulamiento. Lo más probable parece la hipotermia, pero hay algo que no encaja.

—¿A qué te refieres? —preguntó Peter.

—Estudié el tema después de nuestra odisea en Groenlandia. —Ned miró a Victoria y luego señaló a la fallecida—. Cuando la gente muere de hipotermia, pasa por etapas predecibles. Primero llegan la confusión y la desorientación. Toman malas decisiones, se alejan de los senderos. Luego se desvisten.

—¿Cuando se están congelando? —Peter se mostró escéptico.

—A medida que la hipotermia avanza, la gente siente un calor excesivo. Suelen quitarse la ropa, incluso a temperaturas bajo cero. Parece irracional, pero es un fenómeno documentado en la mayoría de las muertes por hipotermia. También suele haber un comportamiento de madriguera —continuó Ned—. En las etapas finales, las víctimas de hipotermia buscan espacios pequeños y cerrados. Se arrastran bajo los arbustos, en los

umbrales de las puertas, en cualquier lugar que les parezca protector. Es una respuesta instintiva.

—Pero la hemos encontrado al aire libre —dijo Victoria—. Ningún intento de refugiarse, ni ropa quitada.

Ned asintió. —Si sucumbió a la hipotermia, o bien murió rápidamente, lo cual es raro, o ya estaba inconsciente cuando se vio expuesta al frío.

Peter frunció el ceño. —Ese champán cuesta trescientos dólares la botella. La gente no se gasta ese dinero a menos que esté celebrando una ocasión especial. ¿Tal vez se emborrachó, pensó que sería divertido ir a las pistas y perdió el conocimiento allí arriba? Quiero decir, es horrible de cualquier manera, pero preferible a la alternativa... un asesinato.

—Es posible —dijo Victoria. La víctima podría haber estado celebrando algo, pero la gente rara vez celebraba con champán caro a solas. Y la mujer del bar no parecía estar de humor para celebraciones.

Victoria revisó las etiquetas de la ropa de la víctima en busca de nombres o iniciales y no encontró nada.

Levantó el pie de la víctima para observarlo de nuevo. —Las botas son demasiado pequeñas para sus pies. —Victoria señaló las profundas marcas de presión donde los dedos habían empujado contra la parte delantera—. Botas de la talla treinta y ocho, pero sus pies son probablemente de una talla más.

Ned frunció el ceño. —¿Quién lleva botas que no le quedan bien?

—¿Una mujer a la que le importa más el estilo que la comodidad? ¿O alguien que ha tomado prestados los zapatos de una amiga? —sugirió Victoria—. No lo sé.

Más tarde, tras recoger muestras de las uñas, los muslos internos y la ropa interior de la víctima, Victoria se apartó de la mesa, satisfecha de haber hecho todo lo posible. Se volvió hacia Peter. —Necesitamos un lugar frío y seguro para guardar el cuerpo. La descongelación podría revelar hematomas adicionales, pero también aceleraría la descomposición. Lo mejor es mantenerla congelada hasta que un equipo forense pueda hacerse cargo.

—Hay una cámara frigorífica en la zona de servicio. —Peter hizo una mueca—. Si los clientes descubren que estamos guardando un cadáver junto a los ingredientes de su cena, nuestras críticas se hundirán. Pero acordonaremos una sección. Por el lado bueno, no será un problema, ya que nuestras entregas regulares se han detenido hasta que abran las carreteras.

Victoria recogió las bolsas de pruebas que había preparado. —¿Puede asegurar la sala?

—Me aseguraré de que permanezca a salvo. Tiene mi palabra.

—De acuerdo —dijo ella, aunque quería inspeccionar el lugar por sí misma—. Ayudaremos a transportar el cuerpo.

—Se lo agradezco. Hoy todo el mundo está haciendo varios trabajos a la vez. —Suspiró—. Qué desastre absoluto.

—¿Listos? —Ned se colocó en un extremo de la mesa de examen. A su cuenta, volvieron a pasar el cadáver a la camilla, lo cubrieron con una sábana limpia y lo llevaron hacia la zona de almacenamiento.

Victoria los siguió, llevando los hisopos de ADN y la botella de champán en bolsas selladas por separado. Mentalmente, clasificó todo lo que aún les quedaba por descubrir. Tantas preguntas que exigían respuestas. La más urgente: ¿quién era su desconocida? ¿Qué había provocado su muerte? ¿Y había alguien más responsable?

Sus pensamientos volvían una y otra vez a la pareja que había visto anoche y a su acalorada discusión en el bar. Tenía que encontrar a ese hombre de inmediato.

CAPÍTULO 15

Al parecer, dos miembros de la patrulla de esquí han pasado por el vestíbulo hace no mucho con una camilla y un cadáver. Me lo he perdido. Ahora tengo que quedarme un rato por aquí para enterarme de qué dice la gente y de qué han visto.

Grandes copos de nieve golpean los ventanales del vestíbulo mientras estudio las opciones de la elaborada cafetera, el tipo de detalle con el que intentan justificar las exorbitantes tarifas de Black Ridge.

Selecciono tres cargas de expreso solo y espero a que la máquina emita sus chasquidos y zumbidos, frunciendo el ceño ante las grandes salpicaduras de café y chocolate caliente que hay sobre el mostrador. A mi alrededor, los huéspedes dejan rastros de nieve por el suelo de baldosas mientras se quitan capas de ropa de invierno, dejando charcos de aguanieve que se extienden y manchas de sal que nadie se molesta en fregar. Supongo que no hay suficiente personal de limpieza para encargarse de nuestro desastre por culpa del alud.

Preparo mi café y tiro los sobres de azúcar vacíos y el removedor encima de la papelera más cercana. Está rebosante de vasos desechados y envoltorios de bollería. Con el café en la mano, paso por delante del gigantesco árbol de Navidad y me dirijo al rincón en sombras al otro lado

de la chimenea de gas, desde donde puedo observar sin que me vean. La noticia del cadáver se ha extendido rápido. Incluso desde mi esquina, oigo los miedos y las quejas en el mostrador de recepción, donde Thomas y Rosalie intentan asegurar a todo el mundo que todo va bien.

Para encontrar más información, recurro a las redes sociales. El primer vídeo etiquetado en Black Ridge tiene la foto de perfil del chico del pelo de punta morado. Es imposible no fijarse en él por aquí. Por el pelo, obviamente, y porque está obsesionado con grabar y publicar cada hora de su día.

Su clip tembloroso, borroso por la nieve que cae, muestra a la patrulla de esquí con una camilla entre ellos. Una sábana de color gris beige cubre un cuerpo de extremo a extremo, dejando claro que esa persona no respira. Bajo el vídeo, el pie de foto incluye #MuerteenBlackRidge.

No es el hashtag ideal, pero puedo usar el clip.

Selecciono un contacto del teléfono y abro el hilo de mensajes con «Abuela Gigi», y luego escribo un mensaje.

Sigo en el complejo Black Ridge por el alud, pero mi amigo se ha ido antes. El tiempo se está poniendo feo. Te echo de menos.

Tras reenviar el mensaje con el clip descargado, recibo una respuesta de inmediato.

—Siento mucho saber que tu amigo se ha ido. Conduce con cuidado. Estoy haciendo pan de plátano con pepitas de chocolate. Tengo muchas ganas de verte pronto.

Bien. Ahora ya lo saben. O al menos saben lo que *quiero* que piensen que ha pasado.

Tras borrar ambos mensajes, me guardo el teléfono de nuevo en el bolsillo.

No soy más que otro huésped preocupado que espera a que abran la carretera, con la esperanza de irme antes de que se desate el caos.

Pero algunos de nosotros sabemos que hay problemas mayores que estar encerrado en un complejo turístico.

Algunos de nosotros sabemos exactamente quién estaba tumbado en esa camilla, y por qué.

CAPÍTULO 16

Peter había insistido en que se detuvieran en el mostrador de recepción de camino a su despacho. —Tengo que controlar los daños —había dicho —. Rosalie y Thomas están desbordados con preguntas que no pueden responder.

Rosalie se había quitado la americana y ahora llevaba una camiseta con el logotipo de Black Ridge. Reorganizaba un montón de papeles que no necesitaban organización, manteniendo las manos ocupadas mientras Maura y su marido exigían información. Cuando Peter se acercó, ella se disculpó y se apresuró a ir al extremo del mostrador.

—Casi todo el mundo pregunta por el cuerpo que han encontrado Alex y Jordan —daba la impresión de estar nerviosa, aunque intentaba mantener la profesionalidad—. Primero han pensado que había habido otro alud. Ahora la gente dice que ha sido un asesinato. No tengo ninguna información. No sé qué decirles.

Peter se presionó la frente con la mano, frunciendo el ceño mientras Hawk y su amigo rodeaban lentamente las papeleras rebosantes y grababan la antiestética escena. En lugar de responder a Rosalie, Peter hizo una llamada telefónica. —Marjorie. Por favor, que vacíen la basura del

vestíbulo de inmediato. Gracias. —Colgó y dijo a nadie en particular—: La pesadilla de relaciones públicas no deja de crecer.

Rosalie se mantuvo de espaldas a los huéspedes. —He visto a Jordan y a Alex salir de nuevo a toda prisa. ¿Qué está pasando?

Victoria dio un paso al frente. —Hola, soy Victoria Heslin. La hermana de Alex. Trabajo para el FBI y dirijo la investigación.

—Yo soy Rosalie. —Se dio unos golpecitos en su placa de identificación —. Soy una becaria del programa de Gestión Hotelera de Cornell.

A pesar de todo, Victoria estuvo a punto de sonreír. —Está usted adquiriendo una excelente experiencia en gestión de crisis. Podría escribir un estudio de caso muy interesante sobre todo esto.

—Oh, por supuesto. ¿Pero por ahora? ¿Qué le digo a la gente?

—Diga que las fuerzas del orden están investigando. Si la presionan, añada que, por respeto a la privacidad, no podemos dar detalles hasta que hayamos avisado a la familia.

—Eso me parece bien —coincidió Peter—. Haga hincapié en que la seguridad de los huéspedes sigue siendo nuestra prioridad.

Victoria quiso asegurarles que los huéspedes no tenían nada de qué preocuparse, pero hacer promesas que no podía cumplir solo crearía problemas mayores más adelante. Bajó la voz. —¿Alguien ha afirmado conocer a la fallecida o ha denunciado la desaparición de una mujer? — Pensaba específicamente en el hombre del jersey azul del bar.

—No, nada de eso. —Rosalie negó con la cabeza—. Todo el mundo especula, pero nadie tiene información sólida. ¿Así que *es* una mujer? ¿Pero de verdad no saben quién es?

—No es una empleada —dijo Peter—. Hemos confirmado con la cadena de llamadas de esta mañana que no falta nadie de nuestro personal. En este momento, no estamos seguros de si es una huésped registrada. Por favor, avíseme lo antes posible si alguien afirma conocer a la mujer o lo que ha pasado.

Rosalie se irguió. —Entendido.

El teléfono de Peter sonó y se alejó del mostrador. —¿Qué? No puede hablar en serio. No tenemos otra forma de salir de aquí. —Su voz se elevó antes de contenerse, mirando a su alrededor a los huéspedes cercanos—. Sí, soy muy consciente del pronóstico. Está causando más problemas de los que se imagina... Bien, manténgame informado.

Colgó con un bufido de enfado y señaló a Victoria y Ned para que lo siguieran. —Vayamos a mi despacho.

Peter permaneció en silencio hasta que llegaron al pasillo administrativo. —Esa última llamada era del condado. Retiran a las cuadrillas de carreteras. Apenas habían empezado a despejar el bloqueo a unos kilómetros de aquí, pero ahora temen que se produzcan más aludes. Estamos solos aquí durante al menos otras cuarenta y ocho horas.

Victoria comprendía el retraso. Con otra tormenta formándose, el condado no podía arriesgar vidas ni equipos. Pero no le gustaba. Cuanto más tiempo permanecieran aislados, peor serían las condiciones y más probable sería que la gente entrara en pánico. Sin mencionar que cuarenta y ocho horas eran una eternidad en una investigación de homicidio. Las pruebas se deteriorarían, los recuerdos se desvanecerían o se contaminarían y, si había un asesino entre ellos, tendría más tiempo para planear sus próximos movimientos.

Entraron en el espacioso despacho de Peter, donde un árbol de Navidad con motivos de esquí ocupaba una esquina de la habitación. En la pared del fondo, unos ventanales altos daban a las pistas. La gente todavía esquiaba por la pista por la que ellos habían bajado con la camilla.

—Le ha dicho a Rosalie que la mujer no es una empleada —dijo Victoria.

—Así es. Después del alud, Recursos Humanos utilizó nuestra cadena de llamadas para contactar con todos nuestros empleados. Teníamos que asegurarnos de que todos estuvieran a salvo, y lo están. Están en casa o están aquí ahora intentando cubrir a los que no han podido llegar. Pero todos están localizados.

—¿Y los huéspedes? —preguntó Ned.

—Aún estamos trabajando en esa lista. No es tan fácil como podría pensarse. —Peter se acercó a su mesa, con los hombros hundidos bajo el peso de todo lo que tenía que hacer.

—Espero averiguar quién es cuando coteje sus huellas —dijo Victoria—. También me gustaría una copia de su informe de ocupación. La lista de huéspedes con números de habitación y fechas de entrada.

—Lo imprimimos a diario como procedimiento estándar. —Peter levantó un montón de papeles de la carpeta superior de su escritorio.

—¿Puede prescindir de un empleado para que trabaje con nosotros? —preguntó Victoria—. Alguien que sepa todo sobre el funcionamiento del complejo.

Peter se frotó sus ojos inyectados en sangre. —Ese sería su hermano. Conoce este lugar y las montañas mejor que nadie. Sinceramente, podría dirigir el complejo si estuviera dispuesto a pasar más tiempo en un despacho en lugar de fuera. Es su mejor opción, pero no puedo prescindir de él mucho tiempo. No con este tiempo.

—Me alegra saber que se le valora.

Intercambiaron números de teléfono y Peter le entregó el informe de ocupación solicitado.

Anticipando la posibilidad de un corte de luz con la tormenta que se avecinaba, pidió material para escribir. Cuando Peter le ofreció un cuaderno y bolígrafos, ella pidió también un lápiz.

Él le lanzó una mirada extraña, pero sacó uno del cajón de su escritorio.

—Una vez que la identifiquemos, tendré que avisar a su familia, ¿verdad? —Peter tamborileó con los dedos en un patrón rápido sobre su mesa—. ¿O se encargará usted de eso?

Ante el pavor en su voz, Victoria levantó la vista de la lista de huéspedes. —Si su familia está aquí, puedo hablar con ellos. Usted puede venir conmigo para representar a Black Ridge.

Ella había dado noticias devastadoras muchas veces. Esas notificaciones eran una parte terrible pero necesaria de su trabajo. Gestionaba las comunicaciones con empatía y compasión. Habiendo recibido ella misma noticias que le cambiaron la vida, comprendía el peso de esos momentos en los que el mundo entero de alguien cambiaba para siempre. —Nos encargaremos de ello juntos.

El teléfono de Peter le avisó de nuevo, vibrando contra el escritorio de madera como un insecto enfurecido. Cuando miró el dispositivo, un ojo le tembló con un parpadeo nervioso. —Es Bob. Mi único técnico de mantenimiento en la propiedad. Podría ser por nuestros generadores.

—¿Hay algún problema? —preguntó Ned.

—Los sistemas de reserva fallaron en la inspección de la semana pasada. Una empresa debía repararlos hoy, pero gracias al alud, no pueden llegar. —Aún de pie, Peter atendió la llamada, cambiando el peso del cuerpo de un lado a otro mientras escuchaba. Segundos después, dijo—: Voy para allá — y luego se guardó el teléfono en el bolsillo.

—Es peor de lo que pensábamos —dijo, cogiendo un abrigo de invierno del respaldo de su silla—. Si perdemos el suministro eléctrico principal antes de que se reparen los sistemas de reserva... —No terminó la frase,

pero todos lo comprendieron. Sin electricidad no habría calefacción, ni luces, ni comunicación.

—Mi despacho es suyo. Cualquier recurso que tengamos está a su disposición. —Peter se detuvo en la puerta—. Por favor, averigüen qué ha pasado.

Cuando la puerta se cerró, Ned observó a Victoria con una ligera sonrisa que resultaba extraña dadas las circunstancias.

—¿Qué? —preguntó ella.

—Nada.

—¿Entonces por qué me miras así?

—Solo te observo trabajar.

Ella lo miró y suspiró. —Siento todo esto. ¿Quién iba a pensar que unas vacaciones de esquí podrían salir tan mal?

Él se rió. —Tenemos un historial en esto. —Luego volvió a ponerse serio —. No te disculpes. Tenemos que concentrarnos y averiguar qué le pasó a esa pobre mujer.

Incluso después de todo lo que habían pasado juntos, su apoyo incondicional seguía asombrándola. Victoria agradeció que utilizara el «tenemos». No sería la primera vez que él la ayudaba durante una investigación. Habían trabajado juntos cuando el mejor amigo de Ned desapareció justo antes de su propia boda. Ned también la había ayudado a investigar cuando su vecina desapareció. Él carecía de la formación de Victoria en análisis de perfiles conductuales, pero era excepcionalmente perceptivo respecto al comportamiento humano.

Ella bajó la vista hacia la lista de huéspedes y luego volvió a mirar hacia los ventanales, donde la nieve seguía cayendo como una cortina blanca que lo ocultaba todo.

—Vayamos al despacho de Alex. —Victoria recogió sus cosas, con la mente ya repasando las preguntas que necesitaba hacer—. Tenemos trabajo que hacer.

CAPÍTULO 17

Victoria atravesó el vestíbulo, observando que las papeleras seguían rebosando y que una multitud de huéspedes permanecía agrupada en torno a la recepción, esperando hablar con Thomas y Rosalie.

Estas no eran las vacaciones que ninguno de ellos había planeado. Ella y Ned deberían estar relajándose con Alex y Minka, no investigando una muerte sospechosa. Nadie había pedido nada de esto. La tormenta, el alud, los posibles problemas con el generador... todo escapaba a su control. Pero la investigación representaba una oportunidad para hacer lo que sabía hacer, para ayudarla a sobrellevar una situación que, de otro modo, sería caótica. Por el bien de la fallecida y de la justicia, la investigación avanzaría paso a paso, de manera metódica y minuciosa.

Entraron en el despacho de Alex y se sentaron en los gastados sillones de cuero.

Victoria se echó hacia delante, hasta el borde del asiento. —Tenemos que identificar a nuestra víctima. Esa es nuestra prioridad.

El rastro todavía estaba caliente, pero se enfriaba por momentos, igual que el mundo al otro lado del refugio.

El teléfono de Victoria marcaba dos barras. Apenas cobertura suficiente. La aplicación del FBI cargaba con lentitud, deteniéndose dos veces antes de

aceptar finalmente las fotos y las huellas de la víctima.

—La conexión es terrible —masculló, viendo cómo la carga avanzaba penosamente hasta el cuarenta y tres por ciento antes de estancarse. Estaban perdiendo un tiempo precioso por problemas técnicos.

—La tormenta está afectando a las torres de telefonía —dijo Ned.

Lo intentó de nuevo. Al tercer intento, el sistema conectó. Por fin, tenía las fotos y las huellas dactilares procesándose en los sistemas de identificación del FBI.

Unos pasos resonaron con fuerza en el pasillo, haciendo que Victoria y Ned levantaran la vista. Alex irrumpió por la puerta con Elspeth pegada a sus talones; ambos estaban cubiertos de nieve. —La visibilidad se ha reducido a tres metros —anunció, sin molestarse en saludar—. He tenido que abortar dos evaluaciones de aludes distintas. Se está poniendo peligroso ahí fuera. Un desprendimiento ha pasado a unos veinte metros de Jordan.

Se quitó los guantes y se pasó una mano por el pelo mojado. Su radio graznó y él le bajó el volumen sin mirar. —Tengo unos diez minutos antes de tener que volver ahí fuera. ¿La habéis identificado?

—Aún estamos en ello —respondió Ned—. Victoria cree que la mujer tiene antecedentes penales, así que sus huellas estarán en la base de datos del FBI.

Alex arqueó las cejas. —¿Pero nadie ha dado un paso al frente? ¿Ningún cónyuge, amigo, nadie?

—Todavía no —respondió Ned—. Raro, ¿verdad?

—Sí. La mayoría de los huéspedes no viajan solos, especialmente las mujeres. —Alex llenó el cuenco de Elspeth de un recipiente de comida para perros y luego se desplomó tras su escritorio—. Esto me recuerda a lo que pasó aquella vez en la casa del lago.

Victoria asintió, recordando a la misteriosa víctima de ahogamiento en la casa del lago de su familia. Nadie admitía saber quién era, pero alguien mentía.

Consultó su teléfono. Las bases de datos del FBI habían terminado el procesamiento y los resultados no eran los que esperaba.

—No hay coincidencia ni para la foto de la víctima ni para las huellas —le dijo a Ned, frunciendo el ceño ante la pantalla.

Ned ladeó la cabeza como hacía cuando estaba confundido. —Pero dijiste que sus huellas estarían en el sistema.

Victoria no podía dejar de mirar los resultados, como si esperara que cambiasen. Había estado tan segura, tan convencida de su evaluación. El tatuaje parecía el tosco trabajo carcelario que había visto antes. —Estaba segura de que ese tatuaje se había hecho en un entorno institucional.

—¿Quizá no fue en la cárcel? —sugirió Ned—. ¿Solo un trabajo de aficionado que alguien le hizo en casa?

Victoria negó con la cabeza, mientras la duda afloraba. No era la primera vez que las pruebas no coincidían con su valoración inicial, pero se había sentido muy segura. Quizá no había hecho un trabajo lo bastante bueno al tomar las huellas.

Alex miró a ambos. —Si no tiene antecedentes, ¿cómo vais a averiguar quién es?

Victoria se obligó a concentrarse de nuevo, dejando a un lado la inquietante sensación de haberse equivocado en algo que consideraba obvio. —Puede que tenga un atajo —dijo, observando cómo Elspeth engullía su comida—. Creo que la vi anoche. En el bar.

Alex giró la cabeza bruscamente. —¿Viste a la víctima con vida?

—Si es la misma mujer —dijo Victoria—, estaba con un hombre mayor que llevaba un jersey azul. Tuvieron una discusión. Aunque no estoy segura de que sea ella. —Especialmente desde que acababa de equivocarse con el tatuaje—. Solo estoy segura de lo del jersey. Podría ser una prenda popular esta temporada. Quizá la tienda del complejo lo venda y otras personas en Black Ridge tengan el mismo. Necesito ver las imágenes de seguridad del bar de anoche para saber más.

—Yo puedo conseguir eso. —Alex encendió su ordenador. La pantalla de inicio de sesión apareció, desapareció y luego se congeló por completo. Al tercer intento, pudo introducir sus códigos de acceso.

Habiendo terminado su comida, Elspeth se acomodó en su cama, observándolos trabajar.

Victoria se situó detrás del escritorio de Alex. —Necesito ver el vídeo de alrededor de las ocho y media, justo antes de que me enviaras un mensaje anoche.

Alex tecleó en el ordenador para acceder al sistema de vigilancia. Un símbolo de carga giraba en la pantalla. Las imágenes aparecieron finalmente, granuladas pero lo bastante nítidas. —Ahí. Eso es de la cámara del bar.

Alex se desplazó hasta la marca de tiempo correcta. La cámara había captado un lado de la sala, desde la distancia, mostrando a una pareja en el extremo izquierdo de la barra. El hombre del jersey azul estaba de cara a la cámara; a la mujer solo se la veía de espaldas y brevemente de perfil. Todo parecía ir bien entre ellos hasta que el hombre sacó su teléfono. Lo que vio allí cambió su actitud. La tensa interacción duró menos de un minuto. Cuando él tiró dinero sobre el mostrador y salió furioso, la marca de tiempo indicaba las 20:32. La mujer se quedó allí, viéndole marchar mientras hacía girar unas pulseras negras en su muñeca. Unas pulseras que se parecían exactamente a las de la víctima.

—Esa discusión podría ser la razón por la que nuestra desconocida acabó muerta anoche —dijo Ned.

—¿Puedes enviarme por correo lo que acabamos de ver? —preguntó Victoria.

Alex lo intentó. La transferencia comenzó... y luego se detuvo.

Cuando el vídeo de seguridad llegó por fin a su teléfono, lo reprodujo de nuevo, comparando lo que podía ver del perfil de la mujer con los rasgos de la víctima.

En el clip, el camarero se acercaba a la mujer morena desde el otro lado de la barra. Se guardó el dinero que su acompañante había dejado. Su breve intercambio fue inaudible.

Victoria pulsó el botón de pausa.

Ned señaló al hombre en la pantalla. —Salió furioso. Horas después, ella está muerta.

Victoria se quedó mirando la imagen, con un nudo en el estómago cada vez más grande. —Debería haberme acercado a ella después de la discusión. Solo para preguntarle si estaba bien.

—No podías haberlo sabido —dijo Ned.

—Estoy entrenada para notar cuando la gente está en apuros.

—Quizá ni siquiera viajaban juntos —sugirió Alex—. Podrían haberse conocido aquí por primera vez. Pasa a veces. La gente se lía para una aventura de vacaciones y luego decide que ha cometido un error.

—No creo que sea el caso —respondió Victoria—. Los vi antes. Estaban abrazados. No eran extraños entonces, y tienen una intimidad consolidada para estar discutiendo de esa manera.

—Entonces, ¿por qué no ha dado un paso adelante para decir que ha desaparecido? —preguntó Alex.

Ned se encogió de hombros. —Quizá también le haya pasado algo a él.

Una voz desesperada salió de la radio de Alex, interrumpiendo su conversación. —Alex, te necesito en...

Alex bajó el volumen. —Llevé a Elspeth de vuelta al lugar donde encontramos a la víctima. Rastreamos de nuevo la zona del bosque alrededor del sendero Red Fox, por si acaso. No encontramos a nadie más.

El graznido de la radio persistía. Alex suspiró, apretando el botón. —Dame cinco minutos más, Corey. —Se volvió hacia Ned y Victoria—. Si el hombre misterioso también está congelado en alguna parte, no está cerca de las pistas, o ya lo habríamos visto.

Victoria no estaba convencida. La montaña tenía innumerables senderos y zonas remotas. Era un territorio vasto para registrar.

Las luces parpadearon, se atenuaron y luego se intensificaron tanto que les obligaron a entrecerrar los ojos.

Alex hizo una mueca. —Eso no es bueno.

La debilidad de la corriente resultaba especialmente inquietante ahora que sabían que los generadores tenían problemas.

Victoria se dirigió al rincón de Elspeth. Se agachó junto a la perra dormida y le acarició el pelaje mientras hablaba con su hermano. —¿Conoces al camarero?

—Se llama Matthew Ruckus. Trabaja aquí desde hace tres temporadas. No vive en el complejo. Tiene un apartamento en Deer Valley con su perro. Su turno termina cuando el bar cierra a la una de la madrugada, así que anoche no se fue a casa. Se habría quedado atrapado aquí. Probablemente esté trabajando ahora.

—Vayamos a hablar con él.

Antes de irse, Victoria miró las imágenes de seguridad una vez más. En el vídeo, la mujer giraba la cabeza a la izquierda y luego a la derecha, escaneando la sala. Miró por encima del hombro dos veces antes de desaparecer del encuadre.

Victoria detuvo el clip en la última mirada hacia atrás de la mujer. Tenía los ojos muy abiertos y la boca entreabierta. Sabía que estaba en peligro y tenía miedo.

CAPÍTULO 18

Ayer

____ ¿Lista para volver a nuestra habitación, Anna?

—En cuanto terminemos estas. —Me apoyo en la barra, saboreando mi copa—. Dos noches más no son ni de lejos suficientes —murmuro, sosteniéndole la mirada a Steve mientras deslizo mis dedos por su cuello hacia su hombro.

Su teléfono vibra. Deja su escocés y saca el dispositivo del bolsillo. Mientras mira la pantalla, su expresión cambia a una que apenas reconozco. Sus ojos azules se agrandan y luego se entrecierran, y su rostro se contrae en un profundo ceño fruncido.

—¿Es trabajo? ¿Un problema con uno de tus grandes proyectos?

Sigue bajando por la pantalla como si no me hubiera oído, con la diferencia de que ahora tiene una mirada fulminante.

Cuando le toco el brazo, se aparta de un tirón como si le hubiera quemado.

Me flaquean las rodillas. Aprieto el vaso con más fuerza. ¿Es este el momento que tanto he temido? ¿Ese en el que todas las mentiras se

derrumban y lo arruinan todo? Si es así, es demasiado pronto. No estoy preparada.

Steve retrocede, aumentando la distancia entre nosotros. Deja el teléfono sobre la barra y luego lo desliza hacia mí. —¡¿Qué es esto?! —Su voz es cortante y exigente.

No quiero mirar, pero tengo que hacerlo. Aun así, dudo antes de coger su teléfono.

El primer mensaje me deja atónita. *Es una mentirosa. No es quien tú crees.*

Me invade una oleada de náuseas, pero no aparto la vista. El mensaje procede de un número desconocido. A continuación, hay fotos. Imágenes de Steve y yo juntos. Llevo el mismo jersey crema y la bufanda con los que esquié ayer. Al fondo se ve el enorme árbol de Navidad del vestíbulo del complejo.

Sigo bajando y veo más fotos nuestras de las últimas semanas. Estamos riendo, tocándonos, besándonos. Todos momentos que yo creía privados. Todas tomadas a distancia con un teleobjetivo.

La cosa empeora. Hay más fotos solo mías. Fotos de otra vida de la que Steve no sabe nada. Fotos que no sabía que nadie más poseyera. En una, otro hombre me rodea la cintura con el brazo en un restaurante. En la siguiente, salgo de una casa en las afueras, dirigiéndome a un SUV Mercedes en una entrada circular.

Aferrándome a la barra para no tambalearme, reúno el valor necesario para cruzarme con la mirada de Steve. Me fulmina con la vista, pero no aparto los ojos, aunque me muero por desaparecer tragada por el suelo y que este momento termine.

—¿Qué es esto? —pregunta con una voz y un tono que nunca le había oído.

Puedo lidiar con un hombre enfadado, uno que se pone rojo, grita y aprieta los puños. Si Steve hubiera gritado o me hubiera golpeado, la indignación justificada podría haberme invadido, permitiéndome marcharme sabiendo que era como todos los demás. Inteligente y poderoso, pero también violento y narcisista. No merecedor de mi culpa ni de mi compasión.

Pero Steve mantiene un control perfecto.

—Vaya —dice—. De verdad me has engañado.

—Iba a decírtelo. Por favor, dame la oportunidad de explicarme.

Habla por encima de mí. —¿Es mentira todo lo que tiene que ver contigo?

—Mis sentimientos por ti son reales. Todo lo que tenemos es real. —Las palabras salen de mí a borbotones porque son ciertas, quizá lo único cierto que he dicho en meses. Intento tocarlo de nuevo.

—No lo hagas —me advierte, con voz todavía afilada y firme—. No me toques.

Abre la cartera y lanza dinero en efectivo sobre la barra. —Sea lo que sea lo que estés tramando, eres una estúpida si crees que te saldrás con la tuya. No vuelvas a acercarte a mí.

Tiene todo el derecho a estar enfadado mientras se aleja con zancadas largas y una postura perfecta. Recorro la sala con la mirada. La gente charla incesantemente sobre la tormenta, pidiendo copas, emborrachándose, preocupándose, riendo. Nadie me mira. Nadie ha notado nuestro tenso intercambio.

Cojo mi copa y me la bebo de un trago. Si se lo hubiera dicho antes... Si me hubiera confesado y hubiera intentado explicarle toda la turbia verdad antes de que la descubriera por sí mismo. Quizá lo habría entendido.

Un dolor espantoso se extiende por mi pecho. Me duele de una forma que no creía posible. En algún momento del camino, había empezado a planear una vida real con él. De hecho, me había permitido imaginar un futuro en el que yo cuidaría de él cuando envejeciera. Uno en el que pudiera despertarme cada mañana sin tener que recordar qué versión de mí misma debía ser. Pasaríamos sus últimos años en un pequeño chateau en Italia, o quizá en una propiedad frente al mar en Portugal. En algún lugar hermoso, tranquilo y apartado, donde el pasado no pudiera encontrarnos.

Quizá soy una ilusa, pero creía que podía suceder. Pensé que podríamos desaparecer juntos y empezar de cero. Puede que todavía podamos. Solo necesita tiempo para calmarse. Pienso en el Dom Pérignon que se está enfriando en nuestra habitación. La sorpresa de Steve para esta noche. «Para brindar por nosotros», había dicho cuando lo compró. Estuve a punto de contárselo todo entonces, pero no lo hice. Pero ahora... Podría abrirlo, recordarle por qué estamos tan bien juntos e intentar olvidar lo que acaba de pasar.

Entonces imagino la cara de Steve de hace un minuto, antes de dejarme aquí sola. Su expresión contenía una mezcla de lástima y asco. Se había

apartado como si no pudiera soportarme. Es un hombre orgulloso, y yo le he mentido.

—¿Le traigo algo más? —El camarero aparece, bajando la vista hacia mi vaso vacío. En su placa pone Matthew. Tiene casi treinta años y ojos amables. La mirada que me lanza sugiere que ha presenciado parte de mi intercambio con Steve.

—Estoy bien.

—¿Noche difícil? —pregunta.

—Le he dicho que estoy bien.

Mi teléfono suena. Otra foto. Esta me muestra a mí hace treinta segundos, con un vaso vacío en la mano y una expresión de asombro en el rostro. Se me hiela la sangre. Alguien me está vigilando en este preciso instante, lo bastante cerca como para captar cada detalle. Me doy la vuelta bruscamente, escaneando el concurrido refugio. El fotógrafo podría ser cualquiera. ¿Esa pareja que comparte el postre? ¿El grupo de mujeres haciéndose selfies? ¿El tipo que no quita ojo a su teléfono? No reconozco a ninguno.

Me alejo de la barra a trompicones, con las piernas inestables. La multitud se siente como una prensa que se cierra a mi alrededor.

El ascensor no llega lo bastante rápido. No dejo de mirar por encima del hombro. Pulso el botón repetidamente. Las puertas se cierran por fin y me apoyo contra la pared, jadeando por falta de aire. Al levantar la vista, veo mi reflejo en el metal pulido: piel encendida, pelo castaño, ojos azules, el jersey de esquí plateado y negro que compré específicamente para este viaje. Todo lo que llevo puesto es nuevo, elegido para la mujer en la que quería convertirme. Ella está ahora en peligro porque alguien envió esas fotos.

CAPÍTULO 19

Tras la barra, Matthew Ruckus se frotó los ojos con el dorso de la muñeca antes de coger una botella de tequila. Preparó una copa sin un ápice del estilo teatral que Victoria había presenciado la noche anterior. Nada de lanzamientos de botellas perfectamente calculados ni movimientos fluidos. Solo una camisa manchada de sudor y un aire de agotamiento.

Una joven con el pelo corto estilo pixie y tatuajes en los brazos y el cuello trabajaba a su lado. Le habló mientras sostenía dos botellas. Matthew respondió con un asentimiento brusco hacia la que ella tenía en la mano derecha.

Alex le hizo señas a Matthew para llamar su atención.

Matthew llenó dos cervezas de barril y las dejó en el mostrador. Se guardó una propina antes de acercarse.

—¿Cómo lo llevas? —preguntó Alex por encima del ruido de los clientes.

Matthew se encogió de hombros. —Peter me ha alojado en una habitación con otros dos tipos que se quedaron tirados anoche. He conseguido que mi vecino pasee y alimente a mi perro hasta que podamos irnos. Josie me está ayudando hoy. Está teniendo que aprender sobre la marcha. La gente sigue bebiendo. Lo de las propinas... no tanto. Supongo que están cabreados por estar atrapados aquí. ¿Y tú?

—Más preocupado por la nieve de lo habitual. —Alex señaló a Victoria —. Esta es mi hermana, la agente especial Victoria Heslin, y este tipo será mi cuñado algún día cercano: Ned Patterson. Vienen de visita desde Virginia.

Ned ofreció su sonrisa afable mientras Victoria saludaba.

—Hola, encantado de conoceros. —Matthew se secó las palmas en el delantal antes de volverse hacia el siguiente cliente.

—Matthew, espera. —Alex levantó el brazo para captar de nuevo la atención del camarero—. ¿Podríamos hablar en privado?

Matthew se tiró del cuello de la camisa, moviendo los ojos de Alex a los clientes que esperaban sus bebidas. —Para ser sincero, estoy bastante ocupado, como puedes ver. ¿Tengo algún problema?

Alex sonrió. —Ningún problema. No se trata de ti. Es sobre un huésped. Es importante.

Matthew pareció sopesar la petición de Alex. —Vale, dame un minuto. — Sirvió otros dos pedidos de bebidas y luego volvió a secarse las manos en el delantal. El ritmo de la barra no parecía disminuir. Matthew estaba ganando tiempo.

Finalmente, les hizo un gesto para que lo siguieran tras el mostrador.

Alex levantó una sección de la barra y se colaron por una puerta casi oculta junto a los estantes de licores. Entraron en una zona de descanso tranquila con un sofá, sillas, una cafetera vieja y un televisor colgado en la pared. Estaban poniendo The Weather Channel con el volumen silenciado. Avisos de tormenta rojos y morados cubrían el mapa mientras un meteorólogo trazaba la trayectoria del temporal. El teletipo de la parte inferior advertía de «condiciones de ventisca» y «cortes de luz generalizados».

Matthew miró fijamente la pantalla con los brazos cruzados sobre el pecho. —La tormenta va a ser más potente de lo que pensaban.

—Por desgracia —dijo Alex—. Mira, Victoria y Ned están ayudando a la policía con un incidente.

—¿Tiene que ver con el cuerpo que encontró Jordan?

—Sí, y necesitamos tu ayuda. —Victoria le sostuvo la mirada—. Me imagino que ves muchas cosas desde detrás de la barra. Puede que hayas visto algo o escuchado conversaciones que podrían ayudarnos.

—Mira, yo solo sirvo copas. Intento no meterme en los asuntos de los demás. A la gerencia no le gusta que el personal se involucre con los

huéspedes. —Matthew esbozó una media sonrisa—. Aunque eso nunca ha detenido a Jordan...

Victoria tomó nota de que tanto Matthew como Alex habían mencionado las actividades extracurriculares de Jordan. O bien divertía a sus compañeros, o bien les daba envidia.

Sacó las imágenes de seguridad en su teléfono, lo orientó hacia Matthew y pulsó el vídeo. —¿Recuerdas a esta pareja?

Matthew frunció el ceño mientras se observaba a sí mismo preparando bebidas. —Es un poco raro que haya una cámara enfocándome toda la noche.

—Tienes una técnica excelente —dijo Victoria, intentando calmar la preocupación y la actitud defensiva de Matthew—. Alex dice que llevas trabajando aquí varias temporadas.

—Sí. Así es.

—¿Habías visto a esta pareja alguna vez antes de anoche?

—No. Que yo recuerde —dijo Matthew con voz plana—. ¿Es ella la que ha muerto?

—Estamos intentando determinar eso. ¿Oíste algo de su conversación?

Matthew desvió la mirada. —No. La barra estaba a tope. Estaba desbordado. Solo me fijé en que el tío parecía enfadado y ella parecía disgustada. Pensé que ella querría otra copa.

Cuando volvió a mirar, Victoria asintió para animarle. —¿Algo más que recuerdes?

—En realidad no. —Cambió el peso de una pierna a otra—. Todo eso ocurrió antes del alud. No he pensado en mucho más desde entonces.

—Necesitamos identificar a la pareja —dijo Victoria—. El efectivo que el hombre dejó en la barra, ¿era una propina o el pago?

—Una propina. Todo el mundo me da una tarjeta de crédito o su número de habitación cuando pide una bebida. Si me dices a qué hora hizo el pedido, puedo conseguir esa información.

—Te buscaré la hora. —Victoria rebobinó las imágenes.

—Mientras hago esto, ¿puedes ayudar a Josie? —le preguntó Matthew a Alex—. No sabe lo que hace. Me temo que se largará y se esconderá en su habitación hasta que cierre el bar.

—Sí, claro —dijo Alex—. Sé preparar unas cuantas copas.

—Y yo también —añadió Ned.

Victoria levantó la vista del teléfono y puso una mueca. —¿Desde cuándo? —Nunca había visto a Ned beber otra cosa que no fuera cerveza.

—Dos veranos de camarero durante la facultad de veterinaria. Pagaban mejor que los trabajos de asistente de laboratorio. Todavía hay cosas que no sabes sobre mí, Victoria. —Él sonrió—. Eso mantiene el interés.

Diez minutos después, Victoria tenía los nombres de dos huéspedes varones que habían abierto cuentas en el bar casi al mismo tiempo. Jason Johnston, habitación 420. Steve Foster, habitación 309.

Le dio las gracias a Matthew. —Esto es exactamente lo que necesitábamos. Si recuerdas algo más, por favor, házmelo saber. —Le pilló mirándole las manos.

—Se me olvidaba... Usted estaba en aquel vuelo —dijo él con un tono de voz lleno de asombro.

—Sí, estaba allí —se limitó a decir ella. Él acababa de recordarle que probablemente nunca volvería a trabajar de incógnito—. Gracias por la información.

Detrás de la barra, Ned se había atado un paño a la cintura y le estaba explicando una receta a Josie, que asentía y seguía su ejemplo antes de mirarlo con una sonrisa agradecida.

—¿Dónde está Alex? —preguntó Victoria.

—El equipo de patrulla ha tenido que cerrar todos los remontes y pistas —respondió Ned, llenando una jarra de cerveza—. Alex se ha ido a hacer una última ronda para asegurarse de que no queda nadie en las laderas.

—Genial —masculló Victoria, sin querer pensar en la tormenta que iba a más.

Ned se desató el paño de la barra y se dirigió a los huéspedes que esperaban. —Hola a todos, solo un recordatorio de que Josie está cubriendo a los camareros habituales debido al alud. Un poco de paciencia se agradece mucho.

Algunas personas asintieron, y un cliente dijo: —No hay problema, no vamos a ninguna parte.

Ned se volvió hacia Josie. —Tú puedes con ello.

—Muchísimas gracias —dijo ella—. Ojalá pudieras quedarte.

—Estarás bien —le aseguró Ned antes de reunirse con Victoria.

—¿Has conseguido lo que necesitabas? —preguntó.

—Tal vez. Tengo dos nombres con números de habitación. Antes de ir a verlos, necesito mi portátil, mi placa y mi arma. Si uno de estos tipos está

implicado en un homicidio, no le hará ninguna gracia vernos haciendo preguntas.

Victoria interrumpió ese hilo de pensamiento al ver a dos niños chupando bastones de caramelo acercarse a la zona de los ascensores. Los mismos hermanos a los que había visto por última vez trasteando en las máquinas de café ayer.

Cuando las puertas se abrieron, Ned las sujetó e hizo un gesto para que los niños entraran primero. —¿A qué planta vais? —preguntó.

—A la misma que tú —dijo el niño.

Mientras el ascensor subía, las luces del techo zumbaron y parpadearon.

—¿Qué narices? —exclamó el niño.

La mano de Ned buscó la de Victoria.

Las luces se apagaron, sumiéndolos en la oscuridad. El ascensor se detuvo con una sacudida.

Uno de los niños gimoteó.

Ned encendió la linterna de su móvil, iluminando el pequeño espacio.

—¿Se va a caer? —preguntó la niña con los ojos muy abiertos.

Ned se puso de cuclillas a su altura. —Ni hablar. Los ascensores modernos como este tienen sistemas de seguridad. Solo nos estamos tomando un pequeño descanso hasta que vuelva la luz. ¿De dónde sois vosotros dos?

—De California —dijo la niña con voz temblorosa.

—Vivimos en Los Ángeles —añadió el niño.

—Ese es un lugar muy cálido y bonito —dijo Victoria—. Nosotros somos de Virginia. ¿Habéis estado alguna vez en Virginia?

La niña asintió con un rápido movimiento de cabeza. —Hemos visto los ponis salvajes que hay allí.

—Ah, los ponis. ¿Sabéis qué? Soy veterinario. Cada pocos años, reunimos a los ponis y les ponemos vacunas para que estén sanos. No les gusta que les pinchen más que a nosotros, pero les damos golosinas antes de soltarlos. Eso sí que les gusta.

—¿Qué tipo de golosinas? —preguntó la niña.

—Zanahorias. Manzanas. Avena deliciosa con vitaminas.

Victoria observaba a Ned distraer a los niños. Consolarlos le resultaba muy natural.

Las luces volvieron y ella exhaló mientras el ascensor reemprendía la subida.

Cuando llegaron a la quinta planta y las puertas se abrieron para revelar un mural de un zorro rojo, los niños salieron corriendo por el pasillo.

—Ha sido una gestión de crisis excelente, doctor Patterson.

Ned sonrió. —Las emergencias menores son mi especialidad.

—Eso de que «los ascensores modernos tienen sistemas de seguridad»... ¿qué ha sido eso?

—Me lo he inventado. —Su expresión se volvió más seria—. Pero en lo que queda de viaje, vamos a ir por las escaleras.

Al final del pasillo enmoquetado, Ned pasó su tarjeta y entraron en la habitación. —Mucho ha cambiado desde que nos fuimos a desayunar esta mañana.

Victoria apenas podía creerse cuánto. Se habían despertado planeando esquiar y pasar tiempo con Alex y Minka, solo para enterarse de un alud y luego de un cadáver. Las fluctuaciones de energía no ayudaban.

Victoria pulsó el código de seis dígitos en la caja fuerte para recuperar su arma reglamentaria: una Glock 19M, la dotación estándar del FBI. Comprobó el cargador y la recámara, y luego se ajustó la funda de la cintura. Tras encajar el arma en su cadera derecha, la ocultó con el jersey. Por último, se guardó en el bolsillo su cartera de credenciales con la placa dorada del FBI y el carné de identidad.

—Me muero de hambre —dijo Ned—. ¿Tenemos algo de comer aquí? Hace rato que he quemado el almuerzo.

—No me importaría comer pronto. Por ahora, mira en el bolsillo lateral de mi maleta —respondió ella, distraída mientras recogía sus cosas.

Ned rebuscó en la bolsa de ella y sacó un puñado de barritas de proteínas y frutos secos. —Debería haberlo sabido. Siempre llevas comida.

—Me gusta estar preparada.

Ned abrió una bolsa y se echó el contenido en la boca.

Victoria estuvo a punto de decirle que fuera con calma por si las reservas de comida del complejo se agotaban. Se detuvo a tiempo. Las cocinas y los restaurantes tenían toneladas de comida. No era posible que se les acabara en dos días.

—Lista. —Consultó sus notas—. Jason Johnston, 420. Steve Foster, 309. Vamos a ver qué tienen que decir.

CAPÍTULO 20

El pasillo de la cuarta planta era un reflejo de la distribución de la quinta; presentaba un mural de un oso en lugar del zorro y un árbol de Navidad decorado con adornos dorados y lazos de cuadros.

Victoria y Ned se detuvieron ante la habitación 420. Les llegó la risa de una mujer, seguida de la carcajada grave de un hombre y algunos sonidos íntimos.

Ned arqueó las cejas. —Parece que están aprovechando al máximo el estar bloqueados por la nieve —susurró.

Victoria reprimió una risa. —¿Debo recordarte que no se te da muy bien susurrar?

Él apretó los labios, todavía sonriendo. —¿Deberíamos volver más tarde? Podríamos probar primero con el otro tipo.

—Ya estamos aquí. —Victoria llamó tres veces con el puño. Los sonidos del interior cesaron.

—¿Quién es? —Una voz masculina. Parecía molesto.

—Busco a Jason Johnston. ¿Es usted, señor? —preguntó Victoria.

—Sí, ¿por qué? —Más a la defensiva que molesto ahora.

—Soy del FBI. Necesito hablar con usted.

Se oyeron voces bajas tras la puerta antes de que esta se abriera apenas una rendija, con la cadena de seguridad aún puesta. Un ojo castaño asomó.

—¿De qué se trata? —preguntó Jason.

Victoria mostró su identificación. —Estamos investigando un incidente reciente. Nos sería de gran ayuda poder hablar con usted brevemente.

Tras una larga pausa, la cadena tintineó y la puerta se abrió de par en par.

Jason Johnston estaba ante ellos en pantalón de chándal y con la camiseta del revés. Detrás de él, una mujer de pelo pelirrojo alborotado y mejillas sonrojadas se ajustaba el albornoz. Victoria los reconoció a ambos.

—¡Me imaginaba que podías ser tú! —exclamó Maura con entusiasmo—. ¡Qué interesante!

—Siento molestarles —respondió Victoria—. No es a usted a quien busco.

Maura se apretó más el albornoz. —¿Es por la mujer que ha muerto? ¿Ha sido un asesinato?

—Aún no sabemos qué ha pasado —contestó Victoria—. Podría haber sido un accidente.

—¿Un accidente? ¿Cómo podría alguien ser estrangulado accidentalmente en las pistas? —preguntó Jason.

A Victoria se le heló la sangre. —¿Quién le ha dicho que fue estrangulada?

Jason frunció el ceño. —Pensé que eso es lo que decía la gente.

—¿Qué gente?

—No lo recuerdo. ¿Un tipo en el vestíbulo, tal vez?

Victoria se habría preocupado más por esa persona si la información hubiera sido correcta. Sacudió la cabeza. —Por favor, no crea todo lo que oiga.

—No lo hago. —Jason entrecerró los ojos—. ¿Alguna idea de cuándo podremos irnos? Mi mujer y yo debíamos marcharnos mañana.

—Pronto no. La carretera no se despejará hasta dentro de unos días —respondió Ned.

—Tenemos otra habitación que comprobar —dijo Victoria mientras se alejaban—. Y mantente alerta. Si Foster es nuestro hombre, puede que no reaccione bien al verse acorralado.

Pasaron de largo el ascensor y bajaron las escaleras hasta la tercera planta, donde el mural de un conejo compartía espacio en la pared con otro árbol de Navidad.

Cuando llegaron a la 309, Ned llamó con los nudillos en una sucesión rápida y se hizo a un lado.

Sin respuesta.

Esperaron, escuchando.

Nada.

Victoria marcó el número que Foster había proporcionado al hacer su reserva. No se oyó ningún timbre dentro de la 309, pero la llamada conectó y dejó un mensaje de voz: —Señor Foster, soy Victoria Heslin, del FBI. Por favor, devuélvame la llamada a este número. Es urgente. —Colgó y se volvió hacia Ned—. Podría tener el teléfono en silencio y estar ignorándonos.

Ned escuchó unos segundos más y luego hizo otro intento de susurrar. —Si la mató antes de la avalancha, probablemente se marchó.

Victoria estuvo de acuerdo.

Se dirigieron a la 311 y llamaron.

—¿Quién es? —La voz sonaba recelosa.

—Siento molestarla. Soy del FBI. Necesitamos hacerle una pregunta rápida.

Una mujer apareció en el umbral. Estaba en la cincuentena, con unas gafas negras posadas en la nariz y una copa con un líquido ambarino en una mano. Miró a Victoria de arriba abajo. —No parece una agente federal. —Su mirada se desplazó hacia Ned—. Usted sí. ¿Se han intercambiado las placas? —Su carcajada fue estrepitosa.

Victoria pilló la sonrisa apenas disimulada de Ned.

—¿De qué se trata? —preguntó la mujer, abriendo más la puerta.

Victoria levantó su teléfono, mostrando el fotograma de las cámaras del bar. —Este hombre, Steve Foster, se alojaba en la habitación 309. ¿Lo ha visto a él o a esta mujer en las últimas veinticuatro horas?

La mujer dio un sorbo a su copa y se subió las gafas. —Ah, sí, los vi. Caminaban juntos por el pasillo ayer por la tarde. Ella era mucho más joven que él. Iban separados, sin ir de la mano, pero casi rozándose la cadera. Por la forma en que se prestaban atención, supe que eran una pareja bastante reciente.

—¿Recuerda algo más sobre su interacción?

—En realidad no. —Bajó la voz—. ¿Es ella la que han encontrado muerta?

Victoria evadió la pregunta. —Aún estamos investigando. ¿Alguna otra cosa que notara?

Dio un trago a su bebida. —¿Como qué?

—Cualquier cosa inusual.

—No, la verdad es que no estaba observando. He estado demasiado preocupada por salir de aquí. Ojalá no hubiéramos venido nunca. ¿Alguna noticia sobre cuándo despejan la carretera?

—Todavía no —dijo Ned.

—Por favor, quédese con mi número. —Victoria le entregó a la mujer una tarjeta de visita—. Si ve al hombre de la 309, le agradecería que me llamara.

Victoria y Ned continuaron recorriendo el pasillo. En la habitación 302, respondió un hombre que llevaba un albornoz del hotel. —¿FBI? Cielo santo, ¿ahora qué? —Estudió la foto y se encogió de hombros—. Lo siento, rara vez me fijo en la gente. Mi mujer se encarga de las cosas sociales. Está abajo jugando al bridge.

Nadie más había visto a Steve Foster ni a la mujer. Las pocas personas que respondieron habían estado centradas en sus actividades de vacaciones, luego en el tiempo, y no habían prestado atención a sus vecinos.

Victoria sintió la frustración de un rastro frío que se enfriaba aún más. El comentario de Jason sobre el estrangulamiento la inquietaba. ¿Cómo se habían vuelto los rumores tan específicos tan rápido? ¿Y dónde estaba Steve Foster?

Tenía que seguir indagando.

CAPÍTULO 21

A las cuatro de la tarde, estaban de vuelta en el despacho de Alex. Él no estaba allí. Tampoco Elspeth.

Victoria se sentó tras el escritorio de su hermano y sacó el portátil del bolso. Ned se acomodó en una silla frente a ella.

Primero, llamó al gerente para preguntar si el vehículo de Steve Foster seguía en la propiedad. Como Peter no respondió, le dejó un mensaje.

—Mientras esperamos a saber algo del coche de Foster, voy a asegurarme de que es el hombre del bar. No habríamos tenido que hacer esto si lo hubiéramos localizado.

Ned se inclinó hacia delante en su asiento. —Pero esa mujer ha dicho que lo vio ayer.

—Sé lo que ha dicho, pero la gente se equivoca. No te creerías con qué frecuencia. Estaba bebiendo cuando hablamos con ella. Quizá ya se había tomado unas cuantas antes de eso.

Cuando Victoria inició sesión en su ordenador, el proceso de autenticación seguía siendo igual de lento que antes. Ella y Ned observaron cómo la nieve caía en densos copos al otro lado de la ventana hasta que pudo entrar de nuevo en la base de datos del FBI. Tecleó y pinchó durante varios segundos—. Aquí está. Es él. Steven James Foster. Tiene cincuenta y

cuatro años y es el director ejecutivo de una empresa que él mismo fundó. Foster International, en Denver. A qué se dedican es un poco vago. Algo relacionado con la tecnología.

La foto en su pantalla coincidía con el hombre de las grabaciones de seguridad. Los mismos ojos, el mismo nacimiento del pelo, la misma postura segura de sí mismo.

—Expediente limpio, sin arrestos —Victoria se desplazó hacia abajo y luego se detuvo—. Un momento... —Su ceño se frunció mientras leía—. Ned, mira esto. El departamento de policía de Denver lo citó para interrogarlo dos veces el año pasado.

—¿Por qué?

—Casos de personas desaparecidas. Dos mujeres que trabajaban para él se esfumaron por separado —Ella le sostuvo la mirada—. Ambas jóvenes y morenas.

Ned se quedó boquiabierto mientras escuchaba.

—El primer incidente ocurrió el año pasado. Una responsable de desarrollo nunca llegó a su coche tras trabajar hasta tarde en la oficina. La segunda desaparición tuvo lugar un mes después. Una ingeniera de software desapareció tras una fiesta. Steve trabajaba estrechamente con ellas. Ambos casos se enfriaron.

—Es todo un patrón. Coincide con lo que estamos viendo aquí. Otra morena. Muerta tras discutir con él. Podría seguir desaparecida como esas otras mujeres si Jordan no la hubiera visto antes de la tormenta de hoy.

Victoria siguió buscando, extrayendo más información. —Oh, está casado. Su mujer se llama Elaine Foster.

Ned frunció el ceño. —Nuestra víctima no llevaba alianza.

Victoria hizo clic en un enlace sobre Elaine Foster y luego estudió el impecable retrato profesional en su pantalla: pelo rubio platino, ojos azules afilados, unos cuarenta y tantos años.

—¿Qué pasa? —preguntó Ned.

Ella inclinó la pantalla hacia Ned—. Esta es su mujer. Elaine Foster. Jefa de una empresa de diseño de interiores. Antigua campeona de eslalon.

—No es la mujer con la que estaba en el bar.

—No. Definitivamente no.

—Lo cual significa que es un adúltero.

—Es posible que Steve y Elaine Foster se hayan separado o se hayan divorciado recientemente. No lo sabemos —Victoria siguió mirando la foto.

Dos morenas se habían esfumado. Una tercera había muerto. ¿Qué estaba pasando con Steve Foster?

Ned exhaló aire por la nariz. —Según lo que acabas de encontrar, Foster podría ser un asesino en serie que ha traído aquí a su última víctima. O... su mujer podría tener algo que ver con esto. Quizá lo siguió hasta aquí o hizo que lo siguieran. Tal vez él sea otra víctima y su cuerpo esté en algún lugar de esta montaña.

—Todas son posibilidades... entre otras —dijo Victoria—. Hasta que no encontremos a Foster, vivo o muerto, no lo sabremos.

—¿Qué deberíamos hacer ahora?

—Registrar su habitación.

CAPÍTULO 22

Ayer

En lugar de esperar al ascensor, subo las escaleras corriendo. Tengo el pecho oprimido. Los músculos se contraen entre las costillas, apretándome el torso, y me cuesta respirar. Antes pensaba que eso significaba que estaba sufriendo un infarto, hasta que aprendí que era el pánico arañando mis entrañas.

Tengo la tarjeta lista cuando llego a la puerta. La golpeo contra el lector, bajando el picaporte antes de que se encienda la luz verde. La luz sigue roja y la cerradura no cede. —Vamos, vamos. —Me tiemblan las manos mientras lo intento de nuevo.

Cuando el cierre se libera, entro de golpe en la habitación. —¿Steve?

Su neceser no está en la encimera del baño junto al mío. La puerta del armario está entreabierta y el espacio al lado de mi ropa colgada está ahora vacío. Sus cargadores ya no cuelgan de la base de la lámpara de noche. Faltan su abrigo y sus botas.

Ha sido rápido. Demasiado rápido. Ya ha hecho las maletas y se ha ido.

Los cajones de la derecha de la cómoda están parcialmente abiertos. Ese es el lado donde pongo mi ropa y donde escondí mi pequeño bolso negro.

—Oh, no. No, no, no —gimo, tirando del cajón con más fuerza y hundiendo las manos en mi ropa. Aparto la ropa interior y los sujetadores, y luego arrojo los vaqueros al suelo. Quizá me equivoque. Quizá lo cambié de sitio. Tras abrir de un tirón el cajón de arriba, saco los jerséis y los sacudo, pero no cae nada. Escarbo entre calcetines, bufandas y cinturones, y lo lanzo todo detrás de mí hasta que todos los cajones quedan vacíos.

Caminando de un lado a otro de la habitación, me tiro de las raíces del pelo. Mi bolso ha desaparecido y debo recuperarlo, o de lo contrario... Eso significa ir tras Steve antes de que pueda salir de Black Ridge. No me lleva mucha ventaja.

Recojo la ropa de la cama y del suelo para meterla en mi maleta, pero luego desisto. Si quiero alcanzarlo, no hay tiempo. Tengo que irme.

Fuera, la tormenta va en serio. La nieve me golpea la cara con una fuerza punzante.

Una quitanieves con luces brillantes aparta la nieve por el aparcamiento, creando imponentes muros blancos a lo largo del perímetro. Una capa gruesa y helada permanece en el suelo, crujiendo bajo mis pasos. Me resbalo y por poco me doy contra el suelo. Llevo unas botas de ante monas, no las de invierno con buen agarre en la suela.

Aparte de la persona que conduce la quitanieves, no hay nadie más cerca. Nadie es tan insensato como para estar fuera en estas condiciones a menos que esté desesperado.

Steve me dejó en el refugio cuando llegamos, así que no sé dónde aparcó. El lote es un laberinto de vehículos cubiertos de nieve.

Con los dientes apretados, zigzagueo entre ellos, buscando la forma cuadrada de su todoterreno. El viento me azota el pelo contra la cara y me empuja hacia atrás. Steve no tiene idea de lo que me ha robado, ni del peligro en el que me ha puesto al llevárselo.

Por fin, distingo la forma de un vehículo corpulento justo delante de un cartel con un conejo gigante. Quito la nieve de la esquina delantera de la ventanilla, revelando la pegatina azul y verde de su club de campo. Es el todoterreno de Steve. Aún no se ha ido.

Una repisa de nieve ha sido removida en el lado del conductor. Alguien ha abierto esa puerta hace poco. Miro por la ventana pero no veo mi bolso.

Es pequeño y negro, del mismo color que el interior del vehículo. Podría estar ahí dentro y simplemente no lo veo, o podría llevarlo consigo.

Esperando junto al coche, arrastro los pies para evitar que se congelen. Cada segundo tengo más frío y me siento más desgraciada. Esta tormenta ya parece peor que la de ayer. La nieve racheada me corta desde todos los ángulos.

Llamo al teléfono de prepago de Steve, luego a su teléfono real, pero no responde. Está ignorando mis llamadas.

¿Debería seguir esperando? Quizá no se vaya; es tarde y se ha tomado unas copas. Las carreteras son peligrosas. Steve no arriesgaría su vida, por muy enfadado que esté conmigo. Quizá solo se cambió de habitación y se llevó mi bolso por despecho. Solo espero que no lo haya abierto.

Entonces me acuerdo de sus esquís. Son hechos a medida, de alta tecnología, valen miles de dólares. Nunca se marcharía sin ese equipo. Si se va, volvería a la sala de taquillas para recogerlos.

Deshago mis pasos por el aparcamiento, de vuelta hacia los edificios. La nieve ya ha cubierto mis huellas.

Un destello de movimiento me llama la atención. Me doy la vuelta justo cuando una forma oscura desaparece tras los árboles.

—¿Steve? —llamo, pero mi voz se ahoga por el viento.

Acelero el paso, aunque me cuesta ver lo que estoy siguiendo. Este lado del complejo es más oscuro, está más aislado. La nieve ha enterrado las luces del sendero. Sin gafas de ventisca, lo mejor que puedo hacer es protegerme los ojos rodeándolos con las manos.

La sala de taquillas está más adelante.

Otro movimiento en la oscuridad. No estoy sola.

—¿Steve? —La desesperación agudiza mi voz. No tendré buen aspecto cuando me vea. Tendré la nariz roja, los ojos hinchados y llorosos, el pelo hecho un desastre, pero no hay nada que pueda hacer por eso ahora. Es más importante recuperar mi bolso y salir de aquí. Este lugar ya no es seguro para mí.

El viento amaina un momento, creando una inquietante burbuja de silencio, aparte del crujido de la nieve bajo mis botas.

Tras caminar unos metros más, entro en la oscura sala de taquillas, agradecida por escapar de la tormenta. Una mesa larga recorre una pared, abarrotada de equipo para poner a punto los esquís: rascadores de metal, limas y un tornillo de banco de acero atornillado en una esquina. Un banco

bajo se sitúa en medio de la sala, con una caja de herramientas de metal abierta en el suelo a su lado. Los estantes para guardar esquís sobresalen de la pared a la altura de la cabeza, con esquís y bastones encajados entre ellos como armas en una armería.

—¿Steve? —llamo, pasando la mano por la pared en busca de un interruptor de la luz—. Por favor. Hablemos de esto.

Un chasquido me hace dar un respingo.

—¿Buscas a alguien, Anna? —La voz es calmada y aterradora.

Me giro bruscamente, con el corazón martilleando contra mis costillas.

Una figura oscura emerge de las sombras, con el rostro oculto por unas gafas de esquí y la capucha de un abrigo.

No sabría decir si es hombre o mujer, joven o viejo. Solo una voz y una presencia que me erizan la piel.

La figura avanza. —La gente se pierde en tormentas como esta. A veces nunca los encuentran. No deberías haber salido aquí sola. —Una pausa—. Pero esto lo hace más fácil.

Retrocedo y el tacón de mi bota se engancha con un objeto en el suelo. Tropiezo contra el banco y choco con los bastones de esquí que están verticales. Mi jersey se engancha en una protuberancia afilada y se rasga. Miro hacia arriba una fracción de segundo después, pero es demasiado tarde. No hay tiempo para agacharse ni saltar a un lado. Solo una milésima de segundo para ver la caja de herramientas de metal trazando un arco en el aire, con las herramientas desparramándose mientras vuela hacia mi cráneo.

El golpe hace que vea estrellas. Caigo de rodillas sobre el frío hormigón y luego sigo cayendo de lado.

La oscuridad se apodera de mí.

CAPÍTULO 23

A través de los grandes ventanales del despacho del gerente, el anochecer había oscurecido aún más el cielo nublado.

Peter estaba de pie entre su escritorio y la ventana, sosteniendo una tableta y una radio de mano como las que usaban las patrullas de esquí. Las arrugas que surcaban su frente estaban más marcadas que antes.

Victoria fue directa al grano.

—¿Ha sabido algo de los huéspedes sobre nuestra desconocida?

Peter respondió:

—Nadie ha denunciado la desaparición de ninguna mujer, y todas las huéspedes registradas están localizadas.

—¿Así que no era una clienta del hotel? —preguntó Ned.

—No estaba registrada oficialmente. Pedimos los nombres al hacer el registro de entrada, pero solo sabemos lo que la gente nos dice. Cobramos por habitación, no por persona, así que no controlamos la ocupación. Algunos buscan privacidad —Peter se frotó las sienes—. También es posible que estuviera aquí de paso en el bar, pero es poco probable. La mayoría de los clientes del bar se marcharon pronto debido a la tormenta, si es que tenían algo de sensatez.

—¿Y los huéspedes masculinos? —preguntó Ned—. ¿Están todos localizados?

—Excepto uno. No lo hemos visto, ni tampoco hemos podido contactar con él.

—¿Cómo se llama? —Victoria ya sospechaba la respuesta.

Peter abrió su tableta e inició una búsqueda.

—Steve Foster. Se registró hace tres días para una estancia de cuatro noches. No ha hecho el registro de salida, pero podría haberse ido sin avisar a recepción.

Victoria y Ned intercambiaron una mirada.

—Estábamos intentando encontrarlo —dijo Ned—. Lo tenemos en las imágenes de seguridad discutiendo con nuestra desconocida en el bar anoche.

Peter abrió mucho los ojos.

—¿Discutiendo?

Victoria asintió.

—Necesitamos localizarlo y hablar con él lo antes posible. Le dejé un mensaje sobre su vehículo.

Peter puso cara de disculpa.

—Lo siento. Aún no he podido verlo.

—¿Qué otra información tiene sobre él? —preguntó Ned—. Los cargos de su habitación podrían decirnos si viajaba solo.

Peter consultó su tableta de nuevo.

—Proporcionó un solo nombre, pero pidió dos tarjetas llave. Tenía cargos del restaurante y del bar cada noche. Siempre dos menús. Servicios de spa ayer: dos masajes de noventa minutos, uno justo después del otro.

Victoria tomó una nota en su teléfono.

—¿Está su masajista aquí? Me gustaría hablar con él o ella.

—No. Ojalá estuviera. Podríamos ofrecer masajes de cuello gratuitos. Espere... —Peter se quedó mirando la pantalla—. Compró una botella de champán ayer por la tarde. Dom Pérignon.

Todos se quedaron en silencio ante la mención de la compra del champán.

—No hay más cargos desde las copas en el bar de anoche. Nada para hoy —añadió Peter.

Ned se cruzó de brazos.

—¿Tiene la información de su vehículo?

—La requerimos si los huéspedes vienen en coche —Peter se desplazó por su tableta—. Registró un Lexus GX 550 plateado. Matrícula de Colorado —Leyó el número de la matrícula y Victoria lo anotó en su teléfono.

Ned miró a Peter y luego volvió a mirar a Victoria.

—Deberíamos comprobar si su vehículo sigue en la propiedad.

Ella asintió.

—Pero primero, registraremos su habitación.

Peter ya se estaba moviendo.

—Tengo una llave maestra. Vamos.

Cuando llegaron a la 309, Peter llamó a la puerta.

—¿Señor Foster? La dirección del complejo.

Esperaron. Volvió a llamar.

—Soy el gerente general y necesitamos realizar un control de bienestar. Vamos a entrar.

Silencio.

—¿Ha pasado el equipo de limpieza por este piso hoy? —preguntó Victoria.

—No —respondió Peter—. Con la falta de personal, no hemos limpiado como de costumbre.

—Bien. Por favor, espere aquí fuera y no toque ninguna superficie de la puerta —instruyó Victoria—. Tenemos que minimizar la contaminación en caso de que esta habitación se convierta en la escena de un crimen.

El pulso de Victoria se aceleró mientras extendía la mano izquierda para coger la tarjeta llave del gerente. Tenía la mano derecha apoyada en su arma, lista para desenfundar si era necesario. Cuando el cierre electrónico se desbloqueó, empujó la puerta con el codo para abrirla, preservando cualquier posible huella dactilar.

—FBI —anunció.

Escaneando de izquierda a derecha, aseguró la entrada, luego la habitación principal, los armarios y el cuarto de baño.

Había ropa tirada por el suelo y sobre la cama. Algunas prendas asomaban por los cajones de la derecha. Toda era ropa de mujer. Talla pequeña.

Usó un bolígrafo para abrir los cajones de la izquierda, uno por uno. Vacíos.

Un par de zapatos estaba en el suelo del armario. Tacones negros, talla treinta y ocho. Nada que perteneciera a un hombre.

La cama estaba hecha con las esquinas precisas del servicio de habitaciones.

Regresó al baño. Los únicos artículos de aseo pertenecían a una mujer. El botiquín estaba vacío. Las toallas colgaban de los toalleros. La toalla de mano junto al lavabo estaba torcida.

Un líquido pegajoso se había secado sobre el mármol alrededor del lavabo. Olía a alcohol.

Agachándose, Victoria examinó el contenido de la papelera: varios pañuelos con restos de maquillaje, un recibo de la tienda de regalos del complejo y la etiqueta de una prenda de ropa femenina. Nadie había dormido en la cama desde la última visita del servicio de limpieza, pero alguien había estado dentro de la habitación.

Victoria miró debajo de la cama y divisó un pequeño cepillo para el pelo en el suelo, detrás de la mesita de noche. Tuvo que estirarse para recuperarlo. Las cerdas tenían varios cabellos castaños. Del mismo color que los de su víctima. Metió el cepillo en una bolsa; posiblemente era el segundo vínculo sólido entre Foster y la mujer muerta.

Al examinar el escritorio, notó marcas de presión en el bloc de notas. Alguien había escrito en la página anterior. Sacó el lápiz que Peter le había dado antes. Usando el lateral de la mina, sombreó el papel, revelando la marca de un número de teléfono con el prefijo 303. Denver. Hizo una foto del papel y del número.

Una tarjeta llave estaba sobre la cómoda con dinero debajo. Tres billetes de veinte dólares.

No había rastro de pertenencias de hombre.

Victoria fotografió la disposición del dinero y de la tarjeta llave.

—Necesitamos las imágenes de seguridad de la zona fuera de su habitación.

—No hay cámaras en los pasillos —dijo Peter con evidente frustración—. Es política de la dirección. Los huéspedes pagan tarifas de lujo por la discreción.

Perfecto para gente como Steve Foster, que se va de vacaciones con mujeres que no son sus esposas, pensó Victoria, aunque se guardó el comentario para sí misma. Como le había dicho a Ned, todavía no tenían todos los hechos. Solo fragmentos.

Peter se aclaró la garganta.

—Sin embargo, puedo acceder al sistema de seguridad y ver cuándo entró alguien en su habitación anoche.

—Bien. Cualquier información puede ser relevante —dijo Victoria.

—Se la enviaré en cuanto tenga...

Una voz ronca llegó a través de la radio, interrumpiendo a Peter.

—¿Jefe? ¿Puede bajar al generador principal? Lo que tengo que enseñarle no es nada bueno.

Peter palideció.

—Recibido, Bob. Voy para allá —volvió a engancharse la radio al cinturón—. Bob estaba intentando improvisar un arreglo temporal. Tengo que irme.

Mientras Peter se alejaba apresuradamente, Victoria echó un último vistazo a la habitación, y sus ojos se posaron en el montón de dinero.

Las cosas de Steve Foster habían desaparecido. Había dejado una propina. Las pertenencias de una mujer permanecían allí, esparcidas. Todavía no tenía sentido.

Era hora de buscar su coche y averiguar dónde estaba.

CAPÍTULO 24

Enfundados en sus abrigos y guantes, Victoria y Ned se prepararon para el gélido aire del exterior. Las nubes bloqueaban la luz de la luna, pero las farolas iluminaban la bruma de la densa nieve que caía sobre el aparcamiento.

Ned se ajustó la capucha hacia delante y luego acomodó la bufanda de Victoria para cubrirle más la cara. —Ya está. Pareces una atracadora de bancos preciosa —frenó su zancada habitual para adaptarse a la de ella mientras el viento los azotaba.

—Repasemos lo que sabemos con certeza —el aliento de Ned formaba vaharadas blancas mientras hablaba—. Parece que Foster se largó porque sus cosas ya no están. Dejar una propina me resulta extraño. ¿Recordaría la mayoría de la gente hacer eso si estuviera huyendo de la escena?

Victoria se rodeó el cuerpo con los brazos y se estremeció. —Es raro. Quizá sea solo un hábito muy arraigado.

—Y seguimos sin tener información sobre la mujer con la que estaba, excepto que probablemente sea nuestra víctima. También está la botella de champán, aunque puede que no sea la única persona que pidió Dom Pérignon o que trajo una botella de casa.

—"Parece" es la palabra clave —admitió Victoria, agradeciendo que Ned no sacara conclusiones precipitadas—. A estas alturas, casi cualquier cosa es posible.

—Lo del champán me mosquea —dijo Ned, quitando la nieve de otro coche—. Quizá compró una botella para llevársela a su mujer para compensar la infidelidad, pero se le olvidó.

—¿Significa eso que, si traes champán caro a casa, debería sospechar? Porque si alguna vez te vas de vacaciones con otra mujer, hará falta mucho más que una botella de champán caro para recuperarme.

—Espero que estés bromeando, porque yo nunca haría algo así —Ned se giró para caminar de espaldas y poder mirarla a la cara—. Lo sabes, ¿verdad?

La expresión de Victoria se suavizó. —Lo sé.

Empezó a examinar los vehículos. Parecían bestias descomunales ocultas bajo la nieve. —Encontremos ese coche. Cuanto antes descubramos qué le pasó a nuestra desconocida, antes... —dejó la frase en el aire, sujetándose la bufanda contra el viento. Las cosas podrían parecer peores una vez que resolvieran el caso y no tuvieran nada que hacer excepto esperar a que reabrieran la carretera.

—La recepción asigna el aparcamiento por plantas. Foster debía aparcar en la sección del conejo —Ned señaló el cartel de una farola con un conejo que coincidía con el mural de la tercera planta—. Su SUV es nuevo y difícil de conseguir. Un amigo esperó meses por uno. Incluso en un sitio como este, no debería de haber muchos.

Recorrieron las filas de coches, manteniéndose muy juntos. Victoria hundió la barbilla contra las violentas ráfagas de viento, pensando en casi nada más que en volver a entrar.

Veinte minutos después, habían descubierto SUV de lujo, berlinas de gama alta y coches deportivos, pero no el Lexus plateado que buscaban.

—Debió de irse antes del alud —dijo Ned—. Tuvo suerte.

—O escondió su coche para que no sepamos que está aquí —respondió Victoria—. Comprobemos el aparcamiento de empleados.

—¿Por qué iba a estar allí?

Ella se encogió de hombros. —No lo sé. Solo estoy siendo minuciosa.

Más adelante por la carretera, encontraron la zona de aparcamiento de empleados. Era más pequeña, con menos vehículos y modelos menos costosos.

—Tampoco está aquí —gritó Ned por encima de una ráfaga que casi tira a Victoria de lado—. Se ha ido. Entremos de nuevo.

Victoria no estaba convencida. Quizá Steve o alguien más quería que pensaran que se había marchado. Miró hacia el refugio; sus ventanas brillaban como ojos. Esa persona podría estar ahí dentro ahora mismo, observándolos.

De vuelta en la entrada con calefacción del edificio, sonaba música navideña instrumental mientras se sacudían la nieve de las botas y se quitaban la ropa de abrigo. A Victoria le ardían las mejillas por el calor.

—Aún tenemos ese número de teléfono del bloc de notas —dijo Ned, frotándose las manos—. Quizá eso nos diga algo.

Se apostaron en una esquina, buscaron el número y marcaron.

Tras tres tonos, saltó un mensaje grabado: —Ha llamado a Jewel Security Service. Nuestra oficina está cerrada en este momento. Si es usted cliente y tiene un asunto urgente, pulse uno para comunicar con nuestro servicio de atención de veinticuatro horas. De lo contrario, deje su nombre e información de contacto después de la señal.

Victoria colgó antes del pitido y abrió el navegador para buscar la empresa. Su sitio web profesional mostraba un fondo azul oscuro con detalles dorados que gritaba "fuerzas del orden".

—Jewel Security & Investigation —leyó Victoria en voz alta—. Los servicios incluyen casos de infidelidad e investigaciones de antecedentes.

—Casos de infidelidad —dijo Ned—. Interesante. Parece relevante.

Victoria había estado pensando en los servicios de seguridad que ofrecían. —O quizá uno de ellos necesitaba protección.

Volvió a sacar la foto de la marca en el bloc de notas, estudiando los trazos del bolígrafo. Dos personas habían compartido esa habitación. Cualquiera de las dos pudo haber escrito el número. Ahora, una estaba muerta.

CAPÍTULO 25

De vuelta en el despacho de Alex, Victoria colgó sus abrigos y tomó asiento. No había rastro de Alex ni de Elspeth.

Al otro lado de la ventana, la tormenta se había devorado las laderas, los remontes y las señales, sustituyéndolos por una cortina de nieve que se agitaba con fuerza. Cualquier punto de referencia familiar había desaparecido.

Ned ocupó la silla frente a ella mientras Victoria regresaba a la página web de la empresa de seguridad, que aún seguía abierta en su navegador. No podía dejar de preguntarse por qué estaba aquel número en el bloc de notas. ¿Implicaba la necesidad de servicios de investigación o de protección?

Llamó de nuevo a Jewel Security. Esta vez no colgó al saltar la grabación.

—Soy del FBI, estoy trabajando en un caso de homicidio y tengo algunas preguntas sobre el contacto de un cliente potencial.

Poco después de dejar su número, un hombre con voz ronca le devolvió la llamada. —Habla Ricky Morales. ¿Ha dicho que es del FBI?

—Así es. Estoy investigando una muerte en la estación de esquí de Black Ridge, en Colorado. Necesito saber si Steve Foster se puso en contacto con

su empresa. No tenía forma de preguntar si la víctima había llamado, puesto que no conocía el nombre de la mujer.

—Si es agente, sabrá que no puedo discutir información de clientes con usted. Necesitaría ver sus credenciales y una orden judicial.

—Lo comprendo —dijo Victoria—. Pero no estoy preguntando por clientes existentes ni por detalles de ningún caso. Pregunto si Foster contactó con su empresa en absoluto. Un simple sí o no.

Hubo una pausa. —Lo siento. Podría perder mi trabajo. Colgó sin despedirse.

Apoyando la barbilla en las manos durante un segundo, Victoria suspiró. —Antes de seguir teorizando, quiero verificar la información que Foster dio a la estación. Las direcciones falsas y los números de teléfono prepago son comunes en personas que ocultan algo. Entró en la base de datos del FBI, armándose de la paciencia necesaria para esperar con una señal tan lenta.

Cuando terminó su búsqueda, los resultados la sorprendieron. —Todo concuerda. Su dirección de Colorado. La matrícula del vehículo.

Se desplazó a una pantalla nueva, encontró un número de la oficina del FBI en Denver y llamó.

—Habla la agente especial Victoria Heslin, de la oficina local de Washington D. C. Necesito ayuda con una posible investigación de homicidio.

—Habla con la SSA Kerri Coleman. Adelante, agente Heslin.

Después de que la agente supervisora verificara las credenciales de Victoria, esta le resumió la situación. —Estoy en la estación de esquí de Black Ridge, aislada por un alud. Hemos descubierto el cadáver de una mujer hoy mismo, de entre veinticinco y treinta años. Sin identificación ni efectos personales. No hay huellas en nuestro sistema.

—Una Jane Doe. Necesita identificación —repitió la agente.

—He identificado a una persona de interés. Steve Foster. Varón blanco. Cincuenta y cuatro años. Se marchó de la estación anoche. Necesito que comprueben su estado en su residencia y quiero interrogarlo en cuanto lo localicen.

—¿Cómo ha llegado hasta allí? —preguntó la SSA Coleman—. Tenía entendido que nadie podía entrar ni salir.

—Ya estaba aquí cuando se produjo el alud. Han suspendido la limpieza de la carretera por la tormenta que se avecina. Calculamos otras cuarenta y

ocho horas como mínimo. Mentalmente, ella se estaba preparando para que fuera más tiempo.

—Entendido. De fondo se oía el tecleo de un ordenador. —Estoy sacando los datos de Foster ahora mismo. ¿Alguna razón para considerarlo peligroso?

—Posiblemente. Las grabaciones de seguridad muestran que fue una de las últimas personas vistas con nuestra víctima. Tiene antecedentes. Dos personas con las que trabajó desaparecieron en circunstancias sospechosas. Esos casos siguen sin resolverse. Solo quiero hablar con él.

—Comprendido. Puedo enviar agentes en treinta minutos y establecer una conexión por vídeo cuando establezcamos contacto.

Victoria abrió su aplicación de fotos. —Le envío una imagen de nuestra Jane Doe. Cuanto antes sepamos quién es, mejor. Por favor, compruebe los informes de personas desaparecidas presentados ayer o hoy.

—Lo pasaremos todo por las bases de datos. El equipo de campo se pondrá en contacto con usted en cuanto estén en su domicilio. ¿Algo más?

—Necesito una orden federal para Jewel Security and Investigation Services en Denver. Encontré su número de teléfono en la habitación de la víctima y necesito acceder a las comunicaciones de sus clientes relacionadas con Steve Foster. Esto podría ser la clave para identificar a nuestra víctima o establecer un móvil.

—¿Cuál es la causa probable?

—Una víctima de homicidio hallada con pruebas que vinculan con esta empresa de seguridad. El sospechoso huyó de la escena y tiene conexiones previas con personas desaparecidas. Dado nuestro aislamiento y la naturaleza urgente de la situación, necesito esos registros para evitar más daños.

—Puedo agilizarlo. Conozco al juez que está de guardia esta noche. Deberíamos tener la orden en dos horas, asumiendo que su causa probable se sostenga.

—Lo hará. Envíenla directamente a Jewel Security. Yo haré el seguimiento con ellos.

Una vez terminada la llamada, Victoria respiró hondo.

—¿Qué te preocupa? —preguntó Ned.

—Aparte de estar atrapada aquí... el hecho de que sigamos sin saber quién es —. A Victoria se le ocurrió una idea. Su víctima podría haber compartido fotos en alguna aplicación de redes sociales y haber etiquetado

a la estación. Sacó su teléfono, entró en Instagram y buscó «Black Ridge Ski Resort».

Lo que encontró hizo que se le revolviera el estómago.

Las publicaciones recientes no eran las típicas fotos glamurosas de unas vacaciones de esquí. En su lugar, clip tras clip mostraba el deterioro de las condiciones dentro de la estación. El chico de la cresta y su amigo habían estado ocupados, y el algoritmo parecía adorar sus historias.

En un reel, el de la cresta sonreía y cantaba desafinado: —Oh, el tiempo afuera es espantoso... —. Giró la cámara y mostró a la multitud de huéspedes atrapados, luego añadió con una diversión sombría: —Pero dentro está mucho peor —. El vídeo pasaba a tomas de papeleras sin vaciar, platos amontonados en los pasillos y el baño de mujeres donde había abierto cada cubículo para mostrar váteres atascados y sin tirar de la cadena, sin papel higiénico. El reel terminaba con un desastre de agua y toallas de papel por el suelo.

El texto decía: «Segundo día de vacaciones en el infierno».

Victoria no había usado los baños comunes cerca del vestíbulo recientemente. ¿De verdad se habían puesto tan mal?

Retomó la tarea que tenía entre manos y se desplazó por cada foto y vídeo, buscando alguno de antes de que la mujer muriera. Al no encontrar nada con su víctima o con Steve Foster, cambió a una plataforma distinta.

Allí las etiquetas eran brutales: #MurderMountain #CantCheckOut #BlackRidgeNightmare

Uno mostraba a Alex y Jordan esquiando con la camilla entre ellos. El texto decía: «¡CADÁVER en Black Ridge Ski Resort! ¡Estamos atrapados con un asesino!».

Otro reel mostraba a la patrulla de esquí trasladando el cuerpo desde el trineo a una camilla con ruedas, con el texto: «¡ASESINATO en Black Ridge! #MurderMountain #WhoDidIt?».

Cientos de comentarios seguían al vídeo. La mayoría con preguntas o especulaciones sobre lo ocurrido. Se le ocurrió un pensamiento escalofriante. El asesino podría estar ahora mismo en el hotel, viendo estos mismos vídeos, comprobando cuánta atención estaba recibiendo el caso. Podría haber comentado, mezclándose con cientos de desconocidos, influyendo en la narrativa.

Victoria siguió desplazándose por la etiqueta de ubicación, buscando contenido del principio del viaje, antes de que todo saliera mal. Por fin

empezó a ver fotos de vacaciones normales de hace tres días: tomas en las pistas, fotos acogedoras del hotel, parejas felices con copas de vino junto a la chimenea central. Etiquetas como: «Primera noche en Black Ridge. #BlackRidgeResort #SkiVacation #Skilife».

Jane Doe no aparecía en ninguna de las publicaciones. Tampoco Steve Foster.

Victoria se frotó los ojos. —Si hicieron fotos o vídeos, no los compartieron.

—Tiene sentido si están teniendo una aventura.

Llegó un nuevo mensaje de la oficina de Denver: *Agentes en camino a la residencia de Foster. Contactaremos con usted en menos de una hora.*

Ahora tenía que ser paciente hasta que los agentes de campo llegaran al domicilio de Foster. —Me apetece un té caliente. Luego me gustaría volver a examinar a nuestra Jane Doe y ver si hay alguna prueba que se nos haya pasado.

—Me parece un buen plan. Ned se levantó y recogió sus abrigos. —Todo esto es interesante, aunque preferiría que nuestras vacaciones no incluyeran aludes ni cadáveres.

—Ya somos dos. Pero al menos deberíamos tener algunas respuestas pronto. Victoria se detuvo en la puerta. —Lo que no tengo claro es si nos gustará lo que encontremos.

CAPÍTULO 26

Ned señaló un cartel en la puerta de la cámara frigorífica. PROHIBIDO EL PASO, escrito a mano en grandes letras mayúsculas. —¿Recuerdas lo que dijo Alex sobre las señales de peligro, que actúan como imanes para algunas personas? Casi como si no pudieran resistirse a hacer lo que no deben.

Sujetó la puerta aislante para que quedara abierta y un aire gélido salió a su encuentro. La temperatura en el interior era bajo cero, pero sin el viento resultaba más llevadera que en el exterior. Las luces fluorescentes zumbaban en el techo, iluminando filas de estanterías metálicas.

Habían colocado el cadáver en la esquina del fondo, separado por cajas apiladas para ocultarlo de la vista. Otro cartel colgaba del lateral de la caja superior: NO MOVER.

El cuerpo yacía sobre un mantel blanco limpio extendido sobre un estante de metal. Una sábana blanca perfilaba la inconfundible forma humana que había debajo. Victoria retiró la sábana para dejar al descubierto el rostro de la mujer.

Victoria sacó el cepillo que había encontrado en la habitación de Foster y comparó el pelo del cepillo con el de la cabeza de la víctima.

Ned se acercó para verlo mejor. —A mí me parecen iguales.

—Parecidos. Pero no iguales —Victoria frunció el ceño—. No hay forma de saberlo con seguridad sin un análisis microscópico, pero simplemente no parecen los mismos.

Ned resopló. —¿Cuántas mujeres había en esa habitación?

Se presionó el abdomen mientras un gruñido surgía de su estómago.

—Yo también tengo hambre —Victoria miró su reloj. Habían pasado dos horas desde que prometió que comerían—. Vamos a cenar después de...

Se detuvo a mitad de la frase, con los ojos fijos en el estante donde había colocado las bolsas de pruebas selladas un rato antes. La botella de champán estaba donde la había dejado, pero el espacio de al lado estaba vacío.

—¿Pero qué demonios? —Victoria parpadeó con fuerza, esperando que sus ojos la estuvieran engañando. Ambas bolsas estaban en ese estante cuando guardaron el cuerpo. Estaba segura de ello.

—¿Qué pasa? —Ned siguió su mirada.

—La bolsa de pruebas con las muestras de ADN ha desaparecido. La puse justo ahí.

Ned se acercó más al estante. —¿Podría haberla movido el gerente?

—Quizá —Victoria se puso a cuatro patas sobre el frío suelo de hormigón y escudriñó debajo de las estanterías por si alguien hubiera golpeado el kit accidentalmente.

—Debería haberme asegurado de que todo estuviera bajo llave —dijo, revisando detrás de unas cajas de pescado congelado—. No puedo creer que haya dejado que esto pasara.

—Oye —Ned se puso en cuclillas a su lado, con voz suave pero firme—. Pediste específicamente un lugar seguro. Pediste una cerradura. El gerente dijo que la pondría. No es culpa tuya.

Victoria se sentó sobre sus talones, mirando el espacio vacío, limpiándose la suciedad de las manos en los vaqueros. —La persona a la que se lo pedí tiene demasiados problemas encima. Debería haberme encargado yo misma.

—Ni siquiera se supone que deberías estar trabajando, Victoria. Estamos de vacaciones, ¿recuerdas?

Victoria se levantó y recorrió el almacén, revisando los mismos lugares una vez más.

—Quizá haya cámaras aquí abajo —Ned inspeccionó la sala, mirando hacia las esquinas del techo.

—No veo ninguna.

El zumbido mecánico y el tictac del congelador parecieron de repente más fuertes, más ominosos. Sacó su teléfono y marcó a Peter, caminando por el reducido espacio por la frustración y para entrar en calor hasta que él respondió.

—Habla Victoria Heslin. Estoy en la cámara frigorífica. Los hisopos de ADN han desaparecido. La bolsa no está donde la dejé. ¿La ha movido usted?

—¿Qué? No, no he vuelto por allí desde que nos fuimos juntos.

—¿Quién más sabía que realizamos el examen?

—Se lo mencioné a Alex cuando hablamos antes. Eso es todo.

—Ese kit contenía posibles pruebas de ADN del autor. Esto no es casualidad. Puede que alguien esté borrando sus huellas. Necesitamos que ponga una cerradura de verdad en esa puerta.

—Me encargaré de ello. Siento lo ocurrido. No entiendo por qué falta, pero tengo que dejarle —colgó.

Victoria se volvió hacia Ned. —No voy a dejar que desaparezcan más pruebas. A partir de ahora, cualquier cosa que encontremos se queda con nosotros —cogió la bolsa de pruebas restante con la botella de champán.

Ned volvió a cubrir el rostro de la víctima con la sábana. —¿Y qué hay del cuerpo? No podemos ir llevándolo de un lado a otro.

Con las manos en las caderas, Victoria contempló el cadáver cubierto. Su desconocida merecía algo mejor que esta morgue improvisada con sus carteles escritos a mano.

Solo se le ocurría una razón para que alguien se hubiera llevado las pruebas biológicas. Esa persona sabía lo que revelarían las muestras de ADN. Lo que significaba que quienquiera que fuese el responsable todavía estaba en Black Ridge. O Steve Foster seguía allí aunque su coche no estuviera... o alguien más lo había hecho.

Mientras se dirigían a la salida, Victoria hizo la promesa silenciosa de encontrar respuestas antes de que alguien más saliera herido.

CAPÍTULO 27

Otro cartel escrito a mano descansaba sobre un atril a la entrada del restaurante. Decía: *Debido a circunstancias ajenas a nuestra voluntad, el menú es limitado.* Debajo, alguien había garabateado con tinta roja: *Se agradece su paciencia*.

Un empleado llamado Tyler tomaba los pedidos en el mostrador, con el sudor corriéndole por la cara mientras introducía la información en una tableta.

Mientras Victoria y Ned se ponían al final de la cola, ella esperó que Alex hubiera tenido la oportunidad de comer algo decente hoy. — ¿Puedes pedir por mí? —le preguntó a Ned—. ¿Otro sándwich de queso a la plancha?

—Hecho. —Le cogió el abrigo—. ¿A dónde vas?

—Tengo que hacer una visita a la cocina.

Victoria se escabulló por las puertas batientes hacia la cocina industrial. Un cocinero gritó: —¡Necesito más cajas aquí ahora mismo! —, mientras daba la vuelta a unas hamburguesas en una parrilla siseante. Un camarero serpenteaba entre los puestos de preparación diciendo: —Todo el mundo está pidiendo varias raciones como si estuvieran haciendo acopio para una guerra.

El personal de cocina trabajaba como si el edificio estuviera en llamas y les quedaran pocos minutos para terminar y salir de allí.

Victoria divisó su objetivo: un joven cocinero de mirada formal y unos pantalones que le quedaban un par de centímetros cortos. Tenía el rostro contraído por la concentración mientras vigilaba las hamburguesas que chisporroteaban en una enorme parrilla.

Se colocó directamente frente a él, de modo que no tuvo más remedio que reconocer su presencia. —Hola. Soy Victoria Heslin. Agente del FBI. También soy la hermana de Alex.

Él se quedó paralizado con la espátula a medio giro. —¿Es usted la que está investigando lo de la mujer que murió?

—Sí. Necesito buscar huellas en una botella, pero no tengo el equipo necesario. ¿Puede dedicarme unos minutos?

Él miró la parrilla antes de soltar la espátula. —¿Qué necesita?

—Guantes de plástico, papel oscuro, polvo fino y un pincel suave. —Fue contando con los dedos, notando cómo la mirada del chico se detenía en la falta de las puntas de sus dedos antes de apartar la vista.

—¿Un pincel?

Ella no sabía cómo llamarlo. Sus habilidades eran muchas, pero no incluían la cocina. —Lo que sea que use para untar mantequilla en la comida.

—Una brocha de repostería —dijo él, dirigiéndose ya hacia los armarios de suministros.

Reunió los materiales y la llevó a una pequeña sala de preparación junto a la cocina principal. Victoria cogió un poco de papel de horno que había cerca y lo extendió sobre una mesa de carnicero.

—Una cosa más. Cinta adhesiva.

Él desapareció y regresó con un rollo nuevo. —La teníamos en el mostrador de delante.

Victoria se puso los guantes y colocó la botella sobre el papel negro que él había encontrado. Si aquel Dom Pérignon de 2012 vinculaba a Foster con su víctima, podría reforzar el caso. O podría introducir a otro sospechoso.

Ned llegó justo cuando ella estaba a punto de empezar. —La comida tardará un poco. La gente está pidiendo como si fuera el apocalipsis. Pero tu sándwich ya está en cola.

—Genial. Llegas justo a tiempo para ver si puedo hacer que esto funcione.

—¿Hacer que funcione qué?

—Una recogida de pruebas improvisada.

—¿Buscas huellas? —preguntó Ned—. ¿No las habrá arruinado la nieve?

—No ha ayudado, precisamente. —Sumergió la brocha en el almidón de maíz, sacudiendo el exceso. Demasiado polvo oscurecería cualquier huella; demasiado poco no las revelaría.

Mientras Ned y el cocinero observaban, aplicó el almidón de maíz con pinceladas delicadas sobre la superficie oscura del cristal.

El polvo blanco se adhirió al vidrio en patrones aleatorios, pero no aparecía nada con espirales o crestas distintivas. Victoria frunció el ceño. Mucha gente habría tocado esa botella. El camarero. Quizá el personal del servicio de habitaciones. Incluso con una limpieza profesional, debería haber huellas de quienquiera que la comprase.

—¿Nada? —preguntó Ned.

—Todavía no. —Victoria siguió pasando el polvo, trabajando alrededor del cuello y la base. El cristal había sido limpiado a conciencia.

«Lógico», pensó. Quien hubiera tomado las muestras de ADN también se habría llevado esto si hubiera pensado que contenía pruebas incriminatorias.

Pero, al pasar el polvo por la etiqueta, surgió un patrón de crestas tenues contra el logotipo color chocolate y oro. —Tengo algo.

Se acercó más, inclinando la botella hacia la luz. ¿Por qué dejar la botella de champán en primer lugar? El Dom Pérignon parecía un elemento de atrezo diseñado para dar forma a la narrativa. Para que la gente pensara: mujer con problemas, alcohol caro, trágico accidente en la nieve. O tal vez eso era exactamente lo que había sido.

Victoria presionó la cinta contra la impresión y luego la levantó, transfiriendo la marca al papel negro. La fotografió desde varios ángulos. La huella parcial mostraba un pulgar o un dedo índice.

Hizo una impresión de su propia huella para comparar. Los tamaños eran similares. La huella pertenecía a una persona de manos pequeñas.

Victoria volvió a sellar la botella en su bolsa de pruebas, añadiendo cinta y sus iniciales.

—Mola —dijo el cocinero, que ya estaba recogiendo los utensilios para volver a su puesto.

Victoria se metió la bolsa de pruebas bajo el brazo. Ahora necesitaba averiguar de quién era esa huella.

CAPÍTULO 28

Ned y Victoria encontraron una mesa pequeña frente a la tienda de regalos donde podían esperar su comida. La gente había vaciado la tienda de todos los aperitivos, como un supermercado antes de un huracán.

Victoria abrió la base de datos de huellas dactilares del FBI. Parecía que el tiempo no pasaba, pero logró subir las fotos de la huella parcial, ajustando el contraste y el brillo para realzar los detalles de las crestas papilares.

—Necesitamos al menos ocho a doce puntos de coincidencia para hacer una identificación sólida, y esta tiene siete puntos como mucho.

Su teléfono sonó con una llamada entrante de un prefijo de Denver.

—Victoria Heslin —respondió con un vuelco de emoción. Estaba impaciente por interrogar a Foster.

—Habla el agente Bruce Rork, de la oficina de Denver. Estoy fuera de la residencia de Steven Foster. Él no está aquí. Tampoco la señora Foster, pero hemos hablado con ella.

—¿Qué han averiguado?

—Actualmente está fuera de la ciudad, volviendo en coche mientras hablamos. Dice que esperaba a su marido anoche en casa, pero su sistema

de seguridad muestra que nunca llegó. Ella afirma que él estaba en un viaje de negocios, no de esquí.

Victoria no quería ni imaginar la incomodidad de esa conversación. —¿Los Foster están separados?

—Según ella, no. Lo he preguntado. Pero... —Rork hizo una pausa—. Le he enviado su foto de la víctima por videollamada. La foto del bar. La señora Foster ha dicho que no había visto a esa mujer en su vida, pero lo extraño es que no parecía tan impactada o sorprendida de que su marido no estuviera solo.

—¿No parecía disgustada? —preguntó Victoria.

—No mucho. Diría que estaba bastante entera dadas las circunstancias.

Victoria tomaba notas mientras escuchaba. —¿Dónde estaba exactamente la señora Foster este fin de semana?

—En Aspen. Un fin de semana de chicas con una amiga de la universidad, según dice. Se fue el viernes por la mañana.

—¿Han verificado eso?

—Estamos en ello. Tengo el nombre de la amiga.

—¿Cuándo fue el último contacto de la señora Foster con su marido?

—Él le envió un mensaje de texto a las 21:12 el sábado. Ella ha compartido el historial con nosotros. Él dijo que se marchaba antes porque venía otra tormenta. Acababa de salir del hotel e iniciaba el camino a casa. ¿A qué hora golpeó el alud exactamente?

—Sobre las 22:30.

Victoria había visto a Foster discutiendo con su víctima a las 20:30. Su mujer decía que él le envió un mensaje a las 21:12 para decir que se marchaba. No era tiempo suficiente para llevar a la víctima a la montaña, bajar, recoger su habitación y subir al coche. Pero la llamada estaba bien calculada si intentaba establecer una coartada.

—Elaine Foster es diseñadora de interiores y fue campeona de eslalon en sus veinte años. Sigue esquiando con regularidad. He sacado esa información de una de sus redes —dijo el agente.

—Yo también lo he visto.

—He investigado un poco antes de hablar con ella. La policía la interrogó en relación con la muerte de su primer marido en 2014.

Victoria se enderezó en su asiento. —¿Muerte? ¿Qué pasó?

—Su primer marido era promotor inmobiliario, uno de éxito por lo que parece, veinte años mayor que Elaine. Murió en su casa. Un ataque al

corazón repentino, pero su hermana no lo creyó así. Abrió un caso contra su esposa, pero no llegó a nada. Falta de pruebas.

—Interesante —dijo Victoria. Elaine Foster parecía ser una mujer lograda y competitiva. El tipo de persona que no se tomaría a la ligera la noticia de una aventura de su marido. Quizá su primer marido también la había traicionado y pagó el precio por ello.

—¿Qué más podemos hacer mientras están atrapados ahí? —preguntó Rork.

—Necesito los movimientos bancarios de Foster de las últimas 24 horas. Retiradas de cajeros, actividad de tarjetas de crédito y el rastreo de las antenas de su móvil. Necesito saber dónde está ahora y dónde estaba cuando hizo esa llamada a su mujer. Además, ¿pueden verificar el paradero de la señora Foster este fin de semana? Registros de hotel, uso de tarjetas, cualquier cosa que demuestre que realmente estuvo en Aspen.

—Me pongo con ello. ¿Algo más?

—¿Alguien en los informes de personas desaparecidas que pueda encajar con nuestra desconocida?

—Nada todavía.

Se despidieron y Victoria miró a Ned. —Foster le dijo a su mujer que iba de camino a casa, pero nunca llegó.

Al otro lado del vestíbulo, Peter se apresuraba entre grupos de huéspedes, con un montón de papeles apretados contra el pecho y su tableta bajo el brazo.

Cuando divisó a Victoria y a Ned en su mesa, se detuvo a mitad de camino, y su expresión cambió de una concentración agobiada a una de reconocimiento. Se acercó rápidamente, barajando los papeles en sus brazos mientras caminaba, a punto de que se le cayera la tableta.

—Tengo la información que me solicitó. Los datos de la tarjeta de acceso de la 309. —Peter se sentó en el borde de una silla, dejando sus papeles y la tableta sobre la mesa. Seleccionó un documento y lo alisó—. Aquí está. Esto muestra las veces que alguien entró en la habitación de Steve Foster anoche. Tres entradas: 20:38, 20:55, 23:02. Después ya no hubo más hasta que hemos entrado hoy.

Ned cogió el papel. —La mujer de Foster dijo que él dejó el complejo a las 21:12. Entonces, ¿quién entró en la habitación después de que él se fuera?

Las luces del techo parpadearon de forma ominosa.

—Otra vez no —masculló Peter.
Unos segundos después, todo el refugio se sumió en la oscuridad.

CAPÍTULO 29

La única iluminación provenía del débil resplandor rojo de las luces a pilas sobre los marcos de las puertas. No era suficiente.

Peter se levantó de un salto de su silla. —Tengo que encontrar a los de mantenimiento —se abrió paso entre la multitud de huéspedes desorientados, alzando la voz para que se oyera en todo el vestíbulo—. ¡Mantengan la calma, por favor! ¡Esto es solo temporal!

Pero ¿lo era? A diferencia de casi todos los demás, Ned y Victoria sabían que los generadores estaban dando problemas.

Se quedaron sentados porque parecía lo más sensato hasta que comprendieran la situación. Con los sentidos alerta, Victoria escuchó una cascada de incredulidad extendiéndose por la oscuridad.

—¿Cuánto tiempo es «temporal»? —Esto es una tomadura de pelo. —No veo por dónde voy —los murmullos de ansiedad y enfado se mezclaban con el viento que golpeaba las ventanas, como si estuviera desesperado por entrar.

Las sombras se movían cerca de la entrada del restaurante a medida que la gente salía en tropel; las botas golpeaban con fuerza el suelo mientras llamaban a sus acompañantes y familiares.

El edificio empezó a emitir ruidos extraños, un traqueteo y un siseo dentro de las paredes. Ella esperaba que fueran los sistemas de reserva preparándose para entrar en funcionamiento. Tras lo que parecieron minutos, se encendió una luz tenue que fue cobrando algo de fuerza. Energía de emergencia, no el sistema eléctrico completo. Era mejor que nada, pero el hotel seguía sumido en las sombras.

Las alarmas dejaron de sonar. Un hombre pasó trotando junto a su mesa. —Los ascensores se han quedado bloqueados. Tenemos a huéspedes encerrados dentro.

Junto a la chimenea, Hawk miraba su teléfono muerto con horror. —¡¿Qué?! —exclamó con el bastón de caramelo en la boca—. ¿Sin señal?

Victoria consultó su teléfono. Cero barras. Sin internet. La tormenta finalmente había cortado su última conexión con el mundo exterior. Se le hundió el corazón al darse cuenta de lo que aquello significaba para la investigación. Sin contacto con el FBI de Denver. Sin novedades sobre el paradero de Foster. Sin información de Jewel Security.

Pasaron varios minutos antes de que Peter hablara por el sistema de megafonía, haciendo que todo el mundo se callara.

—Hola. Les habla el director general del Black Ridge Resort. Lamentablemente, debido a la tormenta, hemos perdido el suministro eléctrico principal y los servicios de internet. Hasta que regrese la corriente, el complejo dependerá de los generadores de reserva solo para los sistemas esenciales. Notarán algunos cambios, así que les rogamos que tengan paciencia con nosotros. Los mantendremos calientes, alimentados y seguros, pero, por favor, ahorren energía siempre que sea posible. Pónganse en contacto con Atención al Cliente para problemas inmediatos. Agradecemos su comprensión y paciencia.

Victoria se acordó de Rosalie y Thomas, que ya estarían desbordados en recepción. Oyó a Thomas alzar la voz: —Ojalá pudiera decirles algo más, pero tenemos la misma información que ustedes.

Al menos los teléfonos no sonaban. Estaban muertos.

—¡Atención, todos los que esperan comida! —bramó Tyler desde la entrada del restaurante—. Si acaban de pedir en los últimos diez minutos, lo sentimos, pero su comida no va a salir. El sistema de ventilación no funciona. Tenemos que cerrar la cocina por motivos de seguridad.

Las quejas y los lamentos estallaron entre los huéspedes. Alguien gritó: —¡¿Y qué se supone que vamos a comer?!

Victoria sintió una punzada de simpatía por Tyler, que tenía que dar malas noticias a una sala llena de gente que ya estaba de por sí agitada.

—La tienda del hotel sigue abierta —respondió Tyler, olvidando quizás que los huéspedes ya habían vaciado los estantes.

Ned cogió su abrigo. —Nosotros pedimos hace un rato. Iré a ver qué pasa con nuestra comida.

Victoria también se levantó. —Te veré en nuestra habitación. Quiero probar mi teléfono satelital.

Se había llevado el otro teléfono por costumbre, pero no había cogido la batería de repuesto. Con la nevada y el cielo cubierto, la conexión sería inestable en el mejor de los casos. Tendría que ahorrar batería. Tal como iban las cosas, lo peor estaba aún por llegar.

—Ve por las escaleras —dijo Ned.

—Por supuesto.

El hueco de la escalera parecía una tumba. Sin calefacción, sin luz, solo hormigón frío y barandillas metálicas. Victoria subió los peldaños a toda prisa, ansiosa por llegar a su teléfono satelital. El FBI de Denver llamaría por la orden judicial y el paradero de Foster, y no podía permitirse perder esas actualizaciones.

Estaba a mitad de camino del segundo piso cuando unos gritos tenues llegaron desde algún lugar de abajo.

Victoria se detuvo. Los gritos se oyeron de nuevo. Eran voces de niños pidiendo ayuda.

Siguió el sonido hasta la entrada de la zona de la piscina y llamó a través de la puerta. —¿Hola?

—¡Ayuda! ¡Estamos atrapados! —era la voz de un niño, asustado.

—¿Estáis heridos? —preguntó Victoria, buscando ya la forma de abrir la puerta.

—¡Tenemos frío y no podemos salir!

Victoria divisó un panel de mantenimiento y usó su tarjeta de crédito para abrirlo. Encontró el mando de anulación manual y lo presionó. La cerradura hizo clic.

La puerta se abrió hacia dentro, revelando a los niños del ascensor. Tiritaban en sus trajes de baño.

—Hola. Soy Victoria. ¿Estáis bien?

—Somos Max y Kayla —respondió el niño con los dientes castañeando —. Se fue la luz mientras nadábamos. Las taquillas no se abrían. Ni

tampoco la puerta.

—Vuestros padres deben de estar muertos de preocupación —Victoria los ayudó a recoger toallas de sus taquillas, usando su pendiente para manipular los cierres atascados—. En el quinto piso, ¿verdad? Vamos a llevaros con ellos.

Mientras subían por la oscura escalera, Kayla cogió la mano de Victoria. —Gracias por salvarnos.

—Pedid siempre ayuda cuando la necesitéis —dijo Victoria, mientras ellos se soltaban y echaban a correr por el pasillo.

Quería acompañarlos hasta su madre o su padre, pero se habían escurrido por su puerta antes de que tuviera oportunidad.

Ya en su propia habitación, su tarjeta todavía funcionaba y la puerta se abrió sin problemas. Dentro, intentó ajustar la calefacción, pero no calentaba más, así que desistió y sacó su teléfono satelital. Esperaba que la señal pudiera atravesar los gruesos muros, porque no soportaba la idea de volver a salir al exterior.

Tras marcar el número de la oficina de Denver, respondió un mensaje automático: —Debido a los cortes de energía generalizados y a los daños que afectan a la región, los servicios de emergencia están priorizando las situaciones de riesgo vital, y nuestras oficinas están prestando apoyo. Por favor, permanezca en la línea solo si tiene una emergencia de vida o muerte.

Dejó el teléfono sobre la mesa. Pedir ayuda solía ser una opción, pero eso no significaba que fuera a llegar de inmediato.

CAPÍTULO 30

La puerta hizo un clic y entró Ned cargando con una bolsa de papel y dos botellas de cerveza. —Comida —anunció, dejándolas sobre la consola —. Me alegro de que hayamos pedido cuando lo hicimos.

—Huele bien. —Ella inhaló el aroma que salía de la bolsa—. Pues resulta que la tormenta no solo nos ha afectado a nosotros. Ha inutilizado las comunicaciones en toda la zona.

Él abrió las bolsas y comenzó a sacar la cena. —Me lo imaginaba.

—Hay gente que se está quedando atrapada. Nuestros amiguitos del ascensor se han quedado encerrados en la zona de la piscina. —Estaba a punto de entrar en detalles, pero Ned había terminado de desempacar la bolsa de comida y miraba fijamente la mesa. Su mente estaba en otra parte.

Él la miró. —Ha pasado algo raro después de que te fueses.

—¿Qué clase de cosa rara?

—Me ha parecido ver a la mujer del bar. Estaba casi seguro de que era ella.

Victoria le prestó a Ned toda su atención.

—No sabía cómo preguntarle directamente si era ella, así que le he preguntado si tenía un jersey plateado con negro alrededor del cuello. —Él deslizó el dedo de derecha a izquierda para describir el diseño.

—¿Qué ha dicho?

—Ha dicho que no. Luego se ha quitado el gorro. Tenía el pelo rubio. Lo llevaba recogido, por eso no me he dado cuenta al principio. Hasta ese momento, de verdad pensaba que era ella.

—¿Te ha preguntado por qué se lo decías?

—No. Me ha mirado como si yo fuera un... —Hizo una pausa, buscando la palabra adecuada—. Probablemente ha pensado que estaba intentando ligar con ella. —Se rió—. Me he equivocado de persona, pero me ha hecho darme cuenta de algo. No sabemos con seguridad si nuestra víctima es la mujer del bar. Todo lo que tenemos es la grabación de seguridad que vimos. Ni siquiera se giró hacia la cámara.

Cogiendo su sándwich a la plancha, Victoria se hundió en el sillón de la esquina para pensar. Tenía toda la razón. Ella había centrado su investigación en la suposición de que la víctima conocía a Foster y que habían discutido la noche de su muerte. Él era un sospechoso o un testigo potencial con información. Pero ¿y si se equivocaba y la mujer fallecida y Foster nunca se habían conocido? Podría haber más de una morena con el mismo jersey.

Un buen agente verificaba los hechos antes de elaborar teorías. Ella había construido una investigación en torno a pruebas circunstanciales y a un parecido, dejando que el jersey plateado nublara su juicio. Un error de principiante, si resultaba que lo había cometido.

Dejando la comida, se rodeó el cuerpo con los brazos para protegerse del frío creciente. —No puedo creer que todavía no tengamos un nombre. Hay cientos de personas aquí. Alguien tiene que haberla visto por el complejo.

Victoria volvió a coger su sándwich, agradecida por tener comida caliente mientras todavía durase.

El televisor se encendió, mostrando un poco de luz azul alrededor del centro negro. No había internet ni cable. Sin nada que los distrajera, comieron en la pequeña mesa de bistró mientras la habitación se volvía cada vez más gélida.

—Al menos tenemos comida, una habitación decente y nos tenemos el uno al otro. —Ned levantó su cerveza en un brindis simulado.

Tras chocar sus botellas, él agarró su móvil y empezó a escribir, pero se detuvo. Ya se había olvidado de la falta de señal.

Victoria miró el teléfono por satélite que estaba sobre la consola. —Debería llamar a Minka. Puede que esté preocupada por Alex.

—¿Qué vas a decirle? —preguntó Ned—. No lo hemos visto en horas. ¿No se preocupará más si se lo dices?

—Quizá ella sepa algo de él.

—Si sabe algo, te sentirás mejor. Si no...

—Lo sé, pero creo que agradecerá el contacto.

La conexión por satélite chisporroteó antes de que se oyera la voz de Minka. —¿Diga?

—Soy Victoria. Estoy llamando desde un teléfono por satélite.

—¡Victoria! —El alivio inundó la voz de Minka—. Llevo horas intentando localizar a Alex. En las noticias dicen que toda la región se ha quedado sin luz y sin comunicaciones. ¿Está Alex ahí? Por favor, dime que está contigo.

—No está aquí ahora mismo, pero estoy segura de que está bien. —La mentira sonó vacía. Ella estaba tan preocupada como su cuñada—. Pero estuvimos con él antes.

—¿Cuándo estuvisteis con él? ¿Qué estabais haciendo? —La voz de Minka se volvió aguda—. Victoria, ¿qué está pasando allí de verdad?

—Simplemente hay mucho ajetreo por las tormentas. Las cosas se han puesto un poco raras antes. El equipo de rescate ha encontrado un cuerpo en la montaña. —El silencio se prolongó tanto que Victoria pensó que la conexión se había cortado.

—¿Un cuerpo? —Minka sonaba incrédula—. ¿Ha muerto alguien allí? ¿Qué ha pasado?

—Aún no lo sabemos. Estoy investigando, y Alex ha estado ayudando antes de tener que volver fuera. Todo el mundo aquí depende de él. Especialmente ahora, con este tiempo.

—¿Estás investigando? ¿Eso significa que es una investigación por asesinato? ¿Además de todo lo demás?

—De verdad que aún no lo sabemos.

—Espero que no lo sea. Por favor, prométeme que encontrarás a Alex. Dile que me llame en cuanto lo veas.

—Te lo prometo. En el momento en que lo encontremos, yo misma le pondré al teléfono.

—Os quiero a los dos. Dile a Alex que cuando las condiciones son peligrosas, como ahora, necesito oír su voz de vez en cuando.

—Se lo diré, Minka. Intenta no preocuparte.

La conexión siseó con estática y luego se hizo el silencio.

El miedo de Minka y su propia ansiedad creciente por la seguridad de Alex hicieron que a Victoria se le secase la boca.

Ned la rodeó con sus brazos, pegándola contra su pecho.

—¿Crees que todo saldrá bien? —preguntó ella. Él no tenía forma de saberlo, pero ella necesitaba oír sus palabras de consuelo.

—Estamos bien por ahora, y eso es suficiente. Intentemos dormir un poco. Puede que las cosas se vean mejor por la mañana. Quizá para entonces haya vuelto la luz.

La mente de Victoria no se calmaba. No dejaba de dar vueltas a lo que Ned había dicho antes. Había creído ver a la mujer del bar. Excepto que tenía el pelo rubio. Victoria sintió una descarga de adrenalina al conectar algunas piezas. Elaine Foster. Rubia platino, esquiadora de competición. ¿Había reconocido Ned a Elaine por las fotos que habían visto antes y simplemente no había logrado ubicarla?

Supuestamente, Elaine estaba en Aspen pasando un fin de semana de chicas, pero ¿y si nunca había ido a Aspen? ¿Y si había seguido a Steve hasta allí, había descubierto su aventura y había matado a su amante en un ataque de celos? Una antigua campeona de eslalon sabría cómo moverse por la nieve y por un terreno que supondría un reto para otros.

Fuera de la ventana, la tormenta seguía aullando contra las paredes del edificio. En algún lugar de la oscuridad, un asesino podía estar vigilando, esperando, manteniéndose varios pasos por delante, posiblemente aprovechando el caos en su beneficio.

CAPÍTULO 31

Una explosión rompió la calma previa al amanecer; la onda expansiva hizo vibrar las paredes. Victoria se incorporó de golpe en la cama y se giró hacia Ned.

Siguió un segundo estallido, acompañado de un estruendo prolongado.

—Control de aludes —dijo Ned—. Debe de ser el equipo de Alex trabajando cerca.

Victoria se imaginó a Alex fuera, calculando los puntos de activación mientras salía el sol.

La electricidad no había vuelto. Eso era evidente. Incluso bajo el edredón, con el cuerpo de Ned junto al suyo, el frío le calaba los huesos. Un dolor fantasma surgió de las yemas de sus dedos ausentes, casi como una advertencia. Se acurrucó contra Ned, sin querer abandonar la bolsa de calor que habían creado.

—Tengo que levantarme. —Él le besó la frente antes de sacar las piernas de la cama. En el momento en que se apartó, el aire frío entró de golpe para reclamar su espacio. Si hacía tanto frío con los generadores funcionando, ¿cuánto haría si se detuvieran?

Victoria se subió las mantas hasta la barbilla. Este tiempo era perfecto para leer envuelta en mantas con una taza de té caliente. Pero abajo, un

cadáver esperaba en el depósito refrigerado y demasiadas preguntas seguían sin respuesta.

Con un suspiro, se incorporó mientras Ned abría las persianas. La débil luz de la mañana revelaba un mundo teñido de blanco. La nieve había cubierto las ramas bajas de los pinos y los nuevos montones llegaban casi hasta las ventanas del segundo piso. Lo peor de todo era que seguía nevando; no eran copos grandes como los de ayer, sino una nevasca constante.

Dos miembros de la patrulla de esquí estaban juntos, mirando hacia la distancia; uno de ellos señalaba algo. Ninguno de los dos era lo bastante alto como para ser Alex.

Victoria tuvo que apartar la vista. No quería ver cómo la nieve había subido más durante la noche. No necesitaba que le recordaran que estaban siendo sepultados poco a poco.

Hicieron flexiones y ejercicios de torso, la rutina que seguían todos los días, y les pareció necesario y normal a la vez.

Unos niños gritaron en el pasillo. Se oyeron pasos apresurados junto a su puerta. Victoria se imaginó a Max y Kayla y se preguntó por qué estarían levantados tan temprano y otra vez sin supervisión.

—Voy a bajar para ver cómo va todo —dijo Ned, poniéndose el abrigo—. ¿Quieres que traiga el desayuno?

—No, voy contigo. —No pensaba quedarse sola en la habitación helada mientras aún hubiera respuestas que buscar.

***.

En la planta principal, el caballete junto a la entrada mostraba una advertencia tajante en letras grandes: NO ACCEDAN A NINGUNA PISTA. CONDICIONES DE NIEVE INESTABLES. PELIGRO DE ALUDES.

Otro cartel anunciaba la cancelación de todas las actividades al aire libre.

En el vestíbulo, los huéspedes se apiñaban alrededor de la chimenea central; la mayoría llevaba las mantas blancas del hotel por encima de sus abrigos de invierno. Algunos sujetaban vasos de papel. La mirada de Victoria se clavó en esos vasos. La gente había encontrado café en alguna parte. Ella necesitaba hacer lo mismo. Pero primero buscó a Steve Foster entre la multitud. Aunque su vehículo ya no estaba, no podía dejar de buscarlo. También esperaba ver a la mujer que Ned había visto, la que podría ser Elaine Foster.

La clase de yoga se había trasladado a una esquina del vestíbulo, ya que no había calefacción en el edificio del estudio. Huéspedes con mallas y sudaderas mantenían posturas sobre sus esterillas. Victoria observó bien cada uno de sus rostros antes de centrar su atención en otra parte. Seguía sin aparecer ninguna mujer rubia que encajara con la descripción de Elaine Foster.

Un niño gimoteó: —Tengo frío. Esto no es divertido. ¿Cuándo podemos volver a casa? —Su madre lo mandó callar, aunque él simplemente había expresado lo que todos los demás pensaban.

Victoria siguió a Ned hacia el mostrador de recepción.

—Mi insulina se está echando a perder en el frigorífico apagado —le gritaba un hombre a Rosalie—. ¡Esto es cuestión de vida o muerte!

—¿Y si la pone en la nieve? —sugirió Rosalie—. Quizá podría recoger algo de nieve y meterla en su frigorífico, reponiéndola a medida que se derrita.

Detrás de él, otros huéspedes exigían papel higiénico, acceso a internet, noticias sobre cuándo podrían irse.

—No sé cuándo se abrirán las carreteras —dijo Rosalie sin rastro de sonrisa, con su compostura finalmente quebrándose—. Y no, nos dicen que no pueden sacar a nadie en helicóptero con este tiempo. No es seguro con estos vientos y la mala visibilidad.

Dos hombres se abrieron paso hasta el frente. Uno era el tipo con el pelo rapado que Victoria había visto por allí. El hombre que lo acompañaba tenía rasgos similares. El hombre del pelo rapado tenía la mandíbula tensa y los puños cerrados. Su amigo le puso una mano en el brazo, pero él dijo: —No, ya me he hartado de escuchar esto.

Victoria se tensó, olvidándose del café. Actuando por instinto, se dirigió hacia ellos; Ned ya iba a su lado.

Rosalie miró al hombre del pelo rapado con ojos muy abiertos y asustados mientras él se abría paso entre la multitud.

Él apoyó ambas palmas sobre el mostrador; su complexión musculosa se cernía sobre ella.

—Tiene que escuchar esto ahora mismo —comenzó él.

Se hizo un silencio sepulcral.

Victoria estaba lo bastante cerca como para intervenir, con el ritmo cardíaco acelerado, lista para entrar en acción.

—Está haciendo un trabajo increíble en unas condiciones imposibles —le dijo a Rosalie—. ¿Qué podemos hacer *nosotros* para ayudar?

Victoria soltó un largo suspiro. Había estado tan segura de que él estaba a punto de estallar que su amabilidad parecía casi irreal. Ned la miró y sacudió la cabeza con una sonrisa de resignación. Ambos habían esperado que ocurriera algo terrible.

Si la gente ofrecía ayuda en lugar de exigir respuestas a una becaria en la recepción, quizá la decencia humana prevalecería sobre la desesperación y nadie sacaría a relucir su peor versión.

Sacudiéndose la tensión, caminaron hacia el comedor; los pensamientos de Victoria volvieron al café. El bufet se había reducido a fruta y cereales fríos, con un cartel que decía: POR FAVOR, COJAN SOLO UNA RACIÓN.

Sin sonreír, Tyler montaba guardia, racionando unos suministros que hace días parecían ilimitados. El siguiente tipo que se acercó se llevó cuatro cajas.

Tyler empezó a decir algo, pero se detuvo. Frunciendo el ceño, hizo una anotación en su carpeta mientras el hombre desaparecía entre la multitud.

Tyler se encogió de hombros. —A este paso, nos quedaremos sin comida pronto. Pero el señor Stanhook dice que no discutamos con los huéspedes.

Victoria había esperado que la amabilidad del hombre del pelo rapado fuera una señal de que la gente se uniría, pero ver a un hombre ignorar descaradamente las reglas de racionamiento mientras el personal se quedaba impotente para detenerlo sugería lo contrario.

Cuando encontró la zona del café, casi suelta un gemido. Los enchufes de detrás de las máquinas gourmet no funcionaban. Dos sencillas cafeteras de una sola jarra preparaban el café. Había una larga cola de huéspedes esperando, y Victoria se unió a ellos.

Más tarde, con las bebidas tibias en la mano, ella y Ned encontraron asiento con una pareja de ancianos.

—Si la calefacción no vuelve, esta noche dormiremos en nuestro vehículo eléctrico —dijo el hombre—. La batería podría mantenernos calientes durante días.

—No sé si quiero hacer eso —respondió su mujer—. ¿Y si se agota mientras dormimos? Si despejan la carretera antes de que vuelva la luz, no podremos irnos. Entonces nos quedaremos aquí atrapados más tiempo del necesario, sin electricidad *y* sin coche.

Victoria dejó de escucharlos, pensando en su investigación. Puede que el cuerpo del depósito fuera una prioridad baja para todos los demás, pero ella no se rendía.

El sistema de megafonía emitió un chirrido de estática, alertándoles de un nuevo mensaje. —Cualquier huésped con formación médica, por favor, preséntese en la sede de la patrulla de esquí lo antes posible. Tenemos una emergencia.

Ned ya se estaba levantando, subiéndose la cremallera de la chaqueta.

Victoria le agarró del brazo. —Ned...

—¿Qué?

—Seguro que hay algún médico aquí, ¿no crees?

—Si lo hay, no me necesitarán. Pero por si acaso no lo hay... alguien necesita ayuda. Quizá Alex. —Sus ojos tenían esa mirada decidida que ella sabía que significaba que era inútil discutir. Pero cuando vio que el miedo cruzaba el rostro de ella, su expresión se suavizó.

—Sé que quieres mantenernos a salvo, pero no puedo quedarme aquí sentado. —Hizo un gesto hacia el interior del hotel—. Tú lo entiendes. Estás trabajando en la investigación porque así es como sobrellevas las cosas cuando todo se desmorona. Así es como lo sobrellevo yo: ayudando donde puedo. No intento ser un héroe. Pero después de lo que pasamos... sé más sobre hipotermia que la mayoría de los médicos. Si se trata de eso, podría ayudar a salvar una vida.

Victoria quiso protestar, para mantenerlo en la relativa seguridad del hotel, pero él tenía razón. La experiencia de su accidente de avión les había enseñado excelentes habilidades de supervivencia. Aun así, la idea de que se aventurara fuera le revolvía el estómago.

Alex sabía qué buscar, dónde pisar y qué era seguro o peligroso. Ned no.

—Prométeme que no harás ninguna estupidez heroica —susurró ella.

—Define estupidez heroica —dijo él con esa media sonrisa que a ella tanto le gustaba.

—Cualquier cosa con probabilidades de que te maten o te mutilen.

—Intentaré evitar ambas cosas. Además, solo voy a la estación de la patrulla de esquí —dijo él, dirigiéndose ya hacia la puerta.

—Espera —dijo ella—. Se te olvida algo.

Él regresó y la besó. —Te quiero.

—Yo también te quiero. Ten cuidado y vuelve pronto.

Él sonrió. —No me voy a la guerra, Victoria. Solo salgo fuera.

Victoria lo vio caminar a paso firme hacia la salida hasta que lo perdió de vista.

CAPÍTULO 32

Con la marcha de Ned, Victoria siguió la pista que no había dejado de rondarle la cabeza desde anoche. Su comentario se repetía una y otra vez en su mente: *No sabemos con seguridad que la víctima sea la mujer del bar.*

Empujó la puerta de cristal de la boutique del complejo y caminó entre prendas de ropa de precios desorbitados. Unas sombras alargadas caían sobre los percheros con ropa de esquí y artículos con el logotipo de Black Ridge. La tenue iluminación del generador hacía que todo pareciera gris y sin vida, como el interior de una cueva. De todos modos, la tienda estaba casi vacía, a excepción de una pareja que compraba el último par de orejeras.

Victoria avanzó por la sección femenina, apartando perchas en busca del distintivo jersey plateado con el cuello negro. Examinó suaves prendas de cachemira, jerséis sintéticos de esquí y mezclas de lana, comprobando las pilas de jerséis doblados en los estantes. Nada coincidía con el jersey que llevaba la víctima.

—¿Puedo ayudarla? —preguntó una mujer con el pelo trenzado desde detrás de un mostrador, que vestía un chal de estampado azteca y mitones

de lana. Su sonrisa recordaba a la expresión forzada de una empleada de comercio obligada a ser amable.

—No vendemos comida, si es lo que busca. Se nos han agotado las mantas, pero tenemos albornoces. Talla superpequeña. Y algunos cárdigans anchos, también en la talla superpequeña. Esa talla le vendría bien. Están volando.

—Busco un jersey concreto —dijo Victoria—. Una mezcla de lana. Gris plateado con un diseño negro alrededor del cuello.

Cuando la empleada ladeó la cabeza, la mala iluminación hizo que sus ojos parecieran hundidos y macabros. —¿Es uno de los nuestros? ¿Un jersey que vio aquí antes?

—No estoy segura de si lo venden aquí.

—¿Sabe la marca?

Victoria mostró la foto que le había hecho a la víctima. La había recortado para que solo se viera el jersey. —La etiqueta decía Eakes and Rhyme.

—Nunca he oído hablar de esa firma.

Victoria percibió un olor a tabaco cuando la mujer se inclinó y cogió el teléfono con sus mitones, examinando la foto detenidamente.

—En realidad, espere. *He visto* ese jersey. Una mujer entró en la tienda con su marido. O su novio. Creo que no compraron nada.

—¿Cuándo vio a esa mujer? ¿Qué día?

La empleada frunció el ceño, pensando. —¿Quizá hace dos días? Es difícil de recordar con todo lo que ha pasado. Solo me acuerdo porque me gustó el jersey. Se me dan muy bien los detalles de moda, no tanto las caras. Pasa tanta gente, ¿sabe? —Le devolvió el teléfono.

—¿Cómo se comportaba la pareja? ¿Parecían felices?

—Sí. Estaban muy cariñosos. Cogidos de la mano. Susurrándose cosas. —La expresión de la empleada se volvió nostálgica—. Me ha hecho echar de menos a mi novio.

—¿Puede describirme al hombre?

—Mayor. Canas en las sienes. Un abrigo caro.

Victoria mostró la imagen de Steve Foster y su acompañante de las grabaciones de seguridad.

—Sí, son ellos. —La empleada frunció el ceño—. ¿Tiene fotos de ellos? ¿Le preguntó de dónde lo había sacado?

—No. Ojalá pudiera preguntarle eso, y un par de cosas más —respondió Victoria—. Gracias por su ayuda.

La empleada le había confirmado lo que Victoria ya había visto en el refugio: una mujer vestida con aquel jersey tan distintivo y un acompañante masculino comportándose como una pareja. Pero ¿era ella la víctima? ¿O alguien más?

Sin Steve Foster al que interrogar y sin noticias de la oficina de Denver sobre su paradero, Victoria sentía que estaba intentando resolver un rompecabezas a oscuras. Pieza a pieza, sin estar segura de si estaba montando la imagen correcta.

Ni siquiera sabía todavía el nombre de la víctima.

CAPÍTULO 33

Peter se apoyó sobre su escritorio con las palmas de las manos extendidas sobre la superficie. Al ver a Victoria, hizo una mueca de dolor mientras se incorporaba, presionándose la zona lumbar con la mano.

—¿Algún avance en la identificación de la fallecida? —preguntó de inmediato.

—Ni el reconocimiento facial ni las huellas han dado resultados. Así que seguimos en ello. —Sabiendo que el gerente tenía mucho de lo que ocuparse, Victoria fue igualmente directa—. ¿Ha confirmado si todos los coches del aparcamiento pertenecen a huéspedes registrados o al personal? Un vehículo que no coincida con sus registros podría pertenecer a la víctima. Rastrearé la matrícula y por fin conseguiré una identificación.

—Jordan se ha encargado de eso. No ha sido una tarea sencilla. —Peter le mostró hojas de papel con números de matrículas y marcas de verificación junto a todas ellas—. Encontrar a esa mujer en el bosque le ha afectado mucho. Quiere respuestas. Esta mañana ha hecho una batida completa por las dos zonas de aparcamiento. Todas las matrículas coinciden con nuestros registros de huéspedes y empleados.

Victoria suspiró. Otro callejón sin salida. —Necesito enseñar su foto a su personal. A todos, si es posible.

Peter se frotó los ojos inyectados en sangre. —Necesito una reunión con toda la plantilla, pero no tengo claro cómo podemos hacerlo. Nos estamos desmoronando ahí fuera. Nunca planeamos un fallo total de las comunicaciones con el hotel lleno. Nuestros protocolos de emergencia suponían que, o bien sacaríamos a la gente de aquí, o bien mantendríamos la luz. No... esto.

—¿Cómo de grave es la situación, realmente?

—El generador es lo que más me preocupa. No se fabricó para un uso prolongado y necesitaba reparaciones antes de que llegara esta tormenta.

Victoria sintió un vuelco en el estómago. —Si muere... ¿se acabó todo?

—Las unidades de reserva podrían darnos otras doce horas. Quizá.

—¿No hay nada que pueda hacer?

—No hasta que se abra la carretera.

—¿Alguna otra preocupación inmediata?

—Mi personal. La mitad de mi equipo está al otro lado del alud. Los que están aquí llevan dos días seguidos haciendo horas extras. Cometen errores, les contestan mal a los huéspedes. Y los huéspedes son otro cantar. —La risa de Peter carecía de humor—. Esta mañana he tenido que separar a dos que se estaban pegando por el último de los muffins de arándanos. Un abogado me amenaza con demandarme personalmente porque no puede irse.

No hacía falta que siguiera. Victoria había visto lo suficiente para entenderlo. —¿Cómo se comunica ahora con sus empleados?

—Ese es el problema. El equipo de rescate y seguridad tienen radios, ¿pero el servicio de habitaciones? ¿El de restauración? Están dispersos. Los teléfonos internos murieron con la electricidad, y nuestros mensajes de grupo y correos habituales requieren internet o cobertura móvil. Tenemos el sistema de megafonía, pero no puedo decir todo lo que necesito con los huéspedes escuchando.

—Como el problema médico de hace un rato. Seguro que no quería difundir eso.

—Exactamente.

—¿De qué se trataba?

—Uno de nuestros huéspedes se ha caído por las escaleras y ha necesitado puntos. Le hemos dado la atención que necesitaba, pero estoy seguro de que nos demandará, como todos los demás.

Victoria se llevó la mano al pecho. No era otra muerte. Solo un accidente. Alguien simplemente se había caído al bajar por las escaleras desconocidas a oscuras.

Ned era un experto cerrando heridas. Lo hacía a diario en las cirugías de mascotas, trabajando con precisión y cuidado, ya fuera cosiendo a un perro que se había enredado con alambre de espino o a un gato que había perdido una pelea con otro animal. Sus manos eran firmes; su técnica, excelente.

Tal vez volvería en cualquier momento, entrando por la puerta con esa mirada de satisfacción que se le quedaba cuando prestaba ayuda. Se lo imaginó charlando con quienquiera que hubiera atendido, asegurándose de que estuviera cómodo, dándole instrucciones detalladas para el postoperatorio. Si no, probablemente seguía en la sala médica, vigilando esa lesión en la cabeza. Las conmociones cerebrales podían volverse mortales rápidamente.

—No sé qué hacer —dijo Peter, sacando a Victoria de sus preocupaciones.

—Convoque una reunión. Pida que venga una persona de cada departamento, o más si pueden prescindir de ellos. Una vez que todos se reúnan, podrá abordar sus problemas y las preguntas de ellos. También es una oportunidad para levantar la moral, que a estas alturas debe de estar por los suelos. Y yo podré enseñar la foto de la víctima a todo el mundo.

—Buena idea.

—¿Ha visto a Alex hoy? —La pregunta la había estado inquietando desde que se había despertado con las cargas explosivas. Su hermano pequeño estaba en algún lugar allá fuera, en las zonas de aludes, y no había oído su voz desde ayer.

—Le he visto brevemente esta mañana antes de que se fuera con el equipo de patrulla. Eso fue... —Peter consultó su reloj—. ¿Hace tres horas?

—¿Es eso normal?

—Oh, sí. Solo contactan conmigo cuando hay algún problema. Aunque el contacto por radio ha sido intermitente con todas estas interferencias.

Victoria intentó alejar la preocupación que se estaba convirtiendo en una compañera constante. Alex conocía estas montañas mejor que nadie, pero el control de aludes era un trabajo peligroso incluso en buenas condiciones. Y estas no lo eran. Tendría que confiar en que, por ahora, la falta de noticias eran buenas noticias.

Una hora más tarde, la sala de conferencias principal estaba repleta de trabajadores encogidos contra el frío persistente del edificio, con los brazos cruzados, algunos temblando. Avisar a todos sin teléfonos ni radios había significado enviar mensajeros a cada departamento, pero habían conseguido una representación decente.

La sala de conferencias lucía guirnaldas de hojas perennes en las ventanas y un árbol de Navidad apagado en la esquina.

Victoria no vio a Alex. Jordan era el único de la patrulla de esquí presente. Sus mejillas encendidas hacían que pareciera que acababa de entrar del exterior. Cuando sus miradas se cruzaron, él apartó la vista, fascinado con los controles de su radio.

El instinto de Victoria se puso alerta. El lenguaje corporal de Jordan gritaba culpabilidad. Actuaba con nerviosismo. Pero presionar al compañero de patrulla de Alex durante una crisis parecía una mala idea.

—Gracias por venir —empezó Peter—. Sé que todos están haciendo más de lo que les corresponde y que aquí hace un frío que pela.

—¿Nos van a pagar horas extras por este desastre? —preguntó Thomas. Su intento de humor resultó fallido. Todos esperaban una respuesta.

Peter asintió. —Todo el personal y los huéspedes serán compensados por las molestias. La directiva está trabajando en ello.

—Sí, esperando a ver cuánto empeora la cosa antes de decidir lo mínimo que pueden pagar por darnos largas a nosotros y reembolsar a los huéspedes —masculló Thomas desde el fondo. Unas cuantas personas asintieron con amargura.

—Probablemente dependa de a cuántas demandas se enfrenten —dijo Tyler—. Los de la directiva estarán sentados en sus despachos calientes ahora mismo, pensando cómo darle la vuelta a esto.

Thomas se rio entre dientes. —Buena suerte con eso. ¿Habéis visto los vídeos que se están haciendo virales?

Victoria dio un paso hacia el frente de la sala. —Antes de pasar a la logística, necesito su ayuda con un asunto urgente. Soy la agente especial Victoria Heslin, del FBI. También soy la hermana de Alex Heslin.

Algunos asintieron; otros se movieron para verla mejor.

—Como estoy segura de que todos saben, la patrulla de esquí ha encontrado a una mujer fallecida. Todavía no la hemos identificado ni hemos localizado al hombre con el que podría estar viajando.

Victoria seleccionó una foto de la pareja en el bar. Tras un considerable debate interno, había elegido esa imagen en lugar de una del cadáver, cuyo estado de congelación lo hacía parecer una muñeca de piel cerosa. Sería más probable que el personal reconociera a una persona viva o el distintivo jersey plateado y negro.

Victoria levantó su teléfono. —Este es Steve Foster. Era un huésped de la 309, y creemos que esta mujer era su acompañante. Necesito que todos miren a las dos personas de esta imagen.

Le pasó el teléfono a Tyler, que estaba a su derecha. —Pásenlo. Si conocen el nombre de la mujer, o cualquier cosa sobre ella, por favor levanten la mano.

Mientras el teléfono empezaba su recorrido, Peter se dirigió al grupo. —Así es como estamos —dijo, consultando las notas que Victoria le había ayudado a priorizar—. La carretera de acceso sigue bloqueada y la limpieza no puede empezar hasta que la tormenta amaine. Nos quedan aquí cuarenta y ocho horas más como mínimo. No obstante, la electricidad podría volver en cualquier momento.

Se volvió hacia el hombre con gorro de chef. —Soy consciente de que los huéspedes están entrando en pánico por las comidas. ¿Tienen motivos para estarlo?

—Hemos hecho inventario de todo —respondió el chef—. Estamos preparando cajas con raciones individuales, usando primero los productos perecederos. Raciones más pequeñas, opciones limitadas. Si racionamos, andamos justos pero aguantamos tres días. Después de eso...

—Ya están acaparando —dijo Tyler—. Piden varias comidas, guardan comida en sus habitaciones como ardillas.

—A partir de ahora, una caja de comida por persona por turno de comida —dijo Peter—. Nada de cargos a la habitación. Solo registrad el reparto. La mayoría de la gente cooperará.

—¿Y qué pasa con los que no? —preguntó Tyler—. Ayer, un tipo exigió cinco cenas para su «familia». He visto a su familia. Son él y su mujer. Luego, esta mañana, he pillado a un tipo llenando una bolsa con barritas de cereales. Cuando le he dicho que era una comida por persona, me ha soltado: «¿Y qué vas a hacer al respecto?».

Rosalie habló desde cerca de la puerta. —El vestíbulo se está volviendo un sitio peligroso. La gente se está volviendo loca de estar encerrada y lo paga con nosotros. Alguien me ha gritado durante cinco minutos porque no

hay Wi-Fi. Actuaba como si yo misma hubiera destruido Internet. ¿Podemos abrir alguna actividad? ¿Cualquier cosa para sacarlos fuera?

Jordan respondió. —Los remontes no tienen energía. Incluso si la tuvieran, la nieve no es estable. Estamos provocando aludes controlados, pero la nieve nueva se acumula más rápido de lo que podemos despejarla. Nadie debería salir ahí fuera ahora. Si la nieve se mueve en la cima, todo lo que hay debajo corre peligro.

—¿Incluidos nosotros? —La pregunta vino del fondo.

Jordan cruzó los brazos. —Estamos haciendo todo lo posible para que todos estén a salvo.

Mientras su teléfono seguía circulando por la sala, Victoria observaba las caras. Algunos echaban un vistazo rápido y pasaban el teléfono. Otros estudiaban la imagen más tiempo. Pero no se levantó ninguna mano. Ni una chispa de reconocimiento.

—No sé cuándo volverá nuestra fuente de electricidad principal. Eso no depende de nosotros. Y los generadores no durarán indefinidamente. Así que esta es nuestra nueva realidad —continuó Peter—. A las seis y media de la tarde cerraremos los restaurantes y bares. Los huéspedes deben permanecer en sus habitaciones desde el anochecer hasta la salida del sol. Es por su propia seguridad y para conservar el combustible del generador.

Rosalie levantó la mano. —¿Seguridad de qué? —preguntó, mirando del gerente a Victoria—. ¿De ellos mismos?

Peter asintió.

—Eso no les va a gustar —dijo Thomas.

—No obligaremos a nadie —añadió Peter—. Solo podemos animarles a que lo hagan. A las seis y media cortaremos la calefacción del edificio principal y la redirigiremos a las habitaciones de los huéspedes. Al menos tendrán un motivo para querer quedarse allí.

Thomas levantó la mano. —¿Qué le decimos a la gente? ¿Oye, ahora podéis sentaros en vuestra habitación sin luz, internet ni televisión?

Peter se desplazó de un lado a otro de la sala. —Sé que parece imposible. Pero tenemos que estar a la altura de las circunstancias. Queremos superar esta experiencia sabiendo que hicimos lo mejor que pudimos como profesionales de la hostelería.

Victoria se aclaró la garganta. —Cuando la gente se siente impotente, esos sentimientos pueden manifestarse como ira. No se lo tomen como algo

personal y no discutan con ellos por cosas que no pueden controlar. Reconozcan su frustración y denles la información que puedan.

—¿Y si lo próximo en morir es el generador? —preguntó una mujer al fondo que llevaba un uniforme de limpieza.

La pausa de Peter duró demasiado tiempo. —Cruzaremos ese puente cuando lleguemos a él.

Rosalie volvió a levantar la mano. —¿Qué ha sido lo del problema médico de hoy? Me han hecho muchas preguntas sobre eso.

—Un incidente menor que ha requerido puntos. No es nada. —Peter miró alrededor de la sala—. No obstante, todos deben tener mucho cuidado, especialmente en las escaleras a oscuras. ¿Algo más?

—Sí —dijo Thomas—. ¿Vamos a salir de esta?

La sala se quedó en silencio. Peter miró a su agotado personal.

—Por supuesto que sí —dijo finalmente—. Lo que habéis hecho estos dos últimos días es increíble. Estáis manteniendo a cientos de personas relativamente cómodas en una situación imposible. Pero dosificaos. No os voy a mentir. Las próximas cuarenta y ocho horas, o más, no van a ser divertidas.

La reunión terminó y el personal empezó a salir en fila, con los rostros sombríos por la nueva comprensión de su aprieto. El teléfono de Victoria completó su circuito y volvió a su mano sin una sola identificación. Otro callejón sin salida en un caso lleno de ellos.

CAPÍTULO 34

Victoria se quedó en la sala de conferencias mientras el personal salía en fila. Se le acercó una mujer con el pelo negro azabache recogido en un moño severo. Era la empleada del servicio de limpieza que había preguntado por el fallo del generador. Su placa de identificación decía Marjorie.

—Perdone, por favor —el acento de Marjorie confería a su habla un tono formal—. Quiero decirle que todo el mundo adora a su hermano. Es un hombre maravilloso. Muy valiente.

Victoria sonrió. —Gracias. Siempre ha sido un temerario —«Demasiado temerario», pensó.

—¿Quería saber si alguno de nosotros habló con la pareja de la foto? —los ojos oscuros de Marjorie mostraban seriedad.

—Sí, por supuesto.

—Yo no hablé con ellos, pero vi al hombre. Hace dos días. Antes del alud.

—Por favor, dígame qué vio. Cualquier detalle por pequeño que sea podría ayudar.

Marjorie se estrechó más la rebeca. —Estaba haciendo mis rondas de inspección nocturnas. Lo vi salir de su habitación en la tercera planta.

Llevaba una maleta y un maletín de ordenador. Tenía prisa. No sonreía.

Victoria le mostró la foto de nuevo. —¿Este hombre?

—El mismo. Llevaba ese jersey azul, como el de la imagen.

—¿A qué hora fue?

—Tarde. ¿Quizá a las nueve?

—¿Cómo era de grande su maleta?

—Enorme. Pensé que intentaba marcharse antes de que la tormenta empeorara —se encogió de hombros—. No creí que fuera muy inteligente. No es seguro con este tiempo, pero me callé. No es asunto mío lo que hagan los huéspedes, siempre y cuando no destrocen las habitaciones.

—¿Estaba solo?

—Sí, solo.

Ese horario coincidía con lo que Elaine Foster les había contado a los agentes de Denver.

—Después de que él se fuera, limpié dos habitaciones cuyos ocupantes habían solicitado el servicio tarde, y entonces vi a una mujer rubia entrar en la habitación de él.

—¿Llamó a la puerta o utilizó una tarjeta?

—Entró directamente. Tenía una tarjeta.

—¿Cómo la describiría?

—Guapa. Melena hasta aquí —Marjorie se tocó los hombros—. Con un corte de pelo de puntas muy definidas. Más alta que yo. Delgada.

—¿Cómo diría que era su rubio comparado con el mío?

—El suyo es un rubio pálido. El de ella era brillante.

—¿La vio salir de la habitación?

Marjorie negó con la cabeza.

—Por favor, hágamelo saber si vuelve a verla.

Otra explosión resonó desde algún lugar más allá del edificio. Las luces se apagaron y todo sonido cesó.

Marjorie contuvo el aliento al mismo tiempo que Victoria.

Esperaron. Diez largos segundos.

Finalmente, la energía del generador se puso en marcha con un zumbido reacio.

Marjorie se estremeció. —Tengo que volver al trabajo.

—Gracias por contarme lo que vio.

Cuando Marjorie se hubo marchado, Victoria abrió su libreta y escribió antes de que los detalles se desvanecieran:

Foster se fue con una maleta sobre las 21:00. Una mujer rubia entró en su habitación después de que él se marchara.

Se quedó mirando sus notas. Estaba pensando en Elaine Foster cuando se encendió la megafonía, con un sonido más forzado que antes.

—Atención a todos los huéspedes y al personal —era la voz de Alex. Por fin. Victoria se sintió aliviada al oírlo—: Debido a las tareas actuales de mitigación de aludes, todas las zonas exteriores en el lado de la ladera de esquí del complejo están fuera de los límites permitidos. Por su seguridad, no salgan por ahí. Si necesitan salir al exterior, pueden caminar por el aparcamiento que se encuentra directamente detrás del edificio. Gracias por su cooperación.

Victoria dejó que las palabras de Alex calaran. Si el aparcamiento era el único lugar seguro fuera, era porque el edificio actuaría como una barrera masiva en caso de avalancha.

El peligro era inminente.

CAPÍTULO 35

Victoria abrió la puerta del área médica, esperando encontrar a Ned dentro. En su lugar, un hombre de mediana edad estaba sentado en la camilla de exploración donde ella había examinado recientemente a la desconocida. Un vendaje le cubría un lado de la frente. Pequeñas manchas de sangre seca manchaban el cuello de su camisa blanca.

Una mujer de edad similar le sostenía la mano. Otra mujer más joven estaba frente a él, iluminándole los ojos con una linterna médica.

—Todo sigue pareciendo estar bien, Sr. y Sra. Walsh —dijo la mujer joven con tono profesional—. Han tenido suerte.

—Gracias. ¿Y lo de dormir? —preguntó la Sra. Walsh—. ¿Es seguro para él?

—Sí. Puede dormir, pero para mayor seguridad, despiértele cada pocas horas para asegurarse de que responde con normalidad. Hágale preguntas como su nombre, dónde está y qué día es hoy. Si no puede responder con claridad, entonces hay un problema. Vigile también si tiene vómitos, dolor de cabeza extremo y mareos.

—¿Y si sucede alguna de esas cosas?

—Lo más probable es que no tenga una conmoción cerebral. Así que, por favor, no se preocupen demasiado.

Victoria esperó a que hubiera una pausa en la conversación.

—Perdone, ¿es usted doctora? —preguntó sin presentarse.

—Soy asistente médica —respondió la mujer.

—¿Había alguien más aquí ayudando antes? ¿Un veterinario?

El desconcierto asomó al rostro de la asistente.

—No estoy segura.

El pavor empezó a calar en el pecho de Victoria. Su alivio respecto a Ned había sido prematuro. ¿Dónde estaba?

—Hubo un anuncio pidiendo a cualquier persona con formación médica. Mi prometido respondió. Es veterinario.

La asistente se apartó de la camilla de exploración.

—Creo que le vi. ¿Un tipo alto y en forma?

Victoria asintió.

—No sé adónde ha ido. Me mandaron aquí para ayudar al Sr. Walsh después de que se cayera por las escaleras.

—¿Que me caí? —repitió el hombre de la camilla, con la voz aguda de indignación—. No me caí. Me empujaron.

—El hueco de la escalera estaba muy oscuro —dijo la Sra. Walsh—. Es posible que dieras un mal paso.

—*Estaba* oscuro, y esa es otra razón por la que vamos a demandar a este sitio, pero no di ningún mal paso. —Se le puso una mirada salvaje en los ojos—. Sentí unas manos justo entre los omóplatos y luego un fuerte empujón. —Se tocó el vendaje con las yemas de los dedos—. Si no me hubiera agarrado a la barandilla a mitad de camino, me podría haber roto el cuello.

—¿Vio a alguien en la escalera con usted? —preguntó Victoria.

—No. Todo pasó demasiado rápido. Estaba en el suelo, conmocionado, y me dolía la cabeza. Para cuando miré a mi alrededor, mi mujer ya estaba allí. La persona que me empujó se largó.

—Yo iba solo unos segundos por detrás de él. No vi a nadie más —dijo la Sra. Walsh.

—Sí, obviamente, el tipo no se quedó por allí. Salió por otra planta. Escuchen, no soy un paranoico. Sé lo que sentí antes de salir volando. Alguien aquí tiene problemas graves. Quizá esté perdiendo la cabeza ya.

—¿Tiene alguien aquí algún motivo para hacerle daño? —preguntó Victoria.

—Por supuesto que no —respondió el hombre.

Su mujer le soltó la mano y entrelazó las suyas.

—Has estado a la defensiva con medio personal de aquí, y estoy segura de que has molestado a mucha gente, pero eso no es suficiente para que alguien quiera hacerte daño.

La asistente recogió los envoltorios de los vendajes y los tiró a una papelera.

—Bueno, tengo que volver con mi familia. Aquí tienen mi número de habitación por si necesitan algo. Creo que estará bien.

—Gracias por toda su ayuda —dijo la Sra. Walsh.

Victoria observó cómo la asistente desaparecía por el pasillo, mientras su ansiedad se disparaba. Ned había respondido a una petición de ayuda hacía horas, pero no estaba en el área médica. Eso significaba que había otra situación. Una lo bastante grave como para mantenerle alejado tanto tiempo. En un lugar donde la gente ya estaba al límite, aquello no podía ser bueno.

CAPÍTULO 36

Victoria estudió el mapa de pistas en la pared de la oficina de Alex, siguiendo la ruta hasta donde Jordan había encontrado el cuerpo. Las piezas no encajaban.

En el lugar de los hechos, había sopesado una caída desde el telesilla, pero los remontes habían cerrado pronto debido a la tormenta. Aquella noche, ella había cerrado las cortinas alrededor de las diez. Por aquel entonces seguían cayendo copos espesos, pero la nieve no había enterrado el cadáver.

Así pues, en algún momento después de las diez de la noche, cuando todavía nevaba, y antes del amanecer, con los remontes cerrados, la víctima había acabado cerca de la pista Red Fox Trail. A cuatrocientos metros del punto de acceso más cercano, en la oscuridad. Bajo una tormenta. Nadie camina tanto tiempo por la nieve profunda llevando ropa de calle y botas de ante. No por voluntad propia.

Elspeth saltó de su cama al oír pasos acercándose. Trotó hacia la puerta moviendo la cola. El corazón de Victoria dio un vuelco. Quizá Alex por fin había vuelto. Pero la mirada expectante de la perra solo se encontró con otro trabajador de la estación que caminaba por el pasillo. Dio vueltas sobre su cama antes de echarse con un gemido de decepción.

—Él tampoco ha vuelto todavía. Ojalá estuviera aquí —murmuró Victoria, acariciando la cabeza del animal. Su hermano y Ned llevaban horas fuera, en algún lugar bajo unas condiciones que Alex había calificado de peligrosas. La espera era una tortura, pero no iba a ayudarle quedándose allí sentada preocupándose. Podría ayudar resolviendo este caso.

Se obligó a centrarse de nuevo en la investigación. ¿Quién tenía los medios, el motivo y la oportunidad de transportar un cuerpo montaña arriba después de una ventisca?

Una moto de nieve. Era la única explicación lógica. Pero solo el personal de la estación tenía acceso a las máquinas. Si el asesino usó una moto de nieve, entonces estaba buscando a un empleado de Black Ridge. Una persona que conociera la montaña, tuviera el equipo adecuado y se moviera sin levantar sospechas.

Entonces recordó la llamada de radio de Tom sobre la máquina y las llaves desaparecidas. Alguien había dejado una moto de nieve fuera del cobertizo de herramientas. Faltaban las llaves.

Victoria apoyó la cabeza en las manos un momento. Seguía teniendo más preguntas que respuestas.

Elspeth dejó escapar un suave sollozo. Probablemente la perra necesitaba salir, y a Victoria le vendría bien un descanso para despejar la cabeza.

Garabateó un mensaje para Alex: *He sacado a Elspeth a dar un paseo por el aparcamiento.* Añadió su número de teléfono satelital por si encontraba la forma de llamarla.

Había un abrigo de invierno colgado detrás de la puerta y Victoria lo cogió. El abrigo le quedaba enorme y olía a Alex, recordándole la última vez que le había pedido prestada una prenda. No estaba segura de cuándo. ¿Quizá su camisa de franela en la casa del lago de la familia? Él usaba la misma colonia desde la universidad. El aroma la golpeó con una emoción inesperada, provocándole un nudo en la garganta.

—Vamos, Elspeth. —Cogió la correa de la perra—. Vamos a que salgas un rato.

Los perros de Victoria —galgos adoptados de los canódromos— necesitarían jerséis y abrigos con un clima así. Su mínima grasa corporal y su piel fina los hacían vulnerables a las temperaturas extremas. Pero Elspeth era de una raza distinta. Fuera, solo llevaba su chaleco de médico con sus brillantes rayas reflectantes. Como no iban a aventurarse fuera de las

carreteras y aceras despejadas, Victoria no se molestó en ponerle los patucos.

Más huéspedes se habían congregado en las zonas comunes al calor del generador y las chimeneas. El del corte militar y su hermano se habían adueñado de una esquina y animaban a la gente a unirse a ellos.

—Me alegra que estéis aquí con nosotros —exclamó con una voz alegre que se oía perfectamente en el amplio espacio—. No es que tengáis muchas opciones, pero no me lo tomaré como algo personal. Mi hermano y yo venimos de Charlotte, North Carolina. Hacemos un concurso de preguntas todos los jueves en nuestra cervecería favorita, y os lo traemos aquí mismo ahora mismo. Preparaos para cinco rondas. Y sin servicio de móvil, no hay forma de que ninguno de vosotros pueda hacer trampas.

Se oyeron risas después.

Victoria admiró la determinación de los hombres por mantener el ánimo alto. Sonrió y le hizo un gesto de aprobación al del corte militar mientras ella y Elspeth salían por la puerta.

La nieve impulsada por el viento se arremolinaba en nubes desorientadoras. No sabía distinguir qué estaba cayendo y qué se estaba redistribuyendo. El aparcamiento seguía pareciendo un cementerio de coches envueltos en sábanas blancas.

—Será mejor que termines rápido —le dijo a Elspeth.

Pero Elspeth se tomó su tiempo, siguiendo su olfato con intensa concentración, investigando rastros de olor invisibles para Victoria.

Al doblar la esquina del edificio, la basura rodeaba los contenedores. Las bolsas estaban amontonadas unas sobre otras y su contenido se desparramaba por el suelo. El desorden era el resultado de dos recogidas perdidas. ¿Qué aspecto tendría el cuarto o quinto día? No quería ni imaginarlo.

Victoria trotó sin moverse del sitio, dando pisotones contra el frío entumecedor. Desde allí, solo veía los picos de las montañas y una extensión interminable de blanco que podía ocultar cualquier cosa.

Una explosión resonó por la montaña, más lejos que las detonaciones controladas anteriores. Allá afuera, Alex trabajaba en condiciones capaces de sepultarlo en segundos si algo salía mal.

Cuando Elspeth terminó, regresaron al edificio por una puerta de servicio diferente, la entrada más cercana que permitiría a Victoria entrar antes que después. Una vez dentro, giraron a la izquierda por un largo pasillo y se

toparon con una figura que se aproximaba. Una mujer con pelo rubio recogido bajo un gorro de lana. Llevaba unas gafas de sol de aviador grandes, algo extraño dado el día sin sol y la mala iluminación, y cargaba con una caja blanca de comida para llevar con una gran X azul escrita en el lateral.

Victoria le dedicó una sonrisa cortés. La mujer asintió, pero se apartó buscando distancia entre ellas. Un hematoma de color púrpura amarillento le afeaba la mejilla. La coloración indicaba una lesión de hacía dos o tres días. Levantó la mano para cubrirlo, dejando ver una pulsera de alerta médica de acero inoxidable en su muñeca.

Elspeth tiró hacia la mujer con el olfato trabajando furiosamente. Ladró con el sonido insistente de un animal de trabajo que ha reconocido un rastro específico.

Victoria acortó la correa de Elspeth para mantener a la perra a su lado.

La mujer ya se alejaba a toda prisa.

—Lo siento. Me dan miedo los perros —gritó sin volverse.

Algo en ella le resultó familiar. O era una huésped a la que Victoria había visto antes, o alguien de su pasado. Victoria quiso ir tras ella, pero no con la perra. No solo la mujer había dicho que tenía miedo, sino que Victoria debía devolver a Elspeth por si Alex la necesitaba.

La mujer desapareció de la vista al doblar una esquina, pero Elspeth permaneció fijada, tirando de la correa con un gemido bajo. Su comportamiento era inconfundible. No era un interés casual, sino reconocimiento.

Victoria no podía quitarse de la cabeza ese extraño encuentro. Tenía que saber quién era esa mujer. La caja de comida para llevar podría ser la clave.

CAPÍTULO 37

Tyler parecía a punto de desplomarse tras el mostrador del grill mientras hablaba con los clientes y garabateaba en un portapapeles. Josie apareció detrás de él con una torre de cajas blancas de comida para llevar, moviéndose con más confianza de la que había mostrado en el bar. Dejó las cajas en el mostrador, cogió el papel que él le tendió y desapareció de nuevo en la cocina.

Victoria esperó en la cola, observando su sistema para tomar pedidos.

Desde el vestíbulo, el hombre del pelo al cepillo anunció: —La cuarta ronda tiene un tema común. En cuanto lo adivinéis, las respuestas encajarán. Primera pregunta: ¿cuál es el apodo de Seattle?

Cuando llegó el turno de Victoria, pidió tres comidas y observó a Tyler escribir los números de habitación, añadiendo «PERSONAL» junto al nombre de Alex.

Ella se inclinó más cerca cuando él terminó. —Una pregunta rápida. ¿Qué significa una X azul grande en una caja de comida?

Él levantó la vista. —Comidas especiales para alérgicos. Las preparamos por separado. Nada de contaminación cruzada con frutos secos o marisco.

—¿Lleváis un registro de quién recibe esos pedidos?

—Ahora todo es manual, pero está todo aquí. Espere. —Tyler pasó las páginas de su portapapeles—. Hoy se han preparado tres pedidos con la X azul. —Le enseñó la lista de números de habitación, sin nombres.

Mientras Victoria anotaba los números, se oyó un resoplido fuerte e impaciente detrás de ella. Hubo un arrastrar de pies. Estaba retrasando la cola.

Se dirigió a una mesa de la esquina y puso la lista de huéspedes sobre ella para cotejar los nombres con los números de habitación que Tyler le había dado. Las dos primeras habitaciones estaban asignadas a hombres con alergia a los cacahuetes y el mismo apellido. Probablemente familia. Pero la tercera podría ser el nombre que estaba buscando.

Habitación 340: Lilly Childers. Alergia grave al marisco (anafiláctica).

Eso explicaba la pulsera médica plateada.

Al cabo de unos minutos, Tyler la llamó por su nombre. Victoria recogió las tres cajas de comida y le dio las gracias mientras trazaba mentalmente sus siguientes pasos. Necesitaba más información sobre la mujer de la 340.

Mientras cruzaba el vestíbulo en dirección al ala de invitados, la voz del hombre del pelo al cepillo resonó por la estancia: —¿Qué equipo de la NFL se quedó sin ganar ni un solo partido en toda una temporada? La única vez en la historia que ha ocurrido.

Llevando las tres comidas empaquetadas en una bolsa, se dirigió directamente al ala de invitados de la tercera planta y a la habitación 340.

Victoria llamó a la puerta.

Como nadie respondió, volvió a dar unos golpecitos y luego pegó la oreja a la puerta. Nada. Ni siquiera el sonido de alguien intentando no hacer ruido. Extraño. ¿Adónde más habría ido la mujer con su comida?

Se oyó un clic detrás de ella.

—Pensé que estaba llamando a *mi* puerta.

Victoria se giró para ver al señor Walsh asomándose desde la habitación de enfrente, todavía con la cabeza vendada.

—Hola de nuevo. ¿Cómo está, señor Walsh?

—He estado mejor.

—Busco a la mujer que se aloja en esta habitación. ¿La ha visto hace poco?

Su rostro se contrajo en una mueca. —Ah, ella. No. Hoy no. Se está comportando de forma extraña desde que llegó.

—¿Extraña en qué sentido?

—Parece algo rara. —Salió por completo al pasillo, aparentemente ansioso por desahogarse—. Eva habló un poco con ella nuestra primera noche aquí. Yo no estaba con ellas entonces. Ninguna de las dos esquía, así que tenían eso en común. Es raro venir a una estación de esquí si no esquías, ¿verdad? A Eva simplemente le gusta salir de casa unos días. Se pasa la mayor parte del tiempo leyendo junto a la chimenea.

Victoria asintió, animándole a seguir y a volver al tema que la ocupaba.

—Ayer, esa señora y yo salimos de nuestras habitaciones al mismo tiempo. Intenté entablar conversación, por ser amable. Le pregunté por sus vacaciones. Dijo que había venido desde muy lejos para esquiar, y que luego habían cerrado las pistas. Pero justo el día anterior le había dicho a mi mujer, Eva, que no esquiaba nada. No supe qué pensar.

Parecía extraño. —¿Está seguro de que usted y su mujer hablaban con la misma persona?

—Por supuesto que sí. Tenía un corte de pelo muy moderno. Eva dijo que era perfecto. Se veía bastante bien. Quizá la señora sea peluquera.

—¿Alguna otra cosa inusual?

Él sonrió con sorna. —Las gafas de sol. Llevándolas dentro de casa. Me dijo que era por las migrañas, pero no la creí. —Bajó la voz—. Mire, tenía un moratón. —Se tocó la mejilla para señalar el lugar—. Yo trabajaba con una señora a la que su marido maltrataba. —Se encogió de hombros—. Reconozco las señales.

Victoria asintió. —¿Cuándo la vio por última vez?

—¿Anoche, quizá sobre las siete? Bajaba por el pasillo caminando rápido, como si solo quisiera salir de aquí. Tal vez todos nos estemos volviendo locos ahora que no podemos irnos. Está haciendo que salga la rareza de cada uno.

—¿Vio a alguien siguiéndola?

—No. ¿Por qué la busca? ¿Ha desaparecido?

—Solo estoy comprobando si los huéspedes necesitan ayuda. Tiene alergias graves y, que yo sepa, viaja sola. ¿O ha visto a alguien más entrar o salir de su habitación?

—No, no he visto a nadie más. Pero ese moratón no se hizo solo.

—¿Está su mujer en la habitación? Me gustaría hacerle algunas preguntas.

—Está en el concurso del vestíbulo. Allí abajo hay demasiado ruido para mí. Volverá pronto para ver cómo estoy. Tengo que descansar. —Cerró un

poco la puerta antes de detenerse—. Oiga, ¿sabe algo del tema de la calefacción? Mi habitación es un frigorífico.

—He oído que tendremos más calefacción en las habitaciones después de las seis y media, o antes si vuelve la luz.

El señor Walsh volvió a entrar en su habitación y Victoria se quedó en el pasillo vacío. Varias pistas fragmentadas flotaban en su mente, pero no acababan de encajar. Una mujer que decía que no esquiaba. Las gafas de sol. El moratón. La inconfundible alerta de Elspeth.

Victoria aún no estaba segura de por qué quería hablar con Lilly Childers, pero confiaba en su instinto. Fuera lo que fuese lo que Lilly Childers ocultaba, o de quienquiera que se estuviera escondiendo, Victoria iba a averiguarlo.

CAPÍTULO 38

Con la cabeza gacha, cruzo la sala principal del refugio. Todos los presentes tienen un motivo para querer escapar. ¿Me atrevería a decir que el mío es el más urgente? No habría salido de mi habitación, pero tengo hambre y me estoy volviendo un poco loca allí metida.

El complejo ofrece cajas de cereales individuales. Son de esas azucaradas con mascotas de dibujos animados que mi madre solía comprar cuando yo era niña. Me gustaban hasta que descubrí la verdad. No son nutritivos, solo productos químicos con vitaminas pulverizadas por encima. Falsos. Como casi todo en mi vida últimamente.

El cartel dice que solo podemos coger uno por persona. He visto a otros ignorar esta regla, como si cinco cajas de cereales azucarados fueran a marcar la diferencia entre la vida y la muerte, pero yo la respeto. Un trabajador monta guardia con los brazos cruzados, vigilándonos. Es mejor para mí pasar desapercibida en lugar de llamar la atención.

Mientras abro mi caja de cereales, me pregunto dónde estará Steve en este momento y cuánto sabrá.

Una voz familiar desde una mesa cercana se eleva sobre las demás. Es esa mujer de pelo cobrizo que lleva dando audiencia desde ayer, gesticulando cada palabra que sale de su boca. Dice que se llama Maura.

—Tengo intención de contratar a un abogado y demandar por las molestias —anuncia Maura—. Deberíamos unirnos. Una demanda colectiva.

«Interesante», pienso, pero obviamente yo no puedo formar parte de eso.

—¡Oh, mirad! —la voz de Maura sube un par de octavas—. Ahí está. Victoria Heslin. La celebridad entre nosotros. Ya sabéis, la agente del FBI que iba en el Vuelo 745.

Me giro para ver a una mujer delgada y atlética que cruza el vestíbulo, y me veo obligada a tragar un nudo en la garganta que no estaba ahí hace un segundo.

Victoria Heslin. He oído hablar de ella, pero no la habría reconocido. Es un poco más alta que la media y más atractiva que la mayoría, sin maquillaje y con un peinado sencillo que le llega a los hombros.

Cuando se coloca un mechón de pelo detrás de la oreja, su mano deformada confirma su identidad. Perdió las puntas de los dedos de ambas manos tras el accidente de avión más famoso de la historia reciente. Cada artículo de prensa posterior al rescate mencionaba su congelación. Victoria es una rica heredera; eso también lo sabe todo el mundo. No parece el tipo. No hay nada ostentoso en ella. Ni marcas de diseño ni joyas. Nada de ese glamur pulido que a veces acompaña a la gran riqueza.

—Hablé con Victoria hace días —el rostro de Maura es una gran sonrisa conspiradora—. Está aquí de vacaciones con su prometido porque su hermano trabaja para Black Ridge. Forma parte de la patrulla de esquí, los que encontraron el cadáver de esa pobre mujer. La policía le pidió a Victoria que investigara. Está llevando el caso ahora, interrogando a la gente.

—Uy, cualquiera de nosotras podría ser la siguiente —dice una rubia oxigenada, y no tengo ni idea de a qué se refiere. ¿La siguiente en ser interrogada o la siguiente en morir?

—He oído que la mujer fallecida estaba alterada antes de morir. *Muy* alterada —interviene el invitado a la derecha de Maura—. Mi marido ha sacado esa información del camarero.

La conversación ha pasado de su demanda colectiva a un tema más interesante. No quiero perderme nada. Me acerco y me instalo en una silla de respaldo redondo que está vacía, donde puedo oír fácilmente a Maura entreteniendo a su audiencia cautiva.

—Escuchad esto —añade Maura, para no ser menos que la información de los demás—. Encontraron una botella de champán junto a la mujer

muerta. Uno de los empleados de cocina me ha dicho que Victoria tomó huellas dactilares de la botella. Al parecer, la fallecida había estado bebiendo mucho antes de morir.

Es imposible no sonreír. La historia ya se está transformando de la manera en que lo hacen los rumores cuando pasan de persona a persona.

—Uno de los empleados de cocina me ha dicho que Victoria tomó huellas de la botella y encontró una —susurra Maura.

Intento no parecer tan sorprendida como me siento.

—¿Creéis que se desmayó y murió por el frío? —pregunto, metiéndome en su círculo con expresión preocupada—. No me lo puedo ni imaginar, especialmente con este tiempo.

La rubia oxigenada se gira para incluirme, arqueando las cejas ante mi sugerencia. —Pero ¿por qué estaba bebiendo fuera en medio de una ventisca?

Niego con la cabeza. —Quién sabe las cosas que acaba haciendo la gente cuando está borracha.

—Exacto —Maura levanta la mano para enfatizar su punto—. Un juicio terrible. Pasa. Hace unos años, la mejor amiga de mi prima tuvo una sobredosis después de que su novio rompiera con ella. Qué triste.

—Muy trágico —digo—. Su pobre familia.

Todas están de acuerdo.

—Hablando de familia... —la rubia baja la voz hasta un susurro alto y se cubre un lado de la boca con la mano—. ¿Alguna de vosotras ha visto a la familia de la muerta o a quienquiera que estuviera con ella? Porque yo no.

Todas niegan con la cabeza. Nadie ha visto a una pareja dolorida, a un amigo o a un familiar. Y no van a verlo.

Maura frunce el ceño y se echa el pelo pelirrojo sobre un hombro. —¿No creeréis que viajaba sola, verdad?

Como yo viajo sola, no quiero quedarme por aquí y oírlas decir lo extraño que es eso. Ya he corrido un riesgo al unirme a su conversación y dar a la gente la oportunidad de fijarse en mí. Levantándome de mi silla, digo: —Me vuelvo a mi habitación. Toda esta situación es demasiado. —Hago un gesto hacia el vestíbulo para abarcar todo nuestro predicamento.

Mientras dejo atrás el círculo de chismes, tiro mi caja de cereales encima de un cubo de basura que ya está demasiado lleno. En lugar de regresar a mi claustrofóbica habitación, me preparo para caminar bajo la tormenta hasta

la sala de relajación del spa. Se ha convertido en mi refugio en Black Ridge desde que se cortó la luz.

Un cartel en la puerta cerrada con llave pide disculpas por el cierre debido a la falta de personal. Tras forzar la cerradura, tengo el lugar para mí sola. Nadie más ha venido hasta aquí. Hace demasiado frío y está demasiado lejos del edificio principal.

Me acomodo en el sofá de cuero frente a la chimenea de piedra y enciendo un fuego usando los suministros apilados cerca. Las llamas prenden rápidamente, proyectando sombras danzantes sobre las estanterías que revisten las paredes. Ya tengo calor y luz. Me echo una manta sobre los hombros, otra sobre las piernas y selecciono un libro sobre mindfulness.

No puedo quedarme encerrada en mi habitación todo el día y toda la noche, rememorando cada error que cometí. Aquí puedo pensar y bajar la guardia.

Victoria Heslin simplemente estaba aquí de vacaciones, y ahora está «investigando». No estoy preocupada. Puede que sea una agente del FBI con buenas habilidades de supervivencia, pero está rodeada de testigos poco fiables que difunden versiones distorsionadas de los hechos.

¿Cómo puede hacer bien su trabajo? ¿Cómo puede saber qué está pasando realmente?

No creo que pueda. De hecho, cuento con ello.

Además, el FBI no es a quien más temo.

CAPÍTULO 39

Casi las 4 p.m. El sol seguía en algún lugar más allá del muro de nubes oscuras, pero la tormenta había teñido el cielo de un gris infinito. Seguía sin haber rastro de Alex. Ni de Ned. Y no había noticias de ninguno de los dos. Los almuerzos que Victoria les había traído seguían intactos sobre el escritorio de Alex.

Victoria respiró hondo. Tenía que centrarse en lo que podía controlar. Extendió sus notas, creando tres montones distintos. Las pruebas y la cronología de la muerte de la desconocida a la izquierda. La información de Foster en el centro. A la derecha, las observaciones sobre la mujer rubia con el hematoma y la pulsera médica.

Arrancó una hoja de papel limpia y anotó las preguntas a las que quería dar respuesta.

¿Quién es la mujer fallecida? ¿Dónde está Steve Foster? ¿Qué pasa con Lilly Childers?

Una muerta, uno desaparecido, una escondida. Tres misterios distintos exigían respuestas, y ella creía que estaban conectados.

Elspeth se levantó de su cama, dio una vuelta cerrada sobre sí misma y luego se echó con un suave gemido.

—Esa mujer rubia nos llamó la atención, ¿verdad? —El tono de Victoria hizo que la perra aguzara las orejas—. Pero ¿por qué?

Volvió a centrar su atención en la lista de ocupación de huéspedes y recorrió con el dedo la entrada de Lilly Childers. Había una pequeña «W» al lado de su nombre.

—Averigüemos qué significa esto. —Recogió sus papeles—. Vamos, chica.

El concurso de preguntas y respuestas había terminado en el vestíbulo, sustituido por un joven con rastas que tocaba una canción melancólica en una guitarra acústica. La música amplificaba el ambiente inquietante del hotel, agravado por el árbol de Navidad apagado que se alzaba sobre ellos.

Se acercó al mostrador de atención al huésped, donde Rosalie y Thomas estaban apoyados pesadamente. Por una vez, nadie les pedía nada. A Victoria le fastidiaba estropear eso, pero necesitaba ayuda.

—Perdone, Rosalie. Necesito información sobre una huésped. —Señaló el nombre de Lilly en la lista de ocupación—. ¿Qué significa la marca «W» al lado de su nombre?

Rosalie se alisó unos mechones de pelo sobre la oreja.

—La «W» significa walk-in. Sin reserva. Llegó y alquiló una habitación. Normalmente estamos completos en temporada alta, pero con los avisos de tormenta, hemos tenido varias salidas anticipadas y cancelaciones. —Tomó aire—. Lo siento. Probablemente no necesite todos esos detalles. —Sus ojos se abrieron de par en par—. ¿Es ella la persona que ha muerto en las pistas?

—No. Lilly Childers está vivita y coleando. Solo trato de localizarla. ¿Sigue funcionando su ordenador?

—Sí, es uno de los pocos sistemas con energía de reserva.

—Por favor, dígame qué otra información tiene sobre su estancia.

Los dedos de Rosalie volaron sobre el teclado.

—Lilly Childers se registró por dos noches. Tiene una dirección local de Colorado. Escaneamos los carnés de conducir. ¿Quiere verlo?

Tras pasar detrás del mostrador, Victoria estudió la pantalla y luego hizo una foto.

—¿Tiene usted carné de conducir de Colorado? —le preguntó a Rosalie.

—No, yo soy de Nueva York. Pero Thomas vive aquí.

Victoria se volvió hacia Thomas.

—¿Podría ver su carné?

Thomas pareció desconcertado, pero sacó la cartera.

—Claro, ¿pero por qué?

—Para comparar. —Victoria sostuvo el carné de él junto a la pantalla de su teléfono, estudiando ambos documentos. El carné de Thomas tenía una sutil superposición holográfica, microimpresión en los bordes y una tipografía específica para el sello del estado. El carné escaneado de Lilly tenía todos esos detalles, pero la saturación del color no era exactamente la misma.

—Thomas, ¿dónde renovó su carné por última vez?

—En la oficina de Tráfico del centro, en Denver.

Lo que significaba que el carné de Lilly era falso. De calidad profesional, pero falso.

—Gracias —dijo Victoria, antes de alejarse del mostrador.

Con Elspeth trotando a su lado, Victoria subió las escaleras hasta la última planta del ala de invitados.

La perra se detuvo a olfatear el árbol de Navidad situado frente a los ascensores cuando pasaron por delante.

Un fuerte ataque de tos surgió tras una de las puertas cercanas, seguido de una voz amortiguada que se quejaba:

—Hace un frío que pela aquí dentro. Esto es ridículo.

La zona junto al gran ventanal al final del pasillo ofrecía su mejor oportunidad de recepción por satélite. Sin calefacción en los pasillos del ala de invitados, el hielo cubría el interior del cristal. La tormenta estaba invadiendo lentamente el edificio, abriéndose paso a la fuerza.

Se sintió aliviada cuando su teléfono satelital conectó con el agente Rork.

—Hola. Soy la agente especial Victoria Heslin. La recepción es terrible aquí arriba —dijo sin preámbulos—. El complejo está completamente aislado ahora. No hay internet ni servicio telefónico normal. No estaba segura de si había intentado localizarme.

—Todavía no. Aún no hemos localizado a Steve Foster ni su vehículo. No ha usado su teléfono ni sus tarjetas de crédito hoy. Seguiremos buscándole. Cuando aparezca, se lo haré saber.

—¿Qué hay de la orden para Jewell Investigations?

—Eso está tardando más de lo que pensaba. Estoy esperando a que el juez me responda.

—De acuerdo, gracias. —Victoria suspiró. Foster podría estar en cualquier parte a estas alturas—. Mientras tanto, necesito una comprobación de antecedentes de otra persona. Lilly Childers. —Victoria leyó la

información del carné, entrecerrando los ojos para ver sus notas bajo la tenue luz del pasillo—. Le advierto que sospecho que podría ser una identificación falsa, pero compruébela de todos modos, ya que las identidades falsas suelen utilizar información de personas reales.

—¿Alguna conexión con su víctima?

—Posiblemente. Devuélvame la llamada a este número cuando tenga información. Estaré esperando.

Victoria mantuvo encendido su teléfono satelital, aunque era consciente de que la batería se estaba agotando. Se sentó en el suelo enmoquetado y apoyó la espalda contra la pared. Se sentía como una placa de hielo contra su espalda, y se apretó más la chaqueta. Detrás de ella, la nieve azotaba las ventanas con rachas violentas.

Elspeth se acurrucó junto a su muslo. Victoria acarició la cabeza de la perra. Odiaba estar allí sentada esperando, pero ese punto era el mejor lugar para la recepción satelital en todo el edificio.

Más tos, luego una voz enfadada.

—Tenemos que encontrar más mantas. No me siento los dedos de los pies.

El teléfono de Victoria sonó minutos después.

—Aquí el agente Rork. Su Lilly Childers no existe. El número de carné es falso y la dirección es un servicio de reenvío de correo.

A Victoria se le dio un vuelco el corazón. Las preguntas se multiplicaban más rápido de lo que podía resolverlas, casi como si las dos mujeres no quisieran que nadie supiera quiénes eran.

—Siga indagando, por favor. Compruebe personas desaparecidas y protección de testigos.

—Ya estoy en ello. Siento que esté atrapada ahí. ¿Cómo lleva la gente la situación?

—No están contentos. Los suministros escasean y no hay mucha calefacción. Hemos tenido algunos incidentes. Discusiones. Un huésped afirma que le empujaron por las escaleras.

—¿De qué equipo dispone ahí?

—De nada, la verdad —admitió Victoria—. Estoy improvisando. ¿Qué pasa con el resto de la zona? ¿Cómo le va con la tormenta?

—Toda la región ha sido machacada. Más de cuatrocientos mil cortes de electricidad. La Guardia Nacional está intentando llegar a los conductores

varados. Al igual que en su hotel, todo empeorará antes de mejorar, incluso si todo el mundo se queda dentro.

—Espero que lo hagan.

—Yo también. Manténgase a salvo allí arriba, Victoria. Hablamos luego.

Victoria se quedó mirando el pasillo vacío. Se frotó las manos y luego los muslos de arriba abajo. El frío traspasaba su ropa y hacía que le dolieran las articulaciones. Se acercó más a Elspeth, pensando de nuevo en la desconocida y en Lilly Childers.

Elspeth levantó la cabeza, escuchando.

Un tableteo intermitente llegó desde algún lugar dentro de las paredes. Siguió un inquietante quejido mecánico.

Los generadores no deberían sonar así. Ninguna maquinaria en buen estado debería hacerlo.

El ruido se apagó... y luego, nada. Un silencio ominoso llenó el pasillo, interrumpido solo por el sonido amortiguado de estornudos repetidos.

Nada bueno.

CAPÍTULO 40

En su camino desde el último piso hasta la planta principal, el hueco de la escalera estaba sumido en una oscuridad total. Al pensar en la «caída» del señor Walsh, Victoria se mantuvo firmemente agarrada a la barandilla y a la correa de Elspeth. Cuando llegó abajo, una luz tenue entraba por donde un empleado o cliente había dejado la puerta entreabierta.

Las voces ansiosas se volvieron más fuertes a medida que se acercaba al vestíbulo.

La chimenea de gas de estilo contemporáneo funcionaba, aunque generaba poco calor. La mayor parte de la temperatura provenía de la chimenea central. Rosalie echaba troncos al fuego. El aire desprendía un potente olor a marihuana mientras la gente lidiaba con su ansiedad.

Al menos cincuenta huéspedes se habían reunido en el espacio, y seguían llegando más.

Llegó justo a tiempo para ver a Peter subir al hogar de piedra, con el rostro pálido y demacrado. Se aclaró la garganta dos veces antes de hablar.
—Por favor, mantengan la calma. Como habrán notado, los generadores han fallado.

—¿Cuánto falta para que los arreglen? —preguntó Maura.

Peter se pasó una mano por el pelo, ahora grasiento. —No podemos repararlos hasta que se abra la carretera de acceso. —Su voz flaqueó—. Es posible que la red principal de energía regrese antes. Esperamos que así sea. —Esbozó lo que parecía una sonrisa dolorosa—. Mientras tanto, estamos preparando una fabulosa barbacoa navideña para la cena. Nuestros chefs están cocinando ahora mismo. Un auténtico festín.

—Antes de que toda la carne se pudra —gritó Hawk.

Peter ignoró el comentario. —No les voy a mentir. Va a empezar a hacer mucho más frío en el edificio. Lo mejor es estar cerca de la chimenea de leña. También estamos distribuyendo mantas térmicas. —Se giró hacia donde Thomas estaba abriendo una caja en la recepción. La multitud empezó a congregarse en esa dirección.

El marido de Maura se burló. —Esas mantas parecen las baratijas que dan en los aviones.

Thomas sostenía en sus brazos una montaña de telas dobladas en fundas de plástico. —Solo hay esta caja. Las familias con niños y los huéspedes de edad avanzada tienen prioridad.

Un hombre gritó: —¡He pagado diez mil por esta semana! Me llevo una.

Otro hombre agarró el mismo paquete. —Yo he pagado más que eso. ¡Y mi mujer está enferma ahora por culpa de este sitio!

Los dos hombres forcejearon por la manta. Uno soltó presa y empujó al otro. Con los brazos agitándose, este tropezó hacia atrás contra el árbol de Navidad. El árbol se desplomó a cámara lenta, mientras los adornos caían y se hacían añicos. Estallaron gritos mientras la gente se apartaba de un salto. Las ramas superiores atraparon a una mujer que no se había movido lo suficientemente rápido. Chilló cuando el árbol cayó sobre ella. Se rompió más cristal.

—¡Tatum! —Un hombre se lanzó hacia delante e intentó levantar el enorme adorno—. ¡Que alguien me ayude!

Hawk grababa con su móvil, rodeando la escena como un buitre. —¡Madre mía! Más oro. En cuanto pueda publicar esto, la gente se va a volver loca.

Los huéspedes corrieron para ayudar o para ver mejor. Crewcut y su hermano fueron los primeros en llegar al árbol caído y meterse entre las ramas. Alzaron el árbol lo suficiente para que la mujer pudiera salir a rastras. Las ramas le habían quitado el gorro, dejando que el pelo enredado le cubriera la cara. Escupió agujas de pino de la boca.

Crewcut se arrodilló a su lado. —¿Estás herida?

—No lo sé —jadeó ella, haciendo una mueca mientras su marido la ayudaba a ponerse en pie—. El hombro.

—¡Ya basta! —El rostro de Thomas estaba de un rojo intenso mientras le bramaba al chico de la cresta—. ¡Baja el maldito móvil!

Hawk sonrió mientras captaba la expresión colérica de Thomas y seguía grabando y narrando. —Chicos, no os lo vais a creer. Se ha ido la luz y la gente ha empezado a pelearse por mantas de avión. Luego, el árbol de Navidad ha aplastado por completo a una señora. ¡Esto es de locos!

—Estoy bien, estoy bien —repetía Tatum con expresión aturdida.

Su marido se dio la vuelta y localizó a uno de los hombres que se habían peleado por la manta.

—¡Tú has hecho esto! —gritó el marido mientras lanzaba un potente derechazo.

Victoria se movió con rapidez. —¡Caballeros! —Se interpuso entre ellos con las manos en alto—. Esto es lo último que necesitamos ahora mismo.

Ambos hombres se detuvieron, parpadeando sorprendidos, como si estuvieran impactados por lo que acababa de transcurrir.

—¡Fuego! —gritó Tatum—. El árbol se está quemando.

Las ramas secas de la conífera chisporroteaban y estallaban mientras las llamas ascendían por las agujas. El humo empezó a extenderse por el vestíbulo.

Hawk levantó más el móvil, retrocediendo pero sin dejar de grabar en ningún momento. —¡Madre de Dios, el árbol acaba de arder! ¡Esto ya es otro nivel, y es real! Me muero por subir este vídeo.

Crewcut golpeó el árbol con su abrigo.

—¡Atrás! ¡Todo el mundo atrás! —gritó su hermano, pisoteando las brasas encendidas—. ¡Necesitamos más mantas!

Varios huéspedes lanzaron sus mantas sobre el fuego. Thomas se acercó corriendo con un pequeño extintor. —¡Quítense de en medio!

Una espuma blanca brotó débilmente sobre las llamas. Estaba casi vacío. Por suerte, los últimos rescoldos se habían extinguido.

El humo seguía brotando de los restos carbonizados del árbol y los escombros esparcidos.

El olor acre del plástico quemado y las agujas de pino llenó el aire. La gente tosía y se cubría la cara. Se oyeron los sollozos aterrorizados de un niño.

Victoria miraba en estado de shock cómo las cosas se salían de control. Las catástrofes eliminaban el condicionamiento social más rápido de lo que la mayoría de la gente creía. El aumento de la miseria revelaría la verdadera naturaleza de los huéspedes. Crewcut recurrió por instinto a un liderazgo protector. Otros mostraron tendencias antisociales. Si la gente ya se peleaba por las mantas, la experiencia de Victoria le decía que verían acaparamiento, robos y más violencia cuando los suministros de comida escasearan.

No podía soportar ver a la gente transformarse en la peor versión de sí misma. Tenía que marcharse o tomar las riendas de la situación.

Al recorrer de nuevo el pandemonio, asimilando la ira y el malestar, su mirada se detuvo en una figura sentada en el alféizar de la ventana.

Lilly Childers.

Llevaba un abrigo rojo con capucha de piel y una manta sobre los hombros. Un gorro de lana negro con un pompón le cubría el pelo rubio platino. Sin gafas de sol. No estaba ayudando, ni tampoco reaccionaba. Simplemente observaba.

Una sensación extraña invadió a Victoria. La misma que había tenido cuando vio a Lilly en el pasillo por primera vez. Una sensación de familiaridad, como reconocer a alguien de un sueño recordado a medias. Alguien a quien había visto recientemente.

Lilly levantó un brazo, girando la muñeca con un movimiento circular.

Había algo en ese gesto...

CAPÍTULO 41

A pesar de las corrientes de aire frío que entraban por el cristal, Lilly estaba sentada sola junto a la ventana. Su asiento le ofrecía un punto de observación perfecto que dominaba la mayor parte del refugio, mientras se encontraba cerca de una salida lateral. El tipo de lugar que una persona elegiría deliberadamente si necesitara guardarse las espaldas.

Mientras todos los demás se quedaban boquiabiertos ante el árbol humeante, la mirada de Lilly recorría la multitud, sin detenerse demasiado en nadie. El movimiento podría pasar desapercibido para un ojo inexperto, pero no engañó a Victoria. Lilly estaba analizando la sala de la misma forma experimentada en que lo hacía Victoria.

Lilly giró la muñeca en un círculo lento, deslizando su pulsera médica arriba y abajo del brazo. El gesto era inconsciente, repetitivo. Familiar. Victoria lo había visto antes. Dos noches atrás, la morena que había discutido con Steve Foster había hecho ese mismo movimiento. El mismo ritmo, solo que con pulseras negras en lugar de la banda plateada.

Darse cuenta de esto hizo que a Victoria le diera un vuelco el corazón.

Aquello no era un comportamiento similar. Era un comportamiento idéntico y arraigado.

La mujer del bar no había muerto. Estaba al otro lado de la sala, muy viva, con una peluca rubia y una pulsera médica.

Toda la investigación de Victoria acababa de desmoronarse. Cada suposición, cronología y sospechoso. Si la mujer del bar estaba viva y coleando... ¿quién yacía muerta en el congelador?

Mientras Victoria caminaba hacia Lilly, dos pequeñas figuras saltaron frente a ella.

—¡Es la señora del FBI! —exclamó Max, poniéndose de rodillas para acariciar a Elspeth.

Kayla también se dejó caer al suelo, buscando las orejas de Elspeth. Ella nos sacó de la piscina y fue amable con nosotros en el ascensor.

Su madre estaba detrás de ellos, radiante—. ¡Cielo santo, es usted la mujer que rescató a mis hijos! No puedo agradecérselo lo suficiente. No tiene idea de lo aterrorizada que estaba. Max no contestaba al teléfono. Nunca deberían haber estado en la zona de la piscina sin nosotros.

Victoria miró por encima del hombro de la mujer. Lilly seguía allí, pero ahora estaba parcialmente oculta por la multitud.

—De nada. —Victoria intentó rodearlos, pero Max tenía los brazos envueltos alrededor del cuello de Elspeth, y Kayla se había agarrado al brazo de Victoria.

—Mamá, ¿podemos tener un perro como este cuando volvamos a casa? —preguntó Max.

—¡Es muy suave! —chilló Kayla, hundiendo la cara en el pelaje de Elspeth.

La madre continuó con su monólogo de agradecimiento—. De nuevo, no puedo agradecérselo lo suficiente. Debe de pensar que soy una madre terrible. ¿Han dicho que trabaja para el FBI? Eso es increíble. El padre de mi marido estuvo en el FBI. Estoy segura de que le encantaría conocerla.

—Perdone —interrumpió Victoria mientras escaneaba la multitud, sin ver rastro de la gorra negra ni del pelo rubio. Lilly se había desvanecido en el mar de huéspedes.

—Damas y caballeros. —La voz de Peter retumbó por todo el refugio—. Quisiera su atención una vez más para otro anuncio importante. Primero, necesitamos que todo el mundo mantenga la calma. No se tolerarán arrebatos violentos.

—¿Y qué va a hacer al respecto? —preguntó el amigo de Hawk con una sonrisa burlona en la cara.

—¡Basta! —La voz de Peter restalló como un látigo en la sala. Su rostro se enrojeció mientras golpeaba la palma de la mano contra la pared, y el sonido resonó por todo el vestíbulo. Los huéspedes retrocedieron, sobresaltados por la repentina violencia del gesto.

Se quedó allí respirando con dificultad, con la camisa arrugada y fuera del pantalón, y el pelo alborotado en ángulos extraños. Por un momento, sus ojos mostraron la mirada salvaje de un hombre que ha llegado al límite de su resistencia.

Con la misma rapidez, se recobró, se alisó el pelo y se volvió a meter la camisa. Cuando volvió a hablar, su voz se había calmado, aunque todavía le temblaban las manos—. Acabo de saber que el sistema de tarjetas electrónicas ha dejado de funcionar. Las puertas de las habitaciones están ahora desbloqueadas.

—Espere, ¿nuestras puertas no cierran? —preguntó Maura con la boca abierta.

Peter levantó una mano para recuperar la atención—. Todavía pueden cerrar sus habitaciones desde el interior usando los cerrojos manuales, pero no podemos garantizar la seguridad de los espacios desatendidos. Si les preocupan sus objetos de valor, llévenlos consigo cuando salgan de su habitación. Recojan cualquier artículo que necesiten, pero les recomiendo que vuelvan al vestíbulo, que es donde hace más calor. —Tuvo que elevar la voz para que se le oyera por encima del murmullo de la gente—. Una cosa más. Por favor, escuchen. Es importante. Cuando vuelvan a su habitación, abran los grifos y dejen que goteen para que las tuberías no se congelen.

La gente se levantó en tropel, corriendo hacia las escaleras que llevaban a las alas de las habitaciones, impulsada por la urgente necesidad de asegurar sus pertenencias.

La estrecha entrada a las escaleras creó un embotellamiento de cuerpos que se apretujaban para pasar. Una mujer gritó y se cayó, desapareciendo bajo la oleada de gente.

—¡Dejen de empujar! —gritó Peter.

Cuando la mujer se puso en pie y pareció estar bien, Victoria se dirigió a las escaleras con los demás, subiendo tres pisos casi a oscuras. En la tercera planta, caminó directamente hacia la habitación 340 y llamó con fuerza.

Nadie respondió.

—¿Lilly? Soy del FBI. Necesito hablar con usted. —Victoria se apoyó contra la puerta. No oyó nada.

Las cerraduras electrónicas ya no funcionaban. Si esta puerta no se abría, eso significaba que Lilly había echado el cerrojo manual desde dentro.

Victoria agarró el pomo y lo bajó. La puerta se abrió de par en par.

Pausando en el umbral, se dio cuenta de que estaba a punto de cruzar una línea al entrar en el espacio de un huésped sin permiso, exactamente lo que la gente temía que pudiera ocurrir ahora que las cerraduras electrónicas no funcionaban. Pero con una mujer muerta, posiblemente asesinada, Victoria no podía ignorar el comportamiento sospechoso de Lilly. Lilly era la mujer que estaba con Steve Foster en el bar. Llevaba un jersey y unas pulseras idénticas a los de la víctima. ¿Coincidencia? Posiblemente. Pero arriesgarse no era una opción.

Los registros sin orden judicial estaban justificados y eran admisibles ante un tribunal cuando existía riesgo de destrucción de pruebas. Si Lilly estaba implicada en la muerte de la víctima, o si ella misma corría peligro, cada segundo contaba.

Dejando a Elspeth en el pasillo, Victoria desenfundó su arma y entró—. FBI. ¿Hay alguien ahí?

Inspeccionó primero el baño, luego los armarios. Vacíos.

Segura de que el espacio era seguro, guardó la pistola en la funda y metió a Elspeth en la habitación.

Había mantas retorcidas y amontonadas en el lado derecho de la cama, el más alejado de la puerta. Las sábanas y mantas del lado izquierdo permanecían remetidas bajo el colchón.

Acercándose, activó la linterna de su teléfono, haciendo una mueca ante el aviso de batería baja. En la funda de la almohada, el haz de luz captó un largo mechón de pelo oscuro. No era rubio como el de Lilly, sino castaño oscuro.

Victoria recogió el pelo y lo guardó en un pañuelo de papel de su bolsillo.

Dirigiéndose a la cómoda, registró cada cajón en busca del distintivo jersey negro y plateado. Los cajones estaban vacíos, a excepción de unos pocos pares de ropa interior femenina y una parte de arriba. Nada de jerséis.

Una maleta de mano estaba en el suelo, bajo la ropa colgada. Junto a la maleta, una bolsa de plástico blanca contenía ropa usada amontonada. Unos vaqueros negros de la talla 36. Camisetas de manga larga. Ropa interior de algodón y un sujetador deportivo.

¿Por qué Lilly no había deshecho la maleta para una estancia de varios días? ¿Por qué vivía de sus maletas cuando les quedaban al menos dos noches más allí?

Al abrir la maleta, Victoria encontró más ropa de tallas pequeña y mediana.

El jersey plateado no estaba allí.

¿Lo llevaba puesto Lilly en ese momento, debajo del abrigo? ¿O solo había un jersey como ese en todo el complejo: el que llevaba la desconocida?

Con un oído atento a los sonidos del pasillo, Victoria iluminó el interior de la pequeña papelera. Botes de tamaño de viaje de limpiador facial y champú. Un cepillo de dientes. Pegadas al fondo, bajo pañuelos arrugados, había dos pequeñas partículas de plástico marrón rígido. Lentillas usadas. De color marrón.

En el cajón del baño, encontró un neceser con botes de medicamentos recetados, todos a nombre de Lilly Childers. Lorazepam. Rohypnol. Relajantes musculares. Sedantes.

Las piezas estaban formando un cuadro que no le gustaba nada.

CAPÍTULO 42

Victoria acababa de salir de la habitación de Lilly y de cerrar la puerta cuando el señor Walsh salió de la habitación de enfrente. Un gorro de invierno le cubría la mayor parte del vendaje de la frente. Su esposa, Eva, estaba a su lado. Cada uno llevaba una bolsa de viaje grande.

—Es ella —le dijo él a su mujer—. La mujer que vimos en la zona médica, la misma que preguntaba por la rubia.

Eva dio un paso adelante. —Mi marido ha mencionado que estaba usted buscando a la mujer de la habitación de enfrente. ¿La ha encontrado? He estado un poco preocupada.

—Aún la estoy buscando —admitió Victoria.

El señor Walsh bajó la mirada hacia Elspeth, que estaba sentada a los pies de Victoria. —¿Ahora permiten perros en Black Ridge? ¿O es que ya no se respeta ninguna norma?

—Es una perra de la patrulla de esquí —explicó Victoria—. De búsqueda y rescate.

Walsh asintió, pareciendo satisfecho con la explicación.

—¿Cuándo fue la última vez que vio a la mujer de esta habitación? —preguntó Victoria.

Eva se cambió la bolsa de hombro. —No la he visto desde antes del alud.

—¿Podría describirla? Solo quiero asegurarme de que hablamos de la misma persona.

—Tenía el pelo rubio, por los hombros. Un corte excelente, y sabe cómo hacerse el brushing a la perfección. Atractiva, pero poco sociable. Aunque... se llevaba bien con uno de sus colegas. —A Eva se le iluminaron los ojos al recalcar lo de «llevarse bien».

Victoria se preguntó si Eva se refería a Steve Foster. Él no trabajaba allí, pero Victoria tampoco, y los Walsh creían que sí. La gente sacaba conclusiones, a veces con total confianza. Aunque la presencia de Elspeth y la visita de Victoria a la zona médica les habían dado, sin duda, buenos motivos para suponerlo. —¿Con cuál de mis colegas? —preguntó ella.

—Con el que mi marido tuvo un problema.

El señor Walsh se cruzó de brazos sobre el pecho. —No me estaba portando como un difícil. Lo único que hice fue hacer preguntas legítimas sobre por qué han cerrado las pistas superiores tan temprano. Llevo esquiando treinta años. Sé cuándo las condiciones son seguras.

—¿Qué ocurrió exactamente? —Victoria miró alternativamente al matrimonio.

—Ese tipo grande se puso agresivo, me dijo que siguiera las normas o que me fuera del complejo. Muy grosero. Así que me quejé al gerente por su actitud. Un día después, como ya sabe, bajo volando por las escaleras.

—¿Cree que le empujó porque se quejó al gerente?

—No sé por qué me empujó. ¿Acaso importa? No existe ninguna razón aceptable.

La tensión de su voz hizo que Elspeth se levantara y se quedara mirándole.

—Yo no vi la discusión ni la caída —dijo Eva—, pero vi a la mujer de enfrente irse con ese mismo trabajador.

El señor Walsh entornó los ojos. —A lo mejor aquel moratón no se lo hizo un marido maltratador, después de todo.

—¿Cómo se llamaba el empleado? —preguntó Victoria.

El señor Walsh sacudió la cabeza, deteniendo el movimiento con un fruncimiento de ceño como si le molestara. —Eh... puede que me venga a la memoria, pero no lo recuerdo. Quizá tenga una conmoción cerebral. Estupendo, simplemente estupendo.

—¿Puede describirlo?

Eva respondió por su marido. —Guapo. Alto. Llevaba una de esas chaquetas de la patrulla de esquí.

Una oleada de energía nerviosa hizo que Victoria se sintiera un poco temblorosa. —¿Cuándo los vio juntos?

Eva ladeó la cabeza y se puso un dedo en los labios antes de responder. —Hace dos noches. Reconocí su parka roja con piel alrededor del cuello. Muy mona. Más tarde, los vi fuera juntos. Él tenía la mano puesta en su trasero. Entraron en el edificio de material que hay cerca de la tienda de alquiler de esquís. Tenía un cartel de «Solo personal» en la puerta.

Victoria tenía la boca seca. *Por favor, que no sea Alex.* El pensamiento cruzó su mente antes de que pudiera evitarlo. —Necesito que identifiquen al hombre con el que la vieron. Hay una foto del equipo de la patrulla de esquí abajo. ¿Vendrían conmigo?

—Mientras sea rápido —dijo el señor Walsh—. Están haciendo una barbacoa abajo. Ya va siendo hora de que comamos algo caliente y decente aquí.

Bajaron por las escaleras hasta la planta principal, todos moviéndose despacio con las manos en la barandilla, junto con otros huéspedes que regresaban al vestíbulo cargando con bolsos, macutos e incluso maletas.

En el pasillo de administración, los pasos de Victoria se hicieron más lentos al acercarse al despacho de Alex, donde la foto del equipo de la patrulla colgaba en la pared junto a su puerta.

—¿Fue alguno de estos hombres? —preguntó ella, conteniendo el aliento.

Eva estudió la foto, pasando el dedo sobre los rostros a medida que lo desplazaba de izquierda a derecha. Se detuvo en el centro, donde estaba Alex.

A Victoria se le cerró la garganta. Apretó con más fuerza la correa de Elspeth.

Entonces el dedo de Eva se movió hacia la derecha.

—Este. —Golpeó el cristal con la uña—. Él.

—Sí, ese es el tipo con el problema de actitud —añadió el señor Walsh.

Eva había señalado a Jordan.

Con los labios apretados, Victoria soltó un suspiro silencioso y pausado. No era Alex, menos mal. El sentimiento de culpa la asaltó a continuación por haber sospechado de su hermano, aunque fuera por un segundo.

Jordan era quien había entrado en el cobertizo de material con Lilly. Un recuerdo volvió a ella de cuando Victoria le conoció. Alex había

mencionado que Jordan se estaba enrollando con una rubia.

Victoria se quedó mirando la fotografía de Jordan. El moratón en la cara de Lilly cobró un nuevo significado. ¿Era él el responsable de aquella herida y del comportamiento huidizo de Lilly?

Si Walsh tenía razón sobre el empujón, Jordan recurría a la violencia cuando se enfadaba. Si había empujado a un huésped para vengarse de una queja, ¿qué más podría haber hecho?

CAPÍTULO 43

Después de lo que le habían contado el Sr. y la Sra. Walsh, Victoria tenía que encontrar a Jordan, pero el nudo que crecía en su estómago no se debía solo a él. Seguía sin tener noticias de Ned y Alex. Llevaban horas fuera, y Ned debía de saber que ella estaría preocupada. ¿Dónde estaban? ¿Debería salir gente a buscarlos por si necesitaban ayuda?

El olor a carne a la brasa le llegó antes de alcanzar el vestíbulo. Elspeth estaba interesada. Con las orejas tiesas, miraba fijamente hacia el bufé.

Fuera, unos cuantos trabajadores de la cocina atendían las parrillas situadas justo delante de las puertas traseras. Con los problemas de electricidad y la refrigeración estropeada, era evidente que se daban prisa para cocinarlo todo antes de que se echara a perder.

—Aquí viene una tanda recién hecha. —El chef llevaba una bandeja de plata gigante hacia las largas mesas del bufé—. ¡Cójanlo mientras esté caliente!

Los Walsh ya estaban en la cola, con Maura delante de ellos. —No he comido nada en condiciones desde que llegamos —dijo ella—. Parece que hay de sobra.

—Más que suficiente —respondió el chef—, pero vuela. Cojan un plato.

Rosalie y Thomas estaban juntos en un rincón, comiendo en silencio. Necesitaban el descanso.

Peter se movía entre las mesas, forzando una sonrisa tensa mientras atendía a los huéspedes. —El chef pensó que era mejor cocinarlo todo de golpe en lugar de dejar que se desperdiciara —explicó.

Hawk soltó una mueca. —¿Así que debemos atiborrarnos hoy porque mañana no quedará nada? ¿Es nuestra última cena antes de tener que comernos los unos a los otros?

—Simplemente... coma —dijo Peter, con los dientes apretados tras su rígida sonrisa.

—¿Agente Heslin?

Victoria se giró y vio a Tyler. —¿Puedo ofrecerle un plato? Tenemos pollo a la barbacoa, falda de ternera y unas costillas de cerdo que se deshacen solas.

—Gracias, pero estoy bien.

Tyler pareció desconcertado.

—Soy vegetariana.

—Vaya. Bueno, hay algunas... creo que tenemos más barritas de cereales por algún sitio.

—Estoy bien, de verdad. —Victoria le sonrió—. Pero gracias.

—Esta es la mejor comida que hemos tomado desde que llegamos —dijo el marido de Maura, que llevaba un plato a rebosar de camino a una mesa.

Por el momento, al menos para los que comían carne, parecía que su suerte por fin estaba cambiando.

Victoria se quedó junto a los restos del árbol quemado que yacía apartado contra la pared. Nadie lo había retirado.

Escaneando cada rostro, no vio a ninguna de las personas que buscaba, pero divisó a otro miembro de la patrulla de esquí que reconoció por la foto del pasillo. Estaba cerca del fuego, todavía con su chaqueta de la patrulla y las botas de esquí, haciendo equilibrios con un plato colmado de carne.

Él la observó mientras ella se acercaba con Elspeth.

—Perdone. —Intentó que su ansiedad no se notara en la voz—. Soy la hermana de Alex Heslin. ¿Lo ha visto hace poco?

—¡Ah, hola! He oído que estabas aquí. Soy Corey. Me preguntaba por qué tenías tú al perro de Alex. —Su tono despreocupado no hizo nada por aliviar la preocupación de Victoria. Tenía los ojos vidriosos—. Alex probablemente siga ahí fuera a lo suyo. Siempre es el último en entrar. Ya

sabes cómo es, ¿no? Tendrá que volver pronto. No puede trabajar mucho más a oscuras.

Quiso insistir para obtener más información, pero sabía que a Alex no le gustaría que montara un escándalo. Su hermano estaba fuera haciendo su trabajo. «Está bien», se dijo. Y más le valía a Ned estar con él.

—¿Y qué hay de Jordan Deery? ¿Sabe dónde está?

Corey pinchó un trozo de ternera con el tenedor y lo mantuvo en el aire mientras hablaba. —¿Jordan? Seguramente esté por algún sitio ahí dentro. He oído que no se encontraba bien y se ha retirado de nuestras últimas rondas.

El momento parecía muy conveniente. ¿Estaba realmente enfermo o se estaba escondiendo? —¿Alguna idea de dónde puede estar ahora?

—Qué va, lo siento. No le veo desde esta mañana. —Corey quitó un trozo de carne del tenedor y se lo dio a Elspeth, que lo engulló con entusiasmo.

Todo el mundo parecía estar disfrutando de la barbacoa, pero en algún lugar bajo la peligrosa tormenta estaban los dos hombres a los que amaba. ¿Por qué nadie los había visto últimamente?

Basta. Concéntrate. Quizá le estaba dando demasiadas vueltas. O quizá no estaba pensando en lo peor.

Primero encuentra a Jordan. Consigue respuestas. Eso sí podía hacerlo.

Capítulo 44

Cuando Victoria se alejó de la chimenea, la temperatura bajó diez grados en apenas unos metros. Los pasillos más allá de la recepción estaban gélidos. El edificio gemía a su alrededor, con la madera y el metal contrayéndose por el frío.

Tal vez Jordan se había escabullido del refugio, fingiendo encontrarse mal, y había desaparecido en la tormenta, donde ni siquiera la patrulla de esquí podría localizarlo. Pero aquello parecía poco probable. Nadie estaba tan desesperado.

Cruzándose de brazos sobre el pecho, regresó al despacho de Alex con Elspeth. Al doblar la esquina, se quedó petrificada.

Una figura alta estaba agachada en el suelo a mitad del pasillo. Una mochila negra yacía abierta a su lado.

Victoria avanzó hacia él.

—Lo estaba buscando.

Jordan cerró la cremallera de su mochila y se puso de pie de un salto.

—¿Por qué?

Ella empezó con la acusación de Walsh.

—Un huésped llamado Michael Walsh cree que usted lo empujó por las escaleras.

Jordan abrió mucho los ojos.

—¿Qué?

—Se ha quejado a la dirección por su actitud cuando le preguntó por el cierre de las pistas.

Jordan se frotó la cara con el dorso de la mano.

—La gente nos da problemas por los cierres todo el tiempo.

—Él cree que usted lo empujó como represalia.

—Nunca he empujado a nadie. ¿Por qué iba a hacer algo así? —Su confusión parecía genuina.

—Dijo que usted fue grosero y le dijo que siguiera las normas o se largara.

—Me cansa que la gente crea que conoce la montaña mejor que la patrulla de esquí. ¿Pero empujar a alguien? Eso es una locura. Nunca me jugaría mi puesto de trabajo. —Entrelazó las manos. Le temblaban—. ¿Eso es lo que quería preguntarme?

—No, hay más. Tengo una pregunta sobre la mujer con la que estuvo la noche de la avalancha. En el cobertizo del equipo.

Su rostro palideció. Parecía más joven, más vulnerable.

—¿Qué quiere saber?

—Ella tiene hematomas en la cara. ¿Se los hizo usted?

—¿Qué hematomas? No vi ningún hematoma. —La espalda de Jordan chocó contra la pared y sus hombros se hundieron—. Oh, Dios. Solo fue un ligue. No sé quién es.

—Dígame lo que sepa.

—Nada. No sé nada. —Jordan se quedó mirando sus manos temblorosas —. Ni siquiera intercambiamos nombres. No sabía en qué habitación estaba ni si había venido con alguien. Pasa a veces con las huéspedes. Se quedan unos días, buscan pasarlo bien. Debo de proyectar la impresión de que me interesan esas cosas. Una cosa lleva a la otra. Nadie se ha quejado nunca. Nunca antes había sido un problema.

La reacción emocional de Jordan sorprendió a Victoria. No entendía por qué estaba tan a la defensiva, a menos que fuera culpable de haberle causado aquellos moratones a Lilly.

—¿Siempre lleva a sus ligues al cobertizo del equipo?

—No, normalmente a sus habitaciones, o a la mía, pero ella quiso ir al cobertizo. No sé por qué. Pero nadie puede entrar excepto el personal, así que pensé que era un lugar bastante privado. —A Jordan se le quebró la voz

—. Después de que... ya sabe... ella se fue primero. Dijo que tenía que volver.

—¿Dijo con quién estaba?

—No. Como ya he dicho, no hablamos mucho. Pero miró el móvil justo antes de que, ya sabe, empezáramos, y justo cuando terminamos.

—¿Volvió a verla después de esa noche?

El rostro de Jordan se desencajó.

—No. No hasta que... —Las palabras salieron atropelladas—. Le juro que yo no le hice daño. —Reprimió un sollozo—. No volví a verla hasta que encontré su cadáver en la nieve.

Victoria se quedó sin aliento. Su voz sonó apenas por encima de un susurro.

—¿Qué acaba de decir?

—Cuando volví a verla, ya estaba muerta.

Al principio Victoria no lo entendió, y entonces la horrorosa verdad la golpeó. Jordan no había estado con Lilly Childers. Había estado con la víctima.

CAPÍTULO 45

Victoria intentó disimular su sorpresa. —Jordan, necesito que sea muy claro conmigo. ¿Es la mujer con la que tuvo intimidad en el cobertizo de herramientas la misma persona que encontró muerta en la nieve?

Jordan volvió a parecer confundido. —Sí. Pensé que por eso me estaba preguntando por ella.

Victoria procesó la impactante información y recuperó la compostura. —¿Por qué no le dijo a nadie que la conocía?

—Al principio no estaba seguro de que fuera ella. La noche que estuvimos juntos, tenía el pelo rubio, no castaño. Pero reconocí su cara, o eso creía. Muerta y congelada de esa forma, se veía diferente. Estaba aterrorizado, no sabía qué pensar.

—Por eso vomitó en la escena —dijo Victoria, mientras las piezas empezaban a encajar.

—Me entró el pánico. Sabía el aspecto que tendría el asunto. Yo encontrando su cuerpo después de haber estado juntos. Tenía miedo.

—¿Tanto miedo como para robar pruebas? —La voz de Victoria se endureció—. Tomé muestras del cuerpo de la víctima y ahora han desaparecido.

Bajo la mirada inquebrantable de Victoria, los hombros de él volvieron a hundirse.

—He oído a Peter hablarle a Alex de las pruebas que ha recogido —admitió—. Me imaginé que mi ADN estaría allí. —Se tapó la boca con la mano, dándose cuenta, al parecer, de lo incriminatorias que eran sus acciones.

—Ha robado pruebas de una investigación federal. Eso es obstrucción a la justicia, manipulación de pruebas e interferencia en un caso de homicidio. Cualquiera de esos cargos puede enviarle a una prisión federal durante años. —Victoria apretó la mandíbula. En circunstancias normales, habría ordenado su arresto. Pero la situación distaba mucho de ser normal.

—Yo no lo hice. —Sus palabras resonaron en el pasillo vacío—. Solo no quería que me culparan de algo en lo que no tuve nada que ver. Es decir, si fuera a matar a alguien, ¿por qué iba a dejar el cuerpo en las pistas?

—Estaba fuera de la pista, en el bosque. Quizá pensó que quedaría enterrada por la nieve hasta la primavera.

—Pero fui yo quien la encontró.

—Hace que parezca menos culpable si es usted quien descubre el cadáver.

Él hizo una mueca. —Es exactamente por esto por lo que evité decírselo. Pasara lo que pasara, me echarían la culpa. Yo no le hice daño. Se lo juro.

—¿Dónde están las muestras que robó?

Jordan giró su mochila hacia delante.

—¡Mantenga las manos donde pueda verlas! —gritó Victoria.

Jordan soltó su bolsa y levantó las manos. —Eh, calma. Solo iba a sacarlo de la mochila. Tenía pensado devolverlo cuando las cosas se calmaran. Cuando usted hubiera descubierto qué pasó.

Victoria recuperó la bolsa. Sus iniciales aún estaban en el precinto. —Solo puedo hallar la verdad cuando tengo las pruebas adecuadas. Esto no tiene buen aspecto para usted, Jordan.

—Lo sé. —Se balanceó sobre los talones, retorciéndose las manos—. Pero tiene que creerme. No la maté. Tuvimos relaciones sexuales, sí, pero fue consentido. Ella lo inició todo. En el cobertizo... lo que hicimos allí. Yo simplemente me dejé llevar. Y cuando terminamos, estaba bien. Viva y hablando de que tenía que volver al pabellón principal.

Victoria lo estudió. —¿Hay algo más que quiera decirme?

—La mujer con la que estuve llevaba una pulsera de alerta médica. Esa es otra razón por la que no estaba seguro. La muerta no llevaba ninguna. Y la gente no se quita esas cosas.

De repente, el pasillo pareció más frío. Victoria se apoyó contra la pared, asimilando las implicaciones. Pelo rubio. Pulsera médica. Las discrepancias en la conversación que Michael Walsh había mencionado: Lilly Childers dijo que no esquiaba y luego dijo que sí.

Alguien había suplantado la identidad de la víctima.

Eso no exculpaba a Jordan por completo, pero significaba que había otra persona implicada.

Le contó a Jordan lo que sabía para calibrar su reacción. —Creo que la mujer con la que se acostó llevaba una peluca rubia. Ahora hay otra persona que lleva la misma peluca y la misma pulsera médica.

El rostro de Jordan se iluminó. —¿Quién?

—Esa es la cuestión. ¿Ha notado a alguien disfrazado de la mujer con la que se acostó?

—No. Pero he estado fuera trabajando casi todo el tiempo.

—Su ADN estará en la víctima, y necesitaré sus huellas dactilares para descartarlas.

—Estuve en el ejército. Mis huellas están en el sistema.

Victoria no estaba segura de creerle. —Preferiría no tener que esperar a acceder al sistema.

Jordan asintió. —Está bien. De acuerdo. Quiero cooperar. ¿Qué tengo que hacer?

—Después de que tome sus huellas, manténgase alejado de los demás huéspedes hasta que llegue la policía.

—Oh, créame, lo haré.

—Confío en que se quedará donde le he dicho, Jordan. No haga que me arrepienta de esta decisión. Y si me está mintiendo, lo descubriré.

En una investigación normal, se lo habría llevado para un interrogatorio formal, puede que incluso lo hubiera arrestado. Pero aquí, sin refuerzos, sin celdas y con todos atrapados juntos, mantener a Jordan dispuesto a cooperar era más valioso que intentar retenerlo. Además, si decía la verdad, había alguien mucho más peligroso paseándose libremente entre los huéspedes.

Las piezas se estaban reordenando; algunas encajaban con una claridad alarmante. Jordan se había acostado con la víctima el día que murió. Pero alguien más le había robado la identidad: su peluca rubia, su pulsera

médica. Habían vestido el cadáver con el jersey plateado y las pulseras negras para completar el cambiazo. Era un engaño elaborado. Pero ¿por qué?

A Victoria le quedaban quizá entre 36 y 48 horas antes de que se despejara la carretera de acceso. Después de eso, la impostora podría desvanecerse con su nombre falso y su disfraz, desapareciendo para siempre.

CAPÍTULO 46

Victoria escondió los hisopos del ADN en su habitación y luego recuperó la huella parcial que había tomado de la etiqueta de la botella de Dom Pérignon.

Con las tarjetas de huellas sobre el escritorio, la diferencia resultó evidente. Las huellas dactilares de Jordan eran grandes, acordes con sus manos anchas y su complexión alta. La huella parcial de la botella de champán era más pequeña.

Ya había dejado marchar a Jordan y ahora tenía que encontrar a la mujer que se hacía llamar Lilly Childers.

Desde el otro lado de su habitación, sonó su teléfono satelital y respondió, agradecida por el contacto.

—Agente Heslin, soy la SSA Coleman, de la oficina del FBI en Denver. Tenemos dos novedades sobre la situación de Steve Foster.

—Excelente. ¿Lo han localizado?

—No. Seguimos sin actividad en su teléfono ni en sus tarjetas de crédito. Según la compañía telefónica, su móvil sigue en Black Ridge. Su mujer no ha tenido noticias suyas y está preocupada.

—¿Han vuelto a hablar con ella?

—Elaine Foster se presentó en nuestra oficina hace una hora. Sigue aquí, exigiendo que iniciemos una investigación completa sobre la desaparición de su marido. Está convencida de que le ha pasado algo.

—¿Está allí ahora mismo?

—Sentada en mi despacho mientras hablamos.

Coleman acababa de descartar una de las teorías de Victoria. Elaine no podía estar en Black Ridge si se encontraba en la oficina del FBI.

—¿Verificaron que estuvo en Aspen antes del alud?

—Sí. Las imágenes de seguridad y los registros de las tarjetas de crédito confirman que estuvo allí durante todo el fin de semana. Su cronología encaja. Sobre el hecho de que él corra peligro... ha aportado un contexto inquietante que no conocíamos.

—¿Qué contexto inquietante?

—Steve Foster desarrolló un algoritmo para el análisis predictivo de mercados que vale cientos de millones para el comprador adecuado. Ahora que Foster también ha desaparecido, su mujer cree que alguien intenta robar el algoritmo. Nos ha traído documentación del equipo del proyecto. Correos electrónicos y proyecciones financieras para la futura venta.

—Espere. Dos mujeres de la empresa de Foster han desaparecido. ¿Trabajaban ellas en ese proyecto del algoritmo?

—Déjeme comprobarlo... sí, según la documentación de su esposa, las dos empleadas desaparecidas formaban parte del equipo de desarrollo. Si hay una conexión, esto podría ser espionaje industrial y robo. Profesionales que se especializan en volverse invisibles.

Victoria se quedó en silencio un momento, asimilando lo que aquello significaba. Explicaría por qué la mujer a la que intentaba identificar no existía en ninguna de las bases de datos del FBI. Sin registros, sin historial, completamente fuera del radar. Se enfrentaba a ladrones expertos en el engaño y en desaparecer. Salvo que el alud debió de cambiar sus planes. Ahora era imposible desaparecer de Black Ridge.

Coleman continuó: —En esa misma línea, hemos obtenido la orden para Jewell Security. Steve Foster les llamó a las 9:08 p. m. del sábado por la noche.

—Justo antes de llamar a su mujer para decirle que estaba en el coche y que se marchaba de Black Ridge —dijo Victoria, pensando en voz alta.

—Los contrató para que hicieran una comprobación de antecedentes inmediata de una mujer llamada Anna Winters.

—¿Anna Winters? ¿Sabe por qué?

—No les dijo el motivo.

—¿Qué averiguaron sobre ella?

—Nada. Y yo tampoco logro encontrar nada. No existe. Igual que Lilly Childers.

Victoria cerró los ojos para reflexionar. Parecía que Foster había contratado a investigadores porque sospechaba que su amante no era quien decía ser. Tenía razón. Lástima que descubrir la verdad probablemente le hubiera costado la vida.

Victoria terminó la llamada con la SSA Coleman sintiendo que el caso podría venirle grande. Dos identidades falsas. Posible espionaje corporativo y un algoritmo por el que valía la pena matar. El caso era más complicado que un simple asesinato. Había pasado a una categoría diferente de peligro.

Durante la siguiente hora, revisó todas las zonas accesibles y abiertas del refugio con Elspeth a su lado. Recorrieron los comedores donde los huéspedes se amontonaban alrededor de los últimos restos de la barbacoa, registraron la enfermería y el gimnasio en el gélido nivel inferior, y la habitación 340 por si la mujer había regresado allí. Victoria miró detrás de la barra, en la tienda de regalos y en cualquier otro lugar donde alguien pudiera esconderse o escabullirse sin ser visto. La sospechosa se había esfumado.

Dos días de investigación y Victoria aún no había identificado a la víctima ni al asesino, pero al menos ahora entendía por qué. No estaba tratando con gente corriente envuelta en un crimen pasional o un acto de violencia aleatorio. Esto no era la venganza de algún amante celoso. Se trataba de profesionales, entrenados para mimetizarse, desaparecer o convertirse en quien necesitaran ser. Las organizaciones criminales solían reclutar a gente así en las prisiones, de ahí los tatuajes.

Pero eso seguía sin explicar por qué uno de ellos había muerto o qué le había pasado a Foster.

Elspeth gimió suavemente a sus pies, apretándose contra la pierna de Victoria.

—Te oigo. —Le acarició el lomo a la perra, dejando que el calor sólido del animal la reconfortara—. Te sacaré fuera pronto.

Más tarde, cuando se subió la capucha, armándose de valor para aventurarse de nuevo en el frío, se preguntó si la mujer que se hacía llamar Anna Winters estaría escondida en algún lugar en el exterior. La brutal

tormenta hacía que aquello fuera poco probable. El viento soplaba con fuerza suficiente para derribar a alguien, y la temperatura había caído tanto bajo cero que la piel expuesta sufriría congelación en cuestión de minutos. Ni siquiera alguien entrenado para la supervivencia duraría mucho en esas condiciones sin un refugio adecuado. La breve salida de Victoria con Elspeth estaba rozando los límites de la seguridad. Nadie, por muy desesperado que estuviera, intentaría sobrevivir ahí fuera mucho tiempo.

Entonces, ¿dónde estaban Alex y Ned?

Victoria llevaba a Elspeth con la correa corta. Mientras la perra olfateaba la nieve, Victoria la seguía, con el rostro contraído por el frío.

Elspeth se tensó y soltó un gemido bajo, tirando hacia la hilera de árboles.

—No. Lo siento. No vamos a pasar de aquí.

La cola de Elspeth se agitó, y su cuerpo vibró de anticipación.

Victoria entornó los ojos a través de la nieve arremolinada. Una silueta oscura avanzaba fatigosamente hacia ellas con una cojera pronunciada.

Elspeth ladró y salió disparada hacia delante; su correa se escurrió entre los gruesos guantes de Victoria. Corrió directamente hacia la figura que se aproximaba.

—¡Elspeth! —Era Alex, con la voz ronca pero inconfundible.

Sin palabras, Victoria se apresuró por la nieve y rodeó a su hermano con los brazos. —¡Oh, has vuelto! Pero ¿dónde está Ned? ¿No estaba contigo? —Escudriñó los árboles tras él.

—Ya viene.

Apareció una segunda figura, con pasos lentos y pausados.

—Dios mío. Estaba tan preocupada. —Llegó hasta Ned y lo envolvió en un abrazo feroz. Por un momento, permanecieron bajo el viento aullador, con Victoria apretando los párpados para contener unas lágrimas inesperadas.

—Siento no haber podido contactar contigo —dijo Ned con voz áspera—. Es una larga historia.

—Quiero oír hasta el último detalle en cuanto entres.

En el refugio, los hombres se quitaron las máscaras y las gafas de ventisca cubiertas de hielo.

—No os quitéis los abrigos —advirtió Victoria—. Los generadores han fallado.

—¿Cuándo ha pasado eso? —preguntó Alex.

—Esta tarde. Las cosas han estado bastante tensas desde entonces.

Alex cojeaba, protegiendo su pierna derecha. Detrás de él, Ned se movía como si hubiera llevado su cuerpo más allá de su límite. Para un triatleta, un hombre que rara vez mostraba debilidad, eso era decir mucho.

Las preguntas llegaron desde todas las direcciones. —¿Ha habido más aludes?—. —¿Estamos en peligro?—. —¿Sabéis cuándo volverá la luz?—.

—¿Qué hay de la carretera? —preguntó Maura—. ¿La están despejando?

—¿Qué pasa con el internet? —preguntó Hawk.

Victoria observó cómo Alex forzaba los hombros para erguirse a pesar de su evidente dolor.

—¡Alex! —Peter se abrió paso entre la multitud. Se detuvo, echando una mirada a los huéspedes que los rodeaban.

Por un instante, Alex cruzó la mirada con Ned. Victoria no supo interpretar su significado, pero sintió un cosquilleo en la nuca.

—Todo el mundo, por favor —Peter levantó las manos—. Dejen que estos hombres se sienten y descansen. Les informaremos en cuanto tengamos noticias.

Victoria quería traerles algo de comer, pero las mesas del bufé estaban vacías. La gente había devorado cada trozo de pollo, ternera y cerdo. No quedaban ni las sobras en las bandejas de servicio.

A pesar de la petición de Peter, un hombre gritó:

—Tenemos derecho a saber qué está pasando.

—Y lo sabréis —dijo Alex con un tono que puso fin a la conversación—. Pero todavía no. Una información incompleta o incorrecta no ayudará a nadie.

Victoria observó con admiración cómo su hermano disipaba la tensión, incluso mientras se tambaleaba sobre sus pies.

—¿Qué ha pasado ahí fuera? —Estudió el rostro de Ned en busca de pistas—. Habéis estado fuera tanto tiempo... pensé... —No pudo pronunciar las palabras en voz alta.

La falta de energía de Ned era evidente en cada línea de su cuerpo.

—Necesito tumbarme.

Fuera lo que fuera lo que Ned y Alex habían encontrado en la tormenta, Victoria sospechaba que no traería consuelo, solo más preguntas y quizás la confirmación de que su situación era peor de lo que nadie imaginaba.

CAPÍTULO 47

Mientras guiaba a Ned por el pasillo en sombras de la quinta planta hacia su habitación, la mano de Victoria recorría la pared para orientarse. Tropezó con unos platos y un cubreplatos metálico, que salieron rodando ruidosamente por el suelo.

Ned la agarró antes de que se cayera.

La linterna de su móvil reveló bandejas de servicio de habitaciones abandonadas y platos rotos esparcidos por el pasillo.

Leyó el número de su habitación en la puerta y apagó la luz rápidamente. El icono de la batería mostraba una fina línea roja. —Aquí es —dijo mientras el pie de Ned hacía chocar más platos.

Dentro de la oscura habitación, Ned se dejó caer en el borde de la cama.

—Tienes que quitarte la ropa mojada. —Ella buscó a tientas en los cajones de la cómoda en la oscuridad. Solo por el tacto, sacó ropa interior térmica y calcetines secos y formó un montón sobre la cama. Añadió el albornoz grueso del complejo y una toalla grande.

Ned no se movía. A medida que sus ojos se adaptaban a la oscuridad, Victoria reconoció esa mirada perdida que había visto en compañeros tras operaciones horribles y en supervivientes tras rescates traumáticos. Se arrodilló en la alfombra y empezó a desatarle las botas.

—Puedo hacerlo yo —protestó él.

—Sé que puedes. —Ella continuó de todos modos. Cuando le quitó los calcetines, tenía los pies como cubitos de hielo. Tras cubrirlos con calcetines secos, le dio un masaje desde los dedos hasta los tobillos.— ¿Sientes entumecimiento?

Ned movió los dedos de los pies bajo su agarre. —Estoy bien. No dejamos de movernos y mi equipo aguantó. No estuvimos fuera todo el día. Alex nos llevó a una cabaña para protegernos del viento.

A pesar de sus garantías, cuando él se quitó la camiseta, ella volvió a encender la linterna para examinarlo. Un enorme hematoma morado se había formado a lo largo de su caja torácica.

—¿Qué ha pasado aquí? —Presionó ligeramente la zona amoratada.

—No es nada. Me caí. No hay daños graves. Nada roto. Solo el golpe. — Su voz era natural, restando importancia a la lesión.

Una vez que lo hubo abrigado con capas secas y él se hubo comido los aperitivos que les quedaban, se acurrucaron juntos bajo toda la ropa de cama. El frío se filtraba por las paredes, el suelo y las ventanas, adueñándose de cada rincón de la habitación.

—Hace un frío que pela, pero míralo de esta forma: si hubiéramos tenido esto cuando nos quedamos tirados en Groenlandia, habríamos pensado que habíamos muerto y llegado al cielo —murmuró Ned contra su pelo.

—Es muy cierto. ¿Te imaginas si hubiéramos tenido una cama y todas estas mantas? ¿El baño? —Bastaron unos segundos de recuerdos para sentirse mejor respecto a su situación actual; sin embargo, ella seguía sin poder relajarse, sin dejar de pensar en lo que Ned había vivido—. Por favor, cuéntame qué estabais haciendo ahí fuera.

—Necesito dormir, Victoria. Los dos lo necesitamos.

—No podré hasta que lo sepa.

Él suspiró. —No hay nada que podamos hacer ahora, y no quiero que digas lo contrario.

Victoria se incorporó un poco más. —¿Estás intentando protegerme?

—Solo no quiero que salgas corriendo a la tormenta. Hicimos todo lo que pudimos. Alex informará a Peter, y probablemente ya habrán llamado al sheriff.

El pavor que se había ido acumulando en el estómago de Victoria durante todo el día se cristalizó en una certeza. —¿Qué ha pasado?

Ned guardó silencio tanto tiempo que ella pensó que se habría quedado dormido. Entonces se giró para mirarla y, aun en la oscuridad, ella supo que venían malas noticias.

—Hubo otro desprendimiento en la carretera de acceso —dijo finalmente —. Más pequeño que el primero, pero lo suficiente para mover los restos del alud. —Se le quebró la voz—. Había un coche sepultado bajo toda esa nieve. Al menos uno.

Ella se llevó la mano a la boca mientras asimilaba todo el horror. Hubo gente que intentó escapar de la tormenta pero se vio atrapada por la avalancha.

Ned le apretó la otra mano bajo las mantas. —Intentamos acercarnos, pero no era seguro. Alex se cayó en una grieta cuando una sección cedió bajo él. Así es como se lastimó la pierna.

—¿Había alguna señal de vida? —preguntó Victoria, aunque ya conocía la respuesta.

—Han pasado tres días. Aunque alguien sobreviviera al impacto inicial, con estas temperaturas... —No necesitó terminar.

Victoria cerró los ojos, calculando las matemáticas de la supervivencia en climas gélidos. La hipotermia habría aparecido en cuestión de horas.

—No hay forma de llegar a ellos hasta que llegue el equipo adecuado. Y menos durante una ventisca —Ned giró la cabeza y tosió.

Cuando la tos remitió, Victoria apoyó la cabeza en su hombro, sintiendo el peso de cada preocupación por Alex y Ned, cada crisis y complicación de lo que había empezado como unas simples vacaciones y se había convertido en una pesadilla.

—Espera, esas barricadas que vimos... Pensaba que ya estaban puestas antes del desprendimiento.

—Lo estaban. Tu hermano y Jordan las colocaron a ambos lados de la zona de la avalancha. Alguien debió de estar lo bastante desesperado como para moverlas.

Victoria no sabía qué decir.

—Tu hermano ha estado increíble ahí fuera. Imaginaba que era bueno en su trabajo, pero verlo en acción ha sido revelador. Sabía dónde era seguro pisar y cuándo necesitábamos cuerdas. Se jugó la vida intentando llegar al vehículo que vimos. Tiene una resistencia increíble.

—Siempre ha sido así. Por eso era capitán de todos los deportes que practicó en el instituto y en la universidad.

—Después de lo de hoy, nos conocemos mucho mejor y le confiaría mi vida. Porque, literalmente, lo he hecho.

—Apuesto a que él siente lo mismo por ti. —Victoria sonrió. Al menos algo bueno había salido de su tiempo en Black Ridge.

—Alex quiere intentar una estrategia diferente mañana al amanecer —continuó Ned—. Pero esta noche no hay nada que nadie pueda hacer. Necesito que aceptes eso.

Sus instintos profesionales gritaban en contra de esperar y dejar a gente en sus coches, pero Ned tenía razón. No tenían forma segura de acceder a la inestable barricada de nieve. Intentar un rescate en estas condiciones, a oscuras, solo provocaría más víctimas. La agente racional que había en ella lo entendía, pero lo odiaba.

—Estaba tan aterrorizada por si te había pasado algo... —susurró ella.

—Ahora sabes lo que siento yo cuando estás en un caso y no puedes llamar. Él la atrajo más hacia sí—. La espera. No saber nada. Imaginar los peores escenarios. Pero confío en ti.

Ella hundió la cara en el hombro de él. —No es en ti en quien no confío. Es en todo y todos los demás.

—Vamos a estar bien. Hemos pasado por cosas peores.

Habían sobrevivido al accidente de avión que estuvo a punto de matarlos a ambos, a misiones peligrosas que habían puesto a prueba cada límite y su relación, y a casos que habían dejado cicatrices físicas y emocionales. Pero mientras Victoria yacía en la cama escuchando el viento azotar el tejado, se preguntó si su suerte aguantaría.

¿Habría más víctimas antes de que terminara esta pesadilla?

CAPÍTULO 48

Se quedaron tumbados en silencio durante varios minutos; Victoria escuchaba el latido constante del corazón de Ned. La crisis inmediata de ponerlo a salvo y que entrara en calor ya había pasado, pero su mente se negaba a calmarse.

—No dejo de pensar en la avalancha... en los coches —susurró ella.

La respuesta de él fue tan tenue que casi no la oyó. —Lo sé. Yo también.

Ella pensó que se estaba quedando dormido, pero entonces él se movió y la atrajo más hacia sí.

—Lo siento. Ni siquiera te he preguntado por *tu* día. ¿Lograste aclarar algo mientras yo no estaba?

—No exactamente. No. Es más complicado de lo que imaginaba. —Ella vaciló—. ¿Quieres que te lo cuente o intentas dormir?

—Cuéntame qué ha pasado.

—El mayor descubrimiento es que la mujer que discutió con Foster en el bar... está viva. No es la víctima.

Ned se puso de costado. —Entonces, *sí* que la vi ayer.

—Creo que se llama Lilly Childers, pero es un nombre falso. Lleva una peluca rubia y una pulsera médica que pertenecía a la víctima.

—Espera, ¿cómo sabes que la peluca y la pulsera eran de la víctima?

—Me lo ha dicho Jordan. Estuvo con ella la noche que murió.

—Espera, ¿qué? ¿Jordan conocía a la víctima?

—Mantuvieron relaciones sexuales en el cobertizo del equipo.

Ned se incorporó. El bombazo que ella acababa de soltar le había dado un segundo aire. —¿Se acostó con ella y luego encontró su cadáver? Eso... eso lo convierte en sospechoso, ¿no?

—Sí, pero no creo que sea el responsable de su muerte. Hay más. La oficina de Denver consiguió una orden judicial para Jewell Security and Investigations. Foster los contrató para investigar a alguien llamada Anna Winters. Estamos seguros de que no es su nombre real, pero creo que es la persona que vimos en el bar. Es una profesional que fue a por Steve para robar en su empresa. Ahora finge ser la mujer muerta.

—Entonces, ¿la mató ella?

—Aún no lo sé. Sea quien sea, es peligrosa. Foster estaba tras su pista y luego desapareció. Todo apunta a que él es quien está en apuros, si no está ya muerto.

—Estamos aislados con una asesina experta que podría estar en cualquier parte del refugio ahora mismo. Tienes que llevar cuidado.

Victoria asintió. —Los dos debemos llevarlo.

Ned volvió a tumbarse y Victoria se acurrucó contra él, deseando disipar el frío de su interior que nada tenía que ver con la temperatura. Había cerrado la puerta con llave y cadena, y había puesto su arma al alcance de la mano.

—Estaba preocupada por ti mientras no estabas.

—Yo también —murmuró él, quedándose dormido de nuevo.

El pasillo fuera de la habitación estaba en silencio. Los huéspedes se habían retirado a sus camas para mantenerse calientes hasta el amanecer o se habían quedado en el salón, cerca de la chimenea.

La respiración de Ned se fue haciendo más profunda a medida que el sueño lo vencía, pero Victoria permanecía totalmente despierta. En algún lugar de Black Ridge, Lilly Childers probablemente también estaba despierta, preguntándose cuánto habría descubierto Victoria y si sus secretos estaban a punto de salir a la luz.

CAPÍTULO 49

Victoria despertó de un sueño inquieto. Un frío glacial atravesaba cada capa de ropa y cada manta, un recordatorio instantáneo de su difícil situación. La habitación parecía un congelador industrial y Victoria podía ver su propio aliento en la pálida luz de la mañana.

Un estruendo lejano les llegó desde algún lugar del exterior. El equipo de salvamento en pistas ya se estaba jugando la vida para mantener a todos a salvo. El pensamiento la llenó de una mezcla compleja de orgullo por la dedicación de su hermano y preocupación por los peligros a los que se enfrentaba, teniendo en cuenta la cantidad de nieve que había caído.

Más allá de la ventana cubierta de escarcha, se extendían unos cielos despejados e infinitos. Había dejado de nevar y la tormenta finalmente se había alejado, ofreciéndoles el primer respiro real desde su llegada a Black Ridge.

Se dio la vuelta para observar a Ned mientras dormía, fijándose en cada detalle del rostro que había temido no volver a ver. Amaba todo de él: su fuerza constante y silenciosa, su valor y su disposición a ayudar, la forma en que nunca se quejaba incluso cuando se le exigía más allá de los límites normales. Solo con ser él mismo, le daba una estabilidad que nada más lograba darle.

Él arrugó la cara y luego se puso de lado, tosiendo. Ella esperaba que no estuviera enfermo.

Moviéndose con cuidado para evitar despertarlo, Victoria se quitó unas cuantas capas de ropa y extendió su esterilla de ejercicio en el suelo. Tres series de veinticinco flexiones. Quince minutos de ejercicios de tronco. Después, soportó un rápido pero brutal baño de esponja con agua helada del grifo, apretando los dientes contra la sacudida en su piel. Para cuando estaba comprobando la posición de su arma en la cadera, Ned ya estaba vestido y listo para marchar.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó ella.

—Hambriento. —Él se tapó la boca, giró la cabeza hacia un lado y tosió.

—Te perdiste una gran barbacoa anoche. Cocinaron toda la carne de los frigoríficos y congeladores antes de que se estropeara.

—¿Me he perdido una barbacoa? ¿Por qué me lo dices siquiera? Eso es cruel.

—Lo siento. Debería haberte preparado un plato. Veamos qué nos espera en el refugio.

Mientras bajaban las escaleras, ella esperaba que todo el mundo estuviera más cómodo ahora que habían tenido una comida copiosa, el sol había salido y la tormenta había pasado.

Al llegar al descansillo del primer piso, un sonido húmedo de arcadas resonó desde algún lugar más adelante. El ruido hizo que a Victoria se le revolviera el estómago. Alguien estaba teniendo una mañana terrible.

A Ned se le cayó la mandíbula al entrar en el vestíbulo. La luz entraba a raudales por los altos ventanales, revelando lo que parecía un centro de ayuda en catástrofes para enfermos. Los huéspedes se agrupaban cerca de la chimenea, algunos acurrucados en posición fetal con las sábanas blancas y los edredones del complejo echados por encima de la cabeza.

El olor acre del vómito flotaba en el aire. Una mujer pasó tambaleante a su lado hacia los aseos, con una mano presionada contra la boca y la otra sujetándose el estómago. Un hombre estaba sentado, encogido en una silla, con náuseas secas frente a un cubo mientras su mujer le frotaba la espalda con expresión de impotencia.

No había ni rastro de Thomas ni de Rosalie. El mostrador de atención al cliente estaba vacío por primera vez desde que Victoria tenía memoria.

Peter entró en el vestíbulo con el ceño fruncido y una mano apoyada en la zona lumbar.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó Ned.

—Intoxicación alimentaria. Casi todos los que comieron en la barbacoa de anoche están enfermos —Peter se dio la vuelta—. Obviamente, algo salió mal.

La mente de Victoria regresó a la barbacoa: los problemas eléctricos que afectaron a la refrigeración, la preparación apresurada, todos los huéspedes y el personal devorando la carne.

—¿Pero usted está bien? —preguntó Victoria.

—Estaba demasiado ocupado y estresado para comer. Pero todo mi equipo de cocina está enfermo. Todo el servicio de limpieza. Parte del equipo de salvamento. ¿Vosotros dos estáis bien?

—La comida se había acabado cuando Alex y yo regresamos anoche —dijo Ned—. Victoria es vegetariana.

—Habéis tenido suerte. —Peter dejó escapar un suspiro de derrota. Intentó desplazarse hacia el centro de la sala y la chimenea, pero no podía pasar sin pisar a la gente—. ¡Escuchad todos! —gritó desde la recepción—. Tengo novedades sobre nuestra situación.

La mayoría de los huéspedes parecían demasiado débiles y enfermos como para que les importara.

—En primer lugar, estamos haciendo todo lo posible por los que están enfermos. Tenemos botellas de agua y de Gatorade disponibles. —Peter señaló las bebidas metidas en neveras llenas de nieve.

—La nieve por fin ha parado y los equipos reanudarán hoy la limpieza de la carretera de acceso. La estimación actual sigue siendo de cuarenta y ocho horas hasta que podamos salir.

Gruñidos de enfado se mezclaron con gemidos.

—Sé que a muchos de vosotros os gustaría tomar el aire, pero las condiciones en el exterior siguen siendo extremadamente peligrosas. Nuestro reducido equipo de salvamento está realizando operaciones de control de avalanchas. Algunos de ellos están tan enfermos como vosotros. Por favor, quedaos dentro por vuestra seguridad y la suya. Hemos despejado un camino para caminar alrededor del aparcamiento. No os aventuréis más allá de los límites marcados. Las zonas de aludes se extienden más cerca de lo que creéis. Cualquiera que ignore estas restricciones se pone en peligro a sí mismo y a nuestro equipo de patrulla.

Hizo una pausa, dejando que aquello calara.

—Si alguien tiene una verdadera emergencia médica más allá de la intoxicación alimentaria, la evacuación en helicóptero ya es posible.

Apareció Tyler, con la piel pálida y aspecto de enfermo, cargando una caja. La desempaquetó en el mostrador de atención al cliente y sacó barritas de cereales. Los huéspedes lo rodearon, aunque con mucha menos energía que antes.

Victoria escaneó a la multitud, buscando a la mujer que se hacía llamar Lilly Childers. No estaba entre los huéspedes enfermos amontonados cerca de la chimenea. ¿Dónde se escondería en un complejo donde el único calor que quedaba estaba en el vestíbulo?

—Tengo que comprobar una cosa —le dijo Victoria a Ned—. Ahora vuelvo.

—Ten cuidado —le gritó él mientras se alejaba.

CAPÍTULO 50

Victoria volvió a comprobar la habitación 340, llamando primero a la puerta y entrando después. Estaba vacía, tal como esperaba.

Se subió la cremallera del abrigo hasta la barbilla, se puso la capucha y salió al gélido aire de la mañana. A través de los claros entre las nubes, la luz del sol se reflejaba en el interminable paisaje blanco. La caseta del remonte más cercana parecía tener la mitad de su tamaño original, con la parte inferior, ventanas incluidas, enterrada bajo la nieve virgen. Las sillas inferiores colgaban inmóviles de los cables, cada una de ellas cubierta por grandes montículos de nieve.

Siguiendo las señales del mapa del complejo, avanzó por un sendero recién despejado y luego se desvió hacia el edificio del spa. La estructura parecía oscura y abandonada. Un cartel en la puerta decía: *Cerrado por falta de personal. Lamentamos las molestias.*

Victoria probó el pomo y vio que estaba echada la llave. Pero sabiendo lo que ahora sospechaba sobre las habilidades de la falsa Lilly, una puerta cerrada no supondría un obstáculo. Los arañazos alrededor del ojo de la cerradura confirmaron su teoría.

La falsa Lilly no era la única que sabía forzar cerraduras. Victoria abrió la puerta en cuestión de segundos.

Empujó la puerta para abrirla, atenta a cualquier sonido que viniera del interior. Se adentró con sigilo.

En la segunda estancia, invisible desde el exterior, unas débiles llamas se alzaban dentro de una pequeña chimenea de gas, más decorativa que funcional. En el sillón frente al fuego estaba su objetivo. No parecía afectada por la enfermedad que estaba asolando a casi todos los demás.

Victoria se acercó a ella, analizando la estudiada inmovilidad de la mujer, la tensión en sus hombros y la fuerza con la que aferraba su bolso.

—No se mueva —dijo Victoria, con la mano en el arma que llevaba a la cadera—. FBI.

La expresión de la mujer no mostró sorpresa alguna al sostenerle la mirada a Victoria.

—Tiene que responder a unas preguntas.

—¿Sobre qué?

—Sobre Steve Foster, Anna Winters y Lilly Childers; la mujer a la que ha robado la identidad.

—Yo soy Lilly Childers. ¿Quiere ver mi identificación?

—Es falsa. Igual que Anna Winters era falsa.

La expresión de la mujer no cambió, pero miró por encima del hombro de Victoria.

Victoria siguió su mirada por un instante, pero no había nadie más en la oscuridad del spa. Estaban solas.

—Steve Foster contrató a unos investigadores para que buscaran a Anna Winters. Esa es usted, ¿verdad?

No hubo respuesta, solo una mirada vacía.

—¿Dónde está Foster ahora? —preguntó Victoria.

—Le juro que no sé dónde está ni qué le ha pasado.

Victoria no estaba segura de si creerla. —Si está en peligro, puedo protegerla. Pero necesito saber qué está pasando.

—No lo entiende —su voz temblaba—. Me matarán si creen que he hablado con usted.

—¿Quiénes?

—La gente que... que me obligó a hacer cosas. Cosas terribles —se llevó la mano a la mejilla amoratada—. Dijeron que, si no cooperaba, harían daño a mi familia.

—¿Qué la obligaron a hacer?

Ella apartó la mirada. —No puedo decírselo. Ni siquiera debería estar hablando con usted. Tienen gente en todas partes. Incluso aquí.

Cuando la mano de la mujer se movió de forma protectora sobre la pulsera médica, Victoria vislumbró algo debajo. Una marca pequeña y tosca en la parte interna de la muñeca.

—Enséñeme la muñeca —ordenó Victoria—. Suba esa pulsera. Ahora.

La mujer se deslizó la pulsera médica brazo arriba, revelando el mismo tatuaje rudimentario de una estrella que Victoria había visto en la muñeca de la víctima. El mismo lugar, las mismas líneas desiguales y la misma calidad amateur.

—La mujer que murió aquí tenía el mismo tatuaje. ¿Estuvieron juntas en prisión?

La sospechosa soltó una carcajada altiva. —Nunca he estado en prisión.

—Esa es tinta de la trena. He visto suficiente como para reconocerla. Usted y la víctima trabajaban juntas, ¿no es así? El mismo empleador. Y su objetivo era Steve Foster y su algoritmo. Pero algo salió mal. O quizá siempre estuvo planeado que una de vosotras eliminara a la otra una vez terminado el trabajo.

—Nada de eso es cierto —susurró la mujer, pero su voz carecía de convicción. Miró una vez más por encima de Victoria y luego buscó sus ojos con desesperación—. Venga a mi habitación dentro de diez minutos. Por favor. Habitación 340. Tengo que enseñarle algo.

—Está bien —dijo Victoria, aunque no tenía la menor intención de perder de vista a la mujer.

Fuera cual fuese el juego al que estaba jugando, fuera lo que fuese lo que ocultaba tras aquel rostro magullado, Victoria necesitaba descubrir la verdad.

Seguirla a su habitación del hotel podía significar caer en una trampa.

Pero tal vez fuera la única forma de obtener respuestas.

CAPÍTULO 51

Diez minutos. Ese es el tiempo que tengo para decidir mi próximo movimiento.

Victoria Heslin no conoce la historia completa, pero sabe más de lo que yo creía. Mucho más. ¿Cómo se ha enterado de que Steve Foster me estaba investigando cuando ni siquiera yo lo sabía?

Es mejor de lo que pensaba. No estoy segura de cuánto tiempo más podré seguir fingiendo que soy la víctima. ¿Se lo estará creyendo?

Al salir de mi pequeño santuario del spa con ella justo detrás de mí, no puedo creer que se haya llegado a esto. Lo de hace dos días parece haber ocurrido hace una vida entera. Todo se ha desmoronado muy rápido. No dejo de reproducir los acontecimientos para intentar comprender cómo implosionó todo, el momento exacto en que mi sencillo encargo se convirtió en una sentencia de muerte. Tenía lo que necesitaba, pero estaba alargando el trabajo. Disfrutando por una vez... hasta que dejé de hacerlo.

Después de que Steve viera esas fotos y saliera furioso del bar, fui a los vestuarios a buscarlo, con la esperanza de que no se hubiera ido, de que estuviera allí recogiendo sus esquís. Quería darle una explicación. Necesitaba una explicación que no lo expusiera todo, una versión de la verdad mezclada con mentiras bien calculadas. Y lo que era más urgente:

tenía que recuperar mi bolso. Fue entonces cuando una figura salió de entre las sombras y me golpeó en la cabeza. En ese instante, pensé que mi vida se había acabado. Pero no fue eso lo que ocurrió.

Recupero el sentido tendida en el suelo con un pitido en los oídos, como si tuviera una alarma sonando junto a la cabeza, sorprendida de seguir viva. El lado izquierdo de la cara me late de dolor.

A medida que se me aclara la vista, miro con furia a la mujer que acaba de asaltarme. Incluso con su excelente disfraz —una peluca rubia que le sienta bien a su tono de piel—, reconozco a mi colega. Lilly. Debería haberlo adivinado. Eso explica las fotos que recibió Steve. Su estilo consiste en jugar con la gente, torturarlos solo un poco por el mero placer de verlos retorcerse. Disfruta infligiendo dolor.

Lilly me devuelve la mirada. —Eso ha sido personal. Odio el frío y detesto la nieve. Y aun así, aquí estoy en medio de una tormenta épica porque no has sido capaz de terminar el trabajo.

Me incorporo del suelo. La habitación da vueltas. Lilly pasa de ser una a ser dos y viceversa mientras las náuseas se instalan en mi estómago. Todavía desequilibrada, me apoyo en la pared. —Lo tenía todo bajo control.

—Greytech no opina lo mismo. La empresa de Foster se estaba preparando para vender esos algoritmos. Has tenido tiempo más que de sobra para conseguirlos. ¿Sabes qué creo yo?

En lugar de responder, me toco la piel dolorida bajo el ojo. Me va a salir un moratón enorme, pero no hay sangre.

—Creo que tenías otros planes, Anna —su voz se vuelve empalagosamente dulce y sugerente.

—Este viaje es la primera vez que estamos juntos y él trae su ordenador. Tengo la información. Está en una memoria USB en mi bolso. La tengo —repito, esperando que me crea.

La sangre me bombea en las sienes mientras intento averiguar cómo recuperar la memoria USB. ¿Cuánto tiempo ha pasado? ¿Habrá recogido ya Steve sus esquís para irse de Black Ridge?

—No tenías derecho a interferir —digo, necesitando ocuparme primero de la amenaza que tengo delante.

—No ha sido elección mía. Me enviaron para evaluar la situación y, tras veros a ti y al objetivo juntos, está claro lo que está pasando. No estabas actuando, Anna. Te has ablandado. A partir de hoy, yo soy la encargada principal de esta operación.

—¿Se supone que tú vas a terminar el trabajo? —pregunto, aunque sé que eso es exactamente lo que quiere decir.

—Ese es el plan —Lilly se mueve para bloquearme el paso a la puerta—. Aunque ahora está el problema añadido de qué hacer contigo.

—Yo soy la que tiene la información —repito.

Lilly se ríe. —Y por eso sigues viva. Por ahora. Pero has sido reclamada.

Reclamada. Todo el mundo en Greytech conoce ese término. Reclamada significa eliminada.

—Tengo que informar de que estabas comprometida emocionalmente, pero intentaré minimizar esa parte. Para ahorrarte vergüenza.

—Qué generosa —digo con la mandíbula apretada, aunque lo que de verdad quiero es gritar.

—Es más de lo que te mereces. Lo de Foster era un trabajo sencillo. Acercarse, obtener los datos y salir. En cambio, os dedicáis a hacer planes como una parejita feliz —suelta una carcajada—. ¿De verdad pensabas que tenías futuro con él? Tiene mujer, Anna. ¿Por qué iba a querer nada más que un lío contigo?

La verdad me escuece porque lo que sentía por Steve no era fingido. Creo... o creía... que era real. Pero me he estado mintiendo a mí misma, fingiendo que podría tener una vida normal con más vacaciones de esquí y mucho más en nuestro futuro.

—¿Y qué hay de Steve? —pregunto, aunque ya sé la respuesta. Él no era el primer objetivo de Greytech. Ya habían hecho «desaparecer» a dos empleadas de su empresa antes de darse cuenta de que Steve era el único que poseía todos los datos.

Lilly se encoge de hombros. —Daños colaterales, y eso está por encima de nuestro nivel. Otro activo está esperando para interceptarlo en cuanto se ponga en camino. Puede que intente culparlo de tu muerte. Aún no lo he decidido.

Aunque mi vida está igual de sentenciada, me duele el corazón por Steve. Es en parte culpa mía que un desafortunado «accidente» vaya a provocar su muerte. Y ahora, Lilly podría hacerlo parecer un asesino. Yo he comprendido los riesgos desde el principio, pero él no sabía que estábamos jugando a un juego mortal.

—Vámonos, Anna —Lilly me empuja—. Disfruta de tus últimos minutos en la tierra. Lo siento, no hay última llamada. Ya sabes cómo funciona esto.

Pero te prometo que lo haré rápido e indoloro. Incluso puedes elegir cómo quieres que lo haga. Tiene que ser silencioso. Por lo demás, a tu gusto.

—Entiendo —trago saliva por el nudo que se me ha formado en la garganta. Comprendo que Lilly tiene que cumplir órdenes. No tiene elección. Así es como funciona nuestra empresa. Y si Lilly no me mata, lo hará otro. Quizá hoy, antes de que me vaya del complejo. O mañana, al entrar en mi apartamento. Siempre estaré mirando por encima del hombro hasta el día en que muera. La única garantía será que ese día llegará mucho antes de lo esperado.

—En marcha —dice Lilly—. Vamos a coger esa memoria USB ahora mismo. Quiero largarme de aquí antes de que llegue la próxima tormenta.

Empiezo a asimilar que voy a morir hoy. Esto es el final de verdad. Mis últimas veces de todo. Últimos pensamientos, últimos suspiros, último paseo por la nieve. Por mi cabeza pasan muchísimas cosas que nunca llegaré a hacer. Cosas aleatorias. Visitar Tailandia. Establecerme en una casita para reformar. Adoptar un gato. No es justo. Me han controlado y vigilado durante años. Por fin pruebo un poco de felicidad y me lo arrebatan todo. El alcance de Greytech es global. No hay ningún sitio donde huir.

Pero mientras caminamos hacia la puerta, la rebeldía estalla en mi interior. He pasado años siguiendo órdenes, haciendo exactamente lo que me decían. ¿Y para qué? ¿Para que puedan descartarme en el momento en que muestro un ápice de humanidad?

No. Hoy no.

La atención de Lilly está puesta en la puerta que tenemos delante.

Mi mano busca la rascadora de acero que hay en el banco de trabajo. No decido usarla de forma consciente. Mi cuerpo funciona por puro instinto de supervivencia. No puedo huir. Tengo que luchar. Es ahora o nunca.

Lanzo la herramienta de metal.

Lilly es rápida. Salta hacia atrás antes de que la herramienta haga contacto y se echa mano al tobillo, a la navaja que probablemente lleva sujeta allí.

No tengo ni un instante que perder. De un salto, le lanzo una patada potente al pecho.

Cae, rodando hacia atrás sobre el banco. Su cabeza golpea la esquina saliente de un portaesquís.

Con los ojos muy abiertos por la sorpresa, cae a cámara lenta. Se le escapa un cuchillo de las manos que tintinea contra el suelo duro.

Espero, con la adrenalina acelerándome el corazón como si quisiera salirse de mi caja torácica.

Se queda inmóvil.

—¿Lilly? Lilly, levántate —mi voz suena extraña y desquiciada en mis propios oídos.

No hay movimiento.

Recojo el cuchillo de Lilly y retrocedo unos pasos, esperando un truco. El sudor me resbala por la frente. Me tiemblan las manos. Al ver que sigue sin vida, caigo de rodillas y presiono con dedos temblorosos su cuello. Nada. Sin pulso. Tampoco hay sangre. Ni un corte donde se golpeó la cabeza. Lilly parece estar bien. Pero no lo está. La mirada vacía, el ángulo antinatural de su cuello. Está muerta. Debe de haber tenido un traumatismo craneal cerrado.

Durante un largo instante, no puedo respirar. Cuando Greytech se entere de que he matado a uno de sus activos, mi muerte no será rápida ni indolora.

Mi mirada recorre el vestuario, evaluando mis opciones. Puedo esconder el cadáver fuera, en la nieve. Eso me dará un día o dos. Pero no mucho más. Ahora soy un objetivo. En cada frontera, cada aeropuerto, cada estación de tren, Greytech buscará mi rostro.

A menos que... a menos que no me busquen a mí.

CAPÍTULO 52

Hace dos días

Una idea centellea, al principio es solo un pensamiento loco... o quizá no. En unos pocos latidos, se convierte en un plan desesperado. ¿Y si puedo hacer que Greytech crea que Lilly no es el activo que ha muerto en este vestuario? ¿Y si piensan que todo ha ido según su plan y que soy yo la que ha sido eliminada?

Lilly y yo tenemos la misma talla. Ninguna de las dos tiene información en ningún sistema de identificación. El mismo tatuaje. La peluca es fácil de pasar de su cabeza a la mía.

Me haré pasar por ella. Informaré a Greytech de la desaparición de «Anna». Eso me dará tiempo para avisar a Steve, para alejarnos los dos del alcance de Greytech. Excepto que... no, no puedo confiarle un secreto como este. No puedo decirle quién soy, a qué me dedico ni para quién trabajo. ¿O sí? ¿Cómo voy a saber cuánto puedo confiar en él?

Lo primero es lo primero. Tengo que actuar rápido antes de que alguien me encuentre aquí. El instinto de supervivencia es el motivo más fuerte, y me lanzo a la acción, necesitando que mi plan funcione. Registro sus

bolsillos y encuentro un segundo cuchillo táctico, más pequeño que el que utilizó para intentar matarme.

Lo siguiente, su teléfono. Está bloqueado y necesito acceder a él. Greytech esperará noticias de ella y no puedo permitirme el lujo de guardar silencio.

Arrodillándome junto a su cuerpo, presiono su pulgar contra el botón de inicio del teléfono. La pantalla se desbloquea y desactivo la función de bloqueo automático. Desactivo el Face ID y la seguridad por huella dactilar. Configuro un código de acceso sencillo de cuatro dígitos.

Reviso sus mensajes. Solo hay uno, de «Abuela Gigi».

—Espero que te estés divirtiendo en tu viaje, cariño. Recuerda limpiar lo que ensucies mientras visitas a Anna. No dejes rastro. Si las cosas no fluyen con naturalidad, tal vez lo mejor para vuestra relación sea desaparecer. Con cariño, Gigi, besos y abrazos.—

Esto no es de la abuela de Lilly. Es Greytech diciéndole que se asegure de que no quede un cuerpo que encontrar. Que haga que mi muerte parezca un accidente o que me haga desaparecer por completo.

Lilly no respondió. Probablemente planeaba contestar después de matarme.

Compruebo dos veces mi nueva contraseña en su teléfono y sigo buscando.

Hay una tarjeta-llave con el logotipo del complejo en el bolsillo trasero del pantalón de Lilly, todavía en una funda de papel con el número 340 escrito en la parte inferior.

Su bolsillo delantero contiene dos llaves de metal unidas a una etiqueta del complejo Black Ridge con el rótulo *Moto de nieve nº 5.* ¿Un paseo casual? ¿O algo más siniestro? ¿Se suponía que mi «accidente» iba a consistir en un choque de moto de nieve? ¿Lanzar mi cuerpo por un precipicio para que pareciera que había robado la máquina y perdido el control?

Termino de revisar su chaqueta, sus pantalones e incluso sus botas. Pero no hay llaves de coche. ¿Vino conduciendo hasta aquí? Tenía que haberlo hecho. ¿Dónde están esas llaves?

Llamar a un Uber no es lo ideal, incluso si alguno puede venir a por mí en medio de esta tormenta. Quizá pueda encontrar esa moto de nieve y conducirla hasta el siguiente pueblo si Lilly no tiene coche. Estoy pensando

en lo mucho que necesito un vehículo mientras desabrocho la pulsera médica de Lilly y la sustituyo por mi propia joya negra.

Le quito la chaqueta, el jersey y los pantalones, dejándola en ropa interior y calcetines. La piel de Lilly todavía está caliente y flexible, lo que facilita la tarea, pero también la hace más inquietante. Casi espero que se despierte, me rodee el cuello con las manos y empiece a apretar. Es necesario volver a tomarle el pulso para convencerme de que se ha ido de verdad.

Tan rápido como puedo, me quito la chaqueta, el jersey y los vaqueros, y me pongo la ropa de Lilly. Los pantalones de estilo cargo y el jersey me valen. Las botas de Lilly me quedan media talla grandes, pero eso es mejor que si fueran pequeñas. La parka roja forrada de piel es bonita, pero no es la opción ideal para este clima. Lilly no es esquiadora como yo, o lo sabría.

Ahora viene la difícil tarea de vestirla con mi propia ropa. Forcejeo con las piernas de Lilly para meterlas en mis vaqueros, luego le pongo la chaqueta, pasando sus brazos por las mangas. Meto sus pies a la fuerza en mis botas de ante. La gente se fija en las huellas, no en los pies. Nadie se dará cuenta de que sus botas no son de la talla adecuada.

El último paso es su peluca. Al retirar el postizo de su cabeza, queda a la vista un cabello castaño oscuro recogido en un moño apretado. Quizá un poco más oscuro que mi color de pelo actual, pero lo bastante parecido. Utilizo su goma de pelo y sus horquillas para sujetar mi cabello y luego coloco la peluca encima.

Ojalá pudiera transferir mi identificación falsa y las tarjetas de crédito correspondientes a los bolsillos de Lilly para que quien la encuentre vea el nombre de Anna Winters, pero no puedo. Todas mis identificaciones están en mi bolso desaparecido.

Cuando por fin doy un paso atrás, el parecido es tan asombroso que me marea. Por un momento de desorientación, me pregunto si realmente morí en esa pelea y si esto es una especie de vida después de la muerte retorcida en la que me veo obligada a presenciar mi propio cadáver.

No, no estoy muerta; me tiemblan las manos. Pero casi lo estuve. Si no me hubiera defendido, si no hubiera tenido suerte con esa patada, sería yo la que estaría muerta en esta habitación fría mientras Lilly se marchaba e informaba a Greytech. El margen entre la vida y la muerte se redujo a un solo instante de desesperación. Estoy demasiado alterada por el miedo y la adrenalina como para sentir gratitud. Eso puede que llegue más tarde, dependiendo de cómo resulte todo esto.

Concéntrate. Muévete. Sal de aquí.

El vestuario sigue vacío. Todo el mundo está dentro resguardándose del frío y bebiendo, aprovechando al máximo su tiempo en el complejo, tal como yo había estado haciendo hasta que Lilly lo arruinó todo.

Tengo que cubrir el cuerpo. No quiero que nadie descubra el cadáver hasta la mañana, mucho después de que me haya ido.

Detrás de una pila de esquís de alquiler, encuentro varias de esas mantas plateadas metálicas diseñadas para retener el calor corporal. Irónico, pero servirá para ocultarla.

Arrastro el cuerpo hasta la esquina y luego extiendo las mantas reflectantes sobre él.

Me apresuro hacia el edificio principal cuando un estruendo ominoso llena el aire y sacude el suelo. ¿Qué narices ha sido eso? No me detengo a averiguarlo. No dura mucho.

Dentro, las escaleras ofrecen más privacidad que los ascensores. Me muevo con la cabeza baja, tocando de nuevo con los dedos la zona sensible de mi mejilla porque no puedo dejar de evaluar lo grave que es. ¿Cómo lo explicaré? Entonces me doy cuenta de que no tendré que hacerlo. Tan pronto como consiga transporte, estaré fuera de aquí.

CAPÍTULO 53

Hace dos días

El pulso se me acelera mientras me acerco a la habitación 340. La habitación de Lilly. Acerco la tarjeta al sensor, conteniendo la respiración. Pienso en todo lo que tengo que hacer para que esto salga bien.

Cuando la luz parpadea en verde, me deslizo dentro y cierro la puerta rápidamente tras de mí. Apenas parece ocupada. Trajo una sola maleta de mano y una bolsa de lona gris.

Es hora de localizar las llaves de su coche y salir de aquí.

Tras abrir su maleta, revuelvo sus pertenencias. A juzgar por la ropa que trajo, no planeaba quedarse mucho tiempo después de asesinarme. En un compartimento oculto, encuentro exactamente lo que esperaba: pasaportes falsos, teléfonos imposibles de rastrear, dinero en efectivo, munición y una pistola compacta.

Al igual que yo, Lilly tiene varias identidades. Sus pasaportes son estadounidenses, británicos, polacos y checos. Los hojeo y estudio las fotos. Tiene los ojos marrones y los míos son azules. Pero eso tiene fácil solución con mi alijo de lentillas de colores.

Detrás del pasaporte checo hay una foto de Lilly de antes. Es más joven, pero sus dientes son los de antes de las carillas y su pelo parece teñido en casa. Me sorprende que haya conservado su vieja tarjeta de identificación de la prisión. La mía desapareció hace mucho.

Nos conocimos en el correccional de Danbury. Yo había cometido el error de dejar que me atraparan por vender los datos de mi empleador. La industria farmacéutica quería hacer de mí un ejemplo. Lilly ocupaba una celda en el mismo bloque. Había oído que había malversado fondos de la fundación de un millonario tecnológico. Solo llevaba unas semanas de una condena de siete años cuando se marchó. No entendí por qué hasta que me pasó lo mismo unos meses después. El reclutador de Greytech se presentó en mi celda ofreciéndome la libertad a cambio de un servicio sin fecha de finalización. La organización necesita mujeres atractivas e inteligentes. Mujeres desesperadas. Yo no quería pasar los mejores años de mi vida en la cárcel.

Más tarde tendré que elegir en qué versión de Lilly me convierto. Por ahora, Greytech tiene que pensar que Lilly Childers hizo lo que le ordenaron y luego se marchó de aquí. Tengo que llevarme todas sus cosas en cuanto encuentre las llaves del coche. ¿Dónde están?

Finalmente, en el bolsillo con cremallera de su gran bolsa de lona, encuentro el mando de un coche de alquiler. Lleva sujeta una pequeña etiqueta de plástico con la información del alquiler: Hyundai negro, matrícula XRJ-1831.

Perfecto.

Me miro en el espejo del baño y no reconozco el reflejo. La peluca rubia lo cambia todo. Mi rostro parece más duro, más anguloso. Excepto por el color de ojos, me parezco a Lilly.

Un sonido en el pasillo me deja helada. Voces. Se acercan. Cierro la maleta y cojo las dos bolsas.

Sintiéndome como una criminal, lo cual es apropiado, espero detrás de la puerta hasta que las voces pasan, luego salgo de la habitación y me dirijo a la planta baja.

El vestíbulo está lleno de huéspedes que se calientan junto al fuego, con bebidas en la mano. De nuevo, mantengo la cabeza baja y camino a pasos largos hacia la salida, arrastrando la maleta tras de mí.

Fuera, con el abrigo de Lilly puesto, el viento me atraviesa como el hielo. La nieve azota el aparcamiento mientras busco de nuevo entre los coches

cubiertos de nieve, esta vez el Hyundai negro.

Hay un hueco vacío junto al mural del conejo. El lugar donde solía estar el todoterreno de Steve. Se ha ido. Tiene mi bolso y se ha marchado.

El corazón me late con una urgencia desesperada mientras me apresuro hacia el cartel del oso que marca el tercer piso. Pulso el mando a distancia una y otra vez, necesitando dejar atrás este lugar antes de que alguien encuentre su cuerpo. Antes de que Greytech se dé cuenta de que nadie tiene el algoritmo y envíe refuerzos.

Por fin, oigo un pitido y localizo el coche de alquiler de Lilly enterrado bajo una gruesa capa de nieve.

Limpio el lado del conductor del parabrisas y la ventanilla con movimientos frenéticos y torpes que me empapan los guantes. Tras tirar mi maleta en la parte trasera, me subo al asiento del conductor, con todo el cuerpo temblando.

Vamos, vamos, arranca.

El motor arranca. Salgo marcha atrás de la plaza de aparcamiento y conduzco por el parking, con las manos apretando el volante con tanta fuerza que me crujen los nudillos.

Cuando mis pensamientos se dirigen a Steve, me obligo a no preguntarme qué ha sido de él. Tengo que seguir adelante. No puedo permitirme el lujo de preocuparme por nadie más.

Una mirada por el espejo retrovisor me hace mirar dos veces. Dos motos de nieve corren en la misma dirección que yo. Eso es extraño.

Al girar la curva hacia la carretera principal, veo una barricada que no esperaba. Piso el freno a fondo.

Más allá de la barricada, la carretera ha desaparecido. Un enorme muro de nieve y rocas yace donde debería estar la autopista asfaltada. No hay forma de cruzarlo.

Nadie va a salir de Black Ridge. No esta noche. Quizá en unos días.

Me quedo sentada en el coche al ralentí, mirando la obstrucción. El ácido me revuelve el estómago mientras me agarro al volante. Se supone que estoy muerta, pero no puedo escapar. Soy una rehén en Black Ridge con el cadáver de Lilly.

CAPÍTULO 54

Hace dos días

Es hora del Plan B. Necesito que Greytech crea que Anna Winters ha muerto, pero no puedo permitir que nadie encuentre su cuerpo mientras yo siga aquí. Hay demasiado riesgo de quedar expuesta. El cadáver tiene que desaparecer.

No me dejan de temblar las manos. Todo se está descontrolando. La avalancha, estar atrapada aquí, el cadáver de Lilly esperando a ser descubierto. Respira. Piensa. ¡Date prisa!

La nota de Greytech me viene a la memoria. Haz que parezca un accidente. Aún tengo la llave de la moto de nieve. Y tengo una idea. Esto puede funcionar. Tiene que funcionar.

Primero, la botella de champán. Aparco el Hyundai y cruzo corriendo el aparcamiento bajo la nieve que cae hasta llegar al refugio. Una vez dentro, voy directa a la habitación de Steve, subiendo los escalones de dos en dos. La botella está sobre el tocador, donde él la dejó. Forcejeo con el envoltorio de papel de aluminio hasta que se rompe en pedazos. Tardo una eternidad en desenroscar el bozal de alambre.

—Vamos, vamos —murmuro, mientras se me resbalan los dedos.

El corcho sale disparado de la botella con un estallido violento. Atraviesa la habitación y golpea la ventana. El champán brota sobre mis manos, mi chaqueta y el suelo. Corro al lavabo, con el líquido espumando por los bordes. El olor inunda el pequeño baño mientras lo vierto por el desagüe. Con las prisas, no soy capaz de mantener el pulso firme y el líquido salpica la encimera. Cuando la botella está vacía, limpio el cristal con una toalla de mano y me la encajo entre el abrigo y el jersey. El jersey de Lilly. El cristal duro me presiona las costillas, pero ahí está segura, oculta a la vista.

Necesito mis cosas. Algunas, al menos. Lilly no trajo casi nada y podría quedarme atrapada aquí durante días. Cojo lo que puedo de los cajones. Un suave jersey de color crema, unos pantalones oscuros, ropa interior, un sujetador rosa del suelo y luego el azul porque es uno de mis favoritos. Lo meto todo en una bolsa de plástico de la tintorería hasta que se llena. También necesito mi cepillo de dientes. Me niego a usar el de Lilly. ¿Quién sabe dónde habrá estado su boca? Me doy la vuelta, inspeccionando el desorden y las cosas que tengo que dejar atrás. No voy lo bastante rápido. Esto está tardando demasiado.

Salgo fuera de golpe y me dirijo al garaje de maquinaria que vi antes.

Encender las luces y mirar alrededor no es buena idea. Alguien podría verme. En su lugar, entrono los ojos en la oscuridad, escudriñando las sombras hasta que encuentro la máquina con una calcomanía del número seis en el carenado delantero.

Los recuerdos de mi misión en Alaska vuelven a mí. Puedo hacerlo. Sé conducir estos trastos.

El motor hace mucho ruido. ¿Y si alguien me oye? ¿Y si vienen a investigar?

Saco mi mapa de pistas arrugado. El papel no deja de agitarse por el viento. Concéntrate. Busca una pista. Cualquiera.

No es una ubicación lo que me llama la atención, sino un nombre. Pista Segunda Oportunidad. Más ironía. Es donde dejaré a la mujer cuya muerte me permite una segunda oportunidad para sobrevivir.

Con un plan sólido establecido, aparco la moto de nieve justo a la salida de los vestuarios, agradecida por la tormenta que me ha protegido de miradas indiscretas.

El cuerpo de Lilly pesa más de lo que imaginaba. Subirla a la moto de nieve es una pesadilla. No deja de resbalarse y tengo que tirar de ella hacia

arriba una y otra vez.

—Quédate quieta —jadeo, rodeándole el torso con los brazos desde atrás.

Esta es la definición de locura. Estoy transportando a una colega muerta en mitad de una ventisca. Si me pillan... no, no me pillarán. No pueden pillarme.

La moto de nieve da un tirón hacia delante y tengo que inclinarme alrededor del cadáver para alcanzar el manillar. La botella vacía me hinca con cada movimiento. Me entran ganas de sacarla y tirarla a la nieve, pero tiene que estar con el cadáver de Lilly cuando la encuentren. Cuando me encuentren «a mí».

La moto de nieve avanza con dificultad por la nieve virgen profunda, hundiéndose en lugar de deslizarse.

Nada me resulta familiar. Todas las pistas parecen iguales con este tiempo. Blanco, blanco, todo blanco. ¿Dónde está la Pista Segunda Oportunidad?

Un único haz de luz atraviesa la nieve frente a mí. Viene otra moto de nieve.

Apago mi faro y me desvío de la pista; el pánico me hace dar un volantazo demasiado brusco. La moto de nieve se inclina peligrosamente. Detrás de mí, la otra máquina cambia de rumbo, siguiendo mi rastro.

No, no, no, no, no.

Acelero a fondo, subiendo por una pista empinada que no reconozco. Las ramas me golpean la cabeza al pasar. El cuerpo de Lilly rebota contra mí con cada bache; un peso muerto que amenaza con tirarnos a las dos.

Los faros de mi perseguidor desaparecen y ya no oigo el motor. Quizá esa persona nunca llegó a verme. Me permito un suspiro tembloroso, pero ahora estoy perdida.

Aparecen señales de pista bajo el haz de mi faro. Pista del Zorro Rojo. No es la de la Segunda Oportunidad, pero ya no importa. Estoy demasiado al límite como para andar con caprichos.

Arrastro a Lilly entre los árboles, colocándole los brazos para que parezcan naturales junto a la botella de champán.

Una mujer borracha. Perdida en una tormenta. Exactamente lo que Greytech ordenó.

Para cuando consigo bajar de la montaña, estoy tiritando de forma descontrolada. Abandono la moto de nieve fuera del garaje de maquinaria,

pero me guardo las llaves en el bolsillo y me cuelo en el refugio por una entrada lateral.

Hay mucha gente en el vestíbulo y en la recepción. Todo el mundo habla de la avalancha. Mantengo la cabeza gacha, con la peluca rubia ocultándome el rostro.

Cerca del mostrador de recepción, el gerente general se dirige a un grupo cada vez mayor de huéspedes preocupados. Su voz resuena por todo el vestíbulo: —Por favor, escuchen todos, necesitamos que permanezcan en el edificio principal del refugio por ahora. No abandonen la propiedad. —Levanta las manos, tratando de mantener la calma—. Estamos trabajando con las autoridades de Colorado para evaluar la situación. Por ahora, el lugar más seguro para todos es aquí mismo.

No saben que acabo de cometer un asesinato.

Mis pensamientos regresan al presente. Han pasado cinco minutos. Quedan cinco minutos.

Ese es el tiempo que tengo para decidir qué hacer con Victoria Heslin. Cinco minutos para determinar si es otro problema que necesito eliminar, como el último tipo que hizo demasiadas preguntas. El que empujé escaleras abajo. Esta vez empujaré con más fuerza.

O podría intentar marcharme. Las llaves de la Polaris están en mi bolsillo.

CAPÍTULO 55

Manteniedo la distancia, Victoria siguió a la impostora mientras esta salía del spa a grandes zancadas.

Dos mujeres con tatuajes carcelarios idénticos, ambas en el mismo complejo. Victoria pensaría que se trataba de la misma persona usando disfraces distintos si no hubiera visto ya a una de ellas muerta.

El espionaje profesional tenía sentido. Alguien había enviado a dos operativas a por Foster. Una estaba muerta y la otra intentaba esconderse.

En lugar de seguir el camino de vuelta al albergue, la sospechosa se dirigió hacia las pistas, la zona que Peter les había dicho que evitaran.

—¿A dónde va? —exigió Victoria.

La mujer miró por encima del hombro, pero no se detuvo. —Le he dicho que nos veríamos en mi habitación. Tengo que recoger una cosa. —Su voz se había vuelto aguda y autoritaria. Aceleró el paso mientras se dirigía hacia el garaje de maquinaria.

Nunca había tenido intención de reunirse con Victoria ni de enseñarle nada. Estaba huyendo.

Victoria la persiguió por el terreno cubierto de nieve compacta; sus botas se hundían en la nieve profunda con cada paso.

Disparó su arma al aire como advertencia.

Una moto de nieve rugió detrás de Victoria y se interpuso entre ella y la mujer que huía. Era Alex. Su máquina levantó un muro de nieve, obligándola a protegerse la cara y a retroceder.

—¡Eh! ¿Qué haces aquí fuera? —Alex se quitó las gafas de ventisca, bloqueándole físicamente el paso.

La sospechosa aprovechó esos segundos críticos para recorrer al sprint la distancia que le quedaba hasta el garaje. Sacó unas llaves del bolsillo y se montó en una moto de nieve Polaris aparcada bajo el voladizo.

Alex la divisó. —¡Ninguna de las dos debería estar aquí fuera! —Dejó su máquina al ralentí y corrió hacia la mujer, cojeando y agitando los brazos —. ¡Señora, deténgase!

Llegó demasiado tarde. La Polaris dio un tirón hacia adelante, rociando nieve mientras aceleraba hacia un sendero de servicio.

Victoria se movió hacia la máquina de Alex, que seguía encendida. Todos sus instintos le decían que aquella mujer era Anna Winters: la clave de lo que les había ocurrido a Steve Foster y a la víctima. Si desaparecía, la verdad podría desvanecerse con ella. —Tengo que ir tras ella.

—No. De ninguna manera —gritó Alex mientras regresaba deprisa junto a Victoria—. A donde se dirige no es seguro. ¡Os vais a matar las dos!

—Es nuestra única pista.

Con cada segundo que pasaba, la mujer se alejaba más. La memoria muscular de Victoria tomó el mando. Ya estaba sobre la moto, girando el acelerador.

—Victoria, no lo...—

El motor ahogó las protestas de su hermano mientras ella salía disparada, dejándolo atrás en una nube de nieve polvo, con el brazo extendido en una advertencia inútil.

CAPÍTULO 56

La moto de nieve vibraba bajo el cuerpo de Victoria mientras descendía a toda velocidad por el sendero de servicio. Dejar que un posible asesino y ladrón escapara no era una opción.

El viento le azotaba la cara, colándose bajo el cuello a pesar de las capas de ropa. Había conducido motos de nieve antes, pero nunca a esta velocidad ni con tanto en juego. Estaba arriesgando la verdad y su propia vida. Alex se lo había advertido, pero Victoria no podía pensar en eso ahora. La justicia no esperaba a que se dieran las condiciones perfectas. Cuando estaba trabajando, el miedo era un lujo que no se podía permitir.

La máquina que la precedía volaba sobre el paisaje blanco y viró a la derecha. Cuando Victoria llegó a ese punto, un escalofrío le sacudió el cuerpo. Las huellas pasaban a pocos centímetros de un precipicio que garantizaba una muerte segura.

Victoria se inclinó hacia delante y hacia abajo, exigiendo más velocidad a su vehículo. El espacio entre ambas se redujo. Noventa metros. Setenta. Cincuenta.

La sospechosa miró hacia atrás; su rostro era un óvalo pálido bajo el gorro negro. Dio un fuerte volantazo a la derecha, desviándose hacia una ruta más empinada que cortaba entre los pinos.

Victoria la siguió. Este terreno era más traicionero, la nieve más profunda y el camino estaba menos definido. Las ramas le azotaban la cabeza mientras maniobraba entre los árboles, esquivando por poco un giro brusco. Los esquís de la máquina patinaron durante unos segundos agónicos antes de que lograra rectificar la dirección.

Los árboles clarearon y desembocó en un claro. Ahora estaba a unos treinta metros, dirigiéndose hacia otra zona boscosa. Al echar un vistazo entre los árboles a su izquierda, divisó una carretera despejada. No se dirigían hacia lo más profundo de la naturaleza, sino que estaban haciendo un amplio arco que las había llevado en paralelo a la carretera de acceso.

La moto de nieve que iba delante subió por una elevación y desapareció de la vista.

Victoria la siguió, saltando por los aires al coronar la colina. Por un instante se sintió ingrávida; después chocó contra el suelo con un impacto seco que le hizo castañear los dientes.

El terreno se abrió. Se estaban aproximando al perímetro exterior de la propiedad del complejo desde el sur. La otra máquina estaba a menos de veinticinco metros. Giró bruscamente a la derecha, atravesando la línea de árboles junto a la carretera principal, en dirección directa hacia la zona bloqueada.

Camiones y maquinaria trabajaban más abajo, intentando despejar el primer bloqueo a casi un kilómetro montaña abajo.

Antes de darse cuenta, Victoria estaba siguiendo a la otra mujer a través de las barricadas y directamente hacia la zona del alud, conduciendo sobre seis metros de nieve inestable y metal retorcido que podían colapsar en cualquier momento.

Victoria se agachó más sobre el manillar y aceleró el motor a fondo.

CAPÍTULO 57

Me inclino hacia delante en la moto de nieve, siguiendo un sendero entre los árboles. El motor de la máquina ruge debajo de mí, hundiéndose en la nieve polvo profunda. Hectáreas y hectáreas de nieve virgen, y yo soy la única persona aquí fuera. Aprieto el manillar con una fuerza desesperada. Todo lo que tengo que hacer es llegar al pueblo más cercano, alquilar un coche y desaparecer. Debería haber hecho esto hace dos días en lugar de perder tanto tiempo escondida en ese complejo gélido. Al menos me he librado de una buena al evitar la barbacoa.

El estruendo de otro motor me llega por detrás. Miro hacia atrás.

Otra moto de nieve. Una figura agachada. Un abrigo azul celeste. Victoria Heslin. ¿He cometido un error enorme al huir en lugar de enfrentarme a mi problema cara a cara?

Los árboles clarean y salgo de repente a un claro. Es difícil saber por dónde debería ir el camino. Intento mantenerme en medio.

El motor de la agente del FBI suena más fuerte. Se está acercando.

La carretera de acceso queda a mi izquierda, la que lleva al bloqueo del alud. A la derecha hay un precipicio vertical; la razón por la que no hemos tenido otra vía de salida. No tengo más remedio que virar a la izquierda. Atravieso la nieve profunda hasta que llego a los caballetes de madera con

cinta reflectante que marcan la zona de peligro. Ir más allá de ellos es la única forma de salir de Black Ridge.

No reduzco la velocidad. La moto de nieve atraviesa los caballetes, astillando la madera.

Delante se alza la enorme montaña de nieve, rocas y árboles partidos que separa el complejo de la civilización. La destrucción parece las secuelas de una zona de guerra. La nieve reciente ha cubierto la mayoría de los escombros. No puedo ver dónde se esconden los mayores peligros ni por dónde cruzar. No hay forma de saberlo, y ni todo el tiempo del mundo cambiaría eso.

Oigo crujir más madera detrás de mí. Victoria está cerca. Ha cruzado las barreras, pero quizá no me siga más allá.

Respiro hondo y doy gas a fondo, apuntando hacia la pendiente a mi izquierda.

La moto de nieve da un barquinazo hacia arriba por la nieve suelta. Durante un instante en el que se me para el corazón, pienso que no lo lograré, pero entonces la máquina corona la cresta. Con una mueca de dolor, recuerdo los árboles gigantes y los postes que sobresalían por todas partes. Ahora están ocultos.

Sin previo aviso, la parte delantera del trineo se hunde, casi lanzándome por encima del manillar. Lucho por el control, usando el peso de mi cuerpo para mantener la máquina erguida mientras se desliza de lado, luego se endereza y avanza con dificultad por la nieve polvo.

Me tomo un momento para orientarme. La carretera debería aparecer en algún punto, conduciendo hacia el pueblo. Escudriño el terreno, intentando distinguir la depresión que representa la carretera o el borde de un quitamiedos.

La parte delantera de la máquina cae de repente, hundiéndose casi sesenta centímetros en un hueco oculto en la nieve. Salgo despedida hacia delante y mi pecho golpea el manillar con la fuerza suficiente para dejarme sin aire. El dolor estalla en mis costillas. Jadeo, saboreando sangre donde me he mordido el labio.

Intento dar marcha atrás. Las orugas giran inútilmente, enterrando la máquina aún más.

Estoy atrapada.

Cuando me bajo de la Polaris, mis piernas se hunden hasta el muslo en la nieve gélida. Me pongo detrás de la máquina, empujándola con todas mis

fuerzas. Entonces noto algo. Una franja de metal justo debajo de la nieve. Entorno los ojos y distingo la curva del techo de un vehículo.

Plateado. El mismo tono inusual del coche de Steve.

Pero eso no puede ser. Él se fue antes de la avalancha.

Mis manos tiemblan mientras araño la nieve, retirándola del vehículo con brazadas desesperadas.

Aparece el parabrisas delantero. Es una malla granulada de cristal cubierto de hielo. Detrás de un airbag desplegado, una figura oscura se desploma en el asiento del conductor. Con la cabeza colgando hacia un lado. Los ojos cerrados. Inmóvil.

—¡Steve! —grito, golpeando la ventanilla con los puños. El sonido resuena, inútil—. ¡Steve!

Sigo quitando nieve, buscando señales de vida, aunque sé que es inútil. No se mueve ni responde porque está muerto. Dos días a temperaturas bajo cero le harían eso a cualquiera. Casi lo había logrado. Casi escapó. Igual que yo. Ambos nos fuimos demasiado tarde.

Cojo un trozo de hielo y lo estampo contra el cristal. Lo golpeo de nuevo, con más fuerza. Mi bolso debe de estar ahí dentro. Si no, estará su portátil. Si tan solo logro entrar, tendré todo lo que necesito para completar la misión y quitarme a Greytech de encima.

El lamento de otro motor se acerca, luego se detiene. La agente del FBI grita:

—¡No se mueva!

Haciendo caso omiso de ella, cojo una llave inglesa del kit de herramientas de la moto de nieve y la estrello contra el cristal.

Por mi visión periférica, veo que la agente se acerca con su arma.

—Levántese. Suba a la parte trasera de mi moto ahora mismo. ¡Esto no es seguro!

—Tengo que entrar ahí. —Estrello la llave contra la ventanilla otra vez. Aparecen unas cuantas grietas diminutas en el cristal de seguridad.

—¡Siga sus huellas de vuelta a mi moto de nieve! —grita la agente—. ¡Ahora!

No me detengo. Sigo golpeando. Por fin aparece un agujero, pero es demasiado poco y demasiado tarde. Victoria está detrás de mí ahora.

Presiono mi frente contra el cristal cubierto de hielo.

—Te quería. Eso no fue una mentira.

Él se ha ido, congelado en su intento de fuga, muerto, tal como habría estado yo si me hubiera ido con él esa noche. Tantas veces que me he librado por los pelos. ¿Es posible que yo sea la afortunada en todo esto?

Finalmente, desde mi posición de rodillas sobre su parabrisas destrozado, me giro. Tengo la cara mojada por lágrimas que se han convertido en hielo, pero mis ojos se sienten vacíos. No hay forma de conseguir lo que necesito hasta que esta agente del FBI desaparezca.

Aprieto la llave inglesa.

CAPÍTULO 58

Con las manos en las caderas, Victoria siguió gritándole a la mujer que se moviera.

Un sonido parecido a un trueno comenzó a escucharse. Al principio bajo, luego cobrando fuerza.

Ambas mujeres se quedaron paralizadas. Sus ojos se encontraron en un horror compartido. Una enorme capa de nieve se desprendió y empezó a deslizarse hacia ellas con una velocidad aterradora.

—¡Sube! ¡Ahora! —Victoria agarró la sonda plegable de la mochila de la moto de nieve de Alex, sujetándola con fuerza en su mano izquierda.

Una ola blanca, enorme y estruendosa, arremetía hacia ellas.

Victoria aceleró el motor. —¡Anna! ¡Muévete!

Aquel nombre la hizo reaccionar. Con los ojos muy abiertos ante el tsunami blanco que se precipitaba a engullirlas, saltó a través de la nieve y se subió a la moto detrás de Victoria.

Victoria arrancó, apuntando hacia el rastro reciente de sus huellas. Detrás de ella, Anna gritó: —¡Más rápido! ¡Se nos echa encima!

La carretera despejada estaba justo delante: veinte yardas, diez, cinco...

La avalancha las alcanzó, las arrastró hacia delante, las levantó y las lanzó por los aires. El agarre de Anna se apretó alrededor de la cintura de

Victoria. Parecieron quedar suspendidas por unos segundos hasta que la gravedad se impuso y la parte delantera de la moto de nieve golpeó el suelo con un crujido espantoso. Como si fuera hielo rompiéndose, la superficie cedió bajo sus pies.

La máquina se inclinó hacia delante y luego hacia un lado. El impacto arrancó a Victoria del agarre de Anna. Salió despedida del vehículo, con la sonda todavía apretada en el puño mientras daba volteretas, perdiendo todo sentido de la orientación. Había nieve por todas partes; se le metía bajo la ropa, le arrancaba el gorro y las gafas. El cielo se volvió suelo y de nuevo cielo mientras rodaba hasta que dejó de caer... y empezó a hundirse. Dio patadas y trató de agarrarse a cualquier cosa para detenerse, pero era como intentar nadar en arenas movedizas. Mientras se hundía, profundos montones de nieve fluyeron tras ella.

—¡Anna! —gritó.

La luz se atenuó, pasando de un blanco brillante a un gris, y luego desapareció por completo cuando más nieve se asentó sobre su cabeza.

¿Habría salido despedida Anna? ¿Estaría enterrada en algún lugar cercano, luchando por respirar?

El estruendo de la avalancha se había convertido en un silencio inquietante y amortiguado.

Con el corazón latiéndole con fuerza, arañó el espacio alrededor de su cara y su pecho, intentando crear una bolsa de aire antes de que la nieve se compactara.

¿Hacia dónde queda arriba?

Mantén la calma. No te asustes.

Recordó el entrenamiento de supervivencia. Escupir para descubrir dónde estaba el arriba. Cuando escupió, la saliva le goteó por la barbilla. El cielo estaba sobre su cabeza. Intentó excavar hacia arriba. La nieve ya se estaba endureciendo a su alrededor. ¿A qué profundidad estaba enterrada? ¿A un metro y medio? ¿A tres? ¿A seis?

Una señal. Necesitas hacer una señal.

En su mano izquierda apretaba la sonda a la que se había aferrado durante el accidente. La empujó hacia arriba a través de la nieve sobre su cabeza, extendiendo los segmentos telescópicos hasta su longitud máxima, rezando para que al menos una parte rompiera la superficie.

Por favor, que alguien la vea.

¿Estaba Anna enterrada? ¿Habría sabido crear una bolsa de aire? ¿Tenía algo con lo que hacer una señal?

Controla tu respiración. Respiraciones lentas y superficiales. Haz que el aire dure. Quince minutos, recordó haberle oído decir a Alex. Ese era aproximadamente todo el tiempo que tenía. Si tenía suerte.

Se le formó hielo en los labios. Sus dedos ya se estaban entumeciendo dentro de los guantes mientras seguía excavando, siguiendo la lucha por conseguir más espacio.

Un pánico claustrofóbico le atenazó la garganta al imaginar el peso aplastante sobre ella. Tal vez la muerte la hubiera estado acechando desde el accidente de avión, desde que le dispararon en el costado o desde que unos criminales la arrojaron al océano frente a las costas de México.

Pero no, ya había sobrevivido contra todo pronóstico antes.

Victoria imaginó el rostro de Ned. Le había dicho que no hiciera ninguna estupidez que pudiera mutilarlo o matarlo. Recordó a Alex gritando mientras ella se marchaba en su moto de nieve. Él tenía razón sobre el peligro. ¿En qué había estado pensando? ¿Cuándo aprendería a ser más cuidadosa? Ahora mismo. Este era el momento. Si sobrevivía, no volvería a meterse en una situación así. Por el bien de Ned y por el suyo propio.

Alex la había visto irse. Probablemente ahora estaría corriendo hacia la zona del desastre, poniendo su vida en peligro por culpa de la estupidez de ella. Pensó en su padre, que ya había enterrado a su madre y no podría soportar enterrar también a una hija.

Respira. Piensa. Mantén el conocimiento.

Odiaba la impotencia. En algún lugar cercano, Anna podría estar enterrada o yacer herida en la superficie, y Victoria no podía ayudarla. No se le daba bien esperar y no hacer nada. Cuando la arrojaron al mar en México, a kilómetros de la costa, había podido nadar, luchar, moverse hacia la seguridad. Atrapada bajo la nieve, solo podía aguantar y evitar que el pánico consumiera el oxígeno que le quedaba.

Empujó contra las paredes de su prisión de nieve, pero estas se mantuvieron firmes. Le dolían los hombros por la posición encogida.

Concéntrate.

Mordiéndose la lengua con fuerza, usó el dolor para combatir la somnolencia que se le iba contagiando. Sentía los párpados pesados. Los obligó a abrirse, incluso en la oscuridad. Cada respiración era ahora un esfuerzo.

Sus pensamientos empezaron a fragmentarse. Alex y Minka, juntos en su boda. El rostro atractivo y esperanzado de Ned cuando le pidió matrimonio. Sus perros. El vestido de novia de su madre colgado en el armario.

La sonda se le resbaló de los dedos entumecidos. Oyó cómo su propio latido se ralentizaba, sintió cómo su cuerpo abandonaba la lucha contra el frío.

Después, nada.

CAPÍTULO 59

Oscuridad por todas partes. Tengo el brazo doblado en un ángulo imposible. El dolor es atroz, pero no siento las piernas. ¿Estoy paralizada? ¿Acaso importa?

Voy a morir.

Así es como sucede. A los treinta años. Enterrada viva bajo toneladas de nieve. Antes he imaginado formas distintas. Algunas rápidas, otras tortuosas. Balas. Estrangulamiento. Un accidente de coche. Veneno. Pero no este acto aleatorio de la naturaleza. ¿Cuánta gente muere así? No pueden ser muchos.

No me quedan decisiones que tomar. No hay jugadas posibles, salvo intentar adivinar cuánto tiempo falta para que mi corazón deje de latir. ¿Segundos o minutos? ¿Cómo debería pasarlos?

Veo la cara de Steve. La forma en que me miraba cuando susurrábamos sobre quedarnos atrapados un día o dos más. Nunca dijo que me quería, pero creo que lo hacía. Pensaba que Anna Winters era digna de ser amada. Si hubiera sabido quién soy en realidad... pero no lo sabía. Durante unas semanas, fui una persona normal que merecía la felicidad. No alguien cuyo trabajo consiste en seducir y robar.

Cuando se estaba muriendo de frío en su coche, ¿pensó en mí? ¿O en su mujer?

Basta. Deja de pensar en él. Está muerto. Lilly también. Yo la maté. ¿Y para qué? ¿Para unos pocos días extra de vida en este complejo vacacional del infierno? ¿Para tener el privilegio de morir lentamente en vez de rápido?

Fui estúpida. Mira adónde me ha llevado. Pero esto le podría haber pasado a cualquiera. En el lugar equivocado, en el momento inoportuno. No hace falta más.

Me estoy riendo. ¿Por qué? Esto no tiene gracia. Nada de esto tiene gracia, pero no puedo parar y estoy consumiendo el aire. Tengo que parar.

Debería haber dejado Greytech en cuanto descubrí para qué me habían contratado realmente.

Cada respiración es más difícil que la anterior. No puedo excavar. Ni siquiera puedo moverme.

Hace cada vez más frío. ¿Es así como se siente uno al morir?

Pero no quiero morir. No así. No quiero morir en absoluto.

Lucha. ¿Pero cómo? ¿Qué puedo hacer? Mi brazo bueno no se mueve más de un par de centímetros. No puedo empujar hacia arriba. No puedo excavar hacia los lados. La nieve ahora es como cemento.

No. No, esto no puede acabar así. Sobreviví a la cárcel y al entrenamiento de Greytech. Sobreviví a misiones en Moscú y Alaska. Tres años en este trabajo tan peligroso. No puedo morir por culpa de la estúpida nieve.

Pero no puedo moverme. No puedo respirar bien. Me estoy debilitando.

A Greytech no le importa. No nos echarán de menos ni a Lilly ni a mí. Pasarán al siguiente objetivo con nuevos activos.

Oye, abuela Gigi, ya estamos las dos muertas. Tira tu pan de plátano con pepitas de chocolate.

Vuelvo a reír. O quizá estoy llorando.

Hay tanto silencio... Pero no es tranquilo. No se siente nada.

Es como flotar a la deriva. Desvanecerse.

Mi brazo ha dejado de gritar. Ya no me duele nada.

¿Qué pasará ahora? ¿Hay algo después de esto?

Al menos no tendré que darle explicaciones a nadie... Ya no tengo que mentir más.

CAPÍTULO 60

¿Qué está haciendo? —gritó Alex, siguiendo con la mirada a su hermana.

Esperó a que Ned saltara detrás de él y luego giró el puño del acelerador, siguiendo el rastro de Victoria hacia la carretera de acceso bloqueada. Le dije que no fuera.

Nunca escuchaba. Ni cuando eran niños, ni ahora. Una vez que Victoria se fijaba una meta, no podía soltarla. Era su forma de ser, y quien siempre había sido. Por lo general, ese impulso la llevaba hacia causas que él admiraba. Ayudar a los demás. Buscar justicia. Rescatar animales. Pero ahora, esa misma tozudez podía matarla.

La ira que había estallado cuando Victoria ignoró su advertencia ya se había disuelto en un miedo atroz por su vida.

Si le pasaba algo, sería culpa suya. Él la había invitado a Black Ridge. Luego, la había involucrado en esta investigación porque necesitaban su experiencia. Sabía que, si alguien podía hacer el trabajo, era su hermana.

Las huellas que tenían por delante trazaban una línea recta hacia la zona del alud. Con un precipicio escarpado a un lado, no había forma de rodear el campo de escombros. Rezó para que Victoria no hubiera intentado cruzarlo.

El estruendo llegó primero como una vibración a través del manillar de la moto de nieve; luego, como un sonido que rodaba por el valle como un trueno. El miedo de Alex se intensificó.

Ned le gritó al oído: —Eso ha sido... —El resto de las palabras se perdió con el viento y el fragor de la nieve en movimiento.

Alex no encontró las palabras. Solo pudo asentir.

Cuando llegaron a la zona de la avalancha, todo volvió a quedar en silencio.

Las huellas de la moto de nieve que había seguido se adentraban directamente en el campo de restos y luego desaparecían. Con la adrenalina dándole un vuelco al corazón, Alex escudriñó el amasijo de nieve y árboles, desesperado por ver un destello de color, movimiento, cualquier rastro de ella. ¿Dónde estaban? Tal vez habían logrado cruzar los restos antes del desprendimiento y estaban fuera de vista.

Apagó el motor y miró a su alrededor con desesperación. El sol destelló en un objeto brillante a unos diez metros dentro de la zona. Una moto de nieve. Parte del túnel: la carcasa metálica que cubría la oruga. Pero ¿qué moto de nieve? ¿Quién iba en ella, su hermana o la mujer a la que perseguía?

Ned también lo vio. —¡Victoria! —gritó mientras corría hacia el campo de escombros.

—¡Para! —Alex agarró a Ned del brazo. Esta vez, se aseguraría de que Ned le hiciera caso. No permitiría que saliera corriendo hacia allí para morir —. No es seguro. Podría haber otra caída en cualquier momento. Iré yo. Quédate aquí.

Ned abrió la boca para protestar. Alex lo interrumpió: —Alguien tiene que quedarse por si uno de los dos no lo logra. Tendrás que decirles dónde cavar. Si nos entierran a los dos, nadie sabrá siquiera que Victoria está aquí fuera.

Alex se movió rápido, abriendo su mochila de rescate con manos temblorosas, reprimiendo el terror que amenazaba con paralizarlo. Había hecho esto antes. Pero nunca con la vida de su hermana en juego. No podía perderla.

A la batería de su radio le quedaba poca carga desde hacía días. Había intentado conservar algo de energía para una situación como esta. Solo necesitaba que entrara una llamada, siempre que alguien al otro lado también tuviera una radio que funcionara.

—Aquí Alex. Hay una avalancha reciente en la carretera de acceso. Una o dos personas en motos de nieve han quedado sepultadas. Necesito refuerzos inmediatos con palas y camillas.

Estática. Nada más que estática.

Lo intentó de nuevo, ajustando la frecuencia. —Patrulla de esquí de Black Ridge llamando a cualquier unidad. Emergencia. Sepultamiento por alud, punto siete de la carretera de acceso. Repito, emergencia.

Silencio absoluto.

Siguió avanzando por la nieve profunda, consciente de que cada paso podía enviarlo a una tumba de hielo; Alex golpeó la radio contra la palma de la mano y lo intentó una vez más. —Mayday, mayday. Alud reciente, personas sepultadas.

La radio zumbó con ruido blanco y luego se quedó muda. La pantalla se volvió negra.

De todas las veces que podía fallar el equipo, tenía que ser ahora. Ahora estaban solos, a menos que alguien en el hotel hubiera oído el alud y supiera que *no* era una detonación controlada. La ayuda acabaría llegando. Pero ¿llegarían a tiempo?

Alex miró por encima del hombro para asegurarse de que Ned no lo había seguido.

Ned seguía en el borde del campo de escombros, yendo de un lado a otro, protegiéndose los ojos del sol mientras escudriñaba los restos. Detrás de él, Elspeth corría para alcanzarlo.

—¡Elspeth! —llamó Alex, aunque ella ya saltaba hacia él, siguiendo sus huellas como él le había enseñado a hacer. Le indicó que buscara alrededor de la moto de nieve parcialmente enterrada. Ella se movió por la nieve polvo, con el hocico y la cola bajos, investigando en círculos cada vez más amplios.

Ya habían pasado varios minutos desde el desprendimiento. Cada segundo, la nieve se endurecía. El poco oxígeno que tenían desaparecía, reemplazado por dióxido de carbono.

A quince metros de la moto de nieve enterrada, Elspeth se detuvo. Su cuerpo se puso rígido. Olfateó con renovada intensidad y empezó a ladrar. El corazón de Alex latió con más fuerza. El aviso de su perra era firme y seguro. Había detectado dióxido de carbono bajo la nieve.

Casi al mismo tiempo, Ned gritó: —¡Mira! —Señaló una vara que sobresalía de la nieve a unos veinte metros en la dirección opuesta.

Probablemente solo fuera el extremo de un árbol. Alex miró más de cerca y vio pintura amarilla. La punta de una sonda.

Dos señales. Dos personas enterradas. Cada segundo contaba. ¿Cuál era Victoria?

—Tenemos que dividirnos —gritó Alex—. Ve con Elspeth. Sigue sus huellas. Comprueba la nieve con cada paso antes de apoyar todo tu peso. Si oyes un crujido al pisar, congélate. No te muevas. ¿Me entiendes?

—Te entiendo. Si la que está bajo la sonda es ella, ¿a qué profundidad está? —preguntó Ned, centrado en salvar a Victoria y no en los peligros a los que se enfrentaba.

—Hasta tres metros. —Alex no mencionó los casos con víctimas enterradas a más profundidad. Esos eran recuperaciones de cadáveres, no rescates—. Solo llega allí de una pieza y empieza a cavar. Nos quedamos sin tiempo.

Se dirigieron a sus respectivos lugares lentamente, con Alex vigilando las grietas visibles en la nieve. Pasó junto a Elspeth, que ya estaba excavando con las patas. —Buena chica. Buena chica.

Se dejó caer de rodillas. La sonda sobresalía unos centímetros de la superficie. Si la persona que estaba debajo había extendido los brazos y movido la sonda por encima de su cabeza, entonces estaba enterrada a mucha profundidad. Posiblemente demasiado profunda para que él llegara a tiempo.

Empezó a retirar montones de nieve con los guantes. Mano sobre mano, trabajando furiosamente. Cavaba como si la vida de Victoria dependiera de ello, porque así era.

Pasaron unos minutos más.

A unos metros, Ned gruñía y jadeaba mientras se abría paso a través de la nieve de la misma manera, a un ritmo implacable.

—¡Alex! —El grito vino de detrás de él. Miró hacia arriba pero no dejó de cavar. Corey y Jordan. Habían venido desde el complejo y traían equipo. Palas.

—Jordan, ayuda a Ned —ordenó Alex—. Corey, ven aquí conmigo. —Ahora todos arriesgaban la vida—. Estad atentos por si hay signos de inestabilidad. Esta ladera podría volver a moverse en cualquier momento.

Los hombres adicionales y las palas marcaron la diferencia. Cavaron más rápido, removiendo la nieve en arcos furiosos, con cuidado de no cavar

demasiado profundo de golpe y herir a quien esperaba el rescate bajo la nieve.

El ardor en sus pulmones era constante ahora, cada respiración era como ahogarse en el aire ralo de la montaña. El sudor se le congelaba en la frente.

—¡Contacto! —gritó Jordan desde el lugar de la sonda, y luego soltó un juramento—. No importa. Es la rama de un árbol.

A quince metros de distancia, Elspeth soltó unos ladridos agudos y urgentes.

—Oye algo —dijo Alex, con cada músculo tenso por la esperanza y el miedo—. Seguid cavando.

Los ladridos de la perra se volvieron más frenéticos. Desde algún lugar por debajo de ellos, un sonido tenue subió a través de la nieve.

—¡Estamos aquí! ¡Resiste! ¡Vamos a sacarte! —gritó Ned hacia el hueco que habían creado.

—Conserva su aire —advirtió Alex—. No la hagas hablar. Solo cavad. —Quería saber a quién habían encontrado, pero no se atrevía a preguntar. Aumentó el ritmo. Le ardían los hombros, le gritaban los pulmones, pero siguió cavando—. Veo algo —avisó, pero mantuvo la voz controlada. Ya había habido demasiadas falsas alarmas.

Posiblemente tela azul. Victoria llevaba una chaqueta azul claro.

—Por favor —susurró, sin importarle quién lo oyera—. Por favor, por favor, por favor.

Soltó la pala y pasó a cavar con las manos, rompiendo los guantes con los bordes afilados de la nieve comprimida. Los dedos le hormiguearon y luego perdió toda sensibilidad.

Apareció más azul. Definitivamente tela, no roca esta vez. Trabajó más rápido, con los nudillos raspados sangrando.

Habían pasado demasiados minutos.

Por favor, que sea Victoria. Por favor, que esté viva.

Una tos débil surgió de debajo de ellos, seguida por una voz que conocía tan bien como la de cualquiera.

Alex tomó aire en un suspiro estremecido y siguió cavando. —Te estamos sacando. Solo resiste. No digas ni una palabra más. Solo relájate.

Juntos, Alex y Jordan apartaron la nieve de su cara y de su torso. Victoria tenía los labios azules.

Alex sonrió a través de las lágrimas. —Te tenemos.

Tardaron otros cinco minutos en desenterrar a las dos mujeres.

Alex se sentó sobre sus talones, hundiéndose bajo todo el peso de lo que casi había sucedido. Su testaruda, brillante e insustituible hermana había estado a punto de morir.

Se miró las manos, la sangre en sus nudillos lastimados bajo los guantes rotos. Luego miró a Ned mientras sostenía a Victoria, con el rostro aún marcado por un miedo que nunca olvidaría.

A esto se enfrentaba Ned cada día, amar a una mujer que corría hacia el peligro. Probablemente vivía con la preocupación constante de que Victoria no regresara a casa, de que cada caso pudiera ser el último.

Alex pensó en Minka, esperándolo para que la llamara cuando regresara al hotel al final de cada larga jornada. Ella era consciente de que una avalancha podía cambiar de curso o que el equipo podía fallar. ¿Cuántas noches se habría quedado despierta durante las tormentas, preocupada por él?

Su trabajo era una labor necesaria que amaba. Pero al ver el rostro azul de Victoria bajo la nieve, finalmente comprendió que elegir la seguridad por encima de la adrenalina era una muestra de bondad hacia las personas que te aman.

Por primera vez, un trabajo de oficina no parecía rendirse. Parecía madurar.

CAPÍTULO 61

Fuera de la zona de la avalancha, Alex y Ned estaban de rodillas en la nieve con un botiquín de la patrulla de esquí desplegado a su alrededor. Ambas mujeres estaban envueltas en mantas térmicas plateadas, con los rostros de una palidez mortal.

Mientras le tomaba el pulso a Victoria, a Ned le temblaban las manos por el terror residual de haber estado a punto de perderla.

Alex estaba atendiendo a la otra mujer. Sus heridas parecían más graves.

Jordan y Corey trabajaban cerca, volviendo a colocar las barricadas en su sitio y coordinándose por radio con la tripulación del helicóptero que se aproximaba.

Mientras Ned ajustaba una máscara de oxígeno portátil sobre la nariz y la boca de Victoria, ella abrió los ojos con dificultad, desenfocada al principio, hasta que encontró el rostro de Ned.

—Victoria —dijo él.

Ella apartó la máscara de oxígeno. Sus labios se movieron, pero no brotó ninguna palabra. Giró la cabeza hacia la mujer que yacía inconsciente con un collarín cervical alrededor del cuello. —Se llama Anna Winters.

—Perseguirla casi te cuesta la vida —dijo Ned.

—Lo sé. Lo siento mucho. ¿Cómo está ella?

—Inconsciente, pero viva. Os llevan a las dos al hospital para evaluar posibles traumatismos internos. Hay un helicóptero de evacuación médica en camino.

—Ella y la desconocida intentaban robarle un algoritmo a Steve Foster. Son ladronas profesionales, y aún no sé sus nombres reales. No podía dejar que escapara. Tenía que ir tras ella o no la encontraríamos nunca.

—No, no tenías que perseguirla. No tenías que hacer nada —el enfado afloró en la voz de Ned—. Podrías haber esperado. Deberías haber escuchado a Alex. ¿Crees que a alguno de los dos nos importa más que ella escape que perderte a ti?

Parpadeando, Victoria luchó por mantener los ojos abiertos. —Lo siento. No pude evitarlo. No te enfades conmigo —susurró—. Por favor.

—No estoy enfadado. —Ned inspiró profundamente por la nariz y exhaló —. Quiero decir, estoy más que furioso, pero también estoy tan agradecido de que estés viva que apenas puedo pensar con claridad. —Las lágrimas brillaron en sus ojos—. Ambas estabais enterradas. No sabíamos cuál de las dos eras tú... —Se le quebró la voz—. Nunca he estado tan aterrorizado en toda mi vida.

Casi había perdido a la mujer que amaba, a la persona con la que quería compartirlo todo.

Victoria tiritaba con tanta violencia que parecía estar sufriendo una convulsión.

—Esos temblores son normales —dijo Alex—. Su cuerpo está intentando generar calor.

El zumbido de las palas del rotor resonó en las paredes del valle, aumentando de volumen de forma constante.

—Menos mal que tenías esa sonda —dijo Ned—. Y Elspeth se merece el chuletón más grande de la historia. —A pesar de todo, casi logró esbozar una sonrisa.

El helicóptero dio una vuelta y luego descendió hacia una sección despejada de la carretera.

Victoria apretó la mano de Ned mientras la corriente de aire del rotor levantaba la nieve a su alrededor.

—Prométemelo —dijo Ned—. Nunca más.

—Lo prometo —susurró ella, aunque ambos sabían que las promesas de Victoria sobre mantenerse alejada del peligro tenían un historial bastante pobre.

CAPÍTULO 62

En una habitación privada del Denver General, a Victoria le dolían las costillas magulladas con cada respiración, pero estaba viva y, por lo demás, se encontraba bien. Eso era más de lo que esperaba hace veinticuatro horas, cuando la nieve se cerró sobre su cabeza.

Ned apareció en el umbral de la puerta con una taza de té caliente. A pesar del estrés mental y físico que había soportado, su cuerpo se había recuperado, tal como lo hacía después de un triatlón. Su tos había desaparecido. Se le veía sano, guapo y alerta. Mucho mejor de lo que ella se sentía.

Victoria aceptó la taza con gratitud. —En cuanto el médico dé el visto bueno, me podré marchar. ¿Alguna noticia de Anna?

—Nada desde que salió del quirófano. —Ned se sentó al lado de la cama —. Tiene fracturas en el brazo y la pierna izquierdos, y una lesión en el bazo. Se supone que se pondrá bien una vez que sanen.

—He hablado con el Sheriff Wilson mientras no estabas —dijo Victoria —. Le he puesto al corriente de todo lo que hemos descubierto. Trabajará con la oficina del FBI de Denver para preparar el caso contra Anna y seguir adelante.

—Bien. Me alegra que ellos se encarguen ahora. ¿Qué pasa a partir de aquí? ¿Se ha acabado tu implicación?

—Tendré que redactar un informe y asistir a varias reuniones informativas. Y estoy esperando a que Anna despierte para ver si está dispuesta a colaborar. —Victoria dio un sorbo a su té y agradeció el calor.

Ned le besó la frente y sus labios se sintieron cálidos contra su piel. —Tengo que llamar a la clínica. Estaré en esa sala al final del pasillo. Intenta descansar un poco.

Después de que Ned se marchara, Alex apareció en la puerta. —¿Cómo te encuentras?

—Como si me hubiera pasado un autobús por encima. —Victoria logró esbozar una débil sonrisa—. ¿Y tú?

—Mejor ahora que sé que estás bien. —Cogió la silla que Ned había dejado libre.

Victoria le miró. —Siento lo que hice. Debería haberte escuchado cuando me dijiste que no fuera tras Anna.

—Ya te has disculpado lo suficiente. Hiciste lo que tenías que hacer. Así eres tú. Pero quizá puedas hacerme un favor.

—¿Qué? —preguntó ella.

—Se trata de Jordan.

El tono serio de su voz la puso en alerta. —¿Qué pasa con él?

—Cuando escribas tu informe, ¿tienes que mencionar que él recogió las muestras de ADN? Sé que metió la pata, pero estaba asustado. Es un buen tipo que tomó una decisión terrible.

Victoria estudió la expresión de preocupación de su hermano. —Manipuló pruebas en un caso de homicidio.

—Él no mató a nadie. Lo sabes. Y devolvió las pruebas, todavía precintadas.

—Después de que yo le confrontara por ello.

Alex se inclinó hacia delante, con los codos en las rodillas. —Tiene antecedentes de cuando tenía dieciocho años. Estupideces de crío, pero ahí están. Si lo arrestan, arruinará su futuro. Ese tipo salva vidas, Victoria. ¿Puedes ayudarle?

La súplica en la voz de su hermano hizo que a Victoria se le encogiera el pecho. Entendía la lealtad que surgía entre personas que confiaban sus vidas el uno al otro. Pero también entendía la ley.

—Lo siento, Alex. Tengo que informar de los hechos. Todo lo que ocurrió forma parte del registro oficial. —Alargó la mano y le tocó el brazo—. Pero me aseguraré de que mi informe refleje que colaboró plenamente una vez confrontado, y que sus acciones no impidieron la resolución final de la investigación. Eso debería ayudar.

Alex asintió, con la decepción marcada en el rostro. —Lo entiendo. Tenía que pedirlo.

Un golpe en la puerta los interrumpió. Un ayudante del sheriff uniformado entró.

—¿Agente Heslin? Anna Winters está consciente.

Victoria miró a Alex. —Ayúdame a levantarme. Esto va a ser interesante.

Anna estaba al final del pasillo, con un ayudante apostado fuera de la puerta. En su cama, se veía pequeña rodeada de equipos médicos. Un yeso envolvía su brazo izquierdo y unas poleas mantenían su pierna izquierda elevada.

La peluca rubia ya no estaba, revelando un cabello castaño apelmazado contra el cuero cabelludo. Sin el disfraz, poseía la misma belleza maleable que la víctima: rasgos anodinos que podían transformarse en cualquier cosa con el peinado y la convicción adecuados. Un rostro ideal para el engaño, y una confianza que la hacía peligrosa. Victoria ya sabía que no debía subestimarla.

—Cinco minutos —le dijo una enfermera a Victoria.

—He oído que estabas bien —dijo Anna, viendo a Victoria acercarse—. Me preguntaba cuándo aparecerías.

Victoria acercó una silla a la cama. —Dime quién te envió a robar el algoritmo de Foster.

La expresión de Anna no cambió. —No sé nada de eso.

—El FBI tiene tus teléfonos, Anna. Los dos. Los mensajes de «Grandma Gigi». Sabemos que trabajas para una operación de espionaje corporativo. Sabemos que el objetivo era la empresa de Foster.

—Buena suerte intentando probar eso.

Victoria se echó hacia atrás en su silla, estudiando el rostro de Anna. —Tu cooperación influirá mucho a la hora de determinar cómo serás tratada bajo custodia. Ayúdanos a entender para quién trabajas y me aseguraré de que el fiscal sepa que has colaborado en la investigación.

Anna se rió, un sonido amargo que se disolvió en una tos que la obligó a aferrarse a las sábanas. —¿Crees que me da miedo la cárcel? La cárcel sería

como unas vacaciones comparada con lo que me harán si creen que he hablado.

—Podemos protegerte.

Anna se burló. —No, no podéis.

—¿Quién lo dirige? Danos nombres, ubicaciones, datos con los que podamos trabajar.

Anna giró la cabeza hacia la ventana, contemplando el cielo de la tarde. —Ya he dicho demasiado.

—Entonces danos al menos tu nombre real. Tu familia merece saber qué ha sido de ti.

Anna se dio la vuelta. Por un instante, su máscara resbaló y un aspecto vulnerable cruzó sus facciones. Entonces los muros regresaron. Cerró los ojos y la conversación terminó.

Frustrada pero no sorprendida, Victoria se levantó. —La oferta sigue en pie —dijo desde la puerta—. Cuando estés lista para hablar, yo estaré lista para escuchar.

Los ojos de Anna permanecieron cerrados, pero Victoria captó el ligero asentimiento antes de que desviara la mirada.

En el pasillo, Alex estaba esperando, apoyado en la pared.

—¿Alguna suerte? —preguntó.

Victoria negó con la cabeza. —Los delincuentes profesionales temen más a sus empleadores que a la policía. Quienquiera que sea para quien trabaja Anna, es lo bastante poderoso como para inspirar ese nivel de terror.

CAPÍTULO 63

Dos días después de recibir el alta en el hospital, Victoria entró en la oficina local del FBI en Denver para leer el informe del caso de Black Ridge. Aunque podría haber más preguntas y quedaba mucho papeleo pendiente, la reunión marcaba el final de su implicación directa.

El agente Bruce Rork la esperaba dentro de una sala de conferencias. Era calvo, magro, fuerte y más joven de lo que ella esperaba.

—Agente Heslin —dijo él, tendiéndole la mano—. Es un placer conocerla en persona.

—Igualmente —respondió Victoria, acomodándose en una silla frente a él.

La SSA Coleman era mayor, con el pelo negro azabache por los hombros. Levantó la vista de la tableta que tenía en las manos para saludar a Victoria. —Queríamos darle las gracias antes de encargarnos de la investigación a partir de aquí. Acabo de terminar de leer su informe preliminar. Muy interesante.

Victoria bajó la mirada hacia las fotos de la escena del crimen que había sobre la mesa. Una de ellas era la foto del forense de Steve Foster. Rork la deslizó hacia ella.—Tenemos los resultados de la autopsia de Foster. La

causa probable de la muerte es hipotermia, tras sufrir heridas internas por la avalancha. No hay signos de violencia. Solo una sincronía terrible.

—Y su decisión de mover las barricadas y atravesarlas —añadió Coleman —. Intentó escapar y acabó en una trampa peor.

—¿Y qué hay de nuestra víctima? ¿La mujer sin identificar? —preguntó Victoria.

—La causa de la muerte fue una lesión cerebral interna —respondió Rork.

—¿Saben quién es?

—Sí. El médico forense utilizó los registros dentales. Su verdadero nombre era Misty Lemming. Veintinueve años. Nacida y criada en Connecticut. Estuvo en prisión por robo corporativo, pero salió en libertad mucho antes de cumplir su condena. Nadie volvió a saber de ella.

Victoria entrelazó las manos.—Sabía que había estado en la cárcel, pero sus huellas no estaban en el sistema.

Coleman asintió.—Así es. Su empleador debió de reclutarla en la cárcel, le cambió el nombre y borró sus huellas de las bases de datos federales. Tienen recursos y capacidades considerables. Las auditorías de seguridad de la empresa de Foster revelan meses de ciberataques fallidos. Cuando estos no funcionaron, los ladrones enviaron a alguien para seducir a Foster.

Victoria volvió a examinar las fotos. El cadáver congelado con el jersey plateado parecía pertenecer a otra vida, aunque había pasado menos de una semana. Tanta muerte y engaño, todo por un algoritmo que probablemente quedaría obsoleto en unos pocos años.

—¿Consiguieron lo que buscaban de Foster?

—Hemos recuperado una memoria USB de un bolso pequeño en el vehículo de Foster. —Rork señaló otra foto—. El bolso pertenecía a Anna. La información nunca llegó a manos de quienquiera que fuera su jefe.

Coleman dejó su tableta.—Hemos acusado formalmente a la Sra. Winters, a falta de su nombre real, de espionaje corporativo, conspiración para cometer robo y asesinato negligente. Coincidimos con su valoración de que ella y Misty Lemming eran colegas. Dos operativas, y una de ellas pasó a ser prescindible.

—¿Alguna pista sobre su empleador?

—Callejones sin salida por todas partes. Teléfonos desechables, identidades falsas de alta calidad. Pero no vamos a rendirnos.

La resolución se sentía incompleta. Sin la cooperación de Anna, puede que nunca conocieran la historia completa. Anna se enfrentaba a un juicio y lo más probable es que volviera a prisión, pero la oscura organización para la que trabajaba seguiría operando, buscando nuevos activos y objetivos. El FBI podría perseguir casos individuales eternamente sin llegar a hacer mella en el gran engranaje.

—Hizo un buen trabajo en Black Ridge sin refuerzos y con equipo improvisado —dijo Coleman cuando el informe estaba terminando—. Eso constará en su expediente.

—Gracias por ayudarme cuando estaba allí —dijo Victoria—. Se lo agradezco.

—Para eso estamos —dijo Coleman.

—Ha sido un placer trabajar con usted —añadió Rork.

Tras un poco de charla trivial y algunas preguntas sobre el caso del Asesino de los Números en el que ella había trabajado años atrás, se estrecharon la mano y se despidieron. Victoria los dejó para que continuaran con su investigación.

Mientras caminaba hacia el ascensor, le sonó el teléfono. Una llamada de Ned.

—Hola. ¿Has terminado ya la reunión con el FBI?

—Salgo ahora mismo.

—Bien. He recogido nuestras cosas de Black Ridge y estoy de camino a la ciudad.

—Gracias por recogerlo todo. ¿Cómo estaba el complejo? —preguntó ella mientras pulsaba el botón de bajada.

—Ha vuelto la luz, pero todo el mundo quería largarse de allí. Yo incluido. Te veo en el apartamento de Alex y Minka.

—Hasta ahora. Te quiero.

Las puertas del ascensor se abrieron para alejarla de los expedientes del caso y de las fotos de escenas del crimen durante un breve tiempo.

CAPÍTULO 64

Hace cinco días

Todo va de maravilla con Anna en Black Ridge. No esquía tan bien como mi mujer, pero es mucho mejor en la cama. Es exactamente lo que necesito para desconectar del estrés del trabajo. Ahora que estoy listo para vender el algoritmo, las cosas se están volviendo locas.

No veo la hora de volver a nuestra habitación, beber el champán que he comprado y divertirme con Anna.

Me llega un mensaje de texto de un número desconocido.

Es una mentirosa. No es quien tú crees.

Mi primer pensamiento es: «¿Quién?». Pero las fotos de Anna que vienen a continuación dejan claro el sujeto de la frase.

El miedo me invade mientras paso las imágenes. Anna y yo cenando la semana pasada, cogidos de la mano sobre la mesa. Paseando por el complejo ayer. Riendo durante el desayuno. Alguien nos ha estado vigilando y haciendo fotos. Creyendo que mi mujer debe de haber contratado a un detective privado, siento una náusea de vergüenza.

Las siguientes fotos me hacen pensar que esto no tiene que ver con mi aventura. Al principio, no reconozco a la mujer de pelo negro de las fotos. Viste de forma muy distinta a la Anna que está conmigo ahora. Está con un hombre al que no he visto nunca, y parece conocerlo muy bien. Sus manos están por todas partes.

¿Es un exnovio? ¿Un marido al que nunca mencionó? ¿Es él quien está detrás de esto?

Sigo pasando imágenes, con mi mundo desmoronándose mientras miro más fotos de Anna. Rubia ahora, y con un hombre distinto con el que se muestra igual de *cariñosa*.

Me han tomado el pelo.

¿Alguien me tendió una trampa para que tuviera una aventura? ¿Es un plan de chantaje?

Las náuseas me sacuden el cuerpo.

Anna intenta acercarse a mí y yo me aparto. Ni siquiera puedo mirarla.

Tiro dinero en efectivo sobre la barra y salgo disparado hacia el ascensor, con la mente a mil por hora. Anna me ha engañado. Me ha hecho creer cada mentira.

He levantado una empresa de millones de dólares y estoy a punto de vender un algoritmo que yo mismo creé por una cantidad de dinero demencial. ¿Cómo he podido ser tan estúpido?

Ese pensamiento me deja helado. El algoritmo. Dos mujeres de mi empresa desaparecieron mientras trabajaban en el proyecto. Se esfumaron sin dejar rastro. No les conté mis sospechas a la policía. Por un lado, sonaba a locura. Y por otro, no quería que nadie supiera lo que habíamos creado.

¿Está esto relacionado? ¿Copió Anna archivos de mi portátil mientras yo dormía? ¿De mi teléfono? Ni una sola vez me ha preguntado por mi trabajo o a qué me dedico. ¿Era eso parte del plan?

En mi habitación, echo el cerrojo y la cadena y revuelvo sus cosas hasta encontrar un pequeño bolso negro. Hay una minúscula memoria USB escondida en un estuche de maquillaje. Me golpea otra oleada de malestar.

Cálmate de una maldita vez, me digo. El USB podría ser su agenda de direcciones. Su poesía. Podría ser cualquier cosa. En cuanto salga de aquí, voy a averiguarlo. Me guardo la memoria en el bolsillo y cojo su bolso por si tiene algo más que se me haya pasado por alto.

En algún lugar de mis correos electrónicos está el número de una empresa que se encarga de seguridad e investigaciones. Tras una búsqueda rápida en

el móvil, anoto el número en el bloc de notas del complejo y arranco la hoja superior. Llamaré desde el coche para poder salir de aquí antes de tener que enfrentarme a Anna otra vez. Me gustaría plantarle cara, pero ¿para qué molestarse cuando no puedo creerme ni una palabra de lo que diga?

Por costumbre, dejo dinero para la propina sobre la consola, y luego me maldigo por esa cortesía automática. Ya no confío en Anna. Probablemente robe el dinero antes de que llegue el servicio de limpieza.

Cuando salgo fuera, la ferocidad de la tormenta me impacta. La nieve me golpea la cara como el peor procedimiento de microagujas que me hayan hecho nunca.

La nieve recién caída ha enterrado mi todoterreno. Limpio el parabrisas con el antebrazo y luego tiro todo en el asiento trasero.

A las 9:08, llamo a Jewell Security y dejo un mensaje de voz. —Soy Steve Foster. Empiecen una investigación de antecedentes sobre una mujer llamada Anna Winters de inmediato. Les envío una foto. Quiero saberlo todo sobre ella.

Mientras hablo por teléfono con ellos, le escribo a Elaine: —Acabo de salir del hotel. Voy de camino a casa. Las condiciones de la carretera son malas. Tardaré mucho más de lo habitual.

Entonces recuerdo que Elaine está en Aspen con su amiga. O amigas. Eso me dará más tiempo para resolver las cosas. Como por ejemplo pensar cómo explicar que he caído en el timo más viejo del mundo, y que no sé distinguir entre la atracción y la manipulación. Y que la mujer que me engañó podría haber robado el algoritmo.

He cometido un error. El mayor error de mi vida.

He recorrido casi un kilómetro por la carretera cuando recuerdo que mis esquís siguen en la sala de equipos. Estaré disgustado, pero ni hablar de que voy a dejarlos allí. Doy media vuelta con el coche y conduzco de regreso al hotel, golpeando el volante con la mano y maldiciendo en voz alta.

La zona de almacenamiento de esquís está detrás del edificio principal. Mi atajo me obliga a abrirme paso entre montones de nieve que me llegan a la rodilla y a resbalar en el hielo que hay debajo. Mi teléfono suena. Primero el de usar y tirar, que tiene que ser Anna porque es la única que tiene ese número. Luego, mi teléfono personal. Ignoro ambos.

Mientras salgo del cobertizo de equipos con mis esquís, la veo tropezando por la nieve a unos cincuenta metros de distancia. Detrás de

ella, otra figura se mueve en la oscuridad, siguiendo su rastro. Ninguno de los dos me ve.

Una parte de mí quiere ir tras Anna, exigir respuestas, enfrentarme a ella por las fotos y la memoria USB. Pero ¿qué sentido tiene? Es una mentirosa, y una pequeña parte de mí tiene miedo. No quiero ser la próxima persona de mi empresa en desaparecer. Si tengo razón en esa parte, tengo suerte de salir de aquí con vida.

Me doy la vuelta y regreso con esfuerzo a mi todoterreno. Tras cargar el equipo, me voy por segunda vez esta noche.

Esta vez, cuando estoy casi en el punto donde di la vuelta antes, dos figuras con equipo de patrulla de esquí están arrastrando caballetes de madera por la carretera. Se detienen al verme. Bajo la ventanilla a medias mientras uno se acerca.

—La carretera está cerrada —dice mientras el viento entra a rachas—. Riesgo de avalancha. Créame. Tiene que dar media vuelta.

—Tengo que llegar a casa.

—No esta noche. Las carreteras no son seguras. Vuelva al hotel.

Se queda ahí parado, bloqueándome el paso, y me pregunto si esto es parte del plan de Anna para atraparme.

Regreso al aparcamiento y me quedo en el coche al ralentí, con la calefacción a tope, viendo cómo se acumula la nieve en el parabrisas. Quizá tengan razón. Quizá debería esperar hasta la mañana. Pero no cuando Anna y quienquiera que hiciera esas fotos están aquí también.

Cuando miro el tiempo, indica que la nieve va a parar pronto. Tenemos una tregua antes de que llegue la siguiente tormenta.

El tiempo pasa gateando. Miro las fotos otra vez y me enfurezco más que antes. Dejo otro mensaje para Jewell Security y les digo que es urgente.

Cuando terminan de colocar los bloqueos, los de la patrulla de esquí pasan a mi lado en sus motos de nieve.

A las 10:15, cuando la nieve está remitiendo claramente, salgo y aparto el primer caballete, ignorando la señal gigante de Peligro que lleva pegada. El viento casi me tira al suelo, pero creo un hueco lo bastante ancho para mi coche.

Estoy de vuelta en el coche, avanzando lentamente por el hueco, cuando oigo un sonido que nunca antes había escuchado. Como un enorme tren de mercancías abalanzándose a toda velocidad, o como si la tierra se desgarrara por las costuras.

Cuando miro a la izquierda, toda la montaña se está moviendo. Un torrente de nieve se precipita por la ladera por encima de mí, devorando árboles y rocas a su paso.

Piso el acelerador a fondo, pero es demasiado tarde. El alud atrapa mi todoterreno como si fuera un juguete, levantándolo, haciéndolo girar, arrastrándome en un torbellino de hielo y árboles rotos. El airbag me estalla en la cara.

Antes de que todo se vuelva negro, me doy cuenta de que este error ha sido mucho mayor que el anterior.

CAPÍTULO 65

Peter estaba sentado en su despacho vacío, observando cómo los últimos huéspedes subían a los autobuses con destino al aeropuerto. La sede central se estaba preparando para una oleada de demandas, y los investigadores de los seguros estaban examinando a fondo los «protocolos de gestión» del complejo.

A través de la ventana de su oficina, tres hombres de mantenimiento arrojaban los restos carbonizados del árbol de Navidad del vestíbulo a un camión de la basura. Peter hizo una mueca al recordar a los hombres peleándose por las mantas. Aquello no lo había visto venir.

Se volvió de nuevo hacia la pantalla de su ordenador, donde el cursor parpadeaba al principio de un documento en blanco. Tras soltar un largo suspiro, Peter escribió una sola línea: Presento mi dimisión como director general del Black Ridge Resort, con efecto inmediato.

La avalancha que bloqueó la carretera no fue culpa suya. Ese tramo de la vía de acceso no formaba parte de la propiedad del complejo, había intentado recordarles a todos. Los equipos municipales habían metido la pata, no su equipo. Pero nadie más parecía entender esa distinción. Ante el tribunal de la opinión pública, Black Ridge era responsable de todo lo que había salido mal: el aislamiento por la tormenta, un asesinato, el corte de

luz, el pánico, el fallo de los generadores, la intoxicación alimentaria. Todo ocurrió bajo su mando.

Le llegaron sonidos de frotar y raspar desde el albergue, procedentes del nuevo equipo de limpieza que la empresa había contratado. Se habían puesto trajes de protección contra materiales peligrosos, algo ridículo en su opinión. Estaban tratando cada superficie del vestíbulo, esterilizando y desinfectando todo, desde los baños hasta la cocina.

La terrible experiencia había desatado un circo mediático. Todas las cadenas se hicieron eco de la historia sobre el deterioro de las condiciones del complejo. El chico de la cresta morada publicó que había vendido sus grabaciones por una pequeña fortuna y mencionó planes para una película llamada «La pesadilla de Black Ridge». Por no hablar de la historia del ya famoso agente del FBI que quedó sepultado por una avalancha mientras perseguía a un sospechoso de asesinato.

Peter había pasado quince años ascendiendo en el sector de la hostelería, labrándose su reputación temporada tras temporada con éxito. Ahora, por desgracia para él, su legado sería el del gerente del desastre de Black Ridge.

CAPÍTULO 66

Victoria llamó una vez justo debajo de la corona navideña antes de abrir la puerta del apartamento. Al entrar en la cocina, el aroma la detuvo en seco.

—Pasa, pasa —Minka se apresuró a abrazarla.

—Huele de maravilla. Huele como a... —Victoria hizo una pausa, inhalando profundamente mientras los recuerdos la invadían. Se fijó en un cuenco de cerámica sobre la encimera, lleno de naranjas frescas con clavos de olor pinchados—. —Oh, mi madre las preparaba todas las Navidades.

El rostro de Minka se iluminó con una sonrisa de complicidad. —Por eso Alex ha querido hacerlo.

A Victoria se le hizo un nudo en la garganta por una emoción inesperada. Aún podía imaginar a su madre clavando los clavos en las naranjas, inundando el hogar de su infancia con ese mismo aroma cálido y especiado. Alex solo tenía doce años en aquella última Navidad. —¿Se acordaba de eso?

Alex salió del salón, con Elspeth trotando a su lado. —Claro que me acordaba. Solía quitar los clavos y comerme las naranjas.

Victoria miró las tarjetas de felicitación pegadas en la nevera. Reconoció a algunos compañeros de Alex del instituto y de la universidad, ahora en

fotos con sus cónyuges y bebés. Señaló una tarjeta en la que aparecía un hombre con esmoquin junto a una novia. —¿Ese es Tommy, el de nuestro antiguo barrio?

—Es él. Se casó el invierno pasado. Fue una ceremonia pequeña en Vail.

Victoria estudió otra tarjeta que mostraba a una familia de cuatro personas en una playa. —Esta es Sarah, la de tu equipo de la universidad, ¿verdad?

—Sí. ¿Te lo puedes creer? Ya tiene dos hijos. Vive en California.

Ned entró en la cocina desde el salón y la abrazó. —Te he ganado.

—Vamos a sentarnos —dijo Minka.

Los llevó al salón, donde un alto árbol de Navidad se alzaba en una esquina. Las luces centelleaban alrededor de adornos que parecían haber sido coleccionados a lo largo de los años en lugar de comprados en un conjunto. Guirnaldas de abeto decoraban la repisa de la chimenea, acentuadas con sencillos lazos de terciopelo rojo. A través de las ventanas se divisaba el perfil urbano de Denver.

Los anfitriones habían preparado galletas saladas, queso, frutas y verduras en una tabla de servir, y Victoria se sirvió algo.

—¿Has estado hoy en Black Ridge? —le preguntó a Alex mientras untaba queso y una mermelada de pimienta en una galleta.

—No. La estación va a cerrar durante las próximas tres semanas, puede que más. Investigaciones del seguro, revisiones de seguridad, reparaciones; todo el lote. Por cierto, tu informe ayudó a Jordan. Le han suspendido a la espera de una revisión interna, pero el asunto se está gestionando de forma interna. Imaginé que querrías saberlo.

Victoria asintió, agradecida por cómo habían salido las cosas. Los errores de Jordan habían nacido del pánico, no de la malicia. Se merecía una segunda oportunidad.

Alex se aclaró la garganta. —Cambiando de tema, no dejo de pensar en ti bajo toda esa nieve.

—Alex... —comenzó Victoria.

—Déjame terminar. He corrido riesgos antes, igual que tú, y no es justo para Minka. Verte sepultada me ha hecho darme cuenta de por lo que la hago pasar. Así que ahora... no estoy seguro de querer volver a Black Ridge. Estoy considerando un cambio. Algo más de oficina.

Los ojos de Victoria se agrandaron mientras las comisuras de sus labios se elevaban. Apenas podía creer lo que estaba oyendo. —¿De verdad?

Minka se acurrucó a su lado. —Hemos estado hablando de ello. Elspeth se queda con Alex, por supuesto. Se ha ganado su jubilación.

Minka había estado inusualmente callada, con una pequeña sonrisa asomando a sus labios mientras observaba a los tres. Miró a Alex, que asintió.

—Os hemos pedido que vinierais porque hacía tiempo que no estábamos juntos y queríamos daros una buena noticia en persona —dijo ella, con la mano apoyada en su vientre.

Alex sonreía de oreja a oreja. Mantuvieron el suspense unos segundos antes de que él soltara de golpe: —Vamos a tener un bebé.

A Victoria se le saltaron las lágrimas por segunda vez esa noche. —¡Oh! ¡Sí! ¡Lo sabía! ¡Lo sabía!

—Nacerá a mediados de mayo —la sonrisa de Alex se ensanchó mientras acercaba a Minka hacia sí—. Acabamos de pasar el primer trimestre.

Victoria se levantó de un salto para abrazarlos, y Ned fue tras ella para felicitarlos.

—Es la mejor noticia del mundo —Victoria apretó las manos de Minka —. Estoy tan feliz por los dos y tan emocionada por ser tía... Oh, ¿lo sabe papá? ¿Se lo habéis dicho ya?

—Se lo hemos dicho —dijo Alex—. Él también está muy emocionado.

Mientras se relajaban en el sofá, fuera caía la nieve, pero era algo pacífico, incluso hermoso. Solo el tiempo, no una amenaza.

Victoria encogió las piernas bajo el cuerpo. —Cuando estábamos en tu despacho aquella primera noche en Black Ridge, antes del alud, pensaba que quería que volviéramos a estar unidos, como cuando éramos niños.

Alex se rió. —Ten cuidado con lo que deseas.

—No, lo digo en serio. Me alegro mucho de que viniéramos —hizo una pausa, mirando a Ned y luego de nuevo a su hermano—. Y entiendo lo que has dicho antes. Sobre correr riesgos y lo que eso significa para la gente que nos quiere —apretó la mano de Ned—. Yo también tengo cosas en las que pensar.

Habían sobrevivido a otra dura prueba. La experiencia había eliminado la distancia cortés que se había formado entre los hermanos con el paso de los años y les había devuelto la cercanía y el instinto de protección que compartían de niños.

Victoria conservaría los recuerdos de Black Ridge para siempre, pero también guardaría el consuelo del brazo de Ned rodeándola, el sonido de la

risa de Alex, la calidez de la sonrisa de Minka, los suspiros de satisfacción de Elspeth mientras dormitaba junto al árbol y la promesa de nuevos comienzos.

NOTA DE LA AUTORA

Hola, soy Jenifer Ruff, la autora. Gracias por elegir MENTIRAS EN LA NIEVE.

He escrito esta novela para que pueda disfrutarse de forma independiente, pero si este ha sido vuestro primer libro de Victoria Heslin, puede que no sepáis que es el décimo libro de la serie. El complejo de esquí Black Ridge es totalmente ficticio, aunque espero que hayáis podido imaginar vuestra propia versión mientras leíais.

Me encanta poner a mis personajes en situaciones desesperadas en las que se ven obligados a tomar decisiones difíciles y sale a la luz su verdadero carácter. El calvario de Victoria en Black Ridge es una de las muchas pruebas desgarradoras que ha sobrevivido con valor y determinación.

A lo largo de esta historia, se han mencionado sus otras investigaciones: la supervivencia de Victoria y Ned tras un accidente de avión, la vez que la arrojaron al océano y la dieron por muerta, su primer enfrentamiento con un asesino en serie, y cuando el mejor amigo de Ned desapareció en su propia boda. Si tenéis curiosidad por esos casos, todas las historias de Victoria están disponibles en papel, libro electrónico y audiolibro. El primer libro es EL ASESINO DE LOS NÚMEROS,

Si habéis disfrutado con MENTIRAS EN LA NIEVE, os estaría profundamente agradecida si consideraseis dejar una reseña. El boca a boca lo significa todo para autores como yo, y estoy agradecida a cada lector que se toma el tiempo de compartir sus impresiones.

Todo lo mejor,

Jenifer Ruff

JENIFER RUFF

Jenifer Ruff, autora superventas del USA Today, escribe novelas de suspense, entre las que destaca la galardonada serie Las investigaciones de Victoria Heslin. Jenifer creció en Massachusetts, es licenciada en Biología por el Mount Holyoke College y posee un máster en Salud Pública y Epidemiología por la Universidad de Yale. Adora la paz y el silencio, los animales y el ejercicio, especialmente el senderismo. Jenifer vive en Carolina del Norte y Virginia con su familia y una manada de galgos. Si no está escribiendo, probablemente esté devorando libros o explorando senderos con sus perros. Para más información, visite su sitio web en Jenruff.com

Otros libros de Jenifer Ruff en español

EL ASESINO DE LOS NÚMEROS
NIÑAS PERFECTAS
CUANDO NOS ENCUENTREN
LA SOMBRA DE LA DUDA
DESAPARECIÓ EL NOVIO
DESAPARECIDA EN VACACIONES
LOS CRÍMENES DE LA EXPIACIÓN
LOS ENTERRADOS
EL MAL VECINO
MENTIRAS EN LA NIEVE